

# Movimientos sociales e internacionalismo en Nuestra América

Del ciclo de conflictividad  
y cambios sociopolíticos  
a la ofensiva neoliberal actual

**José Seoane,  
Emilio Taddei  
y Clara Algranati**

Ediciones  
*Luxemburg*

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe  
Facultad de Ciencias Sociales | Universidad de Buenos Aires  
**IEALC**





## **José Seoane**

Sociólogo. Profesor e investigador de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Integra el Grupo de Estudios sobre América Latina y el Caribe (GEAL) del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC) de dicha Facultad. Doctor en Ciencias Sociales (FSoc, UBA), dirigió el Observatorio Social de América Latina (OSAL/CLACSO) desde su creación hasta 2007 y actualmente forma parte de la Coordinación de la Oficina Buenos Aires del Instituto Tricontinental de Investigación Social. Publicó numerosos trabajos sobre los movimientos sociales en Latinoamérica y la problemática socioambiental; entre ellos el libro *Las (re) configuraciones neoliberales de la cuestión ambiental* del 2017 (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, IEALC, GEAL).

## **Emilio Taddei**

Politólogo (UBA) y doctor en Ciencias Políticas por el Instituto de Estudios Políticos de París (IEP)-Fundación Nacional de Ciencias Políticas (FNSP, Francia). Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC) de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Integra el GEAL en dicho Instituto. Profesor asociado regular del Departamento de Planificación y Políticas Públicas de la Universidad de Lanús (UNLa). Docente del Doctorado en Ciencias Sociales (Fsoc-UBA), de la Maestría de Estudios Latinoamericanos (MEL-UN Cuyo) y del Doctorado en Ciencia Política (CEA-UN Córdoba). Coordinador Académico de CLACSO (1998-2006).

## **Clara Algranati**

Socióloga y profesora de la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA; investigadora de esa misma Facultad. Integró el equipo de coordinación del Observatorio Social de América Latina (OSAL) del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Forma parte del Grupo de Estudios de América Latina y el Caribe (GEAL) del IEALC, Fsoc. Actualmente investiga cuestiones acerca del gobierno de los sujetos y las TIC en el arte de gobierno neoliberal. Integra el UBACyT "Neoliberalismo, cuestión social y cuestión ambiental en Argentina y en América Latina y el Caribe".

### **Libros anteriores publicados por estxs autorxs:**

Seoane, José; Taddei, Emilio y Algranati, Clara 2013 *Extractivismo, despojo y crisis climática. Desafíos para los movimientos sociales y los proyectos emancipatorios de Nuestra América* (Buenos Aires: Ediciones Herramienta, Editorial El Colectivo y GEAL).

Seoane, José; Taddei, Emilio y Algranati, Clara 2010 *Recolonización, bienes comunes de la naturaleza y alternativas de los pueblos* (Diálogo de los Pueblos y Grupo de Estudios sobre América Latina y el Caribe-Geal).

Seoane, José y Taddei, Emilio (comps.) 2001 *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).

Seoane, José

Movimientos sociales e internacionalismo en Nuestra América : del ciclo de conflictividad y cambios sociopolíticos a la ofensiva neoliberal actual / José Seoane ; Emilio Taddei ; Clara Algranati. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Luxemburg, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-1709-57-1

1. Movimiento Social. 2. Internacionalismo. 3. América Latina. I. Taddei, Emilio II. Algranati, Clara III. Título  
CDD 304.8

*Movimientos sociales e internacionalismo en Nuestra América. Del ciclo de conflictividad y cambios sociopolíticos a la ofensiva neoliberal actual*

1º Edición, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, diciembre de 2018

© 2018 José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranati

© 2018 Ediciones Luxemburg

Ediciones Luxemburg <[www.edicionesluxemburg.blogspot.com](http://www.edicionesluxemburg.blogspot.com)>

Arte de tapa: Santángelo Diseño

ISBN 978-987-1709-57-1

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.



Bajo licencia Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0  
Internacional de Creative Commons

Aportes del Pensamiento Crítico Latinoamericano  
Universidad de Buenos Aires  
Facultad de Ciencias Sociales  
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe

Autoridades de la Facultad de Ciencias Sociales  
Decana: Dra. Carolina Mera  
Vicedecana: Lic. Ana Catalano

Secretaría de Gestión Institucional: Dr. Nicolás Dallorso  
Secretaría Académica: Dr. Gustavo Nahmías  
Secretaría de Estudios Avanzados: Dr. Julián Rebón  
Secretaría de Extensión: Mauro Campilongo  
Secretaría de Hacienda: Lic. Diego Muzio

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe

**IEALC**

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe

Sitio Web: [www.iealc.sociales.uba.ar](http://www.iealc.sociales.uba.ar)  
E-mail: [iealc@sociales.uba.ar](mailto:iealc@sociales.uba.ar)

Directora: Mabel Thwaites Rey

Comité Académico: Mabel Thwaites Rey, Emilio Taddei, Hernán Ouviaña,  
María Alicia Gutiérrez, Luciana Ghiotto, Néstor Boris Kohan, Alexia Massholder,  
Agustín Artese, Julieta Grassetti, Miguel Leone, Mariana Campos, Analía Goldentul,  
Irene Provenzano, Ruben Levenberg (†).

Asistentes de la Dirección Académica: Silvia Demirdjian, Lucila de Marinis y  
Leonardo Altamiranda.

# Movimientos sociales e internacionalismo en Nuestra América

Del ciclo de conflictividad  
y cambios sociopolíticos  
a la ofensiva neoliberal actual

**José Seoane,  
Emilio Taddei  
y Clara Algranati**

Ediciones  
*Luxemburg*

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe  
Facultad de Ciencias Sociales | Universidad de Buenos Aires  
**IEALC**



# ÍNDICE

|                    |   |
|--------------------|---|
| INTRODUCCIÓN ..... | 1 |
|--------------------|---|

## PRIMERA PARTE

### **Los devenires de Nuestra América: de la potencia de los sujetos subalternos a la nueva ofensiva neoliberal**

#### **El concepto de movimiento social a la luz de la experiencia latinoamericana reciente**

|  |   |
|--|---|
| José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranati ..... | 5 |
|--|---|

#### **Realidades y desafíos políticos de Nuestra América.**

##### **Una década de luchas sociales y cambios políticos en América Latina**

|  |    |
|--|----|
| José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranati ..... | 24 |
|--|----|

##### **La ofensiva extractivista en América Latina.**

###### **Crisis global y alternativas**

|                                     |    |
|-------------------------------------|----|
| José Seoane y Clara Algranati ..... | 34 |
|-------------------------------------|----|

###### **América Latina entre la ofensiva conservadora y**

###### **la crisis mundial: ¿emerge un nuevo ciclo de luchas sociales?**

|                   |    |
|-------------------|----|
| José Seoane ..... | 43 |
|-------------------|----|

###### **Ofensiva neoliberal y resistencias populares: una contribución al debate colectivo sobre el presente y el futuro de los proyectos emancipatorios en Nuestra América**

|                   |    |
|-------------------|----|
| José Seoane ..... | 62 |
|-------------------|----|

## SEGUNDA PARTE

### **Pasado y presente del nuevo internacionalismo**

#### **De Seattle a Porto Alegre [Libro *Resistencias Mundiales*, 2001]**

|                                   |    |
|-----------------------------------|----|
| José Seoane y Emilio Taddei ..... | 79 |
|-----------------------------------|----|

#### **Una década de resistencias contra la mundialización neoliberal: contribuciones, significación y vigencia del movimiento altermundialista en América Latina**

|                                   |    |
|-----------------------------------|----|
| José Seoane y Emilio Taddei ..... | 98 |
|-----------------------------------|----|

#### **La integración regional en el centro de la confrontación:**

#### **sueños, realidades y pesadillas de Nuestra América**

|                   |     |
|-------------------|-----|
| José Seoane ..... | 121 |
|-------------------|-----|

|                           |            |
|---------------------------|------------|
| <b>Bibliografía .....</b> | <b>126</b> |
|---------------------------|------------|

## Introducción

Cuando iniciaba el año 1994, la irrupción pública del zapatismo en México en confrontación con las políticas impulsadas por el gobierno de Salinas de Gortari y con la entrada en vigencia del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) marcó el comienzo, en ese país y también a nivel latinoamericano, de un nuevo ciclo de conflictividad sociopolítica que se desplegó e intensificó en los años siguientes en contestación –y también como resultado– de las transformaciones neoliberales acontecidas en la región. Este ciclo de conflictos fue protagonizado por una diversidad de sujetos subalternos –conceptualizados por el pensamiento social en general como “movimientos sociales”– y presentó una serie de significativas novedades en términos de su constitución subjetiva, sus prácticas colectivas, sus formas organizativas y de lucha, y sus programáticas. La significación de sus acciones estimuló la revitalización del pensamiento crítico latinoamericano; así como las novedades de sus configuraciones motivaron uno de sus más importantes debates teóricos recientes.

Las reflexiones que componen el presente libro, del que usted lector/a inicia ahora su consulta, comienzan justamente examinando ese momento de Nuestra América y esas experiencias forjadas por los sujetos subalternos en nuestra región; particularmente, por aquellos de los más desposeídos y castigados; donde esta precarización de la vida, contrariamente a lo que proponen ciertos esquemas coloniales, muy lejos estuvo de significar similar pobreza de sueños, dignidad y coraje. Desde la consideración de esas experiencias y de los debates teóricos que las mismas supusieron en el campo del pensamiento crítico, los artículos de este volumen siguen analíticamente la ruta de estos sujetos, de sus prácticas y de los cambios que experimenta su conflictividad a lo largo de diferentes períodos y ciclos de lucha.

Así, a lo largo de los años 2000, en el marco de una crisis económica regional, este antagonismo social se tradujo en un proceso de cambios sociopolíticos que, con heterogeneidades, impulsó en muchos de los países de la región una nueva época de transformaciones llevando adelante políticas públicas que, con diferentes intensidades, se alejaron o contrastaron con la ortodoxia neoliberal. En esa misma década, la expansión del modelo extractivo exportador a nivel regional motivó a su vez el despliegue de una intensa conflictividad en relación con los bienes comunes de la naturaleza y los modelos de desarrollo. Finalmente, el retorno de la crisis económica a fines de dicha década dio paso a una nueva ofensiva neoliberal que extendió su dominio por muchos de nuestros países bajo la promoción de un renovado Consenso de Washington frente al cual se desplegaron y despliegan asimismo diferentes procesos de contestación social.

Sobre estos distintos procesos, este libro compila ocho artículos editados entre el año 2001 y el 2018 en diferentes revistas o libros de Argentina y de la región. Los mismos se presentan agrupados en las dos partes en las que está dividida la publicación; una primera referida a los sujetos subalternos, los ciclos de lucha y su contexto sociohistórico; y una segunda que aborda, en particular, la reflexión sobre las prácticas de convergencia y organización regional y global que, en este período, caracteriza la acción colectiva de estos sectores populares y que han sido comprendidas como la gestación de un nuevo internacionalismo.

Reproducimos estos artículos casi en su versión original, sólo incorporando modificaciones menores orientadas a mejorar la lectura y comprensión de los mismos.

Entendemos que en este formato y, particularmente, puestos a continuación uno de otro, el libro facilita una lectura continuada desde una misma perspectiva sobre procesos sociales extendidos a lo largo de casi dos décadas y que ello puede aportar algunas consideraciones útiles para la comprensión de lo que aconteció en Nuestra América en ese tiempo y sobre los desafíos emancipatorios que plantea nuestro presente. Ciertamente, ello no significa que nuestra reflexión no haya experimentado cambios a lo largo de este período. En esta dirección, tenemos hoy una visión más compleja de los modos y efectos de los procesos de deterioro y destrucción de las condiciones de existencia social de amplios grupos sociales y diversas formas de vida que el despliegue de las racionalidades neoliberales supone y que son conceptualizados habitualmente desde las nociones de acumulación por desposesión, despojo, crisis de la reproducción social o crisis ambiental. Por otra parte, hemos tenido oportunidad de desarrollar investigaciones específicas sobre el llamado “extractivismo” latinoamericano, la significación de la cuestión ambiental, las transformaciones que despliegan las racionalidades neoliberales de gobierno, las particularidades de la economía verde entendida como paradigma actual del tratamiento neoliberal de la problemática del ambiente. Reflexiones que han sido publicadas en otros libros y artículos así como presentadas y discutidas en diferentes actividades y en nuestra labor docente en la universidad pública que tanto valoramos (Seoane, Taddei y Algranati, 2014; Seoane, 2017).

Entre otras cuestiones que están relativamente ausentes en este libro, una en particular nos interesa mencionar. Nos referimos a las experiencias recientes de convergencias populares que se vienen desplegando en Nuestra América y a nivel global en los últimos años y que marcan los jalones de un proceso orientado a dar vida a una articulación internacional de los pueblos. En un primer momento pensamos en concluir la segunda parte del libro con un artículo referido a ello, pero luego consideramos más pertinente permitirnos una elaboración menos apresurada de la cuestión que seguramente será tema de una próxima publicación. Finalmente, otra de las cuestiones importantes de la coyuntura latinoamericana que, por reciente, quedó fuera también de las reflexiones que siguen resulta el proceso sociopolítico y las elecciones presidenciales y legislativas en Brasil signadas por el crecimiento y triunfo de Jair Bolsonaro, un candidato y una fuerza que combinan una mirada fascizante, militarista y ultraconservadora con una programática neoliberal. Un proceso que sin dudas plantea al pensamiento crítico la necesidad imperiosa de un análisis detenido y cuya ausencia en estas páginas se compensa en parte con una serie de señalamientos que si se formulan respecto del período anterior vivido en Nuestra América en relación con la contraposición entre neoliberalismo y democracia en los años ‘70 y ‘90, las formas del llamado neoliberalismo de guerra surgido ante la crisis de legitimidad del Consenso de Washington, y los procesos de fascistización social desplegados en algunos países de la región a partir del 2012.

Si la responsabilidad de los dichos en estas páginas, como suele decirse, es absolutamente nuestra; la posibilidad de que las mismas lleguen a sus ojos resulta de una amplia serie de colaboraciones y personas. La edición de este libro fue posible gracias a recursos obtenidos a partir de una convocatoria pública y abierta realizada por el Comité Académico del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC) de la Facultad de Ciencias Sociales con base en el Fondo 2018 de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires. Queremos agradecer a las autoridades del



IEALC y a su directora Mabel Twaites Rey por su voluntad de apoyar con estas iniciativas la divulgación de la producción de conocimiento de investigadores y equipos de investigación del mencionado instituto. En ese sentido, las reflexiones que se compilan en esta publicación resultan de una labor colectiva de largo aliento que en los últimos años y en el marco del IEALC tienen lugar en el Grupo de Estudios sobre América Latina y el Caribe (GEAL) del que formamos parte. Por otra parte, queremos agradecer también a todos los que contribuyeron de diferentes maneras a que estas reflexiones pudieran tener lugar y a los que hicieron posible, originalmente, que fueran escritas y publicadas. Por último, nuestro reconocimiento a los movimientos populares que son los verdaderos protagonistas de estas páginas. Vale aclarar que no se trata para nosotros de un gesto de romanticismo inocuo para con los oprimidos y explotados, sino del entendimiento radical del decisivo papel que sus luchas cumplen en la transformación de las relaciones de fuerza sociales, incluso en el terreno del pensamiento y en la configuración de los proyectos y los horizontes emancipatorios.

Sobre ello, los tiempos en los que escribimos estas líneas son decisivamente menos optimistas que los momentos por donde comienza la reflexión de este libro, cuando el crecimiento de la conflictividad social abrió paso a cambios sociales y políticos que revivían el espíritu de Nuestra América luego de más de una década de oscuridad neoliberal. Hoy la ofensiva neoliberal que recorre de modos diversos la región no sólo promueve un nuevo ciclo de concentración del ingreso y la riqueza consagrado por un nuevo asalto al pueblo trabajador y la profundización de la mercantilización, el despojo y la recolonización; sino que estas transformaciones vienen actualmente de la mano también de un renovado conservadurismo signado por la restricción de la democracia liberal, una agenda securitaria del Estado punitivo y de excepción, y nuevas formas de autoritarismo, incluso, como dijimos, de fascistización social y política. En esta dirección, la renovada amenaza de una intervención militar imperial en el territorio venezolano de Nuestra América promovida por el gobierno de los EE.UU. y sus aliados regionales busca consolidar el giro político autoritario y colonial y clausurar toda experiencia alternativa y de cambio en la región. Tiempos que evocan, como recuerda alguno de los artículos de este libro, esos claroscuros donde anidan y surgen los monstruos que mencionaba certeramente Gramsci para otra época.

Ciertamente, tras todo ello no deja de resonar la pregunta sobre la importancia que podría tener en estos tiempos recordar las reflexiones y debates que mereció el pasado reciente tan distinto de este presente. Creemos que tiene su valor. No sólo porque los debates y experiencias de los períodos anteriores operan necesaria y diversamente en la interpretación de la actualidad; son al fin de cuentas los procesos que nos trajeron hasta aquí. Sino también porque reflexionan y no permiten que olvidemos cómo la aparentemente incontestable hegemonía alcanzada por el neoliberalismo en los inicios de los años '90 se trastocó progresivamente, en gran medida, por la emergencia de una diversidad de movimientos populares, novedosos, impertinentes, surgidos de las profundidades sociales y geográficas del territorio latinoamericano. Y, en ese sentido, es también que dedicamos especialmente estos textos a los que de diferentes maneras y en distintos lugares piensan, sienten, hacen y sueñan con esa otra Nuestra América tan imprescindible.

## **PRIMERA PARTE**

**Los devenires de Nuestra América: de la potencia de los sujetos  
subalternos a la nueva ofensiva neoliberal**

# El concepto “movimiento social” a la luz de los debates y la experiencia latinoamericana recientes\*

José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranati

## Introducción

En las últimas dos décadas Nuestra América Latina y Caribeña se ha visto atravesada y conmovida por la emergencia de significativos movimientos sociales de raíz popular que en confrontación con el modelo neoliberal implantado en la región cumplieron un papel central en su cuestionamiento y en las transformaciones sociales y cambios políticos acontecidos recientemente en muchos de nuestros países. La consecuente revitalización de los estudios y debates latinoamericanos sobre estas experiencias, tanto en el ámbito académico como político, le otorgaron una creciente centralidad a las temáticas del conflicto y las movilizaciones colectivas que en el pasado reciente habían sido marginadas y casi expulsadas de la ciudadela docta bajo el imperio del pensamiento único. En este sentido, el presente texto aspira a presentar algunas consideraciones respecto del derrotero que en este proceso le cupo al concepto de “movimiento social”, y, en particular, en relación con los desafíos que se plantean al campo del pensamiento crítico.

Así, la primera indagación sobre las significaciones y los contenidos que este concepto ha despertado nos confronta con la constatación de que el mismo reviste, en gran medida por la naturaleza conflictiva de la práctica social a la que refiere, un carácter polisémico. Esta indeterminación resulta, por lo menos, de una doble cuestión: de las confrontaciones teóricas que despierta, por un lado, y de los diferentes contextos sociohistóricos que inspiran su uso, por el otro.

En este sentido, la ambivalencia del concepto remite, en primer lugar, a las diversas interpretaciones que ha suscitado y, particularmente, a su inscripción y rescate por distintos paradigmas en el campo de las ciencias sociales. Más allá de la fortaleza de la evidencia empírica a la que el término remite, su conceptualización en el campo de las ciencias humanas se ha transformado en una arena teórica conflictiva, de disputa a la vez semántica y política en la confrontación entre las perspectivas sistémicas o conservadoras y las del pensamiento crítico, e incluso en los debates al interior de estos mismos campos. Sobre ello se ha señalado cuánto su propia conceptualización corre el riesgo de vacilar entre los extremos del binomio positivista/esencialista en el primer caso, o subjetivista/estructuralista en el segundo, ambos aparentemente irreconciliables pero sustancialmente complementarios en cada uno de los enfoques.

Por otra parte, el propio concepto ha merecido críticas desde diferentes perspectivas respecto de su potencial explicativo. En esta dirección, se ha señalado que, a pesar de su vigencia para referir en un sentido descriptivo a un fenómeno empírico, el mismo aparece estrechamente vinculado a la tradición mecanicista del pensamiento occidental propia de la modernidad, lo que parece condenarlo a similar decadencia (Mellucci, 1999). Desde otras perspectivas, como por ejemplo la corriente francesa del marxismo crítico, se han cuestionado los límites del concepto por enfatizar cierto

---

\* Este artículo fue publicado por primera vez en el mes de agosto de 2011 en el Nº 4 de la Revista *Controversias y Conurrencias Latinoamericanas* de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS).

desmembramiento de las movilizaciones colectivas y funcionar como una noción meramente descriptiva (Bérout y Mouriaux, 2000).

Por contrapartida, desde los diferentes paradigmas se ha resaltado simultáneamente su pertinencia empírica y su capacidad para establecer una distinción entre diversas dimensiones de procesos colectivos muy disímiles entre sí. Desde este lugar, es posible señalar algunas características básicas que pueden considerarse como un terreno relativamente común a las diferentes aproximaciones teóricas y que remiten a la dinámica de un grupo social que formula ciertas reivindicaciones propias y significativas socialmente; guarda ciertos marcos de solidaridad, relaciones o identidad común; cuenta con ciertas redes o marcos organizacionales; y plantea ciertos cuestionamientos o conflictos respecto del marco societal donde actúa. Aunque este piso compartido sea interpretado de maneras diferentes y contrapuestas según la escuela que consideremos y, particularmente, en función de la perspectiva sobre la totalidad social y el proceso histórico que, siendo más o menos explícita, cada corriente suscribe.

En este sentido, el carácter relativamente ambiguo que parece acompañar al concepto debe ser pensado también en relación con las diferencias entre los contextos socio-históricos en el que se enmarcan las prácticas contestatarias analizadas y sus propias particularidades, así como también respecto de los escenarios concretos en los que se inscribe la reflexión misma. Ello supone considerar a los aportes teóricos y analíticos no sólo en su correspondencia con un pretendido objeto sino también en términos de sus efectos de poder/saber sobre el mismo, en el campo de las relaciones de fuerza sociales actuantes. En este sentido, como mencionábamos anteriormente, en nuestro caso partimos de la consideración del proceso vivido en Latinoamérica en las últimas décadas signado por el despliegue de un nuevo ciclo de conflictividad social protagonizado por sujetos colectivos cuya acción y programáticas contribuyeron enormemente a abrir una crisis de legitimidad del modelo neoliberal. A la luz de estas experiencias y sus características y desafíos, este trabajo tiene como propósito revisar el concepto de “movimiento social” proponiendo una mirada crítica respecto de los diferentes usos y sentidos en los que fue empleado recientemente, haciendo mención a algunas de las discusiones teóricas que suscita y retomando, especialmente, algunos de los principales aportes, debates y retos que se plantearon y se plantean todavía hoy al campo del pensamiento crítico. Ciertamente, a sabiendas de la imposibilidad de profundizar suficientemente sobre estas cuestiones en el espacio disponible en esta ocasión, estas líneas deben ser consideradas en su carácter exploratorio que esperamos aporten elementos para la reflexión latinoamericana.

### **Breve genealogía del concepto: de los '60 al siglo XXI**

Una aproximación a los debates y controversias que plantea hoy el uso del concepto “movimiento social” nos convoca a presentar inicialmente algunos comentarios, aunque más no sea de forma abreviada, respecto del contexto histórico y de los sentidos que le cupo a su empleo en el pasado. Proveniente del latín *movere*<sup>1</sup>, durante la revolución

---

<sup>1</sup> *Movere*: forma infinitiva de *moveo*, *mōvi*, *mōtum*, verbo de segunda conjugación en latín. Es interesante mencionar que, si bien el significado más usual de dicho verbo en castellano es mover, en latín tiene

francesa el término “movimiento” fue utilizado frecuentemente como adjetivo para calificar diferentes experiencias de acción y participación colectiva, como por ejemplo: movimiento revolucionario, movimiento político, movimiento popular. Aparentemente fue el socialista utópico francés Charles Fourier el primero en utilizar el concepto de movimiento social en su obra publicada en 1829 *Le nouveau monde industriel et sociétaire ou Invention du procédé d'industrie attrayante et naturelle*, dándole al mismo un sentido de progreso en relación con las edades o fases de la sociedad (Bérout, Mouriaux y Vakaloulis, 1998). Pero ciertamente el uso del término hubo de generalizarse a lo largo de las décadas de 1830 y 1840 en relación con los sucesos de agitación social y política vividos en Francia y en Europa en general. Será en esta misma época que Karl Marx hará mención a ello en su conocida obra *Miseria de la Filosofía* (1847) en el debate con Pierre-Joseph Proudhon.

A *posteriori*, desde finales del siglo XIX y hasta, por lo menos, mediados de los años 1960, la utilización del concepto estuvo fundamentalmente asociada a los estudios sobre el movimiento obrero y sus expresiones y formas reivindicativas –huelgas, boicots, manifestaciones–. Asimismo, su uso hubo también de generalizarse, especialmente con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, en el sentido de clasificación genérica y descriptiva de diferentes sujetos de la movilización colectiva acorde con la tipología de cierta sociología de la época.

En este contexto, los años ‘60 habrán de estar marcados por la extensión y profundidad de los procesos de insubordinación y conflictividad social que recorrerán tanto las sociedades del capitalismo central como las de los países del capitalismo periférico en una geografía teñida por movimientos revolucionarios, luchas de liberación nacional, experiencias de transformación social bajo la referencia al socialismo y procesos de descolonización. Una década signada en América Latina por la naciente revolución cubana y su significativa influencia regional y por la radicalización política, social e ideológica de diferentes y amplios sectores sociales entre los que se destacó la actuación juvenil.

Esta masividad y extensión de los procesos de movilización social así como sus particularidades habrán de motivar una revitalización de los marcos teóricos e interpretativos de la acción colectiva tanto en el campo del pensamiento sistémico como desde la perspectiva crítica. En el primer caso, ya no resultaba posible ni eficaz considerar –o neutralizar– el conflicto bajo el acápite de conductas desviadas, anormales o irracionales fruto del fracaso de las políticas de integración social o de la modernización tardía, tal como lo había postulado la sociología anglosajona bajo la influencia de Talcott Parsons. De esta manera, en los centros de producción de conocimiento en los países centrales prosperaron nuevas corrientes teóricas que proponían otras miradas respecto de las experiencias de acción colectiva en curso. Así, Neil Smelser propuso una renovación de la tradición forjada por Parsons. Otra serie de investigadores darán progresivamente vida a la llamada escuela de la “movilización de recursos” que, de raíz anglosajona, contará entre sus más conocidos exponentes a Mancur Olson, John Mc Carthy y Meyer Zald. Asimismo, se puede referir a la nominada corriente de las “oportunidades políticas” caracterizada por las obras más actuales de Charles Tilly y Sydney Tarrow, entre otros. Finalmente, y de cuño europeo, también

---

también otros vinculados a la noción de manifestar o interpelar: poner de manifiesto (*numen*, el poder), conmover, influir o hacer cambiar de opinión (Vox, 1980).



habrán de comenzar a pergeñarse a partir de los años '70 y '80 los principales aportes de la considerada escuela de los “nuevos movimientos sociales” caracterizada por las contribuciones de Alain Touraine, Claus Offe y Alberto Melucci, entre otros.

Por otra parte, también las décadas de los '60 y los '70 serán testigos de una significativa revitalización del pensamiento crítico, que también en el sur del mundo habrá de expresarse en una diversidad de corrientes y enfoques. A mediados de la década del '70, el inicio de un período marcado por el triunfo del neoliberalismo como salida capitalista a la confrontación social y la crisis, significará consecuentemente el debilitamiento del pensamiento crítico y su progresiva condena a un lugar marginal en el terreno de las instituciones académicas bajo el peso del pensamiento único y los anuncios del “fin de la historia”.

Sin embargo, a partir de mediados de la década de los '90 se reiniciará en América Latina un nuevo ciclo de conflictos y movilizaciones en contestación al modelo neoliberal y sus trágicas consecuencias. Sus comienzos estarán marcados por el levantamiento zapatista en el sureste mexicano en los inicios de 1994; las puebladas y cortes de ruta en el norte y sur de la Argentina en 1996 que fecha el nacimiento del llamado movimiento “piquetero” de trabajadores desocupados; y las movilizaciones indígenas y campesinas en Ecuador que precipitaron la caída del gobierno de Abdalá Bucaram en 1997. Tres hechos –en el norte, sur y los andes del subcontinente– que grafican la proyección regional de este ciclo de protestas que marcará la emergencia y el protagonismo de significativos sujetos colectivos que fueran nominados haciendo referencia al término “movimientos sociales”.

Surgidos de las profundidades de las selvas y sierras latinoamericanas, de las periferias de los grandes latifundios, circuitos comerciales y ciudades, la constitución de estos movimientos con capacidad de articulación y peso nacional recorrió la historia de su crecimiento organizacional y proyección de su influencia desde estas periferias al centro económico y político del espacio nacional en un camino marcado por movilizaciones y levantamientos. Desposeídos o amenazados por la expropiación de sus tierras, su trabajo o sus condiciones de vida, muchas de estas organizaciones se constituían en la identificación política de su desposesión (los sin tierra, sin trabajo, sin techo), de las condiciones sobre las que se erigía la opresión (los pueblos originarios) o de la lógica comunitaria de vida amenazada (los movimientos de pobladores, las asambleas ciudadanas). Así, estos movimientos sociales tenían características distintivas que los diferenciaban de aquellos que habían ocupado el centro de la escena pública en el pasado, tanto en el terreno de las prácticas colectivas como de las formas de lucha, organización, planteos reivindicativos, programáticas y horizontes de cambio enarbolados.

En el ciclo de resistencia al neoliberalismo estos movimientos se entrecruzaban y convergían con otros sujetos urbanos como los trabajadores –especialmente la masa creciente de precarizados y del sector público–, los estudiantes y jóvenes y los sectores medios empobrecidos, donde también nuevos procesos de conflicto y organización tenían lugar. Cuando esta convergencia amplia se produjo, con la suficiente intensidad, los sectores subordinados irrumpieron en la ciudadela de la gobernabilidad política neoliberal imponiendo con movilizaciones no sólo la caída de gobiernos sino también la legitimidad callejera como sustento de una recobrada soberanía popular.

Así, en este proceso, desde el año 2000 hasta por lo menos el 2005 habrá de desplegarse en la región un nuevo período que debe considerarse como el de la crisis

de legitimidad del modelo neoliberal, y que hubo ciertamente de adoptar diferentes características e intensidades según los países y regiones. La expresión más profunda de este proceso tuvo lugar bajo la forma de los levantamientos urbanos, las insurrecciones y grandes conflictos nacionales que conllevaron la renuncia de seis presidentes latinoamericanos entre los años 2000 y 2005. Nos referimos a las caídas de los gobiernos de Fujimori en Perú (2000), Jamil Mahuad (2000) y Lucio Gutiérrez (2005) en Ecuador, Fernando de La Rúa en Argentina (2001), Gonzalo Sánchez de Losada (2003) y Carlos Mesa (2005) en Bolivia. En el mismo período, vale mencionar también la movilización nacional promovida por el movimiento zapatista en México en 2001 en lo que se llamó la “caravana de la dignidad indígena” así como el intenso proceso de movilización y radicalización social que habrá de tener lugar en Venezuela en respuesta a la tentativa de golpe de estado en abril de 2002 y que se prolongará hasta por lo menos el referéndum revocatorio presidencial de 2004.

A la luz de estas experiencias, el uso del vocablo “movimientos sociales” hubo de generalizarse entre las diferentes corrientes y enfoques teóricos e incluso, y fundamentalmente, como forma de autodesignación por las propias organizaciones y sujetos colectivos.

En lo que sigue intentaremos reflexionar sobre dos señalamientos que creemos vale considerar sobre ello. Por un lado, la influencia de escuelas teóricas que enfatizan dicho concepto y que reflejó, en cierta medida, la pérdida de relevancia académica y política de las corrientes del pensamiento crítico durante la década de los ‘90. Y, por otro lado, que en la práctica efectiva, el concepto y algunos de sus atributos más interesantes servirán muy especialmente a dar cuenta de las particularidades que caracterizaran la acción transformadora de los sujetos colectivos contemporáneos. Procuraremos entonces desentrañar las perspectivas y confrontaciones que se plantean en relación con estas dos cuestiones.

### **Los movimientos sociales en contraposición al movimiento obrero**

En las últimas décadas se ha extendido, tanto en ciertos medios académicos como políticos y militantes, la utilización del término movimiento social para referenciar a aquellas experiencias protagonizadas por sujetos colectivos diferentes del denominado movimiento obrero o sindical. Una distinción más aporética que afirmativa muchas veces orientada a contraponer uno con otro o a decretar el reflujo e irreversible desaparición del conflicto laboral. Esta perspectiva, de manera transparente o inconsciente, es en rigor de verdad heredera en gran medida de los preceptos formulados por la llamada escuela de los nuevos movimientos sociales (ENMS) a la que hemos hecho mención en el punto anterior. La difusión, persistencia y reproducción de esta noción es sólo un pequeño ejemplo de la extendida influencia que dicha escuela ganó sobre los estudios latinoamericanos en relación con la protesta y la acción colectiva en América Latina en las últimas décadas y que se refleja en el lugar preeminente que le cabe en la academia latinoamericana, hegemonía compartida con la referida corriente de las “oportunidades políticas”.

Como mencionábamos anteriormente la ENMS surgió y se consolidó frente a la dinámica de creciente movilización y de conflictividad social experimentada en Europa a partir de los años ‘60, siendo que sus reflexiones se profundizaran en los ‘80 tras las derrotas de la radicalización y cuestionamiento social al capitalismo primero, y las

resistencias frente al neoliberalismo después. Una de las particularidades que hubo de llamar la atención de estos autores fue justamente que dicha dinámica de movilización contaba entre sus principales protagonistas a movimientos feministas, estudiantiles, pacifistas, ecologistas, ciudadanos, de consumidores, entre otros, que parecían destacarse frente al conservatismo de las organizaciones tradicionales del movimiento obrero. En este sentido, con diferencias entre las distintas vertientes, la ENMS coincidirá en identificar este ciclo de movilizaciones como un indicio irrefutable de las tensiones provocadas por el advenimiento de una sociedad “pos-industrial” caracterizada por la caducidad de los antagonismos de clase (Touraine, 1993) o su resignificación bajo nuevos paradigmas (Offe, 1988). En esta mirada, los llamados “nuevos movimientos sociales” –considerados también simplemente como “los movimientos sociales” actuales– ya no lucharían por bienes materiales sino por los recursos simbólicos y culturales, por el significado y la orientación de la acción social (Melucci, 1999). Distinguidos por enfatizar los valores de la autonomía individual y promover acciones no convencionales, estos movimientos se caracterizarían por no constituirse en clave socioeconómica ni estar sesgados por el corporativismo o particularismo atribuido como característica de la acción colectiva de los trabajadores; aunque al ser considerados en términos de su inscripción económica, los mismos resultarían ser más homogéneos de lo confesado ya que se asentaban fundamentalmente en la participación de sectores medios.

Dichos “nuevos movimientos sociales” no sólo se diferenciaban sino que además tendían a contraponerse al movimiento obrero demonizado ahora por su arcaísmo. En esta perspectiva, los movimientos de clase dejaban lugar a la aparición de nuevos movimientos caracterizados por orientarse a la disputa por los recursos culturales o simbólicos, formulándose de esta manera una crítica a los esquemas interpretativos del paradigma marxista en particular, y del pensamiento crítico en general. Se postulaba así el abandono de la consideración del antagonismo de clase capital-trabajo y de las formas de explotación inherentes a esta relación social bajo una pretendida superación del mismo por corresponder a un modelo social del pasado. En este sentido, esta novedad era la expresión del advenimiento de una nueva sociedad que, surgida desde la década de los ‘70, fuera nombrada de diferentes maneras –como post-industrial, post-moderna, post-material, de la información, o compleja– y que dejaba atrás una matriz de preponderancia industrial para asignar un lugar relevante a la producción y circulación del conocimiento y la información. Ciertamente, resulta por lo menos sugestivo que esta transformación social –que diera nacimiento a lo que luego recibiría el nombre de “neoliberalismo”– signada por un profundo, extenso y trágico proceso de concentración del ingreso y la riqueza a escala internacional (Boron, 2003; Amin, 2001) fuera justamente interpretada como el advenimiento del predominio de la disputa sobre los recursos culturales y las identidades.

Así, la crítica al análisis de clase y el énfasis en el entramado de la nominación simbólica de los diferentes sistemas societales conducía a concebir ahora la naturaleza del conflicto como no contradictorio y cuya resolución no supondría necesariamente una transformación profunda de la sociedad existente que parecía adoptar cierto aire de eternidad. De esta manera, se producía el ocultamiento de la llamada “cuestión social” (Murillo y Seoane, 2008).

En esta dirección, la reflexión propuesta por la ENMS conllevará la difusión de dos paradigmas. El de la novedad, a partir del cual se establece la oposición entre los

antiguos movimientos de base clasista y los nuevos, suponiendo una valoración positiva de estos últimos no ya en función del carácter emancipatorio de sus proyectos, sino por su correspondencia con el orden social vigente. Y el paradigma de la diferencia que implica una desvalorización y cuestionamiento a la idea de igualdad –asignada como propia de la modernidad– por la contemplación de la diversidad en el terreno cultural abriendo el camino al camuflaje del proceso de creciente desigualación económica y social que caracterizaba a la nueva fase neoliberal.

La fortuna e influencia de la que gozó la ENMS en los ámbitos latinoamericanos debe en parte su acreencia a las particularidades de la acción colectiva durante la década de los '80 –sobre todo en el Cono Sur durante los años de las llamadas “transiciones democráticas” y el despliegue de movimientos juveniles, culturales y de derechos humanos– y luego durante los '90, con el reinicio del nuevo ciclo de conflictos y movilizaciones. De esta manera, frente a un pensamiento crítico que se encontraba aún en una situación defensiva y que había sido intensamente cuestionado y marginado bajo el imperio del neoliberalismo, la ENMS parecía ofrecer un marco conceptual de tradición europea aparentemente capaz de dar cuenta de los significativos movimientos sociales que emergían en el escenario regional en confrontación con las políticas neoliberales y que parecían inscribirse en las fronteras de la relación capital-trabajo –por lo menos, tal como la misma había cristalizado bajo el capitalismo de posguerra– distinguiéndose, en muchos casos, por basar su propia constitución en la delimitación de marcos identitarios comunes. Se producía así un segundo desplazamiento, de naturaleza eurocéntrica. La conceptualización de los “nuevos movimientos sociales” inspirados en la realidad europea de las décadas de los '70 y '80 se trasladaba a la nueva configuración que presentaba la protesta y la movilización de los sujetos sociales en América Latina de cara a la aplicación de las políticas neoliberales, sin que esta operación supusiera ninguna evaluación de su propiedad teórica. Así, la influencia de esta perspectiva no sólo propendía al ocultamiento de la cuestión social sino también al enmascaramiento de la dominación colonial. Ciertamente, en ello se encerraba el hecho de que si en los primeros aparecían reflejados los sectores medios, en los segundos sus protagonistas principales eran los “pobres de toda pobreza”, el “eslabón más débil”, “la imposibilidad sociológica”, aquellos hombres y mujeres más castigados por la aplicación del recetario neoliberal.

En este sentido, el desafío que se le plantea al pensamiento crítico reside en formular tanto un cuestionamiento a esta visión, como una conceptualización propia respecto de la novedad que presenta la conflictividad y movilización social actual. Ello significa, entre otras cuestiones, abordar la relación entre los conceptos de “movimiento social” y clases sociales en referencia a los campos de disputa abiertos por las transformaciones recientes en los capitalismo latinoamericanos.

### **Movimientos sociales, sujetos y clases en el pensamiento crítico**

Como señalábamos anteriormente, el desafío de superar una concepción que circunscribe el concepto de movimiento social a la nominación de aquellos diferentes del movimiento obrero y sindical se combina, para el pensamiento crítico, con el de trascender una referencia meramente genérica y descriptiva. Así, para esta perspectiva, la problemática de los movimientos sociales orientada especialmente a dar cuenta de la

acción de los sectores subalternos plantea como una de las cuestiones principales a elucidar la relación entre el concepto de movimiento social y el de clases sociales.

Aunque dicha relación no ha sido abordada directamente en la mayoría de los estudios latinoamericanos recientes, la misma puede rastrearse fácilmente en la revitalización de los debates y contraposiciones entre las interpretaciones que valorizan los procesos de constitución subjetiva, por un lado, y aquellas que enfatizan los condicionamientos económicos-estructurales, por el otro. Una tensión cuya resolución ahistórica corre siempre el riesgo de reproducir miradas signadas por el determinismo economicista o por el idealismo ahora bajo la influencia del llamado “giro lingüístico” y la pérgola “posmoderna”.

Por otra parte, esta cuestión de la relación entre la conceptualización de los movimientos sociales y el análisis de clase se ha planteado en los últimos tiempos, mucho más frecuentemente aunque de manera menos directa, en la consideración de las particularidades que signan a la conflictividad social y la acción colectiva desplegada en la región desde mediados de la década de los '90 a la luz de las transformaciones estructurales que caracterizaron la implantación en la región del capitalismo en su versión neoliberal. El análisis de dichas transformaciones, ciertamente en un sentido completamente distinto y contrapuesto al promovido por la ENMS, plantea considerar la realidad surgida de dichos cambios como campo de relaciones de fuerza sociales en el marco de los cuales emergen y reconfiguran los movimientos sociales latinoamericanos.

Desde esta mirada, la novedad de la acción contenciosa y colectiva contemporánea se relaciona directamente, aunque no de manera unilateral, con la fase capitalista neoliberal en curso y con la especificidad latinoamericana –y del mundo periférico en general–, cuestiones sobre las cuales conceptos como el del “colonialismo interno” (González Casanova, 2006) y el de “acumulación por desposesión” (Harvey, 2004), entre otros, han aportado tanto para su comprensión. En esta dirección, el carácter histórico que presenta la acción de los sujetos subalternos lejos de conducir a presuponer la abolición de las contradicciones propias del capitalismo refiere también al análisis de las características que adopta su “reproducción ampliada” más allá de la esfera del trabajo y de la dimensión económica.

Así, la conceptualización de la novedad para el pensamiento crítico supera la falaz oposición entre bautizados nuevos o viejos movimientos sociales para propender una mirada que concentra la atención en la delimitación de continuidades y rupturas que atraviesan al conjunto de los movimientos sociales y las prácticas colectivas y que se distingue de la específica valoración de las mismas en términos de su sentido emancipatorio o conservador.

Dicha resolución del estatus teórico de la novedad resulta una tarea importante también a la hora de no confundir las formas político-sociales y organizativas que asumió la acción colectiva de los sectores subalternos en la fase capitalista precedente –signada, entre otras cuestiones, por la preeminencia de la forma sindical bautizada habitualmente bajo el rótulo de “fordista”– con la conceptualización de las clases en general y, en particular, con el análisis de las dinámicas sociales contemporáneas. En este sentido, una parte importante del esfuerzo más interesante de la reflexión crítica ha estado orientado al análisis del impacto de las transformaciones estructurales resultado de la aplicación de las políticas neoliberales en la reconfiguración, debilitamiento y crisis de los modelos sindicales de la fase anterior. En esta dirección,



conceptualizaciones como por ejemplo la referencia a la “clase que vive del trabajo” (Antunes, 2005) han aportado tanto al reconocimiento de la diferenciación acontecida en su seno como a formular una estrategia de articulación de estos diferentes sectores. Dichos elementos se suman y debaten también con aquellos otros que, frente a la barbarie con la que amenaza la fase capitalista neoliberal, han enfatizado la referencia a la humanidad como el sujeto actual de la emancipación.

Por otra parte, el impacto de estas transformaciones –a despecho de lo anunciado tantas veces por los tanques de ideas neoliberales– estuvo lejos de suponer el “fin del trabajo” y del sujeto “trabajador” en el terreno de la conflictividad. En relación con ello, la evidencia que resulta del seguimiento de los conflictos sociales en Latinoamérica entre los años 2000 y 2006 concluye en que aproximadamente un tercio de los hechos de protesta registrados corresponden a acciones protagonizadas por colectivos u organizaciones de trabajadores ocupados. Este peso cuantitativo sin embargo debe considerarse a la luz del sesgo local o sectorial que caracteriza a la mayoría de dichas acciones así como con su reconfiguración a favor de una mayor centralidad de los conflictos del sector público-estatal en sus diferentes niveles, siendo que serán estos trabajadores y empleados los que encarnen alrededor de dos tercios de las protestas del conjunto de los trabajadores (Seoane, Taddei y Algranati, 2006).

Sin embargo, todas estas consideraciones no responden aún de manera acabada al problema de la relación entre la conceptualización en términos de movimientos sociales y de clases. En este sentido, la emergencia y consolidación de organizaciones y movimientos indígenas de significativa proyección nacional e internacional en el cuestionamiento al orden del capitalismo neoliberal surgidos o potenciados en las últimas décadas en numerosos países de la región plantea, entre otras cuestiones, un desafío imprescindible a la consideración del análisis de clase, mayor incluso del que abrieron las experiencias de los movimientos juveniles, feministas o de “afrodescendientes” en las décadas de los ‘60 y ‘70. Una visión que reduce su naturaleza a una raíz campesina signada por una pretendida racionalidad de intereses socio-económicos o que desvaloriza su identidad indígena al presentarla en términos de “ideologías étnicas” reitera ciertamente visiones deterministas. Por el contrario, la tradición y la actualidad del pensamiento crítico latinoamericano cuenta con importantes aproximaciones teóricas para comprender la especificidad del movimiento indígena así como conceptualizaciones como la “colonialidad del poder” (Quijano, 2000; Lander, 2000) permiten dar cuenta no sólo de su vitalidad en la conflictividad social sino también, y especialmente, del valor transformador y emancipatorio de sus programáticas específicas, particularmente de la propuesta del llamado Estado plurinacional.

Ciertamente, para ello debemos privilegiar una visión que enfatiza la idea de las clases sociales no como objetos sino como relaciones; donde la existencia de las mismas se referencia en la comunidad relativa de situación y destino, en el sentimiento de pertenencia a un mismo mundo y en su constitución como sujeto colectivo; y que, en ese sentido, enfatiza el papel del conflicto o la lucha como su principal elemento constitutivo. En esta línea, pueden establecerse ya múltiples relaciones con aquellas prácticas colectivas que se nombran bajo el concepto de movimientos sociales. Los mismos referencian a una construcción socio-histórica colectiva en la que participan sectores y grupos que experimentan la explotación, la desposesión, la opresión y la dominación y donde la dimensión de clase cuenta como una de sus determinaciones

principales aunque no la única. De esta manera, la apelación al concepto de movimientos sociales utilizada en forma más bien retórica o para nombrar la emergencia de formas de lucha relativamente novedosas, asume otro espesor teórico resituada en referencia a estas prácticas contestatarias.

Ciertamente ello indica que nos encontramos ante una definición de movimientos sociales que no pueden considerarse ni homogéneos ni estáticos. Lejos de su personificación ahistórica, los mismos resultan polimorfos y cambiantes, atravesados por tensiones y conflictos a su interior –signados por pulsiones anticapitalistas y tendencias conservadoras– en el marco de los procesos socio-políticos sobre los que inciden y que los modifica (Vakaloulis, 2003). Estas particularidades histórico-concretas son una razón más de la importancia de los estudios empíricos y de su circulación y debate al interior del campo del pensamiento crítico. En este sentido, en tanto es en el conflicto donde se constituyen y recrean permanentemente estos sujetos colectivos, la misma noción de conflicto puede considerarse como un operador epistémico que permite abordar y desenvolver la tensión entre asignarle la prioridad al sujeto o la estructura en el análisis sociohistórico. Desde esta perspectiva, el concepto de movimiento social no sólo se inscribe en un contexto histórico específico sino que también nos conduce, lejos de toda visión homogeneizante, a dar cuenta de una identidad y organización compleja –y mucha veces contradictoria– que tanto se delimita y constituye en el terreno de la conflictividad como que encierra también tensiones y luchas en su interior; y que refiere a diferentes planos de la práctica social, como a formas organizativas y métodos de lucha, programáticas y horizontes de cambio.

### **La nueva configuración de los movimientos sociales**

De esta manera, el pensamiento crítico latinoamericano reciente ha dedicado una parte importante de sus esfuerzos al análisis, conceptualización y valoración en términos de los proyectos emancipatorios de las características particulares que signaron la configuración de los movimientos sociales emergidos a nivel regional en las últimas décadas. Reflexiones que motivaron y aún despiertan importantes debates al interior de dicho campo en una muestra de la actual revitalización que lo caracteriza tras la oscura noche del pensamiento único. Así, la exploración de las novedades de la acción colectiva abordó el entendimiento de las especificidades de los sujetos sociales, de la morfología de la protesta y la organización colectiva, de las prácticas constituyentes, las identidades y la naturaleza de las reivindicaciones, y de la orientación de los marcos programáticos y los horizontes emancipatorios planteados.

En ese sentido, una de las características que han sido resaltadas refiere al hecho de que la práctica colectiva que signó la acción de muchos de estos movimientos sociales estuvo orientada por una dinámica de apropiación social del territorio (Ceceña, 2000; Porto Gonçalves, 2003). Bautizada en algunos casos como “nueva territorialización” (Zibechi, 2003) esta tendencia a la reapropiación comunitaria del espacio de vida refiere tanto a las características que adoptan las formas de lucha signadas por la ocupación mucha veces prolongada de un espacio o territorio determinado (las ocupaciones de tierras, viviendas, rutas, pueblos o ciudades) como también a la expansión de las experiencias de autogestión productiva, de resolución colectiva de necesidades sociales (por ejemplo en el terreno de la educación y la salud) y de formas colectivas no estatales de gestión de los asuntos públicos (Quijano, 2004). En este *continuum* diverso pueden

abarcar los asentamientos del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil, las comunidades indígenas en Ecuador y Bolivia, los municipios autónomos zapatistas en México, los emprendimientos productivos de los trabajadores desocupados y las fábricas recuperadas en Argentina, así como las puebladas y levantamientos urbanos que conmovieron a diferentes ciudades de la región. En tensión permanente con el mercado y el Estado, extendidas en el tiempo o inestables y temporarias, asentadas en prácticas de producción y reproducción de la vida u operando simplemente en el terreno de la gestión de lo público-político, esta dinámica de reapropiación colectiva del territorio pareció orientar la experiencia no sólo de los movimientos indígenas y campesinos sino también en el espacio urbano.

En vinculación con estas experiencias, la práctica de los movimientos sociales latinoamericanos planteará una renovación profunda de la noción de autonomía que fuera históricamente –en particular bajo la noción de independencia política– una característica del debate y la práctica emancipatoria. Esta renovación, particularmente intensa en las experiencias y programáticas de los movimientos indígenas, aparecía así estrechamente vinculada a las formas de autogestión económica y territorialización que se describieron anteriormente (González Casanova, 2003; Ceceña, 2008). Anticipaciones en el presente de la nueva sociedad a la que se aspira, reserva estratégica y base organizativa de los movimientos, estrategias de subsistencia adaptables y funcionales a la reproducción del capitalismo neoliberal, estas experiencias de autogestión productiva han motivado encontradas y diferentes evaluaciones. Asimismo estas prácticas se han proyectado en el terreno de la gestión comunitaria del territorio y han estado en el centro de los debates sobre la valoración de la autonomía, la naturaleza del poder y el papel del Estado en el camino de la transformación social. Así, su entendimiento se tradujo en la conceptualización del contrapoder (Hardt y Negri, 2002), del antipoder (Holloway, 2002), del poder popular, de un renovado asociativismo y mutualismo o como parte de una estrategia de toma del Estado (Boron, 2001); referencias que evocan discusiones anteriores al interior del pensamiento crítico. Así también, en el proceso latinoamericano reciente estas prácticas fueron postuladas como una de las bases del llamado “socialismo del siglo XXI”.

Con un sentido diferente, de la mano de la promoción del llamado “tercer sector” y la “economía solidaria”, políticas focalizadas y de contención social estimuladas desde el Banco Mundial y los Estados nacionales han revitalizado sus esfuerzos en pos de la construcción de un diagrama de colonización de estas experiencias. Por otra parte, políticas represivas han operado sobre los procesos más dinámicos y radicales con el objetivo de recuperar los territorios conquistados por los movimientos sociales y reafirmar la legalidad de la apropiación privada de los mismos.

La tercera característica de la práctica y la programática enarbolada por muchos de los movimientos sociales recientes en América Latina refiere a una revalorización y reinención de la cuestión democrática. Ciertamente, en el marco de las sociedades capitalistas, desde la conquista del sufragio universal a los cuestionamientos de la matriz de apropiación desigual de los ingresos y recursos sociales, la acción colectiva y el protagonismo de los oprimidos forjaron los logros democráticos obtenidos en el terreno político, social y económico. En este sentido, el ciclo de movilización social que se desplegó a nivel regional desde mediados de la década de los ‘90 no hubo de ser la excepción. En este caso, la experimentación y programática desarrollada en el terreno democrático por los movimientos sociales fue tan intensa y rica que motivó su

consideración en el sentido de una reinención de la democracia (De Sousa Santos, 2002) y de su relevancia en términos de los horizontes emancipatorios (González Casanova, 2002). Dicha experimentación puede sistematizarse en, por lo menos, tres planos diferentes: a) el de la construcción organizativa de los propios movimientos; b) en la forma de la construcción de las convergencias multisectoriales; y c) en la programática enarbolada en relación con el Estado y la forma de gestión de lo público-político. En relación con el primero, la búsqueda de formas más participativas y democráticas de organización orientadas a atenuar los peligros de la burocratización y la manipulación fueron una característica de muchas de las organizaciones sociales. Ejemplo de ello fue la expansión de la matriz asamblearia y el despliegue de instrumentos de control de la delegación que trajo aparejado (Svampa, 2008). En este caso seguramente la voz zapatista del “mandar obedeciendo” fue quizás la más clara y sugerente. En segundo lugar, una utilización particular de expresión de la voluntad democrática y de formas amplias y flexibles de articulación basadas en el acuerdo para la acción pareció estar presente en las dinámicas de construcción política multisectorial y en las iniciativas de disputa de la hegemonía. En esta dirección debiera contabilizarse, también, la relativa expansión de las formas “coordinadora” o “foro” como mecánicas organizativas de articulación entre diferentes sectores y organizaciones. El tercer plano que aquí se menciona nos conduce a aquel conjunto de demandas, programáticas y prácticas colectivas orientadas tanto a promover una democratización radical de la dinámica estatal cuanto a sostener y desarrollar las experiencias de gestión de lo público-político de carácter comunitario no estatal. En este sentido, es necesario no olvidar las demandas de puesta en práctica de los instrumentos de la democracia participativa (Lander, 2007), de transformación de la lógica liberal-estatal y de legalización de las formas de autoridad y justicia propias de los pueblos indígenas que fructificaron en la demanda del Estado plurinacional y de Asamblea Constituyente (Tapia, 2007) que formó parte del pliego reivindicativo de muchos de los movimientos sociales en el continente.

Una última característica que quisiéramos mencionar es la que refiere a la emergencia de coordinaciones en el plano regional o internacional entre distintos movimientos y organizaciones nacionales y que dio vida al llamado “movimiento altermundialista” en oposición a la globalización neoliberal. Estas experiencias que tiñeron de manera profunda y singular la práctica de los movimientos sociales (Petras, 2000), fueron consideradas como la expresión de un “nuevo internacionalismo” en relación con las novedades que introducían en la recuperación de pasadas tradiciones de solidaridad y articulación socio-política a nivel mundial que habían cristalizado, entre otras formas, en las bautizadas y sucesivas Internacionales desde fines del siglo XIX. En relación con ello y entre otros aspectos, este internacionalismo se revelaba nuevo justamente por el carácter eminentemente social de los actores involucrados que aparecían referidos mayoritariamente bajo la nominación de “movimientos sociales”, aunque este carácter estaba lejos de suponer –por si hiciera falta la aclaración– la ausencia de inscripciones ideológico-políticas. Otras características que fueran referidas respecto de su novedad fueron la heterogeneidad y amplitud de los sujetos sociales abarcados en estas convergencias de movimientos (desde organizaciones sindicales, campesinas, indígenas, de mujeres, ambientalistas, estudiantiles, etc.), la extensión geográfica que las mismas alcanzaban y las formas organizativas que asumieron estas articulaciones que priorizaban la coordinación de acciones globales y campañas

comunes (Seoane y Taddei, 2001). Un breve recorrido por su genealogía conduciría desde el I Encuentro por la Humanidad y contra el neoliberalismo (1996) y las protestas contra el Acuerdo Multilateral de Inversiones (1997 y 1998), a la “batalla de Seattle” que frustró la bautizada Ronda del Milenio de la Organización Mundial del Comercio (1999), la creación y profundización de la experiencia del Foro Social Mundial (desde el 2001); las “jornadas globales” contra la intervención militar en Irak (2003); y el surgimiento y desarrollo de las campañas contra el libre comercio y la guerra que tuvieron su capítulo americano más significativo en la oposición al proyecto estadounidense del ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas) y a los tratados comerciales con los EE.UU.

Esta breve presentación, claro está, no agota la exposición de los principales elementos que caracterizaron a los movimientos sociales en las últimas décadas. En esta dirección, ciertamente el título de “social” asignado a estos movimientos y, consecuentemente, sus posicionamientos respecto de la política y el Estado habrán de constituirse también en otra de sus especificidades. Intentaremos en el próximo punto abordar nuevamente dicha cuestión.

### **Los movimientos sociales y la dimensión política**

En la producción social crítica, uno de los principales cuestionamientos vertidos respecto de la valoración del concepto de “movimiento social” –y de la configuración de los propios movimientos– resultó de considerar devaluado o limitado el alcance explicativo del término en tanto no comprendería y más bien excluiría la dimensión política tendiendo a circunscribir las prácticas colectivas y emancipatorias al terreno de un “social” distinto y contrapuesto a dicha dimensión. Ciertamente, si así fuera no tendría mucho interés la invocación de esta categoría como herramienta para abordar las más significativas expresiones de los antagonismos sociales en el capitalismo actual. Sin embargo, a la luz de la experiencia latinoamericana reciente podemos observar –tanto en la práctica como en la reflexión que caracteriza a numerosos de los nominados o auto-nominados movimientos sociales– como se destaca un extremadamente fértil proceso de reconceptualización de la política como terreno de la acción colectiva y como práctica de cambio social. Asimismo, tiene el peso de la evidencia empírica incontrastable el hecho de que dichos movimientos sociales protagonizaron el cuestionamiento y la impugnación societal a las políticas neoliberales y sus regímenes y gobiernos en el marco del ciclo de conflictividad surgido desde mediados de la década de los ‘90, como ya señalamos.

En este sentido es importante considerar en primer lugar que el referido cuestionamiento a la “apoliticidad” de lo “social” parece en realidad inspirarse y reproducir las más de las veces, de forma consciente o inconsciente, la propia matriz del pensamiento liberal que parte de la afirmación de la escisión entre lo social y lo político. Desde esta mirada, la constitución de estos dos ámbitos refiere de manera insoslayable al proceso de construcción del Estado como árbitro neutral y garante de la soberanía sobre el territorio y la trascendencia que tuvo en esta construcción la referencia al mítico “pacto de unión” que simultáneamente edifica “lo social” así como también, y consecuentemente, constituye la cuestión de las poblaciones y sus rebeldías como problema de gobierno. Este proceso significó la sujeción de la vida práctica de las mujeres y los hombres a la concepción de ciudadanos integrantes del cuerpo moral o de la voluntad colectiva (Murillo, 2008); pero también, desde una perspectiva crítica, el



mismo pondrá en evidencia el problema de la recurrente emergencia de la “cuestión social” entendida como expresión del abismo existente entre los derechos proclamados y la realidad efectiva en la cual estos son denegados para las mayorías humanas (Donzelot, 1995).

En este sentido, tal como lo señala el propio Marx en la ya referida obra *Miseria de la Filosofía*, en la sociedad capitalista “el poder político es precisamente la expresión oficial del antagonismo dentro de la sociedad civil” ya que “no hay jamás un movimiento político que al mismo tiempo no sea social” en tanto existen los antagonismos de clase (Marx, 1987). Esto es tan cierto cuanto que dicho Estado, para la perspectiva crítica, está signado por una matriz de dominación o de clase que los debates sobre su conceptualización no pueden servir a ocultar. En esta dirección, Aníbal Quijano señala que la lucha que opte por el camino de obtener el control del Estado resulta limitada para avanzar en la transformación social en tanto “el control más o menos democrático del Estado, la ciudadanía como igualdad jurídica de desiguales en el poder, no llevó, no puede llevar, hacia una continua expansión de la igualdad social, de la libertad individual y de la solidaridad social, de la democracia en suma” (Quijano, 2014).

En segundo lugar, aproximarnos a la cuestión de los movimientos sociales buscando alumbrar la forma en que se expresa la tensión entre lo social y lo político requiere historizar el proceso de transformaciones que configuraron el régimen de dominación frente al cual surgió el último ciclo de protestas sociales en América Latina. En relación con ello, la implantación del neoliberalismo en la región recorre un período de tres décadas que va desde las dictaduras contrainsurgentes a partir de 1973 a la construcción de un “consenso por apatía” constituido con base en la recreación y supervivencia del terror (Murillo, 2004).

En este proceso, la década de los ‘90 signada por los anuncios del “fin de la historia” y de la “globalización”, supuso la expansión de un modelo de gestión basado en la extinción de la política como posibilidad de cambio, movilización colectiva e incluso como espacio de referencias y debates ideológico-programáticos aún en el universo de las disputas al interior del bloque de los dominantes. Con el mercado consolidado en el lugar de la nueva utopía social, en el plano político-estatal se expandieron experiencias tales como la privatización mercantil de lo público, el gerenciamiento empresarial y tecnocrático y la video-política, entre otras tecnologías de gobierno.

La irrupción de los movimientos sociales en la escena pública latinoamericana venía así a cuestionar y a quebrar esta reducción y dilución de la política a la mera administración técnica del programa único de las contrarreformas neoliberales y al desarrollo de las tecnologías de control de las poblaciones y sectores sociales afectados gravemente por la apropiación y concentración del ingreso y la riqueza. En este sentido, esta reelaboración de la política como praxis colectiva de transformación de lo existente supuso el cuestionamiento a su confinamiento como actividad específica y monopólica del Estado, cuyos únicos legítimos instrumentos residían en las mediaciones partidarias tradicionales cuestionando de esta manera la matriz política liberal (Tapia, 2007). Ello supuso una reformulación de la política en tres terrenos simultáneos: el de la construcción colectiva de la gestión comunitaria del territorio por fuera y en tensión con la intervención estatal; el de la búsqueda del cambio de las políticas públicas bajo la demanda, confrontación y negociación con el Estado y los gobiernos; y, en tercer lugar, el del cuestionamiento de la matriz estatal y búsqueda de su transformación en un horizonte donde la gestión de los asuntos públicos societales se postula más allá de la

forma estado. De esta manera, la política se conjugará indisolublemente como un método de democratización de las relaciones sociales y de las formas de gestión de los asuntos colectivos tendiendo a expandir el “poder hacer” colectivamente en detrimento del “poder sobre” los otros (Holloway, 2002). Desde esta perspectiva, se distingue como tendencia de los procesos de resistencia sociales en curso la construcción de espacios públicos no estatales frente a la propensión oclusiva del Estado capitalista que supone la expansión de las desigualdades e inequidades sociales (González Casanova, 2003; Quijano, 2000). En este sentido, estas experiencias implicaban la ruptura de la escisión propia del paradigma liberal entre lo social y lo político, gestando los principios de una nueva sociedad y reinstalando la potencia de la utopía de un orden social que suponga la disolución de estas esferas de enajenación.

En esta misma dirección, y en tercer y último lugar, pueden ser considerados los procesos destituyentes, los levantamientos sociales y las insurrecciones urbanas que, como ya mencionamos, cruzaron la geografía regional entre los años 2000 y 2005 precipitando profundas crisis políticas y forzando la renuncia de presidentes, caída de gobiernos y apertura de transiciones que caracterizaron este período de crisis de legitimidad del régimen neoliberal. En el mismo sentido, y en el marco de largos períodos de luchas socio-políticas, se inscriben también los procesos constituyentes que, sobre todo en el área andina, han condensado toda una serie de demandas en el terreno de las transformaciones sociopolíticas siendo capaces de construir coaliciones sociales amplias y multisectoriales (Lander, 2007; Tapia, 2007; Larrea Maldonado, 2006; Svampa, 2008).

Ciertamente estos procesos de confrontaciones y crisis hubieron de modificar profundamente el escenario de lo político-estatal y del propio régimen de dominación. Ello supuso para los movimientos sociales, en algunos casos, la apertura de una capacidad de incidir en la orientación de las políticas públicas y la acción del Estado en un sentido progresivo anti-neoliberal. Como contracara, también se destaca la emergencia de nuevas “tecnologías de gobierno” (Foucault, 2006) que tienden a incorporar la participación ciudadana al dispositivo, con el objetivo de recolonizar lo “social” por parte del Estado; y como sustento ideológico y material para llevar adelante una nueva ola de reformas estatales y sociales que tienen como uno de sus propósitos la revalorización de una reconfigurada “sociedad civil”.

Por lo anteriormente mencionado, resulta imposible ensombrecer la relación dialéctica entre lo social y lo político presente en las luchas emancipatorias de nuestro tiempo. Los denominados movimientos sociales, en sus prácticas, lejos de restringirse a una lucha meramente “social”, han alcanzado relevancia “política” en numerosos países, a veces trascendiendo también las fronteras nacionales para intervenir e instalarse en el plano internacional. Estas prácticas de movilización han ido gestando, aunque aún embrionariamente en muchos casos, una transformación efectiva de las relaciones de poder; portando entre uno de sus baluartes la utopía actualizada de aquellas relaciones sociales –sin clases– en donde no existiría ya un poder político propiamente dicho.

### **Los sectores dominantes y la disputa de la movilización colectiva**

Ante la crisis de legitimidad del neoliberalismo que señalamos precedentemente, y al mismo tiempo que se abrían importantes espacios de experimentación de alternativas,

se desplegaron en los últimos años a nivel regional diferentes estrategias promovidas por los sectores dominantes tendientes a suturar dicha crisis, conjurar la movilización callejera y su conquistada legitimidad democrática y reconstruir la gobernabilidad sistémica y el control del reclamado “orden público”. La construcción de este dispositivo supuso, de distintas formas, la disputa del territorio de la movilización colectiva y tuvo su correlato en la reaparición de acciones colectivas promovidas o amparadas por las propias élites. Asimismo, la energía y fuerza desplegada por los movimientos sociales tendió a ser reabsorbida en términos de las pujas al interior de los mismos sectores dominantes o, en su defecto, estas tensiones buscaron expresarse también en la posibilidad de contar con sus propios grupos de movilización y apoyo en el terreno de la manifestación en el espacio público.

Estos cambios recientes plantearon una serie de nuevas cuestiones al uso de la categoría de “movimientos sociales” y, particularmente, a la asociación directa entre ésta y el reciente ciclo de protestas de cuestionamiento a las políticas neoliberales y la acción de los sectores subalternos. La pregunta sobre si estas manifestaciones colectivas podían ser consideradas bajo el acápite de movimientos sociales reinstaló así una nueva dimensión problemática respecto del uso del término y de su delimitación teórico-histórica. Indaguemos entonces brevemente a qué procesos y experiencias nos estamos refiriendo.

En el camino de la reconstrucción de la legitimidad y gobernabilidad sistémica puede contabilizarse en los últimos años a nivel regional un proceso de implementación y expansión de un diagrama de militarización social –que fuera bautizado como “neoliberalismo de guerra” (González Casanova, 2002)– orientado a promover un conjunto de políticas públicas y contra-reformas jurídicas tendientes a reforzar la capacidad punitiva del Estado y ganar eficacia y legitimidad en la tarea de criminalizar la protesta y la acción de los movimientos sociales cuanto también de las “poblaciones pobres” en un renacer de la categoría de “clases peligrosas” que guió al Estado represivo oligárquico de principios de siglo XX. Una de las expresiones de estas políticas ha sido la promoción de la intervención de las fuerzas armadas en el sostenimiento del “orden interno”, siendo la misión militar latinoamericana en Haití, bajo patrocinio estadounidense y francés, no sólo una cruel metáfora del control militar ejercido en las barriadas populares de un pueblo condenado a la pobreza extrema y el tutelaje externo, sino también un verdadero campo de entrenamiento y formación para dichas acciones en el terreno del “conflicto urbano”. Expresión de la “guerra infinita” impulsada por el gobierno estadounidense representado por George W. Bush y justificado bajo las invocaciones a las nuevas amenazas del terrorismo y el narcotráfico, este diagrama se alimenta de la expansión y promoción de la violencia en todas sus formas que en la recreación de un estado de naturaleza “hobbesiano” persigue encontrar justificativos para la instauración de un nuevo Leviatán autoritario. En esta búsqueda de legitimidad deben considerarse especialmente la irrupción de significativas y reiteradas manifestaciones sociales constituidas en clave ciudadana que, en diferentes países latinoamericanos y amplificadas por los medios masivos de comunicación, se desplegaron desde el año 2004 en demanda de mayor seguridad y fortalecimiento de la maquinaria punitiva estatal (OSAL, 2004). Estas manifestaciones en reclamo de seguridad se enlazaron con el desenvolvimiento de un modelo securitario que incorporaba la propia participación ciudadana en el terreno de la “gestión de la seguridad”. En este sentido, esta utilización de la participación ciudadana como

tecnología de gobierno de las poblaciones encuentra como uno de sus antecedentes más inmediatos al propagandizado “empoderamiento” de la sociedad civil impulsado por los organismos internacionales en la década de los ‘90. Sin embargo, en este caso se trataba de fundar las bases de un “consenso de seguridad” capaz de reemplazar al quebrantado “pacto social por apatía” que acompañó la aplicación de las políticas neoliberales durante la década anterior (Murillo, 2008).

Por otra parte, los sectores dominantes promovieron también una serie de estrategias tendientes a ganar una capacidad propia de ocupación y manifestación en el espacio público y de interpelación e integración de otros grupos sociales –en particular de sectores medios urbanos y fracciones de sectores subalternos– más allá de las referidas cuestiones de seguridad. Estas políticas se hicieron presentes particularmente en aquellos procesos donde se encuentran en curso transformaciones post-neoliberales de carácter progresivo, especialmente en la tríada del área andina conformada por las experiencias venezolana, boliviana y ecuatoriana. Las tensiones y confrontaciones sociales reflejadas en una significativa polarización política tienden a expresarse así en la aparición de iniciativas de dinámicas de movilización social por parte de los sectores dominantes transformando la ocupación de la calle en uno de los terrenos principales de la medición de fuerzas sociales. Probablemente la primera experiencia a gran escala de ello resultó el ciclo de movilizaciones que se prolongó desde el lock out patronal, el paro petrolero y cívico y la iniciativa del revocatorio presidencial en Venezuela entre 2002 y 2004 y que siguió a la frustración del golpe de estado de abril de 2002 (López Maya, 2005). Por otro lado, la experiencia más reciente refiere posiblemente a la iniciativa de las élites de los departamentos ricos en hidrocarburos y soja del oriente de Bolivia que, tras el triunfo del gobierno nacional en el referéndum revocatorio del 10 de agosto de 2008, promovieron una serie de movilizaciones y violentas protestas que supondrán la ocupación de instituciones estatales nacionales y de organizaciones sociales y alcanzara ribetes de limpieza étnica-política tras la masacre de Pando, siendo caracterizadas incluso como un “golpe cívico”. Estos hechos se inscribían en un prolongado e intenso ciclo de movilización social bajo la bandera de un nacionalismo autonomista con ambiciones separatistas en cuestionamiento al gobierno nacional. La demanda de autonomía departamental promovida por los Comités Cívicos de las provincias del oriente boliviano señala hasta qué punto este diagrama de disputa de la legitimidad callejera puede suponer también un amplio y complejo proceso de colonización y resemantización de las prácticas y los símbolos que fueran patrimonio de la identidad de los movimientos sociales emergidos en las últimas décadas, con sus tentativas de desarme ideológico y dilución de la referencialidad política conquistada por estos movimientos. Ciertamente, estos procesos también cuentan con antecedentes trágicos en el pasado latinoamericano, nos remiten a lo acontecido en Chile, particularmente entre los años 1972 y 1973, en el marco de las confrontaciones sociales que signaron el período de gobierno de la Unidad Popular y las llamadas estrategias de desestabilización y contrainsurgencia.

La emergencia de estas acciones colectivas, protagonizadas por sectores urbanos particularmente altos y medios plantean la consideración sobre si pueden ser abarcadas por la categoría de movimientos sociales y sobre en qué medida ello supondría poner en entredicho la potencialidad crítica de la expresión. Estos interrogantes han redundado en el terreno de la reflexión académica y política en la progresiva reaparición de otros términos para referir a los sujetos colectivos constituidos por la acción de los

grupos subalternos, como por ejemplo aquella que los refiere bajo la nominación de “movimientos populares”.

Por último, y en el marco de la morigeración de las tensiones sociales que significó la recuperación del crecimiento económico regional a partir del 2003, los cambios de elencos gubernamentales favorecieron un proceso de recuperación de la legitimidad del Estado, particularmente orientado a reestablecer el monopolio estatal de la política y de las representaciones partidarias como única mediación legítima de la delegada soberanía popular. En este camino, la relegitimación del Estado en el marco de la recuperación del crecimiento económico y del despliegue de renovadas políticas sociales de mayor impacto se tradujo no sólo en la recuperación del control estatal del espacio público –restringiendo la capacidad de acción de los movimientos sociales– sino también en procesos de integración política de fracciones o sectores de las clases subalternas. Estas experiencias tampoco son nuevas en la historia latinoamericana, refieren particularmente a las llamadas “coaliciones pluriclasistas” o a las particularidades del bloque histórico surgido particularmente a mediados del siglo XX de la mano de la expansión de la industrialización sustitutiva y cuyas expresiones políticas suscitaran el uso del término “populismo”, tal vez de características más polisémicas aún que el de “movimiento social”. Ambivalencias de sentido que no dejan de proyectarse así sobre la consideración de “movimientos populares”.

En estas múltiples direcciones, los nuevos escenarios abiertos en la región en los últimos años han supuesto nuevas cuestiones que interpelan sobre el uso y los sentidos de la conceptualización de movimientos sociales aunque están lejos de presuponer la invalidación de la misma.

### **Algunas consideraciones finales**

A lo largo de las notas precedentes hemos intentado presentar aquellas cuestiones que consideramos son los principales nudos problemáticos que el uso del concepto “movimiento social” suscita al pensamiento crítico; y, con este sentido, hemos referido –aún brevemente– a los debates y retos teóricos que dicho campo afronta en relación con ello. Desde nuestra perspectiva, el examen de estas cuestiones no puede realizarse en el marco de un estudio teórico abstracto; es decir, por fuera de sus inscripciones en la práctica social crítica concreta. En esta dirección, el recorrido que hemos propuesto ha sido en permanente vínculo con la experimentación forjada por los llamados movimientos sociales a lo largo de las últimas dos décadas en Latinoamérica en el cuestionamiento al régimen neoliberal. De estas experiencias y del acervo reflexivo que sobre ellas fructificó en el terreno del pensamiento latinoamericano en los últimos años se nutren los señalamientos desarrollados en el presente texto a partir de los cuales intentamos proponer una mínima cartografía sobre los principales aportes formulados sobre la materia.

En este sentido, el cruce analítico entre la conceptualización de la novedad de los movimientos sociales –en sus particulares experiencias concretas– y las características de la fase neoliberal configura uno de los elementos destacados de la revitalización del pensamiento crítico. Asimismo, dichas reflexiones implicaron y plantean delimitar críticamente los objetos construidos por las escuelas sistémicas, y considerar particularmente la colonización del término movimiento social por parte de aquella perspectiva que entiende a estos “nuevos movimientos” como contrapuestos al

movimiento obrero concluyendo en el ocultamiento tanto de los antagonismos sociales en el capitalismo, como de la cuestión social y colonial. Estos desafíos suponen otorgar una especial relevancia a los estudios empíricos imprescindibles a la hora de abordar las necesarias reelaboraciones teóricas y los debates actuales sobre los horizontes emancipatorios.

Por otra parte, para el pensamiento crítico el uso del término “movimiento social” exige dilucidar su relación con el llamado análisis de clase y repensarlo en una perspectiva que se desembarace de las influencias de la matriz liberal en la concepción de lo político y del Estado. En esa dirección, algunas de las cuestiones problemáticas que plantea el empleo del término exceden lo que podríamos llamar su propia responsabilidad e interrogan en realidad sobre otros aspectos y tópicos centrales de la teoría que exigen aún un mayor debate y elaboración colectiva.

Desde este lugar, en cierta medida, puede considerarse que la ambivalencia del concepto contribuyó a que el mismo se difundiera y fuera desbordado y reconfigurado por la propia práctica de los movimientos sociales latinoamericanos cuya irrupción y creciente significación impuso el uso del término al propio campo de las ciencias sociales. En esta dirección, su empleo ofreció una senda que, aún sin implicar una resolución teórica, permitía sobrepasar las miradas del determinismo economicista y la influencia de la matriz liberal en la concepción de la política.

Estos señalamientos ciertamente están lejos de pretender negar o empequeñecer los problemas y dificultades que planteó y plantea la utilización del concepto de “movimiento social”, pero sí apuntan a enfatizar que avanzar sobre dichas limitaciones remite a los desafíos que el término afronta en relación con otras temáticas significativas tales como la del estatus teórico del concepto de clases sociales y la conceptualización del Estado y la política en una perspectiva de transformación social.

Ciertamente, parte de estas respuestas se encuentran en el terreno de la propia práctica social y de los retos actuales que afronta la tarea emancipatoria. En este sentido, tras casi cinco años de relativo crecimiento económico regional, la actual crisis económica de magnitud internacional en curso proyecta hacia el futuro próximo el retorno de un escenario de agravamiento de las tensiones sociales. En el pasado reciente, el último período de recesión económica regional implicó tanto una incitación al despliegue de los movimientos sociales latinoamericanos cuanto el inicio de un período donde la legitimidad del neoliberalismo supo ponerse en crisis. Sin presuponer ninguna consecuencia mecanicista respecto de la actual situación, ciertamente estos nuevos escenarios interrogan sobre el papel de los movimientos sociales y las perspectivas emancipatorias en los tiempos latinoamericanos venideros.

## **Realidades y desafíos políticos de Nuestra América. Una década de luchas sociales y cambios políticos en América Latina\***

José Seoane, Clara Algranati y Emilio Taddei

La crisis de hegemonía del régimen neoliberal en la Argentina a fines de 2001 hubo de tener un profundo impacto a nivel regional e internacional. Tras haber sido bendecido como ejemplo de la exitosa aplicación del recetario del “Consenso de Washington”, la estrepitosa debacle económica y política de dicho régimen proyectó luego la imagen de su fracaso a nivel global.

Sin embargo, la experiencia argentina –más allá de sus particularidades, de su importancia relativa en el contexto internacional y de las propias vanidades– estaba lejos de resultar un solitario rayo en cielo sereno. Desde finales de los ‘90 la conjunción de un ciclo de luchas y emergencia de movimientos populares en crecimiento desde mediados de la década con el impacto de un nuevo episodio de recesión y crisis económica a nivel regional, dio inicio a un período de crisis de legitimidad del modelo neoliberal en Nuestra América.

Esta crisis se expresó, entre otras formas, en la capacidad destituyente conquistada por las clases y grupos subalternos cuya acción precipitó la caída de seis gobiernos durante los cinco años que median entre el 2000 y el 2005 abriendo en muchos de estos casos significativos procesos de cambio<sup>2</sup>. Aún con las diferencias entre las distintas experiencias nacionales, este período transformó profundamente el panorama regional consolidado en la década de los ‘90 marcando un quiebre de la hegemonía neoliberal y del pensamiento único, frustrando o demorando las iniciativas de recolonización continental en curso y actualizando las potencialidades de avanzar en un proyecto de transformación social con programáticas y horizontes emancipatorios renovados y revitalizados. Procesos que hicieron de Nuestra América Latina y Caribeña uno de los territorios más relevantes en el terreno de las resistencias y las alternativas al capitalismo neoliberal a nivel global.

La valoración de estos cambios, de las fuerzas en pugna y de cómo enfrentar los desafíos planteados suscitó y suscita aún un intenso debate al interior del pensamiento crítico. Los fines de década, en este caso de ésta que casi coincide con la primera del nuevo siglo, suelen sugerir la posibilidad de una mirada de mayor perspectiva sobre las tendencias “gruesas” y los procesos ya “maduros”. Sin embargo, con ánimo de aportar a este debate debemos advertir contra la tentación de considerar a estos diez años como un período homogéneo de evolución lineal, de fines ya anticipados, de un espíritu inmanente que avanza o retrocede según donde se mire. Por el contrario, es más apropiado visualizar el escenario como una serie de batallas, ganadas y perdidas, que

---

\* Este artículo se publicó, por primera vez, en marzo de 2011 en el Nº 46 de la Revista *Herramienta*.

<sup>2</sup> Nos referimos a los gobiernos de Jamil Mahuad (2000) y Lucio Gutiérrez (2005) en Ecuador; de Gonzalo Sánchez de Losada (2003) y Carlos Mesa (2005) en Bolivia; de Fernando de la Rúa (2001) en Argentina; y de Alberto Fujimori en Perú. En este breve sumario habría que mencionar también la resistencia popular victoriosa frente al intento de golpe de estado en Venezuela (2002) y el ciclo de polarización y confrontación que le siguió; la iniciativa de la caravana zapatista “por la dignidad indígena” en México (2001) y, en el plano continental, la derrota relativa del proyecto del ALCA en la III Cumbre de las Américas (2005).

aceleran, ralentizan o reorientan el espacio-tiempo societal y los procesos sociopolíticos, y que, en su condensación, permiten la periodización y la delimitación de las fuerzas y los proyectos en disputa. En esta dirección, nos interesa proponer cuatro consideraciones breves –tal vez un tanto esquemáticas por lo exiguo del espacio disponible– que, sin ningún ánimo de exhaustividad, entendemos pueden contribuir a la reflexión sobre los desafíos que afronta hoy el proyecto emancipatorio de la construcción de Nuestra América.

### **Tres proyectos en disputa, tres momentos de la confrontación**

Si podemos afirmar entonces que los primeros años de la década del 2000 estuvieron signados por el estallido y avance de una crisis de legitimidad del neoliberalismo –con sus diferentes intensidades y características nacionales–; en el período posterior se condensaron los procesos de cristalización sociopolítica de salida a dicha crisis en el contexto de un nuevo ciclo de crecimiento económico regional. El quiebre de la hegemonía neoliberal capitalista dio paso así a un panorama latinoamericano mucho más heterogéneo.

En parte de Nuestra América, debe recordarse, las fuerzas conservadoras derrotaron o neutralizaron las aspiraciones de cambio y se impuso la continuidad de similar recetario bajo renovadas características. Bautizado como “neoliberalismo de guerra” este proyecto supuso la profundización de la matriz extractiva exportadora bajo control transnacional y de los procesos de recolonización político-económicos –una de cuyas expresiones fueron los tratados de libre comercio<sup>3</sup>– así como buscó en la recreación del “estado de naturaleza” hobbesiano nuevas legitimidades para promover un proceso de militarización de las relaciones sociales orientado a criminalizar y disciplinar la vida y acción de las clases y sectores subalternos, en particular de aquellos más castigados por la intensificación del patrón de acumulación en curso. Ejemplo de ello es el gobierno fraudulento de Felipe Calderón en México y su “exitosa” “guerra contra el narcotráfico” que desencadenó un círculo de violencia y militarización creciente con un saldo de más de 30.000 muertos en casi cuatro años y con la pública promoción estadounidense de un “Plan Colombia” para este país; aunque claro su modelo más consagrado a nivel internacional siga siendo el régimen colombiano.

Es en parte de América del Sur entonces donde efectivamente se concentran las principales experiencias que parecen plantear caminos de salida del neoliberalismo. La evaluación de las mismas, de sus contrastes y semejanzas y del horizonte posneoliberal que efectivamente señalan es motivo de debate. Proponemos entenderlas desde la capacidad de hegemonía y las disputas entre otros dos proyectos societales, además del ya mencionado anteriormente.

Uno recibe el nombre de “neo-desarrollismo” por recuperar la retórica regional del desarrollo de décadas pasadas, y se afirmó, en gran medida, como orientación hegemónica en las experiencias de Argentina y Brasil. Se caracteriza por su aspiración a

---

<sup>3</sup> El más claro índice del alcance de dicho proceso de recolonización resulta la firma y puesta en vigencia de Tratados de Libre Comercio entre diferentes países y regiones de América Latina y los EE.UU.: entre 2003 y 2009 así como la creciente intervención estadounidense en el control militar-policial de los territorios nacionales viabilizado, entre otros dispositivos, a través del creciente despliegue de fuerzas y asesores militares y de seguridad en el continente y de los pactos militares y de seguridad que amparan dicho despliegue.



reconstruir la autoridad estatal y su papel en el sostenimiento de ciertas actividades industriales, la búsqueda de una mejor inserción internacional en el marco de la mundialización capitalista y la restitución del monopolio de la política al Estado y las mediaciones partidarias asegurando las bases de su legitimidad en cierta recuperación del empleo y con una serie de políticas sociales compensatorias. En este caso, los cambios acontecidos en el terreno de las políticas públicas supusieron un desmontaje de determinados instrumentos y orientaciones neoliberales prevalecientes en los '90 al tiempo que aseguraban la continuidad del carácter capitalista de la formación social. Así, la conflictividad y potencia de las clases subalternas quedaron encapsuladas al interior del bloque dominante y su horizonte societal, restringiendo los cambios a la modificación de los equilibrios y pactos a su interior.

Otro proyecto que se delinea en el escenario sociopolítico regional es el conocido bajo las referencias al “socialismo del siglo XXI” o al “socialismo comunitario”; nos remite a un proyecto popular de cambio social que, en oportunidades anteriores, hemos preferido llamar como “proceso constituyente”<sup>4</sup> y que bien puede visualizarse en los trazos de las experiencias venezolana, boliviana y, hasta cierto punto, ecuatoriana<sup>5</sup> aunque su cristalización es a la vez menos y más abarcativa que un gobierno, unas políticas públicas o un Estado en la medida que su fuerza reside en la praxis de los sectores subalternos y su horizonte en la transformación de la matriz societal. En su sentido más transformador, este proyecto aspira a la transformación de la matriz liberal-colonial del Estado en el marco de una democratización radical de la gestión de los asuntos comunes contracara de una redistribución del ingreso y la riqueza con base en los recursos aportados por la apropiación, propiedad y gestión publico-estatal de los sectores económicos más dinámicos y/o estratégicos.

Las disputas sociopolíticas y el campo de las relaciones de fuerza entre estos tres diferentes proyectos ofrecen una perspectiva para analizar los diferentes procesos en curso en nuestra región, la dinámica que asume la conflictividad en cada caso nacional y la conformación y papel de las coaliciones sociopolíticas que, con diferente grado de constitución y constituyéndose incluso en un espacio que cruza diferentes partidos políticos y distintos aparatos del Estado, aparecen encarnando estos tres proyectos y las tensiones que se plantean entre los mismos.

Por último, el final de la década estará signado por las señales del inicio de un nuevo período en la confrontación regional. En sus inicios, el mismo se caracterizará por una ofensiva restauradora promovida por los poderes imperiales, por las fracciones más conservadoras del bloque dominante y por las fuerzas socio-políticas más retrógradas en el ámbito nacional y se proyectará como respuesta y utilización del nuevo episodio de la crisis económica internacional abierto en 2008. En este sentido, el golpe de estado en Honduras de mediados de 2009 resultó una señal indudable del relanzamiento de la iniciativa estadounidense en el continente orientada a neutralizar y abatir los procesos

---

<sup>4</sup> En referencia a que en estos casos se llevaron adelante procesos de reformas constitucionales.

<sup>5</sup> Particularmente en el rumbo adoptado por el gobierno ecuatoriano a partir del final del proceso de aprobación de la nueva Constitución (2009) puede verse la creciente influencia del proyecto neo-desarrollista expresado, entre otros aspectos, en la orientación asumida hacia una serie de bienes comunes naturales (minería, hidrocarburos, agua) que precipitó y profundizó la confrontación con el movimiento indígena y, particularmente, con la CONAIE (Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador) que fuera una de las protagonistas del ciclo de resistencia y confrontación con el régimen neoliberal en el pasado.

de cambio en curso y reconquistar el control sobre un territorio que considera su área de influencia natural; ahora bajo la nueva legitimidad que ostentaba la presidencia de Obama.

### **Clases y movimientos sociales: los retos de los sujetos para el cambio social**

En muchos casos, estas nuevas ofensivas conservadoras tomaron fuerza en un contexto previamente instalado de descenso de la capacidad de lucha y pérdida de centralidad política de la acción de las clases y grupos subalternos y de sus proyectos de cambio; que, con las diferencias nacionales del caso, había sido caracterizado como reflujo, retroceso e, incluso, derrotas relativas. Ello facilitaba el ejercicio de aquellos dispositivos hegemónicos que permanentemente tienden a invisibilizarlas desplazando la comprensión de las dinámicas socio-políticas hacia otros actores, figuras o campos de acción como el Estado, los gobiernos o los liderazgos político-partidarios. Sin embargo, una mirada sobre el pasado reciente ofrece un panorama bien distinto, donde las resistencias efectivas al régimen neoliberal hunden sus raíces en ese ciclo de conflictividad social que se inicia en la región a mediados de la década de los '90. Un ciclo protagonizado por ciertas fracciones y grupos subalternos –particularmente aquellos de los más afectados por la lógica de desposesión que caracteriza al capitalismo contemporáneo– y que, en condiciones extremadamente severas y en el marco de una gran asimetría de fuerzas, construyeron marcos identitarios, organizaciones y dinámicas de acción colectiva que cuando emergieron a la luz pública recibieron el nombre de movimientos sociales. El generalizado uso de este concepto en el campo del pensamiento crítico, más allá de las ambigüedades y diferentes interpretaciones que convoca, sirvió en un primer momento para reconocer y, en cierta medida, dar cuenta de las novedades que caracterizaban a estos sujetos de la confrontación antineoliberal; aunque el debate y comprensión cabal de las mismas esté aún pendiente de la recuperación y renovación de la perspectiva del “análisis de clase” a la luz de las experiencias históricas recientes y a una visión no determinista del cambio social.

En similar dirección, en el terreno más político, la forma campesina, indígena y/o territorial-urbana de muchos de estos movimientos retrotrajo una discusión sobre los sujetos y la emancipación que hoy encuentra en la noción de un sujeto emancipatorio plural y complejo el punto de partida necesario e imprescindible para dar cuenta de la multidimensionalidad de la transformación planteada; cuestión que ya fuera señalada en el pasado por otros movimientos como el de mujeres, el feminismo y el del reconocimiento de la diversidad sexual y cuyas luchas y aportes al proyecto emancipatorio fueran también históricamente invisibilizados. En similar dirección, la praxis de estos movimientos –particularmente el movimiento indígena con su cuestionamiento al patrón colonial del poder– renovó y enriqueció las programáticas y horizontes emancipatorios con una hondura estratégica que reclama todavía su comprensión cabal para ser coherentes con la máxima mariateguiana de que el socialismo indoamericano no puede surgir del calco ni la copia.

En la práctica socio-histórica, surgidos de las profundidades de las selvas y sierras latinoamericanas, de las periferias de los grandes latifundios, circuitos comerciales y urbes, estos movimientos se constituyeron con capacidad de articulación y peso nacional en un recorrido que ampliaba su influencia desde estas periferias al centro económico y político del espacio nacional y era jalonado por movilizaciones y

levantamientos. Desposeídos o amenazados por la expropiación de sus tierras, trabajo y condiciones de vida, muchas de estas organizaciones se constituían en la identificación política de su desposesión (los sin tierra, sin trabajo, sin techo), de las condiciones sociopolíticas sobre las que se erigía la desposesión (los pueblos originarios) o de la lógica comunitaria de vida amenazada (los movimientos de pobladores, las asambleas ciudadanas). En el ciclo de resistencia al neoliberalismo se entrecruzaban y a veces convergían con otros sujetos urbanos donde también nuevos procesos de organización tenían lugar, los trabajadores –especialmente los del sector público–, los estudiantes y jóvenes, los sectores medios empobrecidos. La amplitud y brutalidad de la apropiación y concentración del ingreso y la riqueza bajo esta fase neoliberal sentaban las bases materiales de estas convergencias. Cuando ésta se produjo, con la suficiente intensidad, los sectores subordinados irrumpieron en la ciudadela de la gobernabilidad política neoliberal imponiendo con insurrecciones y levantamientos no sólo la caída de gobiernos sino también la legitimidad callejera como sustento de una soberanía popular recobrada. En estos procesos fueron decisivas las alianzas con sectores urbanos y la proyección de la conflictividad al territorio de las grandes ciudades, que fue alimentado particularmente por los efectos de la crisis económica de proyección regional que se prolongó, con idas y vueltas, entre 1998 y 2003.

La recuperación económica posterior que alcanzó en numerosos casos la magnitud de un nuevo ciclo de importante crecimiento económico y la apertura del estrecho núcleo de beneficiados económicos y políticos que había caracterizado al neoliberalismo de los '90 fueron dos factores nada despreciables en la ruptura de este "frente único" antineoliberal y en el aislamiento, fragmentación, neutralización política y corporativismo que, en muchos casos, se impuso en la conflictividad social y en la lógica de acción de los grupos subalternos. Así, sea con el proyecto del "neoliberalismo armado" en el reclamo "fascistizante" de mayor seguridad o con el "neodesarrollismo" y las expectativas y mejoras que conllevó en el terreno de lo económico o de lo político; amplias fracciones de las clases y grupos subalternos fueron interpelados con éxito por la construcción hegemónica del bloque dominante u orientaron su fuerza como apoyo y aliada en las disputas al interior del mismo. Las profundas amenazas y límites que entrañan ambos proyectos otorgan una relevancia especial al desafío de elucidar los caminos –siempre complejos, claro está– de construcción de un proyecto de transformación social propio –autónomo– de los sectores subalternos. Abordar este desafío inquiere especialmente a los que hicieron de la "autonomía" su anatema en los debates pasados, ¿será que, como suele decirse, no se habrá arrojado a la criatura con el agua?

### **Estado y autonomía: el desafío de salir de la matriz liberal-colonial**

Una de las características de los movimientos sociales que protagonizaron el ciclo de luchas sociales de las últimas décadas fue la de una praxis que reactualizaba y enriquecía la propuesta de autonomía de los sectores subalternos que caracterizó los proyectos de cambio social en el pasado. En este caso, una serie de prácticas colectivas vinculadas a la autogestión, a la satisfacción colectiva de ciertas necesidades sociales o a formas de gestión colectiva de los asuntos públicos repusieron esta problemática que tuvo en la demanda de las autonomías territoriales indígenas uno de sus propuestas más conocidas. No se trataba, a nuestro entender, como en algunos casos se interpretó, de

un “autonomismo autista”, “individualista” o “micropolítico” sino de un proyecto de autonomía y cambio social que se construía en la propia tensión de grupos sociales que no podían vivir con el Estado pero tampoco sin el Estado, y asimismo tampoco podían hacerlo en el mercado ni fuera del mismo. Así, en el sentido de un proyecto popular de cambio social, la autonomía implicaba un cuestionamiento radical a la matriz liberal-colonial del Estado así como marchaba unida indisolublemente al reclamo de una democratización radical de la gestión de los asuntos públicos. Pero este potencial crítico muchas veces tropezó con el límite de restringir el uso del concepto de autonomía al ámbito de lo político, en la diferenciación entre sociedad política y sociedad civil bajo la pervivencia inconsciente de la matriz liberal, dificultando la comprensión de la misma en el terreno del enfrentamiento social como núcleo del proyecto de las clases y grupos subalternos que van más allá y más acá del Estado.

Estas dificultades se agudizaron cuando las diferentes salidas planteadas a la crisis de legitimidad del neoliberalismo vivida en la primera parte de la década del 2000 supusieron, aunque ciertamente de distintas maneras, un retorno de la problemática del Estado. Pero ello tuvo lugar en un sentido bien distinto del previsto por la mayoría de los críticos de un “autonomismo ingenuo” que generalmente abrevaban, a sabiendas o no, en la matriz binaria Estado-sociedad clásica del pensamiento liberal. Ya en 2004 Francis Fukuyama –uno de los publicistas más conocidos de la “globalización neoliberal” de los ‘90– alertaba sobre una comprensión exagerada del “Consenso de Washington” y llamaba a construir Estados fuertes para garantizar la gobernabilidad neoliberal. En esta dirección, el proyecto del “neoliberalismo armado” descargó sobre los movimientos más activos y críticos el peso de una feroz y creciente represión tendiente a criminalizar la acción colectiva de las clases y sectores subalternos. El creciente número de activistas asesinados, perseguidos, amenazados, detenidos y condenados en nuestro continente es sólo una muestra trágica de ello. En igual dirección; las campañas nacionales y regionales contra la criminalización y la libertad de los detenidos se convirtieron cada vez más en una de las acciones centrales de los movimientos y de las convergencias continentales en los últimos años. Por contrapartida, la estrategia “neodesarrollista” supuso también el fortalecimiento del Estado que ahora pretendía volver a reclamar con éxito, para él y para las mediaciones partidarias legítimas, el monopolio de la política pública regresando a los movimientos sociales a su papel liberal clásico, el de defensores de intereses particulares en el terreno social, cambio que además –en ciertos aspectos– parecía ofrecer la posibilidad de obtener ciertas satisfacciones corporativas. Así, el descabezamiento o integración del proyecto político germinado en la práctica de los movimientos sociales era la contracara de la restauración de la legitimidad de una elite político-profesional a la que eran también incorporados algunos de los cuadros dirigentes de estos movimientos. Ambas estrategias se combinaron en la vieja fórmula del carácter bifronte de la dominación ya referida por Gramsci y tantos otros, jugando un papel central en la derrota y reflujo de la capacidad de acción de las clases subalternas.

Por otro lado, el avance del proyecto popular de cambio social, particularmente en la experiencia boliviana y venezolana, se expresó en la programática de una democracia participativa y de un Estado plurinacional, cuestiones que condensaban un proyecto de crítica y transformación de la matriz liberal-colonial del Estado vinculado a una creciente capacidad de autoactividad, organización y gestión de las clases y grupos subalternos. La riqueza y radicalidad de este programa –elementos que todavía el

pensamiento crítico latinoamericano no ha calibrado en toda su dimensión— implicaban orientar una transición que demandaba, en simultáneo, la resolución de la gestión pública a partir de la vieja maquinaria político-burocrática del Estado en el camino de su transformación y desmontaje. Como en ocasiones pasadas, la orientación de la transición se convirtió en el terreno decisivo de la marcha de los procesos. La ausencia de cuadros preparados para dicha tarea, la creciente imposición de la casta de profesionales y especialistas, la burocratización y la corrupción, y finalmente la cooptación del “propio hacer” del aparato estatal y de su “eficacia” se conjugaron, junto a las alzas y bajas que atraviesan habitualmente la dinámica de la activación de las clases subalternas, para influir en el repliegue particularista, el corporativismo, y a veces el desánimo. Ciertamente, la historia y fin de estas experiencias está lejos de estar cerrada. Su análisis obliga a distinguir entre el gobierno y el proceso, que refiere al complejo de relaciones de fuerzas, organizaciones y acciones de las clases y grupos subalternos que pugnan en el proyecto de cambio en curso. Como fue dicho en ocasión de revoluciones pasadas y recordado en los últimos años en referencia a las experiencias de nuestro continente muchas veces la revolución despliega sus fuerzas y avanza en respuesta al golpe de la contrarrevolución.

### **Los proyectos y disputas en el plano internacional: fuerzas y amenazas en la construcción de Nuestra América**

Los tres proyectos que proponemos para orientar nuestro análisis comparten un elemento en común; se sostienen en gran medida con base en la explotación y exportación de bienes comunes de la naturaleza. Claro que uno lo hace en beneficio casi exclusivo del capital trasnacional y sus asociados, otro apelando a mayor regulación pública y a la apropiación estatal de una parte de la renta extraordinaria y el tercero promoviendo la propiedad pública de los mismos y un proceso de redistribución del ingreso y la riqueza.

Por otra parte, el similar perfil exportador se diferencia también en las distintas orientaciones que asumió la política internacional y la relación con el mercado mundial<sup>6</sup>. Los cambios en este terreno se constituyeron en el marco de la derrota relativa del proyecto ALCA en la III Cumbre de las Américas (2005), la frustración de las rondas de negociaciones en la OMC de Seattle (1999) y Cancún (2003) y los cuestionamientos y deslegitimación del FMI. En particular, la derrota del ALCA marcó la culminación de un proceso de luchas y crecientes cuestionamientos a la “globalización” y la política imperial y guerrillera estadounidense acentuada bajo el mandato de George Bush hijo; aunque no fuera suficiente para impedir que diez países de la América Latina y Caribeña —además de México que desde 1994 vivió los efectos del TLCAN— suscribieran entre 2003 y 2008 tratados de libre comercio con EE.UU.<sup>7</sup> configurando en el plano regional la influencia ganada por el proyecto del “neoliberalismo de guerra”.

---

<sup>6</sup> Diferencias y cambios que no se reducen a la reorientación de las relaciones comerciales del viejo núcleo del capitalismo desarrollado a la emergente China; lo que en muchos sentidos guarda más continuidades que rupturas respecto del patrón de reprimarización de la estructura económica.

<sup>7</sup> Consideremos que estos once países (México, Chile, Perú, Colombia, Panamá, Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Costa Rica y República Dominicana) representan el 44,5% del PIB total de los 32 países latinoamericanos y caribeños inicialmente comprometidos en las negociaciones (CEPAL, 2009).

Por contrapartida, fue sobre las experiencias de lucha antiimperialista y los procesos de cambio a nivel nacional, que se delinearón y revitalizaron los proyectos de la integración latinoamericana. En 2004 Venezuela y Cuba dieron los primeros pasos de la ahora llamada Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) y el propio MERCOSUR buscó consolidarse y ampliarse. Fue en definitiva la alianza entre ambos esquemas de integración –que expresaban en el plano de las relaciones internacionales a los proyectos del “neodesarrollismo” y del “cambio social”– lo que dio vida a la Unión de Naciones Suramericanas en 2008.

La UNASUR cristalizó y marcó una modificación importante del sistema interamericano tal como éste se había configurado a posteriori de la Segunda Guerra Mundial bajo la hegemonía de los EE.UU. con la OEA y el TIAR; y cumplió un papel valioso a nivel defensivo frente a los aspectos más provocativos de la ofensiva estadounidense. Sin embargo, las diferencias entre los distintos gobiernos, el peso de una perspectiva que buscaba recrear un esquema multilateral en el terreno internacional y las estrategias que apostaban al liderazgo regional<sup>8</sup> dificultaron el desarrollo de una política antiimperialista y de integración desde los pueblos. Similares dificultades se expresaron también, por ejemplo, en los obstáculos y demoras que enfrentaron y enfrentan iniciativas claves como Telesur (2005) y el Banco del Sur (2007). En este contexto, y aún con sus límites, la propuesta de una integración basada en la reciprocidad, la complementariedad y la cooperación y no restringida al comercio de bienes ni a los acuerdos interestatales como el ALBA<sup>9</sup> se constituyó en la experiencia de integración más avanzada de un proyecto de transformación social y construcción de Nuestra América.

No por casualidad la nueva campaña regional promovida por los EE.UU. a partir del 2009 descargó su primer golpe con el derrocamiento del gobierno hondureño que había decidido integrarse al ALBA un año antes. Como ya mencionamos, este hecho fue una de las primeras campanadas de la ofensiva restauradora en el continente y marcó en la escena regional un trágico signo del nuevo momento de la confrontación sociopolítica que se iniciaba. En este camino, y con el objetivo de consolidar el control territorial y cercar a Cuba y Venezuela, se llevó adelante desde 2009 un acelerado redespiegue militar estadounidense en Centroamérica, el Caribe y el norte de América del Sur. Asimismo, se promovieron o apoyaron procesos de desestabilización o destitución en Bolivia (2008) y Ecuador (2010) y también, aunque menos explícitos, en Paraguay (2009 y 2010) y Guatemala (2009). Pero este aspecto militar no resume la ofensiva estadounidense en la región. No debe perderse de vista que ya a fines del 2007 un sector de los republicanos y los demócratas “clintonianos” compartían el diagnóstico de que para recuperar la iniciativa perdida en el continente y neutralizar el rechazo que despertaba el gobierno de Bush hijo era necesario restituir la capacidad de un “poder inteligente” (“smart power”) que en sustitución de la “guerra contra el terror” recurriera también a la diplomacia, el comercio, la ayuda al desarrollo, la cooperación y un mayor multilateralismo para reponer cierto liderazgo moral, y no sólo militar, de los EE.UU.

---

<sup>8</sup> Particularmente de Brasil, en lo que ha sido llamado una reedición del subimperialismo; fenómeno ya estudiado, entre otros, por el intelectual y militante brasileño y latinoamericano Ruy Mauro Marini en referencia al ciclo desarrollista iniciado a mediados de los ‘60 y cuya obra merece una renovada atención.

<sup>9</sup> El ALBA integra actualmente a siete países –sin considerar a Honduras que luego del golpe militar se retiró del acuerdo. Estos son: Antigua y Barbuda; Bolivia; Cuba; Ecuador; Dominica; Nicaragua; Venezuela y San Vicente y las Granadinas.

(Nye, 2008). Ciertamente, esta estrategia difícilmente podía encontrar mejor rostro que el de Obama<sup>10</sup>.

Poco más de diez años atrás, el ciclo de luchas y resistencias contra la mundialización neoliberal fructificó en una dinámica de convergencias sociales a nivel global que fue caracterizada como un “nuevo internacionalismo” y que se constituyó en una fuerza decisiva en la contestación a la mundialización neoliberal, al paradigma del libre comercio y los proyectos de recolonización. Y fueron estas experiencias y fuerzas las que dieron nueva vida al sueño de Nuestra América y a los proyectos y búsquedas de una integración desde los pueblos. Sin embargo, la suerte de estas convergencias y de estas luchas no fue ajena a lo que sucedió en el orden nacional en la región ni tampoco a los fuertes golpes sufridos por los movimientos sociales en Europa y EE.UU. a posteriori de la “batalla de Génova” (2001) y la invasión y guerra en Afganistán (2001) e Irak (2003). Es en este contexto que frente al nuevo ciclo de crisis económica internacional se ha intentado reponer a nivel global las mismas recetas y organismos internacionales (el FMI como ejemplo) que signaron la globalización neoliberal de los ‘90. Pero ello está bien lejos de significar que las resistencias y convergencias mundiales y continentales hayan perdido relevancia. A casi diez años de la primera edición del Foro Social Mundial, los primeros pasos dados por la “Articulación continental de los movimientos sociales hacia el ALBA” promovida por el MST y organizaciones de mujeres y territoriales del continente en enero de 2009 en el marco del IX FSM en Belén do Pará, Brasil representa una de las iniciativas en marcha más importantes<sup>11</sup> en el contexto de la nueva coyuntura regional para fortalecer las convergencias de las luchas y construir proyectos de largo plazo en respuesta a los desafíos que plantea la ofensiva conservadora.

### **Hacia atrás, hacia adelante: la relevancia de las luchas por los bienes comunes de la naturaleza**

El ciclo de crecimiento económico desplegado en la región a partir de 2003 acentuó dramáticamente las consecuencias de la acumulación por desposesión de los bienes comunes de la naturaleza. Y aún en el período posterior al estallido del nuevo episodio de la crisis económica internacional el crecimiento del precio de algunos commodities se tradujo en el crecimiento económico de estos sectores y de su peso político-social. Paralelamente, en muchos de nuestros países la conflictividad social y las disputas sociopolíticas alrededor de dichos bienes comunes se intensificó; sea en el cuestionamiento a la depredación ambiental y social de sus emprendimientos, sea en la disputa por la distribución de los ingentes beneficios derivados de su explotación, sea

---

<sup>10</sup> La ofensiva conservadora estadounidense en el plano internacional en el marco de la gestión Obama no se limita a América Latina o a la confirmación de la permanencia de la intervención militar-colonial en Oriente. También en el terreno de los acuerdos ambientales, la retirada unilateral de EE.UU. del Protocolo de Kyoto bajo el gobierno de Bush hijo se profundizó en los últimos años con la promoción estadounidense de un nuevo acuerdo respecto de los compromisos sobre cambio climático que fuera presentado y convalidado entre las Conferencias de Copenhague (2009) y Cancún (2010) y que significa en los hechos la licuación de los ya limitados compromisos que imponían los acuerdos de Kyoto.

<sup>11</sup> Por otra parte, en el marco de las campañas internacionales y continentales en marcha debe considerarse aquella que se moviliza contra el cambio climático y en defensa del “Acuerdo de los pueblos” forjado en la convocatoria de Cochabamba (2010) y la lanzada entre 2009 y 2010 por el retiro de las bases extranjeras en la región y contra la ofensiva estadounidense.

en el proyecto político sobre su propiedad y gestión, sea en el cuestionamiento a la épica del desarrollismo o la recolonización del continente. Los bienes comunes están en el centro de estas confrontaciones. No necesariamente estas luchas, que muchas veces convocan a diferentes sujetos, supieron o pudieron articularse. Pero aún en el contexto defensivo que, como hemos reseñado, afrontan los movimientos populares en muchos de nuestros países y con las complejidades que estos escenarios plantean, los caminos de la construcción de un proyecto popular de cambio social están estrechamente vinculados a las alternativas en relación con el uso y gestión de estos bienes comunes de la naturaleza. Similar cuestión se plantea en el plano internacional, en la batalla contra los verdaderos responsables del cambio climático que está modificando, a golpes de catástrofes e inclemencias, la vida en el planeta y amenazándola con su extinción. Y entonces, la consigna adoptada recientemente por muchos de los movimientos y organizaciones que se movilizan por una efectiva respuesta ante la crisis climática se nos vuelve tan propia: “cambiamos el capitalismo, no el clima”.

Ciertamente, los movimientos sociales y los pueblos de Nuestra América y del mundo afrontan la magnitud de una crisis que en sus diferentes aspectos (económico, ambiental, alimentario, energético, de guerra y militarización, etc.) tiene la profundidad de una crisis civilizatoria. No es sólo el horizonte lejano de las luchas, sino también y especialmente la interpelación urgente de la coyuntura. La década se cierra con luces y sombras, sobre ello hemos intentado aportar elementos para un balance que contribuyan con la reflexión de fondo que todavía es deuda del pensamiento crítico. Entre todo lo reseñado, se encuentran las programáticas y horizontes emancipatorios surgidos, discutidos, explorados en estos más de diez años de luchas y organización de las clases y grupos subalternos. Ofician de brújula estratégica frente a los desafíos que se abren hacia adelante.



## La ofensiva extractivista en América Latina. Crisis global y alternativas\*

José Seoane y Clara Algranati

### ¿Está América Latina fuera de la crisis global?

A mediados de 2007 comenzaron a manifestarse los primeros síntomas del agotamiento del ciclo especulativo en el mercado de las hipotecas inmobiliarias en EE.UU. y ya durante el 2008 el estallido de la burbuja financiera hizo sentir sus efectos sobre el conjunto de la economía desde América del Norte a la Europa unida y, crecientemente, a nivel global. Se desplegó así un nuevo episodio del capítulo económico de una crisis que viene desarrollándose, con idas y vueltas, desde hace largos años y que expresa una serie de contradicciones estructurales propias de la fase capitalista actual (entre otros Katz, 2010; Arceo, 2011; Chesnais, 2012).

América Latina llegó a ese momento tras seis años de crecimiento económico regional (2003-2008) considerado, por diferentes razones, como excepcional (CEPAL, 2008). Tanto por su magnitud y continuidad –que para algunos lo asemeja al experimentado “40 años atrás, cuando a fines de los años sesenta la región inició una expansión continuada a tasas similares a las actuales que duró siete años” (CEPAL, 2008)– como porque se asentó particularmente en el dinamismo de las exportaciones de “commodities”<sup>12</sup> a partir del crecimiento de los volúmenes exportados y, especialmente, de sus precios que contribuyeron a asegurar importantes saldos favorables en la balanza comercial y las cuentas públicas. Este proceso tuvo un significativo impacto morigerador de las tensiones sociales agudizadas en los años de inestabilidad y recesión que signaron el período álgido de movilización popular, procesos destituyentes y cuestionamientos abiertos a la hegemonía neoliberal<sup>13</sup>. En esta ocasión, nos interesa sin embargo remarcar otro aspecto. Nos referimos a la consolidación y profundización que supuso de un modelo extractivo exportador cuyas bases habían sido ya sentadas en las décadas precedentes.

Por otra parte, el hecho de que América Latina y el Caribe –con excepción del 2009– sostuviera su crecimiento económico en el contexto de la crisis global (2008-2011) alimentó las ilusiones de inmunidad o blindaje regional. Sin embargo, un análisis un poco más agudo ofrece un panorama mucho menos tranquilizador. Menos visible pero no menos real, la dimensión económica de la crisis se hizo sentir desde temprano en Nuestra América. No tanto bajo las formas más conocidas de inestabilidad o recesión, sino a partir de una serie de procesos, políticas y dinámicas de conflictividad social constituidas alrededor del destino de los bienes comunes de la naturaleza.

---

\* Este artículo fue publicado por primera vez en julio de 2012 en el N° 50 de la Revista *Herramienta*.

<sup>12</sup> Nominación generalizada bajo el neoliberalismo para hacer referencia, particularmente, a lo que se llamaba en décadas pasadas “materias primas”; es decir a aquellas “mercancías” obtenidas a partir de la apropiación privada y explotación de los bienes comunes naturales. La palabra “commodities” refleja particularmente el proceso de financiarización y mundialización de los mercados de estos bienes característicos de la fase capitalista actual.

<sup>13</sup> Desarrollamos dicha cuestión, entre otros textos, en un artículo publicado hace casi un año y medio atrás en esta misma revista del que, en sentido temporal y temático, el presente es en gran medida su continuación. Ver Seoane, Algranati y Taddei (2011).

En este sentido, el presente texto tiene por objetivo proponer una aproximación crítica a este proceso; partiendo de una reflexión más general sobre las relaciones histórico concretas que pueden establecerse entre el neoliberalismo y la noción de crisis y proponiendo una serie de argumentos y análisis para comprender la ofensiva extractivista actualmente en curso y las dinámicas de contestación social y debate sobre las alternativas que plantea. Veamos.

### **Neoliberalismo y crisis: experiencias históricas y debates teóricos**

Las nociones de “neoliberalismo” y “crisis” han despertado y aún suscitan diferentes elaboraciones y debates al interior del pensamiento crítico. No es intención de estas líneas abordar esta cuestión desde las especificidades de estos conceptos; sino proponer sobre ello algunos señalamientos –siempre breves y tal vez esquemáticos por lo exiguo del espacio– a partir de una reflexión sobre las relaciones entre ambos. Una reflexión que se plantea ahondar el análisis en dos planos: en el de la interpretación de la historia reciente y en el de los debates teóricos más generales.

Este recorrido comienza así con un primer hito. El hecho de que por “neoliberalismo” nos referimos habitualmente a la fase capitalista particular que emerge y se constituye históricamente como respuesta y salida sistémica a la crisis de los años ‘70. Sobre ello se planteó y existe una doble discusión en la tradición marxista y crítica. La primera interroga sobre si la implementación efectiva del proyecto neoliberal resolvió en todos sus aspectos la crisis abierta cuatro décadas atrás; en una tensión que va de los éxitos obtenidos en la reposición e incremento de la tasa de ganancia a las dificultades en garantizar un nuevo ciclo estable de reproducción ampliada. La segunda discusión indaga sobre la propia conceptualización de dicha crisis; sobre si se resalta en el análisis su manifestación económica o se la visualiza como una crisis más amplia, de dominación.

En cierta forma, podemos decir que ambas discusiones se han reactualizado en los últimos años, de manera renovada y enriquecida a la luz de los nuevos desafíos que los proyectos emancipatorios afrontaron. Así, por un lado, tanto en la programática de los movimientos populares como en el campo del pensamiento crítico se ha tendido a afirmar una caracterización de la crisis actual que, trascendiendo las visiones economicistas, enfatiza una perspectiva multidimensional. Se identifica así una dimensión económica de la crisis, pero junto a ella también se reconoce una crisis alimentaria, energética, ambiental y climática. La magnitud y multidimensionalidad de esta crisis ha motivado que la misma fuera considerada como una crisis de civilización, civilizatoria o de la civilización dominante (entre otros Lander, 2010; Vega Cantor, 2009; Articulación ALBA, 2011; Houtart, 2011).

Por otra parte, la manifestación actual y la persistente recurrencia de las crisis en el largo proceso de implantación y globalización del neoliberalismo reactualizó el debate sobre la relación entre ambos procesos encaminando el análisis hacia un examen sobre los efectos productivos de las crisis; o lo que podríamos llamar más llanamente los usos de la crisis.

En relación con ello, hemos sido testigos de como el estallido del último episodio económico de la crisis a partir de 2007 tendió a afirmar una “gestión neoliberal” de la misma. Son sus ejemplos más evidentes y divulgados por los grandes medios los salvatajes públicos a grandes bancos y empresas; y las políticas de ajustes salvajes y de

recolonización, ejercidas particularmente sobre la periferia de la Europa “unida”. Asimismo, hemos presenciado en el plano internacional los intentos de reponer al FMI y al BM como agentes de su gestión mundial así como la revitalización del “Grupo de los 20” relegitimando el núcleo rector del G8; organismos internacionales y Estados centrales que fueron confrontados y cuestionados duramente en el primer ciclo del llamado “movimiento altermundialista”.

Similares conclusiones obtenemos cuando abordamos el estudio de la experiencia histórica vivida en América Latina en las décadas de implementación y construcción hegemónica del neoliberalismo. Ese período comprendido entre las dictaduras contrainsurgentes del Cono Sur de los ‘70 y la expansión y profundización continental del “gobierno neoliberal” en los ‘90; y en el que cumplieron un papel singularmente importante en la construcción de las relaciones de fuerza requeridas para la implementación del paquete neoliberal las llamadas “crisis de la deuda” de los ‘80, las “crisis hiperinflacionarias” de la segunda mitad de los ‘80 y principios de los ‘90 e incluso la “crisis del Tequila” de mediados de los ‘90<sup>14</sup>.

Estas experiencias históricas motivaron diferentes y sugerentes conceptualizaciones; desde el señalamiento del particular papel que le cabe a la financiarización y la mundialización neoliberal como modo de “gestión de la crisis” que las propias políticas neoliberales agudizan (Amin, 2001); el rol que las crisis económicas juegan en el “patrón de reproducción del neoliberalismo” (Petras y Morley, 2000) e incluso en la caracterización de esta etapa bajo la nominación de “capitalismo del desastre” identificado por su uso sistemático de la doctrina del shock (Klein, 2007).

En esta lista, incompleta por cierto, resulta importante incluir el concepto de “acumulación por desposesión” acuñado por David Harvey para referirse a las formas particulares de acumulación características de la fase neoliberal. Debemos recordar que esta elaboración no sólo es incentivada, como confiesa el propio autor, por la reactualización de las guerras de invasión colonial presentes en la intervención militar anglo-estadounidense en Irak de inicios de 2003; sino también que se inscribe –como aporte histórico específico– a una problemática de largo aliento en el pensamiento marxista y crítico, que con sus diferencias y confrontaciones, desde Lenin y Rosa Luxemburgo, plantea y analiza la relación entre crisis capitalista e imperialismo. En este sentido, no es para esta tradición una novedad teórica la idea de que la gestión de las contradicciones –en las múltiples dimensiones que adopta la contradicción ampliada capital-trabajo– en el núcleo del capitalismo desarrollado se realiza, entre otras formas, bajo la promoción de ofensivas imperialistas (o de ofensivas del capital en un sentido más amplio); y, en este caso, en el ejercicio de una forma particular de acumulación capitalista que llamamos por desposesión o por despojo.

Por otra parte, en la última década se ha construido un sentido común a propósito de pensar las crisis como una ocasión que puede aprovecharse en beneficio propio; muchas veces refiriendo la idea de que los ideogramas que se usan en el idioma chino para decir crisis remiten tanto a peligro como también a oportunidad. Una imagen

---

<sup>14</sup> Por el contrario, el impacto regional de la llamada “crisis del sudeste asiático” de 1997 combinada con un creciente descontento social con los resultados de las reformas neoliberales y con el desarrollo de un ciclo de luchas y constitución de movimientos sociales iniciado desde mediados de los ‘90 darán por resultado un agudo período de cuestionamientos y pérdida de hegemonía del neoliberalismo que abrirá importantes cambios sociopolíticos en muchos de los países de América Latina y el Caribe.

presente en los medios masivos y en los manuales de management y autoayuda, y repetida en boca de John F. Kennedy y del personaje de Lisa en un capítulo de Los Simpsons de años atrás. Pero esta construcción remite también a ciertos desarrollos teóricos presentes en la corriente de pensamiento neoliberal. Escribió Milton Friedman, uno de sus mentores, en 1962: *“sólo una crisis –real o percibida– da lugar a un cambio verdadero*. Cuando esa crisis tiene lugar, las acciones que se llevan a cabo dependen de las ideas que flotan en el ambiente. Creo que esa ha de ser nuestra función básica: desarrollar alternativas a las políticas existentes, para mantenerlas vivas y activas hasta que lo políticamente imposible se vuelva políticamente inevitable” (Friedman, 1966; citado en Klein, 2007, p.27; las cursivas son propias) Sobre ello también se ha examinado cómo, en este proceso, se han puesto en ejercicio tecnologías de gobierno de los sujetos basadas, por ejemplo, en la “gestión productiva” de las inseguridades, incertidumbres, desamparo y dolor (Murillo, 2007) que son características del arte de gobierno neoliberal; y también como este arte de gobierno se distingue, entre otras cuestiones, por afirmar que “la crisis [...] en primer lugar deja de tener connotaciones negativas [...] para tornarse un proceso productivo; en segundo lugar no es ya una excepción sino un elemento constante que opera en el núcleo de la planificación estratégica, del gobierno global; [y] en tercer lugar, cesa de ser un obstáculo a la gobernabilidad y gubernamentalidad, para conformarse en un elemento central del gobierno a distancia de sujetos individuales y colectivos” (Murillo y Algranati, 2012, p. 32). Desde este recorrido examinemos entonces cómo se ha expresado la crisis global en Nuestra América reciente.

### **La ofensiva extractivista en América Latina y el Tercer Mundo**

Como ya adelantamos, la hipótesis que intentamos fundamentar en estas líneas afirma que una de las lógicas particulares de expresión de la crisis global en las áreas de la periferia capitalista adopta la forma de una profundización radical de los procesos de acumulación por desposesión. O, para decirlo de otra manera, aparece bajo la promoción de un nuevo ciclo global de mercantilización, apropiación y control por parte del gran capital de una serie de bienes, especialmente de aquellos que llamamos los bienes comunes de la naturaleza. En otras oportunidades, hemos bautizado a este proceso con el nombre de ofensiva extractivista (Seoane, 2012a y b). No hay todavía efectiva conciencia de la magnitud de esta ofensiva y de las fuerzas que la animan. Permítasenos presentar algunas reflexiones y evidencias sobre ello.

La primera de estas evidencias resulta de la evolución de la inversión extranjera directa (en adelante IED) en América Latina y el Caribe en estos años de crisis global. Así –con excepción de 2009 cuando cayó el PBI regional– el período 2008-2011 presenta volúmenes record de IED que representan según los años entre un 70 y un 130% más que el promedio ingresado entre 2000 y 2005 (CEPAL, 2012). Así, por ejemplo, en 2011 la IED fue un 31% más que el 2010 aumentando la participación regional sobre el total mundial hasta alcanzar el 10% y convirtiendo a América Latina y el Caribe en la región donde más crecieron estos flujos (CEPAL, 2012). Particularmente orientada a América

del Sur, la misma se dirigió especialmente a las actividades vinculadas con la explotación de los bienes comunes de la naturaleza (CEPAL, 2012)<sup>15</sup>.

Por otra parte, en este proceso regional se destaca en los últimos años las inversiones en la explotación minera en la región. Según datos de las consultoras privadas del sector, las mismas representaron en 2011 un monto record de 140 mil millones de dólares, un 40% más que en 2010 que ya había involucrado un volumen considerable, y un 250% superior a la registrada en 2003 (Infobae, 2012).

Esta ofensiva del gran capital sobre los bienes comunes naturales no excluye ciertamente a las tierras y los territorios ni a otras regiones del llamado Tercer Mundo, particularmente al continente africano. Según el Banco Mundial –uno de los promotores del proceso global de mercantilización de la tierra– entre 2008 y 2009, 56 millones de hectáreas fueron arrendadas o vendidas en los países del Sur<sup>16</sup>, especialmente en África y América Latina (GRAIN, 2012; Texeira y Rodrigues, 2011) resultado de inversiones proveniente en gran parte de los fondos de inversión trasnacionales (GRAIN, 2012). En el mismo sentido, la frontera agrícola, particularmente bajo el motor de la soja transgénica, no ha dejado de expandirse en los últimos años a nivel regional junto con la presencia del capital trasnacional consolidando en América del Sur ese territorio de soberanía corporativa que ha recibido el cínico nombre de “República de la Soja” (Borras, Franco, Kay y Spoor, 2011).

Finalmente, esta ofensiva tiene también su capítulo particular en relación con las medidas que se proponen frente a la crisis climática. Tras la iniciativa estadounidense de redefinir el llamado Protocolo de Kyoto hacia compromisos voluntarios y flexibles en las últimas conferencias mundiales sobre cambio climático<sup>17</sup>; la propuesta de los organismos internacionales, corporaciones y Estados centrales hacia la próxima Conferencia de Naciones Unidas sobre Desarrollo Sustentable –más conocida como “Río más 20”– enarbola lo que llaman “economía verde”. La misma –que deberíamos llamar con más propiedad “capitalismo verde”– no sólo promueve la ampliación de los “mercados de carbono” y la producción y uso de agrocombustibles sino también utilizar la agricultura “como biorreactores [que] no sólo producen alimentos (proteínas, hidratos de carbono o fibras), sino variadas formas de energía, enzimas industriales, plásticos o medicinas [y se convierten] en pequeñas plantas industriales o una industria verde que utiliza energías limpias y renovables, como la solar, donde las hojas son una especie de eficientes paneles” (Grobocopatel, 2012, p. 19). Una “solución” ante la crisis climática que profundiza justamente sus causas: la expansión del mercado capitalista ahora bajo la mercantilización y apropiación privada trasnacional de la naturaleza.

---

<sup>15</sup> En similar dirección, vale tomar nota que entre las diez principales operaciones de inversión extranjera en compra de empresas realizadas en 2011, siete corresponden a los sectores de petróleo, gas y minería; tres de las cuales resultan de adquisiciones de empresas chinas aun si los EE.UU. siguen detentando el primer lugar como inversor regional (CEPAL, 2012).

<sup>16</sup> Frente a ello, por ejemplo, una campaña internacional contra el acaparamiento de tierras viene creciendo a nivel global impulsada principalmente por los movimientos campesinos nucleados en la Vía Campesina. Desde el Llamamiento de Dakar proclamado en esa ciudad africana en el marco del Foro Social Mundial a inicios de 2011 hasta el lanzamiento de una “alianza global contra el acaparamiento de tierras” promovida por la Conferencia Internacional Campesina realizada en Mali a fines del mismo año, la lucha contra este proceso se ha convertido en el eje central de las acciones campesinas frente a los poderes internacionales (Boletín Nyeleni, 2012).

<sup>17</sup> Nos referimos a la XV en Copenhague en 2009; la XVI en Cancún en 2010; y la XVII en Durban en 2011.

En estos diferentes terrenos, los pueblos de Nuestra América han afrontado y combatido en los últimos años y de diferentes maneras los intentos de profundizar el saqueo, la contaminación y la dependencia.

### **Sujetos y estructuras**

Una de las fuerzas que motoriza esta ofensiva es la del capital trasnacional representado en unas pocas decenas de megacorporaciones que promueven este nuevo ciclo de mercantilización, privatización y control de los bienes comunes de la naturaleza y los territorios donde se asientan, a escala global. Pero también, junto a éste, de manera asociada o competitiva, aparece el capital local-nacional tanto bajo la forma de grandes grupos económicos que tienen una proyección regional e internacional<sup>18</sup> como de empresarios menores muchas veces encargados de la realización de las formas más violentas e ilegales de esta acumulación basada en el despojo de los pueblos<sup>19</sup>.

Pero esta profundización del modelo extractivista se ha instalado también y de manera creciente en la agenda de los gobiernos de la región que, incluso más allá de sus diferencias político ideológicas, parecen converger e inclinarse por profundizar este modelo justificado como una respuesta lógica ante la incertidumbre económica global, la desaceleración del crecimiento y su impacto en las cuentas públicas y la balanza comercial, pilares del ciclo económico anterior. En este terreno se cuentan desde los recientes acuerdos de instalación de las primeras megaminerías a cielo abierto en Ecuador y Uruguay a los procesos de contrarreforma agraria y mercantilización de los territorios amazónicos cristalizados en el “decretazo” de Alan García en Perú en 2008 y en la ley de regularización de la apropiación privada ilegal de la Amazonia aprobada también en 2008 en Brasil bajo el gobierno de Lula da Silva. Desde los proyectos de “reforma energética” y privatización de PEMEX en México impulsado por Felipe Calderón en 2008 o las intenciones de privatizar CODELCO en Chile hasta las políticas de promoción del agronegocio y los agrocombustibles en el Cono Sur. Desde la habilitación de grandes proyectos mineros por gobiernos recién electos con un discurso de regulación de la megaminería –como es el caso de Ollanta Humala en Perú y el actual conflicto contra la instalación de la minera CONGA en Cajamarca; o el de Beder Herrera en la provincia de La Rioja y el gobierno nacional frente al proyecto minero en Famatina– hasta la profundización y la expansión de la explotación hidrocarburífera ahora incluyendo los llamados petróleo y gas no convencionales. Desde la promoción de la minería trasnacional en Colombia y Centroamérica hasta el nuevo impulso de los proyectos hidroeléctricos (como Hydroaysén) y forestales en el sur chileno.

También, la promoción de esta ofensiva extractivista se expresó en el terreno de los proyectos de integración y la geopolítica regional. Es ya conocido que a partir de

---

<sup>18</sup> Por ejemplo, los casos de la VALE –Companhia Vale do Rio Doce–, Petrobrás, Odebrecht, Aracruz y Votorantim –las cinco originalmente brasileñas– o del Grupo Los Grobo –originalmente argentino.

<sup>19</sup> La experiencia argentina es bien indicativa de estos procesos. Recordemos por ejemplo que el hostigamiento reiterado a las comunidades campesinas en Santiago del Estero que culminó con el asesinato del militante campesino Cristian Ferreyra a fines de 2011 fue promovido por empresarios locales en asociación con las mafias policiales y políticas de la provincia. En el mismo sentido, las regiones de expansión de la frontera agrícola bajo el agronegocio y la soja transgénica han visto crecer rápidas fortunas de empresarios agrícolas connacionales al calor de estos procesos de despojo y apropiación ilegal de tierras comunitarias y público-estatales.

2009 tiene lugar un nuevo despliegue de la presencia militar estadounidense a nivel regional que tuvo en el golpe de estado en Honduras una de las primeras manifestaciones de esta iniciativa que se articuló con las fracciones más conservadoras de las clases dominantes locales (Seoane, Algranati y Taddei, 2011). Menos conocida es tal vez la continuidad de la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana –más conocida por sus siglas IIRSA. En 2011, entre las iniciativas que presentó la UNASUR para responder a la crisis se incluyó la realización de 31 proyectos de infraestructura promovidos por el Consejo Suramericano de Infraestructura y Planeamiento (COSIPLAN)<sup>20</sup>. Proyectos que forman parte de la cartera del IIRSA integrado al COSIPLAN a partir de 2009<sup>21</sup> (COSIPLAN, 2011). De esta manera, la prioridad otorgada a las obras de infraestructura para facilitar el comercio exterior de commodities es otra expresión de la hegemonía ganada por el modelo extractivo exportador; de similares consecuencias aunque ahora sea promovido por un proyecto de corte neodesarrollista y el creciente intercambio con China.

Por otra parte, esta ofensiva suele ser interpretada por la literatura económica como la respuesta racional de agentes en un mercado de precios crecientes resultado del incremento de la demanda mundial basada fundamentalmente en el peso ganado por el Asia Pacífico (Banco Mundial, 2011; CEPAL, 2009 y 2012). Y ciertamente estamos en presencia de un crecimiento constante de los precios de estos bienes<sup>22</sup> aunque las razones de ello merezcan un análisis crítico más detenido que vaya más allá de la “demanda oriental” en un contexto mundial de retracción económica. Por el contrario, contra toda perspectiva naturalizadora, ello nos remite a una serie de razones estructurales que caracterizan la fase neoliberal capitalista actual y su particular orden mundial.

En este sentido, por un lado, refiere al proceso de financiarización y su particular impacto en el terreno de la mercantilización y explotación de los bienes naturales. Proceso que se expresa tanto en el hecho de que el precio de los commodities se define en las bolsas de valores de los países centrales como a la significativa presencia de los fondos de inversión en el sector. Estos hechos explican que, desplomada la burbuja financiera alrededor de los activos inmobiliarios en EE.UU., la especulación se desplace rápidamente a los bienes comunes de la naturaleza, lo que contribuye a independizar la

---

<sup>20</sup> Entre las mismas se creará el Consejo de Economía y Finanzas de la Unión y se harán propuestas para desdolarizar los intercambios comerciales, promover un fondo anticrisis e incluso reimpulsar el Banco del Sur. Aunque estas iniciativas quedarán sin concretarse. La trayectoria del Banco del Sur es en este sentido una buena muestra. Con su primer paso de fundación en 2007, y luego de la adopción de un marco constitutivo que restringe en parte su sentido original, todavía resta la aprobación parlamentaria de alguno de los miembros para que se pueda poner en marcha.

<sup>21</sup> Al COSIPLAN se incorporó el Comité Directivo de la IIRSA como foro técnico asesor, así como fueron reconocidos los resultados alcanzados por este proyecto en el terreno de la integración y se incluyó su cartera de proyectos y el ordenamiento territorial y prospectivo y la metodología de planificación territorial indicativa desarrollada en la IIRSA (COSIPLAN, 2011).

<sup>22</sup> Por ejemplo, en los cuatro años que median entre 2007 y 2011 el precio internacional de la soja creció un 30%, un porcentaje similar lo hizo el crudo de petróleo, el del oro casi un 100%, la plata un 132% y el maíz casi un 58% (Banco Mundial, 2012) siendo el año 2008 cuando se verifican las alzas más importantes. Así, por ejemplo, “en junio de 2008, los precios de los alimentos básicos en los mercados internacionales alcanzaron sus niveles más altos de los últimos 30 años” provocando que, según los moderados datos de la FAO, “otros 115 millones de personas fueron empujadas al hambre crónica” a nivel internacional (FAO, 2009, p. 6) dando origen a una serie de revueltas del hambre que cruzaron la geografía del planeta.

evolución de los precios de estos bienes del valor de producción (entre otros, Bruckman, 2011).

Por otra parte, este proceso es también el resultado de la concentración y centralización del capital signado por las reformas liberalizadoras características de la “globalización neoliberal” y que tienen su capítulo más conocido en las numerosas fusiones y asociaciones empresariales que tienden a consolidar un control relativamente oligopólico por parte de un puñado de grandes megacorporaciones (entre otros, Bruneto y Stedile, 2011).

Finalmente, el carácter multidimensional de la crisis actual y la interconexión y retroalimentación de sus diferentes dimensiones acentúa sus efectos regresivos (entre otros, Toussaint, 2010). Así, por ejemplo, el crecimiento de la producción de los agrocombustibles –supuestamente orientados a aliviar la dimensión energética de la crisis– o la promoción de los mercados de carbono –aparente respuesta a la crisis climática– agudizan su dimensión alimentaria.

De esta manera, estos tres breves señalamientos aportan algunos elementos sobre las razones estructurales sobre las que se apoya la ofensiva extractivista, que apuntan a evitar las visiones naturalizadoras de este proceso, como si el mismo deviniera de una escasez inherente a los bienes en cuestión o del funcionamiento de un supuesto “mercado libre” o de una todavía insuficiente modernización.

### **¿Ante un nuevo ciclo de luchas?**

Frente a esta ofensiva extractivista una ola de protestas y resistencias sociales emergió y está desarrollándose a nivel regional. Allí se cuentan un sinnúmero de las principales luchas y movilizaciones acontecidas en América Latina en los últimos años que ponen en cuestionamiento al modelo extractivo exportador y su cuota de violencia, saqueo, devastación ambiental y dependencia-recolonización. Allí está también la masacre de Bagua en Perú (5 de junio de 2009) frente al levantamiento de las comunidades de la amazonía como símbolo trágico de la respuesta represiva que muchas veces se descarga sobre estos movimientos y pueblos. Una ola de resistencias donde intervienen organizaciones y movimientos ya presentes en el ciclo de cuestionamiento al neoliberalismo de décadas pasadas pero que también experimenta procesos complejos de reorganización del campo de los sujetos subalternos y sus lógicas de acción. A pesar de este escenario y de la fragmentación y aislamiento local-sectorial al que quiere condenárselas; estas experiencias en múltiples casos han logrado detener los emprendimientos extractivistas o morigerar los efectos más regresivos de las políticas públicas. Y también afrontan el desafío de expresarse en el plano regional; por ejemplo, en la movilización continental y global contra la mercantilización de la naturaleza y la ofensiva extractivista de junio próximo y la Cumbre de los Pueblos paralela a la Conferencia de Río + 20 (junio, Brasil); y también en la preparación y participación de la asamblea continental de la Articulación de los movimientos sociales hacia el ALBA hacia fin de año.

Ciertamente, la combinación de estos procesos con la desaceleración económica regional y los ajustes del gasto fiscal, expresiones también de la crisis global; sugiere que estamos frente a un nuevo ciclo regional de luchas que parte de los cambios, los logros y, también, de los límites y frustraciones de lo acontecido en América Latina en la última década. En este contexto, estas experiencias y el debate y las prácticas críticas y



cuestionadoras del modelo de desarrollo en curso que plantean adquieren una significación particularmente importante; en la medida en que la elaboración de un proyecto de “otro desarrollo” resulta el necesario alimento para la construcción colectiva de efectivas alternativas populares ante la crisis.

# **América Latina entre la ofensiva conservadora y la crisis mundial: ¿emerge un nuevo ciclo de luchas sociales?\***

José Seoane

## **Introducción**

El estudio de la conflictividad social ha ocupado históricamente un lugar relevante en la atención del pensamiento crítico. En particular, en Nuestra América latina y caribeña de las últimas décadas, un ciclo de luchas sociales y emergencia de sujetos colectivos de los sectores subalternos cuestionó la hegemonía neoliberal también en el terreno de la academia haciendo de la reflexión sobre estos procesos uno de los núcleos principales de la revitalización de las corrientes críticas y de los debates teóricos que las animaron. Por otra parte, para ciertas perspectivas, el análisis de los procesos de conflictividad social ha sido entendido también como un punto de abordaje consistente para la comprensión de los procesos sociales, políticos y económicos y las dinámicas de cambio suscitadas en la región en el período reciente (Seoane y Taddei, 2000).

En este marco, en trabajos anteriores, hemos señalado que a mediados de los años '90 puede identificarse el comienzo de un ciclo de conflictividad social a nivel regional (Seoane, Algranati y Taddei, 2011) considerado así, retomando los aportes de diferentes autores y tradiciones teóricas (entre ellos Marx, 2004; Gramsci, 1999; García Linera, 2011; Tarrow, 2004), no sólo por la dinámica de crecimiento cuantitativo y cualitativo de la protesta y su proyección regional sino también por las características comunes que lo identifican, particularmente en relación con los sujetos, formas de lucha y organización, y programáticas. La combinación de este ciclo de conflictos con una caída del crecimiento y recesión económica de magnitud regional abrió un nuevo período que se prolongó entre 1999 y 2005 caracterizado por la crisis de la hegemonía neoliberal que proyectó las prácticas y programáticas de los sujetos del conflicto al terreno de lo político-estatal y los horizontes de la transformación social. La constitución nacional de diferentes proyectos de resolución de dicha crisis y su estabilización regional entre 2005 y 2008 en un nuevo contexto de crecimiento económico signaron una nueva mutación de la conflictividad social caracterizada por su heterogeneidad regional –en relación con los diferentes proyectos que se afirmaron a nivel nacional– y, en muchos casos, por su configuración corporativa e, incluso, su debilitamiento y retroceso (Seoane, Algranati y Taddei, 2011; Seoane, 2014).

Sin embargo, en el análisis del nuevo contexto regional que se planteó a partir del 2009 y, particularmente, en relación con lo que hemos señalado como “ofensiva extractivista” puede identificarse un nuevo ciclo de conflictos sociales de proyección regional que emergen ante la expansión e intensificación que anima a los emprendimientos y actividades económicas extractivo exportadores (la megaminería a cielo abierto, la explotación hidrocarburífera, los monocultivos forestales y las pasteras, los cultivos transgénicos y el agronegocio, etc.) y las obras de infraestructura (energéticas y de transporte) que los acompañan. Hemos analizado algunas de las características de este ciclo y sus límites en el terreno de su proyección nacional y

---

\* Este artículo fue presentado en 2014 como ponencia en las II Jornadas de Estudios de América Latina y el Caribe: desafíos y debates actuales.

regional en contribuciones anteriores (Seoane y Algranati, 2012). El presente trabajo parte de retomar estos señalamientos y preocupaciones, con el sentido de volver a interrogar a la realidad latinoamericana de los últimos años.

En esta dirección, partimos de una serie de acontecimientos que han marcado en varios de los países de la región un regreso de la conflictividad social en el ámbito urbano o de emergencia de procesos nacionales de movilización social y que han tenido, por su confrontación y/o programática, una dimensión político-estatal significativa. Nos referimos, por ejemplo, al proceso de luchas del movimiento estudiantil en Chile y la conformación de un movimiento por la educación pública entre 2011 y 2013; a la serie de paros agrarios y populares en Colombia entre 2013 y 2014; a la proyección de los procesos de movilización juvenil urbana en Brasil originados por el alza del transporte a mediados de 2013; al crecimiento de la conflictividad de los trabajadores ocupados en la Argentina en el contexto de otros procesos de movilización acontecidos entre 2012 y 2014.

Esta ponencia se propone un estudio exploratorio y comparativo de los procesos de conflictividad social acontecidos en estos países con el objetivo de contribuir a la elaboración de una posible respuesta sobre la existencia de un nuevo ciclo de conflictividad regional y sus características. Asimismo, pretende sistematizar una serie de señalamientos sobre los núcleos teóricos que se le plantean al pensamiento crítico en el análisis de estos procesos recientes de activación y movilización social. Para ello, en esta oportunidad vamos a considerar para el estudio solamente los cuatro casos nacionales referidos anteriormente en la ejemplificación; quedando para un próximo trabajo una reflexión regional más abarcadora. Finalmente, nos proponemos comenzar este ensayo con una primera reflexión sobre los cambios en el contexto regional en el que se registran estos procesos de conflictividad social; y, particularmente, respecto de la situación económica en la región a partir del 2012.

### **Las novedades en el contexto regional: caída del crecimiento económico y protesta social**

Hemos analizado en trabajos anteriores la particularidad del nuevo episodio de la crisis económica global que se inicia con el derrumbe de las hipotecas inmobiliarias en EE.UU. a fines de 2007. En relación con ello, en el examen de su impacto regional, referimos que –salvo la caída del PBI en 2009– sus efectos no se sintieron tanto en la pérdida del crecimiento económico sino, particularmente, en la aceleración de los proyectos y modelos extractivo exportadores que fueron el atractivo refugio del capital especulativo y financiero internacional en momentos en que el viejo centro del capitalismo mundial se encontraba en recesión (Bruneto y Stedile, 2011; FAO, 2009; Seoane y Algranati, 2012). La contracara de esta profundización regional del extractivismo la constituyó un ciclo de conflictos sociales a nivel regional que, en cuestionamiento a estas actividades, se expandió e intensificó a partir de 2008 y que tuvo en la llamada “masacre de Bagua” en 2009 en Perú su marca de sangre (Seoane, Taddei y Algranati, 2013).

En este proceso, se ha señalado que a partir de 2012 comienza un nuevo período del procesamiento global de la crisis económica (Katz, 2012). Por una parte, se registró una desaceleración controlada del crecimiento de la economía china –que disminuyó su tasa de incremento del PBI de valores iguales o mayores al 10% anual a ubicarse en la franja del 7%– y similar proceso en la economía de la India –que de manera similar pasó

de tasas entre un 7 y 10% a valores del 6 al 4% desde 2011– y también a nivel general en esa región del mundo. Por otra parte, y de manera complementaria, se registró una leve pero sostenida recuperación de la economía de los EE.UU. e, incluso, en el último período en parte de la Unión Europea. Estos cambios en el procesamiento regional de la crisis global tuvieron efectos específicos y diferenciados en Nuestra América.

Por una parte, significaron la disminución de los precios de los bienes comunes de la naturaleza –llamados commodities– rubros principales de las exportaciones latinoamericanas. En el cuadro N° 1 puede apreciarse la evolución del precio de estos bienes agrupados en seis categorías; de su examen puede señalarse la pendiente de crecimiento sostenido que los mismos experimentan entre 2000 y 2006/7, el salto que registran en el contexto del primer período de la crisis económica mundial (2007-2011) y la disminución que sufren en el momento al que nos estamos refiriendo ahora (2012-2013). Sobre estos cambios puede afirmarse también que, si por un lado, se verifica una disminución del precio mundial de estos bienes –aún con excepciones de forma muy amplia– a partir del 2012; este retroceso se sitúa por ahora en una franja que sigue siendo mayor a los valores anteriores (2006/2007) al salto suscitado con la crisis.

Por otra parte, la recuperación aún leve de la economía estadounidense suscitó desde 2013 previsiones y cambios en la política gubernamental de tasas bajas y compra de bonos que había dispuesto el gobierno de EE.UU. a partir del 2009. Ello supuso una creciente reorientación a partir del 2013 del flujo de las inversiones internacionales que habían crecido en América Latina y el Caribe de manera excepcional los primeros años de la crisis global así como el encarecimiento del crédito ejerciendo presión sobre las economías y monedas de los llamados países emergentes y del grupo BRICS (*La Nación*, 2013; CEPAL, 2014).

Estos factores incidieron en la evolución de la situación económica regional, como puede apreciarse en el Gráfico N° 1. De esta manera, entre 2012 y 2014 el crecimiento del PBI regional se ubicó o ubicará, en una pendiente decreciente, en la franja del 2 al 3%, por debajo de los valores experimentados desde 2004 cuando se inició un ciclo de crecimiento económico considerado excepcional e histórico para la región (CEPAL, 2013). Por otra parte, el nuevo escenario económico ha tenido impactos particulares en el terreno del deterioro de las cuentas fiscales y la balanza comercial (CEPAL, 2013 y 2014). Ello ha implicado, como señalamos en otra ocasión, una mayor predisposición de muchos de los gobiernos de la región para impulsar políticas y reformas destinadas a atraer –ofreciendo ventajas y concesiones– la inversión extranjera, particularmente en las áreas del modelo extractivo exportador (Seoane y Algranati, 2012). Paradójicamente, esta profundización del sesgo extractivista-dependiente del modelo socioeconómico forjado a nivel regional desde las contrarreformas neoliberales tiene lugar cuando dicho modelo muestra la fragilidad y dependencia de su dinamismo económico. Aún sin constituir un escenario de crisis abierta puede considerarse el impacto de esta situación en el agravamiento e intensificación de las tensiones sociales, las disputas entre las diferentes fracciones y sujetos sociales y la conflictividad social.

Ciertamente, no se trata de remedar visiones deterministas que vinculan automáticamente situaciones de crisis económicas con procesos de conflictividad social de los sectores subalternos y escenarios de cambio social. Recordemos en este sentido las advertencias de Gramsci frente a las consecuencias de la crisis económica mundial de los años '30, cuando señalaba que los cuestionamientos al régimen político y la crisis de dominación del Estado que esa crisis podía desencadenar dejaba entrever que éste

era sólo la trinchera avanzada de un sistema de fortalezas bien estructurado que la clase dominante detentaba o ejercía en la sociedad civil, particularmente a través de los aparatos privados de la hegemonía (Gramsci, 1999). En la experiencia latinoamericana reciente pueden identificarse lecciones similares. La crisis económica de proyección regional que se desarrolló entre 1998 y 2003 contribuyó a amplificar y potenciar el ciclo de cuestionamientos sociales al régimen neoliberal iniciado a mediados de la década de los '90, pero la magnitud de la crisis de legitimidad del neoliberalismo abierta y su resolución estuvieron vinculadas no sólo a la profundidad que adoptó la crisis económica a nivel nacional sino también a las características de las fuerzas emergentes de los sectores subalternos y, en general, a las relaciones de fuerza entre los diferentes sectores, bloques y clases sociales (Seoane, 2008).

Por otra parte, no puede desconocerse la particularidad histórico-estructural que vincula a la fase neoliberal capitalista con las “crisis” (Amin, 2001; Klein, 2007; Beinstein, 2014); incluso en la historia de su constitución en América Latina bajo las llamadas crisis de la deuda y la hiperinflación entre los años '80 y '90 (Petras, 2000) y que ha sido conceptualizado en el señalamiento de que la crisis (en sus diferentes dimensiones: económica, ambiental-climática, de seguridad, humanitaria-bélica, etc.) es una de las tecnologías centrales del arte de gobierno de los sujetos y las poblaciones bajo el neoliberalismo (Murillo y Algranati, 2012).

Finalmente, la pregunta sobre la vinculación entre deterioro de la situación económica y protesta en Latinoamérica reciente requiere hacer una última consideración ya que la evolución del PBI presenta en el período estudiado diferencias notables según los casos nacionales. Consideremos, por ejemplo, la variación en el crecimiento del PBI entre 2011 y 2013 según los datos disponibles (ver Cuadro Nº 2, CEPAL, 2014). Se puede identificar un amplio y diverso grupo de países donde la evolución económica en este lapso experimenta caídas aunque éstas se ubican en un rango inferior al 30% del PBI inicial (2011) y el PBI final (2013) se ubica aún en el rango del 3,5 al 6%; entre estos se cuentan entre otros los casos de Chile, Colombia, Costa Rica, y Perú. Por contrapartida, se destaca otro grupo de países donde la disminución proporcional del PBI en el período es más significativa, aunque con diferencias; entre estos figuran Argentina, Ecuador, México, Venezuela, Uruguay y Brasil, en este último caso considerando para la comparación desde 2010. Examinaremos entonces estas cuestiones a la luz de la consideración de diferentes casos nacionales en los puntos siguientes.

### **Los derroteros del neoliberalismo de guerra: el renacimiento de la conflictividad social entre el cambio y la continuidad**

Ante la crisis de legitimidad que cuestionó al neoliberalismo en la primera parte de la década de los 2000, en algunos países de nuestra región se afirmó como salida un proyecto bautizado como “neoliberalismo de guerra” (González Casanova, 2002). En este caso, la continuidad y profundización de las transformaciones y políticas neoliberales se vinculó a la recreación de un “consenso por seguridad” (Murillo, 2004) que otorgara nueva legitimidad y gobernabilidad a este modelo potenciando la capacidad punitiva del Estado y los procesos de militarización social (Seoane, 2008). La experiencia vivida en Colombia, particularmente bajo el gobierno de Álvaro Uribe (2002-2010), se suele señalar como uno de los ejemplos latinoamericanos de estas políticas

donde escenarios de inseguridad ciudadana vinculados con la violencia del narcotráfico, las mafias, la guerrilla, la delincuencia, e incluso la conflictividad social sirven de justificación para la construcción de un orden más represivo y autoritario, donde la garantía de la seguridad compensa la restricción de derechos y libertades democráticas y que tiende a recrear el imaginario de las clases peligrosas que constituyó el Estado oligárquico de principios de siglo. La continuidad de las políticas neoliberales en el continente supuso, en mayor o menor medida, la adopción de este proyecto de neoliberalismo de guerra que adoptó diferentes intensidades y formas según las experiencias nacionales: particularmente, en la bautizada “guerra contra el narcotráfico” bajo la presidencia de Felipe Calderón en México (2006-2012); el gobierno de Alan García y el “estado de excepción permanente” en Perú (2006-2011) y bajo el gobierno de Sebastián Piñera en Chile (2010-2014). En términos de la conflictividad y los movimientos sociales la afirmación de dicho proyecto supuso no sólo la profundización del neoliberalismo sino también la restricción de los espacios democráticos de acción de los sujetos subalternos conllevando tanto el retroceso y fragmentación de la protesta como la emergencia de una programática y práctica vinculada a la defensa de las libertades públicas, los derechos humanos violados y contra la represión estatal y paraestatal (Seoane, Taddei y Algranati, 2013). Por otra parte, estos países –con excepción de México– han sido afectados sólo relativamente por la caída del crecimiento económico tal como lo analizamos en el punto anterior. Sin embargo, con claridad en los casos de Colombia y Chile, entre 2011 y 2012 se ha originado un nuevo proceso de movilización y conflictividad social. Analicemos con más detenimiento ambas experiencias en orden de proponer elementos comunes que aporten a la consideración general que nos propusimos inicialmente.

En el caso de Chile, el año 2011 se destaca en la historia reciente del país por la significación e intensidad que asumió la conflictividad social, particularmente en el mundo urbano y, en especial, en la ciudad capital de Santiago. En este sentido, ha sido considerado como “el despertar de los movimientos sociales”, el del “desplazamiento de la política a las calles”, y el del final de la eficacia del terror (Aguiar, 2013a; Urrea Rossi, 2012; Ouviaña, 2012; Gaudichaud, 2014). Durante ese año se sucedieron, con notable rapidez y creciente masividad, una serie de conflictos iniciados por la protesta regional en Magallanes en enero frente al incremento del valor del gas natural, seguido por el comienzo del ciclo de movilizaciones contra el megaproyecto de HidroAysén frente a la aprobación de la construcción de cinco represas en el sur en mayo que se proyectó a lo largo del año convocando masivas manifestaciones en la ciudad capital. El 2011 estuvo atravesado también por las marchas por los derechos de la diversidad sexual, los paros comunales de Calama por políticas de desarrollo y fomento zonal, las protestas en Arica, las huelgas de los trabajadores del cobre (estatales y privados), los paros de los empleados fiscales y la persistente lucha de los pueblos mapuches en el Sur. Y aunque la mayoría de estos sujetos y conflictos se prolongaron, con momentos de explosión y repliegue, hasta 2014 ciertamente será el movimiento estudiantil el que conmocione y reconfigure con mayor profundidad la escena política. Iniciado con la movilización de abril de 2011 bajo las banderas de la democratización de la gestión, el financiamiento público y la apertura del ingreso a la educación superior, el movimiento promovido por la CONFECH (Confederación de Estudiantes de Chile) habrá de crecer en significación y articulación hasta dar vida a un “movimiento amplio por la educación” en Chile (Gaudichaud, 2014). La constitución de este movimiento tuvo sus hitos principales en

junio con la convocatoria conjunta al paro y a movilización con el Colegio de Profesores, en agosto con la sumatoria del paro de la CUT a las protestas y la conformación de la Mesa Social por la Educación, y en octubre con la realización del Plebiscito Nacional por la Educación.

Ciertamente, este intenso ciclo de movilización y conflicto abierto en Chile en 2011 tiene raíces en la historia reciente de ese país con la llamada “revolución pingüina” protagonizada por los estudiantes secundarios en 2006, la oleada de huelgas obreras del 2007 y las luchas de los pueblos mapuches que se remontan a los años ‘90 con su intensificación en la segunda mitad de los años 2000. En este caso, el ciclo de luchas iniciado en 2011 que estamos describiendo se prolonga con claridad hasta las elecciones presidenciales (2013) y la asunción del nuevo gobierno (2014) que marca un nuevo contexto y desafíos para los movimientos sociales<sup>23</sup>. En este período (2012-2013) aparecen otros hechos de conflicto social (como, por ejemplo, las protestas en Aysen y las movilizaciones de los estudiantes secundarios en 2012) pero la novedad más importante resultó el crecimiento de la conflictividad de los trabajadores ocupados<sup>24</sup> en un contexto de revitalización de la conflictividad y debilidad del gobierno y también de crecientes despidos y ofensiva patronal bajo la desaceleración económica resultado, en parte, de la caída de los precios mundiales del cobre (Aguiar, 2014) (ver Gráfico Nº 2). Este proceso encarnó, por ejemplo, en un intenso proceso de lucha, organización y unidad de los trabajadores portuarios que, con huelgas de solidaridad y un paro prolongado de 22 días, obligaron al empresariado naviero a negociar obteniendo conquistas históricas (Aguiar, 2013b; Gaudichaud, 2014). También huelgas y paros en el sector minero y de la industria forestal, incluyendo un paro nacional de los trabajadores de planta de Codelco, y el paro nacional de julio de 2013 –considerado “la convocatoria más grande realizada por una organización de la clase trabajadora desde el fin de la dictadura” (Aguiar, 2014) fueron expresión de estas tendencias.

Este proceso de crecimiento de la conflictividad social a partir de 2011 que hemos descrito sucintamente se caracteriza también por la innovación y ampliación de las formas de lucha –incluso en su tendencia a la radicalización expresada en los bloqueos de ruta, la toma de espacios públicos y las formas “ilegales” que adoptó parte de la conflictividad obrera–; por las experiencias y debates planteados sobre las matrices organizativas a adoptar<sup>25</sup> y porque el contendiente principal de estas luchas fue el gobierno y el régimen político (Ouviaña, 2012; Aguiar, 2014; Gauchidau, 2014); elementos que la asemejan con lo acontecido en muchos países de la región en el ciclo de conflictividad anterior.

Examinemos ahora brevemente la experiencia de las luchas sociopolíticas en Colombia de los últimos años. En un país con larga tradición de conflictividad social –particularmente rural en la última década– y signado por un prolongado conflicto

---

<sup>23</sup> Se ha señalado, por ejemplo, respecto del movimiento educativo que “a pesar de su gran creatividad y en ausencia de alternativas políticas globales y de aliados estables dentro del espacio de los movimientos sociales, esas movilizaciones explosivas tendieron a decrecer a medida que se acercaban las elecciones pero sin haber sido derrotadas” (Gaudichaud, 2014, p. 34).

<sup>24</sup> Por ejemplo, mensurada en términos cuantitativos –por hechos de protesta– los paros, huelgas y movilizaciones crecieron casi un 70% entre 2012 y 2013 (Aguiar, 2014).

<sup>25</sup> Ciertamente, nos referimos a la dinámica y planteos formulados al interior del movimiento estudiantil y juvenil pero también al surgimiento de nuevos agrupamientos político-sindicales con un discurso clasista y anti-capitalista, así como a nuevos agrupamientos políticos generales.

armado; sin embargo la dinámica de paros agrarios y populares que construyeron una articulación entre los principales movimientos y organizaciones sociopolíticas del país entre 2013 y 2014 y la intensidad de la conflictividad social amplia –“un verdadero auge de luchas”– supuso ciertamente una novedad (Dorado, 2014; Archila, García, Parra y Restrepo, 2014). Por ejemplo, en términos cuantitativos, el 2013 registró la mayor cantidad de hechos de protesta desde 1975, según el trabajo de seguimiento de los conflictos que realiza el CINEP desde los años ‘70 (CINEP, 2014). En su amplia configuración abarca ciertamente los masivos paros agrarios y populares, pero también de mineros artesanales, camioneros y estibadores de puertos, las huelgas laborales en empresas multinacionales mineras y petroleras, dos paros nacionales de madres comunitarias, ceses de actividades estudiantiles, huelgas de trabajadores de clínicas y hospitales, y paros cívicos motivados por carencias de servicios públicos o asociados con actividades extractivas (CINEP, 2014). Este ciclo de conflictividad tiene lugar en el marco de las nuevas condiciones políticas –particularmente para la acción de los sectores subalternos– abiertas por los diálogos o negociaciones de paz entre el gobierno del presidente Juan Manuel Santos (2010-2014) y las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) que se iniciaron formalmente en Cuba en octubre de 2012. Y también bajo los cambios de la situación económica (ver Gráfico N° 2). En este contexto, una de las primeras expresiones del nuevo ciclo de protestas lo constituyó el paro cafetero de febrero y marzo de 2013 que motorizó la acción no sólo de los pequeños productores sino también de medianos y grandes ante la caída del precio internacional del café que agudizó los problemas estructurales que afrontaba ya el sector en parte resultado de los cambios (por ejemplo, sobre el tipo de cambio) que impuso el propio modelo extractivo exportador minero-energético en progreso en las últimas décadas (Suárez Montoya, 2013). El paro cafetero tuvo además una influencia sobre otros sectores agrícolas que replicaron la medida –por ejemplo, los productores de cacao en Santander, de papa en Boyacá, Nariño y Cundinamarca, por algodóneros, maiceros, arroceros y ganaderos de Córdoba y Sucre, y lecheros del Magdalena Medio y Cundinamarca– y que luego –ante el incumplimiento de los compromisos asumidos por el gobierno– formaron parte del ciclo de los paros agrarios y populares, particularmente los pequeños y medianos productores agrupados bajo lo que se denominó los movimientos de dignidad –dignidad papera, arroceros, cebolleros, etc. En este ciclo, en junio se sumó el paro agrario de los campesinos de la región del Catatumbo que –vinculado a la discusión de la cuestión agraria en los diálogos de paz de La Habana– pusieron en marcha un paro territorial con bloqueo de vías que duró 52 días exigiendo programas concertados de erradicación de cultivos de uso ilícito, la constitución de la Zona de Reserva Campesina (ZRC) del Catatumbo y la construcción y mejoramiento de vías para sacar las cosechas. Esta movilización agraria y territorial se condensó y articuló alrededor del primer paro agrario y popular de agosto y septiembre de 2014<sup>26</sup> donde, junto a estos movimientos campesinos y de productores agropecuarios, participaron los mineros artesanales, los transportistas, trabajadores de la salud y la educación,

---

<sup>26</sup> En realidad, sólo hasta el 10 de octubre podría darse por terminada la movilización nacional, pues en Nariño, Cauca y Córdoba la protesta cobró fuerza cuando los campesinos se sintieron excluidos de las mesas de discusión. Por otra parte, nuevamente el 3 de diciembre campesinos de Huila, Caldas, Risaralda, Santander, Nariño, Magdalena, entre otros, se tomaron las calles de Bogotá para exigir al gobierno el cumplimiento de los compromisos pactados (CINEP, 2014).



estudiantes y contó con el respaldo de las centrales sindicales y de los dos grandes agrupamientos político-sociales (Marcha Patriótica y Congreso de los Pueblos)<sup>27</sup>. Posteriormente, en marzo de 2014, este proceso de articulación constituyó la llamada “Cumbre agraria, campesina, étnica y popular” a la que se sumaron de manera efectiva las organizaciones de afrodescendientes (el Proceso de Comunidades Negras) e indígenas (la Organización Nacional Indígena de Colombia) y que promovió el segundo Paro agrario iniciado en mayo de 2014 que se extendió por más de 15 días y que despertó una importante solidaridad y apoyo en las grandes ciudades. Más allá de que la dinámica de conflictividad tendió a debilitarse a medida que se aproximaban las elecciones presidenciales (25/5) y que prácticamente desapareció hasta la segunda vuelta en junio –que finalmente asegurara la reelección de Santos–; e incluso a pesar de que los compromisos gubernamentales obtenidos bajo el ciclo de la protesta fueron en parte incumplidos; la vitalidad y combatividad de los movimientos está lejos de haber sido controlada o apagada.

El contendiente principal de este período de luchas –en su generalidad– fue el gobierno y, particularmente, el modelo extractivo exportador minero-energético que el mismo encarna y los efectos que su propia dinámica conlleva sobre amplios sectores sociales, incluso urbanos y de medianos y grandes productores rurales (CINEP, 2014). Los paros agrarios se enfrentaron a lo que consideraban efectos negativos del modelo económico en sus actividades productivas; entre otros se rechazaron explícitamente los TLC firmados con los EE.UU. y la UE; por otra parte, el extractivismo es resistido también por los movimientos indígenas, de comunidades negras, de pobladores, de productores agrícolas tradicionales, de mineros artesanales e, incluso, atravesado por conflictos de trabajadores de ese sector. Esta cuestión da cuenta, en parte, de las solidaridades y marcos unitarios que se forjaron en este período; pero también otro elemento que promovió articulaciones más amplias de las luchas sociales fue la política gubernamental hacia la protesta que combinó el desprecio, la represión y criminalización inicial hacia los reclamos populares –incluso a finales de 2013 presentó un proyecto para considerar el bloqueo de vías como un delito–, para luego acceder a una tardía negociación, sectorial o local. Importantes sectores urbanos se movilizaron contra este uso de la represión y trabaron solidaridades más amplias con los sujetos del conflicto (CINEP, 2014).

### **El proyecto neodesarrollista: crisis económica y contradicciones sociales**

En el caso de los miembros fundadores del MERCOSUR, y, particularmente, de Argentina Y Brasil la salida a los cuestionamientos y crisis del neoliberalismo implicó un cambio de gobiernos y políticas públicas orientadas por el proyecto que se ha denominado “neodesarrollista”. Este proyecto se distingue por promover la regulación e intervención estatal en la economía bajo una orientación industrialista, vinculada a la promoción de los grupos económicos locales, el restablecimiento de niveles de demanda interna e ingresos populares y el desarrollo de políticas sociales de amplia cobertura; por otro parte, su carácter novedoso se ha referido a una visión y políticas que complementan el

---

<sup>27</sup> En esta serie de conflictos importantes del 2013 no habría que olvidar también el paro minero de julio, la minga indígena de octubre, la movilización estudiantil y de la salud en noviembre y la movilización bogotana por el “caso Petro” en diciembre (Dorado, 2014).

mercado interno con una vocación exportadora, el objetivo industrialista con la profundización del modelo extractivo exportador, y el papel del capital local con la presencia, e incluso, la acentuación del peso del capital trasnacional, y por el carácter compensatorio de las políticas sociales, la reproducción de la fragmentación precarizante del mercado de trabajo y el patrón de desigualdad social, y las metas de control inflacionario y déficit fiscal, por lo menos en el primer período (entre otros, Bresser-Pereira, 2007; Ferrer, 2010; Dos Santos, 2004; Katz, 2014; Boito, 2012; Gudynas, 2011; Sicsu y Renaut, 2007; Gonçalves, 2012).

Como ya señalamos, en el período bajo estudio, este modelo económico en los casos de Argentina y Brasil ha experimentado una profunda desaceleración económica –combinada con una revitalización de la inflación, aunque de magnitudes distintas en ambos países– que, simultáneamente, expresa y acentúa las tensiones y disputas entre las diferentes fracciones sociales. Examinemos más de cerca lo sucedido en el terreno de la conflictividad social en ambos países.

El examen de esta cuestión para el caso de Brasil nos lleva al año 2011 cuando se aprecia un crecimiento de la conflictividad social de diferentes sectores sociales. Por ejemplo, los conflictos en el campo se incrementan, en términos cuantitativos, casi un 15% respecto del año anterior, impulsados particularmente por las luchas por la tierra, aunque –tras los importantes retrocesos de la política gubernamental respecto de la reforma agraria y los avances del agronegocio– no llegan a alcanzar las dimensiones de que la disputa por la reforma agraria tuvo entre 2003 y 2007 (CPT, 2013). Pero más significativo aún resulta el crecimiento de la conflictividad sindical urbana<sup>28</sup>; considerando por ejemplo que el número de huelgas creció casi un 25% en este período aunque de carácter particular y fragmentado (Leher, 2012; DIESSE, 2013). Esta tendencia se mantiene y acentúa en 2012<sup>29</sup> cuando, por ejemplo, las horas de paro fueron un 75% más que en 2011 alcanzando un pico histórico apenas inferior al de los años 1989 y 1990, y la cantidad de huelgas resulta un 57% mayor, el número más importante desde 1997 (DIESSE, 2013). La combinación de la desaceleración del crecimiento económico que hemos analizado (ver Gráfico Nº 3) con un mercado de trabajo aún recuperado –en términos de empleo y salarios– rompía así el período de reflujo de las luchas sindicales impuesto bajo el gobierno de Fernando Cardoso y prolongado en el “letargo inaugurado en 2002 cuando Lula ganó las elecciones presidenciales” (Antunes, 2013). La conflictividad sindical del 2012 estuvo caracterizada por las largas huelgas en el sector público incluso muchas con proyección nacional<sup>30</sup> y por su número en la industria (37,8%) y en general en el sector privado (52,8%) así como por su carácter defensivo (67%) vinculado particularmente al reajuste salarial (40,7%) (DIESSE, 2013).

---

<sup>28</sup> Entre ellos, puede considerarse la ola de huelgas y rebeliones en la industria de la construcción civil que afectaron algunas de las obras del Programa de Aceleración del Crecimiento (PAC) del gobierno federal, las huelgas de bancarios y de correos, del Complejo Petroquímico de Río de Janeiro, entre otras.

<sup>29</sup> En el caso de los conflictos rurales en términos cuantitativos se mantienen en similar nivel que 2011. Sin embargo, debe destacarse la movilización indígena popular contra la construcción de la represa hidroeléctrica de Belo Monte.

<sup>30</sup> Entre éstas se destacan la de los técnico-administrativos de las universidades federales (más de 100 mil trabajadores durante 73 días); la de los docentes de las universidades federales (más de 100 mil huelguistas durante 124 días); y la de los trabajadores del Correo (con cerca de 72 mil trabajadores durante 90 días) (DIESSE, 2013).

Sin embargo, en el primer semestre de 2013 la conflictividad sindical mostró una menor intensidad y mayor fragmentación. Pero a mediados de año el escenario de la protesta social se verá reconfigurado con la emergencia de significativas movilizaciones urbanas de impronta juvenil. Las “jornadas de junio” como se las bautizó no fueron, en este sentido, un “rayo solitario en cielo sereno” sino que se inscribían en un proceso más amplio de crecimiento de la conflictividad social (Antunes, 2013). El movimiento de junio comienza con las movilizaciones contra el aumento de tarifas del transporte público decidido por la Prefectura municipal y el gobierno del Estado de San Pablo que, a principios de junio, convocara el *Movimento do Passe Livre* (MPL) constituido una década atrás en el campo de la izquierda –particularmente autonomista– y en la tradición de los movimientos antisistémicos latinoamericanos (Leher, 2013). La represión brutal de la cuarta movilización convocada en la ciudad de San Pablo –en un ciclo de movilización creciente pero que no había superado las dos decenas de miles de participantes– desencadenó una explosión de indignación que multiplicó la participación llegando a congregarse 100.000 personas días después en un ciclo que consiguió en los días siguientes la anulación del aumento (Antunes, 2013). La semilla estaba sembrada en tierra fértil, el movimiento callejero se extendió con masivas movilizaciones por las principales ciudades del país y conquistó un amplio apoyo<sup>31</sup>. Por su magnitud este ciclo de movilizaciones ha sido comparado con la Campaña por el *impeachment* de Collor de Mello de 1992 y la Campaña por las elecciones directas en 1985 bajo la dictadura militar (Antunes, 2013) o como un regreso del movimiento de masas que había desaparecido de la escena política desde 1989 (Singer, 2013). La nacionalización del movimiento implicó tanto una ampliación de los sujetos de la movilización como de las programáticas y abrió un proceso de intensa disputa política sobre la dirección y capitalización de las protestas; estando estas tres cuestiones íntimamente vinculadas<sup>32</sup>. Por otra parte, también las movilizaciones suscitaron intervenciones y debates al interior del gobierno y las elites políticas; de otros sujetos y organizaciones sociales como, por ejemplo, las centrales sindicales –donde las ocho centrales sindicales existentes en Brasil realizaron el 11/7 la primera huelga nacional desde la llegada del PT al gobierno<sup>33</sup>–; y del campo de la izquierda y el pensamiento crítico. Las jornadas de junio no volvieron a repetirse pero la ola de luchas territoriales

---

<sup>31</sup> Por ejemplo, el 20 junio hubo movilizaciones en casi 400 ciudades –incluyendo 22 capitales– que convocaron a más de un millón de personas. Por otra parte, una encuesta publicada el 21 junio indicaba que el 75% de la población apoyaba las manifestaciones y que el 6% de los entrevistados (equivalente a 12 millones de personas) habían participado en alguna de las protestas (Antunes, 2013).

<sup>32</sup> Por un lado, la ampliación de la dinámica de la protesta se basó en la incorporación de franjas de un sector de trabajadores jóvenes precarios que ingresó al mercado de trabajo y mejoró sus ingresos en la última década pero padece tanto la precariedad laboral cuanto el deterioro de los servicios y condiciones de vida urbana (Antunes, 2013) y que en el debate ha sido considerado como los nuevos trabajadores inmateriales (Cocco, 2013) o el nuevo subproletariado (Singer, 2013). La incorporación de estos sectores implicó una apertura de las reivindicaciones ahora relacionadas con demandas concernientes a los servicios públicos como la salud y la educación. Por otra parte, la participación también de fragmentos de las clases medias urbanas reforzó los cuestionamientos al gobierno y las representaciones políticas constituyendo el terreno para los intentos de manipulación mediática y direccionamiento del movimiento en el sentido “ciudadano” de la antipolítica y la anticorrupción dando cuenta de la intensidad de la disputa entre los diferentes grupos políticos, proyectos societales y bloques de clase que desencadenó la movilización social.

<sup>33</sup> Bautizada como “Día nacional de luchas” el paro general incluyó una serie de demandas obreras así como parte de la programática planteada en las grandes movilizaciones de junio.

urbanas y sindicales –aun de manera fragmentada y sectorial– se prolongó hasta el primer semestre de 2014.

Analicemos ahora brevemente la experiencia acontecida en Argentina entre los años 2012 –siguiente a las elecciones presidenciales– y 2013. En este caso, las grandes movilizaciones urbanas tuvieron lugar un año antes, en 2012, bajo un proceso de convocatoria y sentidos sociopolíticos en ciertas cuestiones distintos. En un proceso iniciado en junio con tres convocatorias menores, las movilizaciones con cacerolazos del 13 de septiembre (bautizada 13S) y del 8 de noviembre (bautizada 8N) concitaron una participación mucho mayor, particularmente la segunda que además de su epicentro en la Ciudad de Buenos Aires (CABA) tuvo expresión en lugares del Gran Buenos Aires y en diferentes provincias como Córdoba, Mendoza, Salta, Tucumán y Santa Fe, entre otras. Importante en su convocatoria, sin embargo no hay consenso alrededor del número de manifestantes, pueden considerarse como ponderaciones extremas las informaciones suministradas respecto de la CABA por la Policía Metropolitana de 700.000 manifestantes y por la Policía Federal de 70.000 (*Clarín*, 2012; *Infobae*, 2012). Estas movilizaciones y cacerolazos, consideradas desde ciertas perspectivas como espontáneas, fueron promovidas y convocadas desde las llamadas “redes sociales” por una serie de sitios web declaradamente críticos del gobierno nacional y recibieron una marcada atención y difusión de los principales grupos multimedia privados. Presentadas como movilizaciones ciudadanas apolíticas, con una significativa participación de los sectores medios y medios altos urbanos, las convocatorias y demandas –entre las que se contaban principalmente cuestionamientos a la reelección presidencial, por la inseguridad y contra la corrupción, por la inflación– compartían la oposición al gobierno contando con la participación de los dirigentes de los partidos tradicionales opositores y con una programática de orientación mayoritariamente conservadora. Significativas en el escenario de la conflictividad social en 2012, este ciclo de movilizaciones tenía antecedentes –por los sectores movilizados, el campo político en el que se inscribían, la orientación ideológica predominante, y las fracciones dominantes comprometidas– en la serie de protestas, cacerolazos y cortes de ruta de 2008 contra el incremento de las retenciones a las exportaciones agropecuarias promovido por las patronales del campo mostrando la capacidad e iniciativa de fracciones del bloque dominante de disputar la calle y la movilización social. En este sentido, como ha sido señalado para otros casos, la naturaleza ideológica de esta constitución subjetiva en el marco de la acción colectiva se evidencia en la construcción paradójica que combina la afirmación de una identidad apolítica, por un lado; con la identificación común de la oposición a la política gubernamental, por el otro (Murillo, 2008).

Por otra parte, en el terreno de la conflictividad promovida por sujetos subalternos, a lo largo del 2012 y 2013 se identifican luchas contra el modelo extractivo exportador (entre otras, los conflictos contra la instalación de megaminerías en Andalgalá y Famatina intensificados a principios de año, los desatados frente al asesinato de miembro del MOCASE en octubre, las movilizaciones contra las fumigaciones tóxicas particularmente alrededor del juicio de Ituzaingó en Córdoba, hasta los bloqueos a la construcción de una nueva planta de Monsanto en dicha provincia). También se registraron nuevos procesos de movimientos territoriales urbanos (entre ellos, la realización de los dos primeros congresos villeros en 2012 y 2014, y la constitución de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular, CTEP).

Pero, ciertamente, las novedades más significativas en el terreno de la conflictividad social de los sujetos subalternos en este período refieren a la dinámica que adquieren las luchas sindicales en el contexto de crisis económica (ver Gráfico N° 3) y cambio del carácter de la disputa salarial orientada ahora a la defensa del poder adquisitivo –y posteriormente del empleo– frente a la aceleración de la inflación y la política oficial de contención de las demandas de actualización salarial en las negociaciones colectivas (Seoane, 2014).

En este marco y como cierre de un año signado por un ciclo de movilizaciones “ciudadanas” críticas al gobierno que describimos anteriormente –inscriptas en la oposición y en consonancia con fracciones del bloque dominante– a fines de 2012 tuvo lugar el primer paro general a un gobierno kirchnerista convocado por la CGT y CTA opositoras. Continuidad del ciclo de manifestaciones opositoras, intento de poner en consideración la agenda laboral, el paro se dio en un contexto de crecimiento de la conflictividad laboral que acentuó una tendencia que venía desplegándose desde 2006. En este sentido, según los propios informes oficiales, el primer semestre del 2013 fue, en términos cuantitativos, el más conflictivo desde el inicio del relevamiento en 2006, con un 9% que igual período de 2012, 29% más que en 2011 y 56% más que en 2006 (MTEySS, 2014; ODS-CTA, 2014). Por otra parte, si bien, en este proceso tuvo un lugar importante los conflictos por actividad vinculados a la negociación colectiva; simultáneamente, en una tendencia iniciada en 2010, se experimentó también un aumento de los paros en el lugar de trabajo<sup>34</sup> vinculado en muchos casos al sindicalismo de base y de izquierda. Por otra parte, particularmente a lo largo del 2013, se verificó un crecimiento de las luchas de los trabajadores del sector público, particularmente a nivel provincial y municipal fundamentalmente alrededor de demandas salariales y condiciones de trabajo; de un sector que se había beneficiado menos de las recomposición del salario de la etapa anterior y padecía ahora en más la pérdida de su poder adquisitivo. Una tendencia que se intensificó en los primeros meses de 2014 con huelgas prolongadas por incremento salarial –como fueron los 17 días de paro de los maestros de la Provincia de Buenos Aires– incluso abriendo nuevos procesos de organización sindical –como la experiencia de 36 días de huelga de los maestros de la Provincia de Salta. Por otra parte, en el sector privado a la ronda de conflictos vinculados a la negociación por rama de actividad –particularmente por reactualización salarial frente a la inflación– se sumaron, frente al crecimiento de despidos y cierres de empresa –particularmente en los sectores de autopartes y frigoríficos– un nuevo ciclo de conflictos que tendió a adoptar la forma de ocupación de plantas vinculado al sindicalismo de base y el activismo combativo<sup>35</sup>.

---

<sup>34</sup> Por ejemplo, considerando el relevamiento que provee el Ministerio de Trabajo, los conflictos laborales con paro crecen entre 2003 y 2013 un 53%; particularmente como resultado del crecimiento de estas luchas en los lugares de trabajo que representan en 2013 el 70% de los hechos considerados (MTEySS, 2014).

<sup>35</sup> La radicalidad de estos conflictos no oculta su carácter inicial defensivo; situación que ha sido aprovechada por las patronales en otros casos tratando, a veces con éxito, de imponer recortes de las condiciones laborales a cambio del compromiso de mantener el empleo.

## Algunas conclusiones provisionarias

A lo largo del presente trabajo hemos intentado presentar un sintético mapa descriptivo-analítico de lo acontecido a nivel de la conflictividad social en los cuatro países seleccionados para el período 2011/12-2013/14 con base en el estudio de un conjunto de fuentes documentales secundarias con datos cuantitativos y análisis cualitativos respecto de la evolución y características que asumió la protesta social en general y, en particular, las luchas protagonizadas por los sujetos subalternos. De la comparación de los casos analizados puede constatarse numerosa evidencia que apuntan a la presencia de un nuevo ciclo de conflictividad social a nivel regional. En esta dirección, con claridad en tres de las experiencias analizadas (Chile, Colombia y Brasil) diferentes evaluaciones señalan la singularidad del ciclo de luchas y movilizaciones estudiado y la novedad que implica respecto del proceso de luchas inmediatamente anterior –como ruptura de períodos de retroceso o pasividad social– que, incluso, hace comparable los hechos estudiados con momentos de lucha o procesos de conflicto de décadas pasadas. Por otra parte, no solamente la intensidad y/o masividad que asume la protesta sino también sus características –la participación de diferentes sujetos sociales, incluso de algunas fracciones que estaban fuera de la conflictividad social en el período anterior; los procesos de articulación alcanzados, las formas particulares y novedosas que asume la organización colectiva y las medidas de lucha, el carácter político de los cuestionamientos, etc.– sustentan la posibilidad de encontrarnos ante un nuevo ciclo de conflictividad social de proyección regional. Ciertamente, dicha afirmación requiere similares estudios de otras experiencias nacionales que no han sido consideradas en esta oportunidad, particularmente de aquellas donde se afirmaron los procesos de transformación social más radicales en la última década y en particular la venezolana, signada justamente en los últimos dos años por intensos procesos de conflictividad y polarización sociopolítica.

En el presente trabajo hemos examinado también, a la luz del interrogante sobre la emergencia de un nuevo ciclo de conflictividad regional, la vinculación que este proceso tiene con la constitución de un nuevo período a nivel regional, particularmente en términos de la dimensión económica. Sobre ello, precisamos la novedad de la caída del crecimiento, su magnitud y relación con el procesamiento mundial de la crisis, y particularmente la heterogeneidad de sus efectos a nivel nacional. En relación con ello, se desprende de los datos presentados que el impacto en términos de caída del PBI (e inflación también) es mayor en aquellos procesos nacionales hegemonizados en la última década por proyectos neodesarrollistas que donde se afirmaron proyectos vinculados al neoliberalismo de guerra. Este hecho refuerza la visión que señala que el cambio en las condiciones económicas globales es un factor cuya incidencia depende de los modelos socioeconómicos a nivel nacional; y particularmente, en relación con el neodesarrollismo refiere a los límites y contradicciones internas que atraviesan al mismo en los últimos años (Katz, 2014b, Ferrer, 2014).

El análisis de los casos nacionales ha permitido establecer vinculaciones directas entre el deterioro económico y sujetos, acciones de protesta y ciclos de movilización particulares. En especial, esta relación aparece en la revitalización de la conflictividad sindical y de trabajadores que, con diferentes dimensiones, atraviesa los cuatro casos bajo estudio. Habíamos adelantado ello como posibilidad en una contribución anterior, y, aunque requiera profundizar el estudio de las experiencias concretas, lo planteado

hasta aquí parece confirmar dicha suposición. Ello, sumado a las protestas campesinas, ha sido entendido incluso como “cierto revivir de la lucha de clases” (CINEP, 2014), volveremos sobre ello más adelante. Por otra parte, también el estudio de los casos señala los efectos de la desaceleración económica en otros sujetos del conflicto, campesino y productores agrícolas incluso medianos y grandes, como sucedió en la experiencia colombiana donde los grandes productores cafeteros apoyaron y financiaron el primer ciclo de protestas. Si bien en este caso, no presentamos evidencias concretas, puede estimarse que las caídas significativas del crecimiento económico sumado a los procesos inflacionarios tienen efectos también en el crecimiento del malestar social en amplias franjas sociales incluidos sectores medios y medios altos y en el incremento de las tensiones y contraposiciones entre las diferentes fracciones del bloque dominante. Ello es particularmente significativo en las experiencias neodesarrollistas. Finalmente, hemos considerado hasta aquí, siguiendo las visiones más tradicionales, la evolución económica como externa y condicionante de las protestas y acciones colectivas, sin embargo la objetivación de los procesos económicos –como lo alertan las corrientes del marxismo abierto y de la colonialidad del poder– implica una fetichización de estos procesos que deben ser comprendidos también como dinámicas de conflictividad y disputa sobre las formas de la producción, apropiación y distribución del excedente social.

Como ya lo referimos anteriormente, la consideración de la curva que marca la evolución del PBI permite clasificar en grupos distintos las experiencias del neoliberalismo de guerra y del neodesarrollismo, consideremos sobre ello algunas cuestiones. Por una parte, las experiencias de Colombia y Chile (la derrota electoral de las fuerzas más conservadoras en 2013 luego del gobierno de Piñera en Chile; el cambio de orientación del gobierno de Santos en Colombia respecto del período de Uribe ratificado en las elecciones de 2014) aportan elementos sobre los límites que afronta la continuidad del proyecto del neoliberalismo de guerra, por lo menos de su faz más ofensiva. Sin embargo, estos hechos parecen tener relaciones distintas con las luchas de los sectores subalternos; en el primer caso las luchas sociales contribuyeron significativamente a bloquear la continuidad del proyecto de Piñera; en el segundo caso, el crecimiento de las protestas acontece en el nuevo marco político signado por los inicios de los diálogos de paz donde estas nuevas condiciones políticas son vistas, incluso por fracciones del bloque dominante, como condición del crecimiento económico y expansión del modelo extractivo minero energético (Portafolio, 2014; Houghton, 2014). Otra de las cuestiones que se le planteó a los movimientos y convergencias sociales y el ciclo de luchas fue su relación con los partidos tradicionales y el Estado, particularmente en el marco de las elecciones presidenciales; lo que refiere al debate sobre el papel del Estado y las representaciones políticas y funcionarios en un proceso de cambio social. Ello supuso en ambos casos tensiones y/o divisiones al interior de las coaliciones amplias generadas al calor de la movilización social; por ejemplo con la apertura de la Concertación y la creación de la Nueva Mayoría como sustento de la candidatura de Bachelet en Chile con la integración del Partido Comunista; o con el posicionamiento de sectores del progresismo y la izquierda colombiana en el apoyo a Santos en el ballottage frente a la candidatura promovida por Uribe. Por otra parte, también en los dos casos, ambos candidatos recibieron el apoyo de los principales empresarios y cámaras patronales de ambos países (Gauchidaut, 2014; *El País*, 2014), lo que plantea el desafío

que afrontan los movimientos sociales ante la posibilidad de un modelo político basado en el transformismo y la integración (Gramsci, 1999).

En el caso de las experiencias del Cono Sur, bajo una desaceleración económica más pronunciada, el ciclo de protestas presenta importantes diferencias. Por una parte, los procesos amplios de movilización urbana acontecidos en Argentina y Brasil –con sus distinciones– marcan las rupturas y tensiones que afectan a la coalición neodesarrollista e incluso la activación de fracciones sociales que mantenían una posición crítica pasiva. Por otra parte, estos procesos implicaron también, ampliando una tendencia ya experimentada a nivel regional entre 2008 y 2009, procesos de intervención, interpelación y constitución de marcos de movilización social vinculados a los intereses y las programáticas de fracciones de los bloques dominantes.

Esta cuestión, así como la problemática de la relación de los sujetos subalternos con el Estado y el carácter clasista que presenta parte de este ciclo de conflictividad que referimos anteriormente, plantean, en el terreno de los debates teóricos del pensamiento crítico, la necesidad de retomar y enriquecer los estudios de la conflictividad y los movimientos sociales desde la perspectiva del análisis de las clases en un sentido que evite tanto los determinismos estructuralistas como subjetivistas y facilite la comprensión de las dinámicas de la totalidad social, incluso de aquellas de corte geopolítico que operan a nivel continental<sup>36</sup>.

Finalmente, la emergencia de estos procesos de conflictividad social en la región parecen inscribirse en un proceso más amplio atravesado por sublevaciones y movilizaciones masivas en diferentes partes del mundo, desde la llamada “primavera árabe” hasta las experiencias del Sur de Europa y los EE.UU. En este sentido, en una dirección similar a como el ciclo de luchas latinoamericano de mediados de los años '90 y la década de los 2000 tuvo como contrapartida una serie de procesos de conflictos y movimientos en Europa y Asia que contribuyeron a la constitución del llamado “movimiento altermundialista”. Sin embargo, sobre ello no deben dejarse de considerar similares reservas a las mencionadas respecto de la comparación de diferentes momentos de la experiencia latinoamericana en orden a no perder de vista la particularidad del contexto actual y las características que asume la crisis civilizatoria, incluso con su dimensión de agravamiento de las disputas geopolíticas.

---

<sup>36</sup> Ciertamente no es la única problemática analítica y teórica que plantea el estudio de estos procesos de movilización social recientes. En relación con ello, por ejemplo, otra cuestión planteada de diferente manera en las experiencias argentina y brasileña así como en otros hechos de movilización e insurrección acontecidos en otras partes del mundo refiere al papel de las TCI (tecnologías de la comunicación e información) en la constitución de la acción colectiva. Ver sobre ello el debate planteado alrededor de los sucesos en Brasil (Cocco, 2013; Zibechi, 2013).



## ANEXO

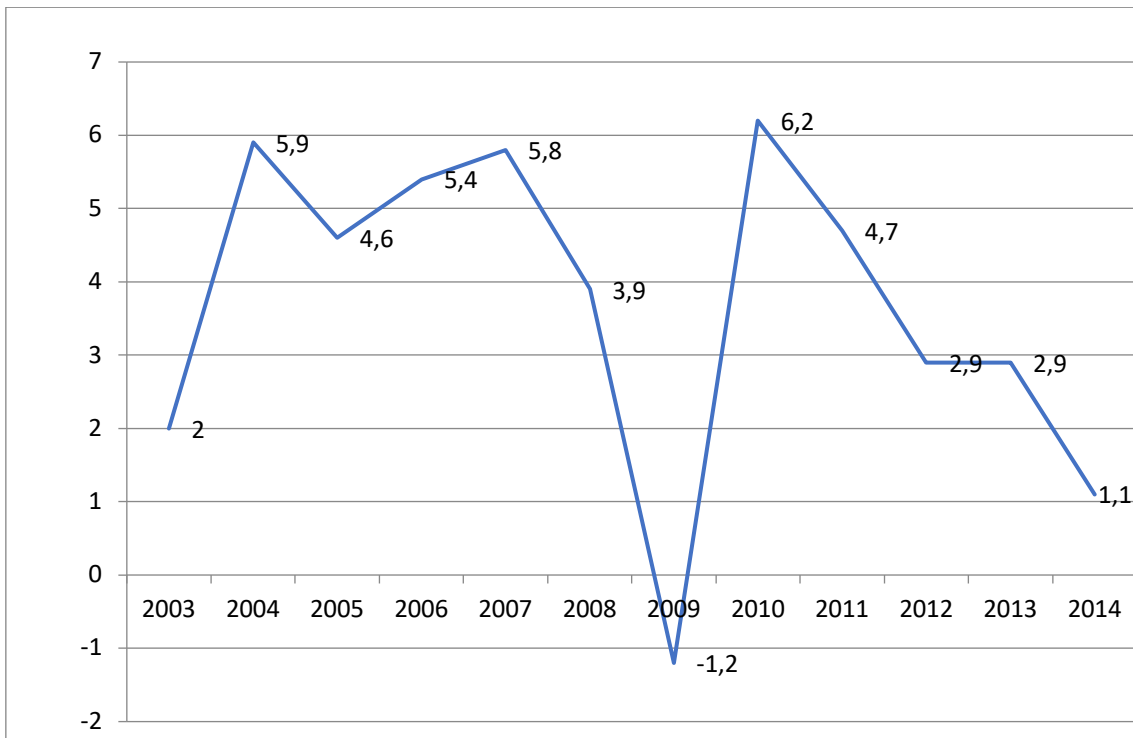
Cuadro N° 1

### Evolución de los precios mundiales de los bienes comunes naturales 2000-2013

| Año  | Energía | Aceites y harinas | Granos | Otros alimentos | Fertilizantes | Metales y minerales |
|------|---------|-------------------|--------|-----------------|---------------|---------------------|
| 2000 | 49,52   | 53,00             | 58,63  | 67,17           | 44,90         | 48,08               |
| 2001 | 45,92   | 51,82             | 61,24  | 80,39           | 44,06         | 44,90               |
| 2002 | 45,09   | 59,86             | 69,95  | 76,58           | 44,23         | 43,71               |
| 2003 | 52,35   | 68,95             | 68,22  | 71,67           | 50,81         | 46,26               |
| 2004 | 62,50   | 72,26             | 69,72  | 80,06           | 57,46         | 57,96               |
| 2005 | 85,18   | 62,65             | 67,03  | 83,56           | 66,31         | 68,53               |
| 2006 | 94,23   | 62,97             | 77,87  | 87,28           | 66,74         | 102,22              |
| 2007 | 97,73   | 89,32             | 93,24  | 80,42           | 89,51         | 113,30              |
| 2008 | 125,56  | 110,67            | 127,09 | 87,45           | 196,85        | 99,41               |
| 2009 | 82,66   | 93,79             | 102,58 | 93,18           | 109,13        | 70,93               |
| 2010 | 100,00  | 100,00            | 100,00 | 100,00          | 100,00        | 100,00              |
| 2011 | 118,13  | 110,62            | 126,85 | 101,95          | 130,89        | 104,18              |
| 2012 | 118,57  | 117,17            | 131,36 | 99,59           | 127,89        | 89,34               |
| 2013 | 120,14  | 109,25            | 120,91 | 97,97           | 107,20        | 85,62               |

Fuente: Elaboración propia con base en datos del Banco Mundial (World Bank Commodity Price Data) 2014.

**Gráfico N° 1**  
**Evolución del PBI América Latina y el Caribe 2003-2014**



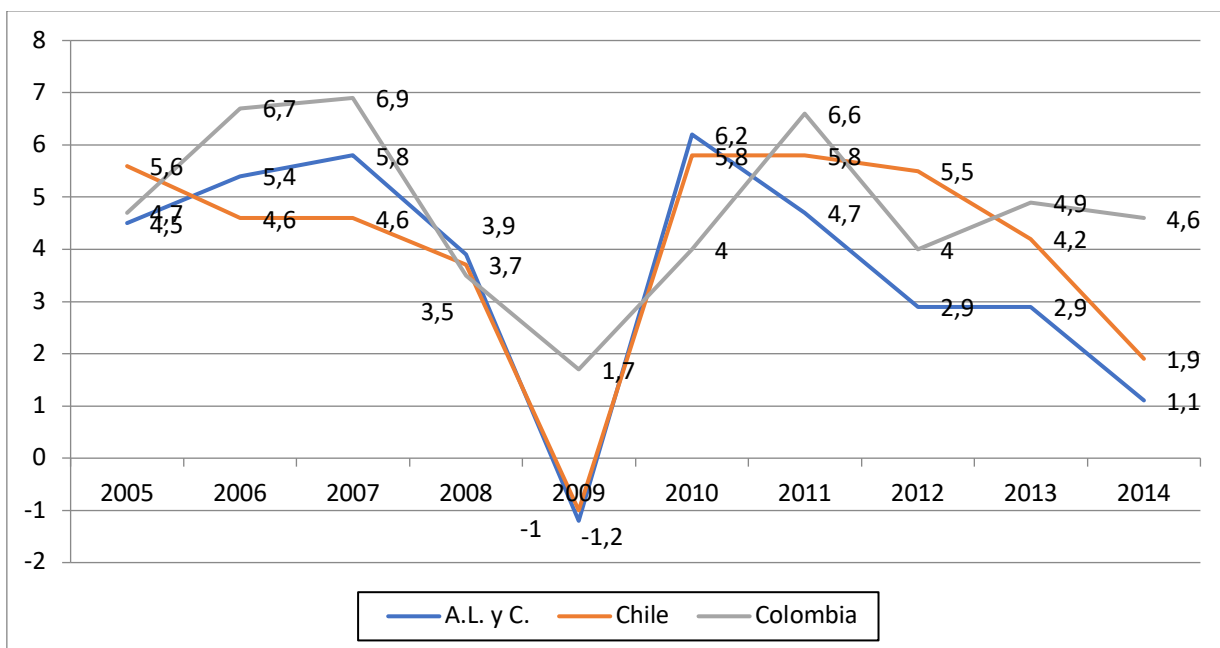
Fuente: CEPAL, Estudio Económico de América Latina y el Caribe 2015.

**Cuadro Nº 2**  
**Agrupamiento por evolución PBI 2011-2013**  
**16 países de América Latina**

| Grupo I          | 2010 | 2011 | 2012 | 2013 | Var. 2011-2013 en % | 2014 (estimado) |
|------------------|------|------|------|------|---------------------|-----------------|
| Chile            | 5,8  | 5,8  | 5,5  | 4,2  | -27,58              | 1,9             |
| Nicaragua        | 3,2  | 6,2  | 5,1  | 4,5  | -27,41              | 4,7             |
| Honduras         | 3,7  | 3,8  | 4,1  | 2,8  | -26,31              | 3,1             |
| Colombia         | 4,0  | 6,6  | 4,0  | 4,9  | -25,75              | 4,6             |
| Costa Rica       | 5,0  | 4,5  | 5,2  | 3,4  | -24,44              | 3,5             |
| Panamá           | 5,9  | 10,8 | 10,2 | 8,4  | -22,22              | 6,2             |
| El Salvador      | 1,4  | 2,2  | 1,9  | 1,8  | -18,18              | 2,0             |
| Guatemala        | 2,9  | 4,2  | 3,0  | 3,7  | -11,90              | 4,2             |
| Perú             | 8,5  | 6,5  | 6,0  | 5,8  | -10,77              | 2,4             |
| <b>Grupo II</b>  |      |      |      |      |                     |                 |
| Argentina        | 9,1  | 8,4  | 0,8  | 2,9  | -65,47              | 0,5             |
| Brasil           | 7,6  | 3,9  | 1,8  | 2,7  | -30,70              | 0,1             |
| Ecuador          | 3,5  | 7,9  | 5,2  | 4,6  | -41,77              | 3,8             |
| Uruguay          | 8,4  | 7,3  | 3,3  | 5,1  | -30,13              | 3,5             |
| México           | 5,2  | 3,9  | 4,0  | 1,4  | -64,10              | 2,1             |
| Venezuela        | -1,5 | 4,2  | 5,6  | 1,3  | -69,05              | -4,0            |
| <b>Grupo III</b> |      |      |      |      |                     |                 |
| Bolivia          | 4,1  | 5,2  | 5,2  | 6,8  | 30,77               | 5,4             |
| Paraguay         | 13,1 | 4,3  | -1,2 | 14,2 | 230,23              | 4,4             |

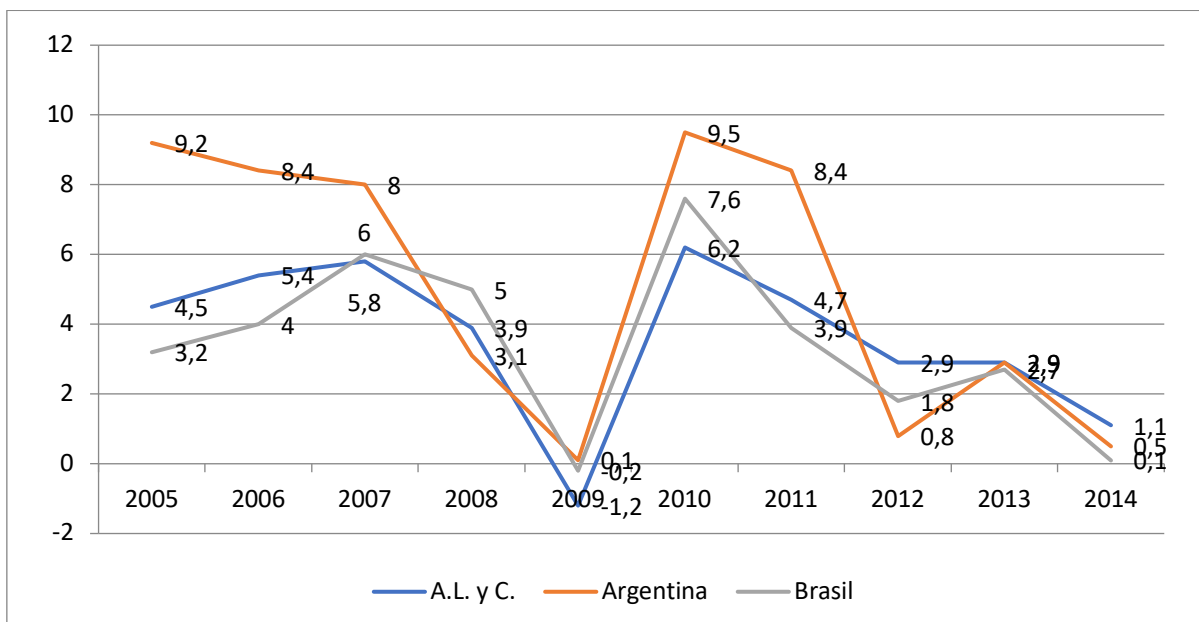
Fuente: CEPAL, 2014.

**Gráfico N° 2**  
**Evolución del PBI 2003-2014**  
**América Latina y el Caribe (ALyC), Chile y Colombia**



Fuente: CEPAL, Estudio Económico de América Latina y el Caribe 2015.

**Gráfico N° 3**  
**Evolución del PBI 2003-2014**  
**América Latina y el Caribe (ALyC), Argentina y Brasil**



Fuente: CEPAL, Estudio Económico de América Latina y el Caribe 2015.

# Ofensiva neoliberal y resistencias populares: una contribución al debate colectivo sobre el presente y el futuro de los proyectos emancipatorios en Nuestra América\*

José Seoane

## Neoliberalismo: aparta de mí ese cáliz

Resulta indiscutible que Nuestra América –latina, caribeña, indígena y afrodescendiente– atraviesa un nuevo momento histórico, un período de transición signado por los avances de la ofensiva neoliberal; los límites, reflujo o crisis de los procesos de cambio; y el despliegue de un nuevo ciclo de luchas de los sujetos subalternos. El intento de su caracterización, particularmente la identificación de las causas, desafíos y tendencias que plantea, ha sido en los últimos años uno de los tópicos principales de las reflexiones del pensamiento crítico latinoamericano y del debate de los movimientos sociales y políticos transformadores. Desde el 2013, con las masivas movilizaciones en Brasil cuestionadoras del gobierno de Dilma Rouseff, y particularmente luego, con los ajustados triunfos electorales del PT y el FA en Brasil y Uruguay en 2014 y un escenario gubernamental a nivel regional cada vez más teñido del giro conservador, se planteó y desplegó un debate sobre la consideración de estos procesos en términos de un “fin de ciclo” de los “gobiernos progresistas” (Zibechi, 2014).

La relevancia de esta discusión regional sobre el “fin de ciclo” se reflejó en el lugar central que dicha temática ocupó en las diversas plataformas y publicaciones propias del campo del pensamiento crítico latinoamericano hacia fines de 2015; por ejemplo, entre otras, en las web de Rebelión y ALAI (ALAI, 2015; Arkonada, 2015a y 2015b; Boron, 2016; Gaudichaud, 2015; Katz, 2016; Modonesi, 2015; Sader, 2015; Zibechi, 2014 y 2015). Sin embargo, sus contribuciones a la comprensión de los procesos en curso quedaron muchas veces opacadas por la polémica entre la crítica y la defensa de los rumbos gubernamentales *in toto*, aunque análisis más sugerentes plantearon abordar el debate desde la consideración de “reflujo del cambio de época” o, desde otra perspectiva, del “fin de la hegemonía progresista” (Modonessi, 2015; Arkonada, 2015a; Gaudichaud, 2015). Los acontecimientos de los últimos seis meses; el triunfo electoral de una coalición derechista en Argentina; el éxito del golpe parlamentario en Brasil; la derrota del PSUV en las elecciones parlamentarias en Venezuela; la derrota en el referéndum habilitante de la reelección de Evo Morales en Bolivia; parecieron dar razón a los diagnósticos del fin del ciclo progresista en Nuestra América.

Sin embargo, como lo señalamos en oportunidades pasadas, consideramos aún que dicha caracterización dificulta la consideración colectiva de la complejidad de los procesos en los que estamos inmersos (Seoane, 2014). Esta opinión se sustenta, entre otras cuestiones, en primer lugar, en razón de que dicha perspectiva tiende a restringir

---

\* Este artículo fue publicado por primera vez en el año 2016 en el Nº 4 de la Revista *Debates Urgentes*.

la visión de los cambios y sus causas al campo del régimen político y el Estado, ciertamente importante pero cuyas dinámicas no pueden comprenderse en sí mismas sino en referencia a sujetos (por ejemplo, las clases y sus fracciones o grupos sociales) y conflictos que se constituyen y despliegan también, e incluso a veces particularmente, en otros ámbitos societales. Y, en segundo lugar, porque esta noción de fin de ciclo asociada a los destinos gubernamentales tiende a promover una visión de los cambios que entorpece su consideración en términos de procesos, iniciados en el pasado e incluso abiertos y no resueltos de manera definitiva hacia adelante, de una transición en curso y, en cierta medida, en disputa<sup>37</sup>.

El ejemplo más significativo de ello es la experiencia venezolana aún vigente, a pesar del despliegue de una guerra económica y multidimensional impulsada por el imperio y las burguesías locales que lleva, en su última fase, ya varios años; de las amenazas que oscilan entre la intervención extranjera directa y la desestructuración y descomposición socio-política interna, y de la propia crisis y límites del modelo rentista-burocrático y del propio gobierno. El despliegue de este combate del proyecto y pueblo bolivariano convoca no a la prescripción de finales sino a la solidaridad atenta –incluso frente al peligro de una “guerra civil”– tanto como al análisis sin tapujos<sup>38</sup>.

“Aparta de mí ese cáliz”, escribía en 1937 el gran poeta peruano César Vallejo ante el escenario de la Guerra Civil española que tuvo un profundo impacto y repercusión en América Latina<sup>39</sup>. Años antes de eso, pero en un clima de época similar, Antonio Gramsci reclamaba doblemente el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad<sup>40</sup>. No se trata de un cliché de pura ingenuidad formal como se lo ha querido fosilizar, o de un consejo reconfortante al estilo de “al mal tiempo buena cara”, o de un juego de esquizofrenia política; sino de la estrecha y necesaria relación que para las perspectivas emancipatorias existe entre el examen sin contemplaciones de los procesos en curso<sup>41</sup>

---

<sup>37</sup> Una tercera cuestión importante que hemos señalado en esta visión crítica del llamado “fin de ciclo progresista” es la de anar en un mismo conjunto bajo una referencia polisémica y ambigua como la de “progresismo” diferentes experiencias de cambio algunas más orientadas por un ideario socialista y otras bajo una programática de desarrollo capitalista e inclusión social. Estas diferencias tienen incluso incidencia en la realidad que cobró el llamado “fin de ciclo”. Así, mientras que en Argentina y Brasil, de formas distintas, las fuerzas conservadoras y de derecha han asumido el control del aparato del Estado, en Venezuela y Bolivia las derrotas electorales no han comprometido, hasta ahora al menos, el del poder ejecutivo. En este caso, no desarrollamos en profundidad este aspecto sin duda también significativo.

<sup>38</sup> Ciertamente, esta misma apreciación podría formularse respecto de otras experiencias, como la boliviana. E incluso respecto de la situación en Brasil donde resta la resolución del juicio parlamentario contra Dilma Rousseff y la salida política que finalmente se impondrá en el contexto de las movilizaciones sociales contra el golpe y el creciente descrédito del gobierno golpista.

<sup>39</sup> Nos referimos al poema titulado “España, aparta de mí ese cáliz” que da nombre también al último libro de Vallejo que reúne los poemas inspirados en la Guerra Civil española.

<sup>40</sup> En un reciente texto, pero en un sentido similar, Eagleton habla de la esperanza sin optimismo (Eagleton, 2016).

<sup>41</sup> La importancia y necesidad de un examen crítico profundo de los escenarios actuales ha sido resaltada por diferentes pensadores y movimientos. Sobre ello, por ejemplo, García Linera afirma: “De manera fría, como lo tiene que hacer un revolucionario, tiene que hacerse un análisis de plaza, como decía Lenin; de terminología militar, analizar las fuerzas y escenarios reales que hay sin ocultar nada, porque dependiendo

y la intencionalidad de la intervención humana para enfrentarlos y modificarlos. Huelga agregar que en ambos planos también se trata de una construcción colectiva.

A este desafío se proponen aportar estas líneas con el sentido de poder delinear, sin pretensión de novedad, algunos de los puntos de referencia que configuran el campo del debate emancipatorio respecto de la actual coyuntura y las tendencias en progreso. Y, de aportar en este esfuerzo una mirada histórica más extendida que contribuya a la construcción de una perspectiva de más largo aliento. Para eso hemos dividido el presente artículo en tres partes relativas a las características de: a) el avance que registra la ofensiva neoliberal; b) los límites y crisis de los procesos de cambio; y c) el nuevo ciclo de conflictividad social. Comencemos entonces nuestro recorrido por el primero de ellos.

### **La significación de la ofensiva neoliberal: tres cuestiones en debate**

Nuestra reflexión parte de las constataciones de los avances conquistados a nivel regional en los últimos años o meses por lo que podemos llamar genéricamente la ofensiva neoliberal. Pero ciertamente, es una obviedad resaltar que el proceso de neoliberalización capitalista es permanente desde sus primeros despliegues en el contexto de los años '70; o, para decirlo en un sentido más amplio históricamente, que el capital en sus múltiples formas persigue constantemente incrementar su acumulación; o, como dice el sentido popular, que el afán de lucro no descansa. En esta dirección, la noción de ofensiva –o de sus avances– remite a un cambio en la tendencia que configuraba las correlaciones de fuerzas societales entre los diferentes sujetos sociopolíticos, clases y bloques sociales en la región. Así, si el levantamiento zapatista de 1994 marcó los comienzos del despertar regional de un ciclo de resistencias de los sujetos subalternos, de creciente conflictividad social cuestionadora del régimen neoliberal; y si a partir del 2000 estas resistencias se trocaron en crisis de hegemonía del neoliberalismo cristalizando muchas veces en cambios gubernamentales y en procesos de transformaciones sociales; ahora nos encontramos en un contexto inverso, de avance o revitalización de las fuerzas del neoliberalismo. El carácter de esta “ofensiva” planteó y plantea una serie de debates al pensamiento crítico que, en este caso sin pretensión de exhaustividad, sistematizamos en tres cuestiones.

#### **1. La novedad, entre la restauración y la continuidad**

En primer lugar, la ofensiva neoliberal ha sido considerada tanto como una pretensión de restauración de las políticas y regímenes impuestos en los años '90 en la región así como, desde otra perspectiva, se han enfatizado las continuidades socioeconómicas más allá de los cambios político-gubernamentales e, incluso en algunos casos, confiado en los anunciados aspectos neodesarrollistas de los nuevos gobiernos de derecha. La estrategia de shock llevada adelante por el gobierno del presidente Macri en Argentina

---

de la claridad del análisis que se hace es que sabrá encontrar las potencias, las fuerzas reales prácticas del avance futuro” (Linera, 2016: 7).

ha refutado en los hechos esta última apreciación<sup>42</sup>. Por otra parte, la idea de la restauración de los noventa, potente en la evocación de la memoria popular y el pensamiento crítico de los lineamientos y efectos de los procesos de liberalización y mercantilización, puede invisibilizar que dicho “Consenso de Washington” se impuso bajo los golpes de la doble crisis de la deuda externa y las hiperinflaciones –y particularmente de esta última– que construyeron las condiciones de la derrota, desarticulación y tolerancia social en un contexto internacional diferente<sup>43</sup>. Más allá de las actuales evocaciones del ineluctable fracaso económico de los populismos o de su matriz de corrupción e ineficiencia –discursos también promovidos en los años ‘90– la derrota social que posibilitó las transformaciones neoliberales de dicha década no ha tenido aún lugar.

Finalmente, si el término neoliberalismo lo utilizamos para referir a una nueva fase capitalista que se despliega y extiende desde los años ‘70 como la salida capitalista a la crisis –económica y de dominación– de esos años; dicho despliegue ha transitado por diferentes momentos, espacios y formas. De facto, frente a la crisis de hegemonía que cuestionó al régimen neoliberal en Latinoamérica en la primera mitad de los años 2000, la reconstrucción de legitimidad y poder para la continuidad de estas políticas en algunos países de la región adoptó la forma de lo que se ha llamado el “neoliberalismo de guerra” caracterizado por un proceso de mafiatización y militarización social y, simultáneamente, de reforzamiento de la capacidad punitiva del Estado, de promoción de un “Estado de excepción” complementario al funcionamiento de un “segundo Estado” ilegal y mafioso (González Casanova, 2001; Seoane, 2008; Murillo, 2008; Segato, 2013). En un sentido similar, desde el pensamiento crítico se ha señalado la estrecha vinculación entre neoliberalismo y crisis, tanto en relación con el proceso contemporáneo de destrucción de las condiciones de existencia de amplias franjas de la población y la vida en general, como respecto del papel de las crisis en el arte de gobierno neoliberal y de la producción de una subjetividad que desintegra el lazo social en la recreación del “estado de naturaleza” hobbesiano (Murillo, 2015; Murillo y Algranati, 2012; Amin, 2001; Klein, 2007; Beinstein, 2014; Seoane, 2016). ¿En qué medida estos escenarios tiñen la ofensiva neoliberal actual?<sup>44</sup>. Los avances en los

---

<sup>42</sup> La agresiva política llevada adelante por el gobierno de Macri en Argentina y lo hecho hasta ahora así como los compromisos y anuncios formulados por el gobierno golpista de Temer en Brasil señalan, en relación con esta cuestión, que la ofensiva neoliberal actual se orienta fundamentalmente a imponer un acelerado shock concentrador del ingreso y la riqueza –con sus consecuencias sobre las condiciones de vida y la estructura económica– y una reestructuración del Estado tanto con la reformulación, restricción y/o desmantelamiento de las áreas o políticas sociales como de la promoción de una regulación e intervención estatal pro-mercado acompañado incluso de privatizaciones directas o indirectas. Ambos expresan asimismo el crecimiento de la preponderancia de las fracciones transnacionales o más transnacionalizadas del bloque dominante y de las corrientes y corporaciones más conservadoras con sus efectos incluso en la reorientación de una política regional e internacional alineada con los intereses de EE.UU. y Europa y en un tratamiento más represivo de la protesta y la acción colectiva de los sujetos subalternos.

<sup>43</sup> Entre otras cuestiones, el inicio de la década de los ‘90 está signado por el desplome de los regímenes del llamado socialismo real simbolizados en la caída del Muro de Berlín y de un ciclo de expansión global del libremercado y del capital.

<sup>44</sup> Frente a las amenazas de la I Guerra Mundial, Rosa Luxemburgo acuñó la frase “socialismo o barbarie”, recuperada luego de diferentes maneras en la tradición crítica; en los años recientes en la experiencia latinoamericana se ha hecho referencia a la defensa de la humanidad, de los territorios, de la vida, de la paz.



acuerdos de Paz en Colombia parecen marchar en otra dirección, aunque los tambores de guerra en la Venezuela limítrofe –y el crecimiento de la represión y la criminalización social– relativicen su significación.

El debate, examen e identificación de las características de esta ofensiva; de su novedad, configurada entre la restauración y las continuidades; y de sus relaciones con el contexto internacional actual; resulta importante para abordar los desafíos que afrontan el pensamiento crítico y la acción transformadora.

## **2. Coerción y consentimiento, política y economía**

En segundo lugar, reflexionar sobre las formas de esta ofensiva neoliberal interroga también sobre sus comienzos, sus formas, su desarrollo. En este sentido, en el terreno estatal-gubernamental el año 2009 condensa a nivel regional un punto de inflexión. El 15 de marzo de ese año ganó las elecciones presidenciales en El Salvador el Frente Farabundo Martí y casi tres meses después, el 28 de junio, resultó exitoso el golpe de estado en Honduras. El triunfo del FMLN marcó el máximo punto de expansión de la elección de gobiernos críticos del neoliberalismo en un proceso que ya había experimentado sus límites en el ciclo electoral del 2006<sup>45</sup>. En contraposición, el golpe en Honduras señaló el comienzo del despliegue regional de estas estrategias de desestabilización y golpe que tuvieron en los años siguientes sus principales manifestaciones en Bolivia y Ecuador y en el exitoso golpe parlamentario en Paraguay en 2012. Acciones en las que se aunaban clases o fracciones de clase dominantes y estratos conservadores locales con corporaciones transnacionales y la intervención estadounidense y que tuvo en el redespliegue militar norteamericano a nivel regional de esos años uno de sus principales sostenes. Sin embargo esta primera fase de la ofensiva neoliberal –más asociada a las formas de la intervención militar, el golpe, la “guerra” o la coerción– sólo resultó efectiva en los “eslabones más débiles” de los procesos de cambio sin conseguir alterar drásticamente el contexto regional.

Esta primera fase de la ofensiva neoliberal cobró cuerpo en el contexto de la emergencia de un nuevo episodio de crisis económica de proyección global pero con epicentro en el viejo núcleo del capitalismo central y posterior al cambio de política del establishment estadounidense simbolizado en el pasaje de Bush a Obama. Y no es una novedad –como han señalado desde los clásicos del pensamiento crítico hasta el debate contemporáneo– que las crisis capitalistas (y sus intentos de gestión) conlleven un reforzamiento de las políticas imperiales y de ofensiva del capital (Harvey, 2004). El procesamiento del primer momento de la crisis supuso entonces, junto a la recesión y rescates públicos de la banca privada en EE.UU. y Europa, la ofensiva neoliberal en la región y el desplazamiento de los flujos de capitales a los commodities con el consecuente acelerado incremento de sus precios. En este contexto, el crecimiento económico de China, los BRICS y el sur del mundo sostuvieron la economía global. Pero a partir del 2012 el procesamiento regional de la crisis cambió, la economía estadounidense comenzó a recuperarse relativamente, los flujos especulativos se

---

<sup>45</sup> Recordemos que en 2006 tiene lugar la elección fraudulenta de Felipe Calderón (PAN) en México, de Álvaro Uribe en Colombia, de Alan García en Perú, entre las principales continuidades del régimen neoliberal en la región bajo la forma ahora del “neoliberalismo armado”.

reorientaron hacia el Norte, los precios de los commodities comenzaron a descender, la crisis como caída del crecimiento económico se desplazó al Sur y a los BRICS.

Un nuevo período de la ofensiva neoliberal en la región comenzó entonces, asociado a la creciente desaceleración e inestabilidad económica. Sus efectos a partir del 2011 y 2012 comenzaron a incrementar las tensiones en las coaliciones sociales sobre las que se sostenían los procesos de cambio –particularmente los gobiernos neodesarrollistas– y exasperó la acción de los poderes económicos y las capas privilegiadas –reconfigurando sus equilibrios y acuerdos– y abriendo posteriormente un escenario de crisis de hegemonía del posneoliberalismo. No se trató, ni se trata, del resultado de una dinámica económica objetiva y natural, sino –de manera más mediada o más directa<sup>46</sup>– de un proceso y terreno propio de la acción de las clases y fracciones dominantes y de los poderes globales. La eficacia de las crisis económicas en la construcción de las condiciones sociales del proceso de neoliberalización capitalista registra antecedentes claros en la historia latinoamericana de fines de los años ‘80 y principios de los ‘90, como ya hemos mencionado. En esta dirección puede leerse la profundidad de la recesión brasileña –según los datos recientes la más significativa de los últimos 25 años– y venezolana –que junto al desabastecimiento promueve, y persigue en la acción de diferentes actores, las condiciones de una implosión social. Aunque, es necesario recordar también que las crisis económicas pueden desembocar asimismo en la potenciación y expansión de la acción y conflictividad de los sujetos subalternos, como sucedió en Nuestra América entre fines de los años ‘90 y principios de los 2000.

### **3. Neoliberalismo, construcción de subjetividad y movilización colectiva**

Por otra parte, en este contexto de retracción y caída económica que hemos descripto, la ofensiva neoliberal demostró también su capacidad en la constitución de sujetos colectivos que incluso se conformaron como protagonistas de protestas y movilizaciones rivalizando, disputando y colonizando simbólicamente las prácticas de los movimientos sociales de raigambre popular que ocuparon las calles en el período de resistencias y cuestionamientos al régimen neoliberal. Ciertamente, la emergencia de estos sujetos vinculados a los intereses de sectores dominantes no es una novedad en la historia latinoamericana –habían tenido relevancia tanto en la disputa por el control de la industrialización sustitutiva frente a los regímenes nacional-populares y, luego incluso, frente a los procesos de radicalización y cambio social de los años ‘60 y ‘70. Sin embargo, la construcción del neoliberalismo en el período posterior y, claramente en los años ‘90, pareció asentarse en el compromiso entre los grupos dominantes de no convocar a otros sujetos sociales para dirimir sus diferencias. La explosión de las resistencias y movimientos sociales de los sujetos subalternos asediando la ciudadela neoliberal rompió ese consenso y, en un ciclo de ensayo y error progresivo<sup>47</sup>,

---

<sup>46</sup> Como ha sido señalado por diferentes analistas, por ejemplo, el descenso de los precios internacionales del petróleo acontecido en el período reciente es un resultado vinculado a la acción de gobiernos y Estados; en particular, de Arabia Saudita y su bloque dentro de la OPEP y de los EE.UU.

<sup>47</sup> Recordemos que en el 2004 se registran ya significativas movilizaciones en clave ciudadana contra el delito y con una programática de reforzamiento de la capacidad punitiva del Estado en diferentes ciudades

comenzaron a aparecer en la escena pública movilizaciones y acciones de protesta con gran protagonismo de sectores medios pero también con capacidad de interpelación de otros sectores sociales que, frente a los procesos de cambio, se constituían en clave ciudadana liberal, reclamaban su condición apolítica como garantía de ser expresión legítima de la sociedad civil, planteaban una programática contra la corrupción, la inseguridad, la delincuencia, y el autoritarismo gubernamental-estatal y, en sus formas más violentas, se inscribían en procesos de fascistización social que pretendían servir como ariete del “golpe suave”. La construcción de estos sujetos, emergidos con similares características en diferentes países de la región, supuso el despliegue de un conjunto de dispositivos y tecnologías de gobierno, de saberes y prácticas, promovidas y difundidas por diferentes agencias estadounidenses y experimentadas también en otros continentes bajo las llamadas “revoluciones de los colores”.

En este caso, la acción regional de organizaciones tales como la USAID (United States Agency for International Development) y el NED (National Endowment for Democracy), el modelo de “onegeización” de la sociedad civil y de su empoderamiento, el uso de las redes sociales, el papel cumplido por las cadenas o grupos multimedia privados, configuraron parte importante de la matriz de constitución de estos movimientos y sujetos colectivos. Sobre ello se han señalado los límites y dificultades que tuvieron los gobiernos no neoliberales de la región para comprender estos procesos e intervenir eficazmente sobre los mismos, particularmente en referencia a los medios de comunicación y las tecnologías de la información y la comunicación (Morales, 2016; García Linera, 2016). Aún con los avances registrados en los años pasados, está pendiente aún a nivel regional una transformación efectiva de la comunicación y del uso y desarrollo de las nuevas tecnologías orientada bajo los objetivos de la democratización, la participación y la soberanía popular. Se ha señalado también la importancia de no sobreestimar el papel de los medios y las redes, en el sentido de que no sirva a ocultar el “cúmulo de otros factores intervinientes” (Boron, 2016). Por otra parte, la problemática de los medios y las redes desde la perspectiva emancipatoria no se restringe a una cuestión regulatoria técnica, legal o público-estatal sino que, en la medida que una comunicación alternativa sólo puede constituirse y construirse en el marco del despliegue de una práctica social alternativa, se trata de una cuestión esencialmente política, en el sentido del ejercicio y desenvolvimiento del hacer colectivo y la autoactividad de los sujetos subalternos. Este caso particular apunta así también en una dirección más amplia, a la importancia que guarda para los procesos de transformación social el fortalecimiento de las prácticas y subjetivaciones políticas de los sujetos subalternos y de los límites que para ello plantea la estatalización y mediatización liberal de su acción. Examinemos estas cuestiones con mayor detenimiento entonces.

### **De los límites endógenos a la crisis de hegemonía de los procesos de cambio: la significación del golpe de timón**

Hemos señalado en otras ocasiones que, a diferencia de lo que a veces se piensa, la crisis de hegemonía del neoliberalismo en la primera mitad de los años 2000 no se tradujo

---

y países latinoamericanos; en el caso argentino, las llamadas “marchas Blumberg”. Sobre ello ver OSAL (2004).

inevitablemente en cambios posneoliberales en toda la región. En algunos países las resistencias fueron derrotadas, los cambios se restringieron al interior de la élite política, y se constituyó lo que ya referimos como neoliberalismo de guerra. Con sus diferencias, lo sucedido en México, Colombia o Perú es ejemplo de ello.

Por otra parte, donde se experimentaron políticas y transformaciones del régimen neoliberal, las mismas adoptaron distinta intensidad, características y radicalidad según los países e, incluso, los períodos; inscribiéndose a grandes rasgos entre dos grandes proyectos: el del neodesarrollismo y el del nuevo socialismo –llamado del siglo XXI o comunitario.

## **1. Del post-neoliberalismo al post-capitalismo**

Con las diferencias sustantivas que pueden señalarse entre ambos proyectos, en la historia reciente los procesos de cambio pos neoliberal en la región afrontaron una serie de limitaciones endógenas, tensiones internas que se convirtieron, progresivamente, en muchos casos, en contradicciones abiertas. El balance que Hugo Chávez hacía sobre ello respecto de la revolución bolivariana en 2012, sin duda uno de los procesos más transformadores, radicales e inspiradores en Nuestra América reciente, resulta un ejemplo y lección mucho más válido incluso para otras experiencias nacionales donde las transformaciones posneoliberales fueron mucho más modestas o restringidas. En relación con ello, en el programa que acompañó la última campaña electoral de Chávez –el llamado “Plan de la Patria”–, en ese año que, ya enfermo, ganara finalmente las presidenciales en octubre con el 56% de los votos, se señalaba con claridad: “no nos llamemos a engaño: la formación socioeconómica que todavía prevalece en Venezuela es de carácter capitalista y rentista”; y se afirmaba la importancia de avanzar: “hacia una radical supresión de la lógica del capital que debe irse cumpliendo paso a paso, pero sin aminorar el ritmo de avance hacia el socialismo”, de “acelerar el cambio del sistema económico, trascendiendo el modelo rentista petrolero capitalista al modelo económico productivo socialista”; y la necesidad de “un poder popular capaz de desarticular las tramas de opresión, explotación y dominación que subsisten en la sociedad venezolana, capaz de configurar una nueva socialidad desde la vida cotidiana donde la fraternidad y la solidaridad corran parejas con la emergencia permanente de nuevos modos de planificar y producir la vida material de nuestro pueblo”, y de “pulverizar completamente la forma de Estado burguesa que heredamos, la que aún se reproduce a través de sus viejas y nefastas prácticas, y darle continuidad a la invención de nuevas formas de gestión política” (Chávez, 2012). Transformación de las relaciones sociales capitalistas; superación del modelo extractivo exportador (rentista petrolero en el caso venezolano); desmantelamiento de la maquinaria estatal burguesa y construcción de formas comunitarias y participativas de gestión de lo público-político y de la economía (por ejemplo, la construcción comunal); potenciación de prácticas colectivas desarticuladoras de las tramas sociales de opresión y explotación; una serie de señalamientos que se han vuelto a mencionar en muchos de los balances y reflexiones sobre las limitaciones y falencias propias de los gobiernos no liberales que contribuyeron a mantener o profundizar rasgos de la estructura social propios de la razón neoliberal y que posibilitaron luego el avance de la ofensiva neoliberal.

Frente a estos desafíos, en la primera reunión del consejo de ministros ya como presidente electo Chávez planteó la necesidad del golpe de timón para motorizar estos

cambios en la transición al socialismo. No se trata de hacer una exégesis del presidente bolivariano, cuyas decisiones y pensamientos no están ajenos al debate y la crítica, sino recordar que ya en 2012, cuando todavía los bonos venezolanos se disparaban y PDVSA aparecía como la segunda empresa dentro de las 500 más grandes de América Latina y una de las grandes del mundo (Chávez Frías, 2012), uno de los referentes más lúcidos en la construcción de Nuestra América planteaba este balance crudo sobre los límites y desafíos pendientes en el cambio social. En el examen de estas horas, en similar dirección, François Houtart, entre otros, ha señalado que el desafío fundamental, en particular para los países que más despertaron expectativas de cambio, sigue siendo la definición de caminos de transición profunda hacia un nuevo paradigma civilizatorio poscapitalista (Houtart, 2015; Gaudichaud, 2015). La experiencia de los últimos años –o, si se prefiere, de esta década y media de cambios– es suficientemente indicativa sobre ello. No resulta suficiente el control político “progresista” del orden económico capitalista, en particular, del modelo extractivo exportador; ni la promoción de una matriz más justa en la distribución de la riqueza generada que reproduzca y amplíe simultáneamente dicha matriz. Veamos.

## **2. Extractivismo y distribución del ingreso**

El nuevo contexto económico mundial que se abre a partir del 2012, con el cambio en el procesamiento regional de la crisis y la caída sistemática del precio de los commodities, habrá de transformar estos límites en pérdida de hegemonía, las tensiones en contradicciones, las disputas en confrontaciones abiertas.

Particularmente, el modelo extractivo exportador, motor del extraordinario período de crecimiento económico regional entre 2003 y 2007, mostró no sólo las dimensiones del saqueo y la devastación ambiental que lo caracterizan desde sus comienzos sino también su profundo carácter dependiente e inestable sometido como está estructuralmente a los flujos especulativos que fijan centralmente los precios internacionales de estos bienes en los mercados globales a futuro. Es más que evidente hoy, con base en esta experiencia histórica reciente, que no puede considerarse un proyecto de cambio social en la región que no aborde centralmente la construcción de los caminos de salida del extractivismo latinoamericano. Por el contrario, en muchas de las experiencias de cambio no neoliberal en América Latina se promovió la expansión del extractivismo como fuente del crecimiento y de los ingresos para las políticas públicas, incluso contribuyendo a fortalecer económicamente a las fracciones dominantes de esas actividades, las cuales, llegada la crisis, reclamaron con mayor fuerza la “devolución” del ejercicio del poder estatal.

En este sentido, la construcción de una transición post-extractivista requiere romper con la dicotomía que opone la respuesta a lo social frente a la cuestión ambiental, desde un paradigma emancipatorio que articule ambas dimensiones, que se aleje progresivamente de la explotación intensiva de los bienes naturales bajo control transnacional y orientado a la exportación, para avanzar en la defensa y mejora de las condiciones de existencia y la soberanía efectiva de los sujetos subalternos. No es cierto que ello sea una ilusión imposible, las programáticas planteadas por los propios movimientos sociales a lo largo y ancho de Nuestra América ofrecen ya un plan para iniciar esa transición (hemos desarrollado esta cuestión en Seoane, 2011 y Seoane, Taddei y Algranati, 2013).

Hoy más que ayer bajo la amenaza global de extinción de la vida que despliega el cambio climático neoliberal-capitalista, el horizonte emancipatorio se alimenta en la misma medida de las dimensiones sociales y ecológicas.

Por otra parte, la desaceleración o caída de las economías latinoamericanas a partir de 2012, luego de los años de crecimiento –más significativo hasta 2007, menor después de ahí–, reabrió o intensificó las tensiones sociales y volvió ya definitivamente inconciliable las mejoras en ganancias, ingresos y consumo de los sujetos dominantes (o algunas de sus fracciones) y subalternos. El ascenso socioeconómico de franjas significativas de la población –eso que se ha llamado la “nueva clase media” latinoamericana– enfrentada a restricciones no podía sino traducirse en malestar y constituirse en un sujeto disponible para la interpelación ideológica de las fracciones dominantes que demandaban un cambio. En este sentido, se ha señalado que “si esta ampliación de capacidad de consumo, si esta ampliación de la capacidad de justicia social no viene acompañada con politización social, no estamos ganando el sentido común. Habremos creado una nueva clase media, con capacidad de consumo, con capacidad de satisfacción, pero portadora del viejo sentido común conservador” (García Linera, 2016: 9). La importancia de esta batalla cultural e ideológica, de la formación y debate político, ha sido destacada también en varias oportunidades (Boron, 2016; Arkonada, 2015a). Por otra parte, esta necesaria politización de los procesos de distribución del ingreso no sólo implica la efectividad y profundidad de estos procesos que no pueden desarrollarse sin conflictos y rupturas sino también de una transformación en los propios patrones de consumo y de bienestar y, consecuentemente, de producción y tecnológicos.

### **3. Del golpe económico a la crisis de hegemonía**

Finalmente, el examen de la historia regional reciente muestra que en el contexto de caída del crecimiento económico a partir de 2012, en muchos casos los gobiernos no neoliberales, más que el golpe de timón, adoptaron una economía orientada hacia un ajuste “suave” o “fino” haciendo un uso creciente del arsenal de la ortodoxia neoliberal para la confección de las políticas públicas.

Posiblemente, el ejemplo más claro y dramático de este proceso es la experiencia brasileña, y particularmente, la gestión de Dilma Rousseff. En el período más próximo, sus límites para responder a las demandas planteadas por las movilizaciones y conflictos del 2013 y las fallidas promesas de reforma política, sanitaria y educativa, posibilitaron que el malestar social pudiera ser capitalizado en las elecciones de fines de 2014 en gran parte por las fuerzas más conservadoras que ampliaron su presencia parlamentaria y condicionaron la ajustada victoria presidencial del PT. Posteriormente, la designación como Ministro de Hacienda del economista ortodoxo Joaquim Levy, proveniente del sector financiero y apodado “manos de tijera” por su compromiso con el recorte del gasto público, y de Katia Abreu, representante del agronegocio, al frente del Ministerio de Agricultura, Pecuaria y Abastecimiento, entre otros, mostraron la decisión gubernamental de afrontar la crisis económica con mayores concesiones al pensamiento neoliberal y los grupos dominantes. Los resultados de ello están a la vista. La crisis económica se potenció, el rumbo elegido deterioró más las propias bases electorales del gobierno del PT, y la crisis política se profundizó. En este escenario se construyeron las fuerzas que hicieron posible el golpe de estado parlamentario que desplazó a Dilma

Rousseff. Años atrás, en el marco de la hiperinflación de fines de los años '80 que consumió al gobierno de Alfonsín en Argentina, un ministro de economía de su gobierno acuñó la frase "les hablé con el corazón y me contestaron con el bolsillo", que podría evocarse trágicamente en estos hechos. Desde el presente, en similar dirección, García Linera reconoce que "algunos de los gobiernos progresistas y revolucionarios han adoptado medidas que han afectado al bloque social revolucionario, potenciando al bloque conservador" y advierte que "gobernar para todos no significa entregar los recursos o tomar decisiones que por satisfacer a todos, debiliten tu base social que te dio vida, que te da sustento y que serán, al fin y al cabo, los únicos que saldrán a las calles cuando las cosas se ponen difíciles. Cuando se hace eso, creyendo que se va a ganar el apoyo de la derecha, o que va a neutralizarla, se cometió un error, porque la derecha nunca es leal, nunca va a ser legal" (García Linera, 2016: 11). Estos señalamientos constituyen parte de un balance crítico necesario de la experiencia de los gobiernos no neoliberales pero también de una enseñanza que es necesario no perder de vista.

### **El nuevo ciclo de conflictividad sociopolítica: características e interrogantes**

El estudio de la conflictividad social ha ocupado históricamente un lugar principal en la atención del pensamiento crítico. Hemos señalado ya el ciclo de luchas sociales y emergencia de sujetos colectivos desplegados a lo largo de la segunda mitad de los años '90 y que, en la primera mitad de la década siguiente, puso en muchos de nuestros países en cuestionamiento la hegemonía neoliberal. Desde esta perspectiva, consideramos un ciclo de conflictividad social no sólo como un proceso de crecimiento socio-espacial e intensificación de los conflictos sociales sino también por la existencia de un conjunto de características comunes que lo identifican, particularmente en relación con los sujetos (la constitución subjetiva), sus prácticas y programáticas (Marx, 2004; Gramsci, 1999; Seoane, 2014).

En este sentido, en el análisis del nuevo contexto regional que se planteó a partir del 2009 y, particularmente, en relación con lo que hemos llamado como una verdadera "ofensiva extractivista" puede identificarse un nuevo ciclo de conflictividad de proyección regional que emerge ante la expansión e intensificación que anima a los emprendimientos y actividades económicas extractivo exportadores (la megaminería a cielo abierto, la explotación hidrocarburífera, los hidrocarburos no convencionales, los monocultivos forestales y las pasteras, los cultivos transgénicos y el agronegocio, etc.) y las obras de infraestructura (energéticas y de transporte) que los acompañan. Hemos analizado algunas de las características de este ciclo y sus límites en el terreno de su proyección nacional y regional en contribuciones anteriores (Seoane y Algranati, 2012). El levantamiento indígena amazónico en el Perú y la masacre de Bagua que desencadenó la política de Alan García se constituyeron en un símbolo regional de esta ofensiva y de las resistencias que la confrontaron, particularmente en los avances sobre la selva amazónica sudamericana y los pueblos que la habitan.

#### **1. Los cambios en la conflictividad social posterior al 2012**

El nuevo contexto económico regional abierto a partir de 2012 que ya analizamos planteó un nuevo momento de la conflictividad social. La desaceleración o crisis

económica incrementó las tensiones y malestares sociales en el mundo urbano y del trabajo y en otros sectores sociales, complejos procesos atravesaron la subjetividad de los sectores populares perdida la estabilidad económica y política del período anterior. Todo ello también redundó en el despliegue de un nuevo ciclo de conflictividad social a nivel regional más amplio, diverso y significativo aunque heterogéneo, en algunos casos fragmentado, a veces convergente y, en otros casos, sólo simultáneo, a las resistencias y movimientos surgidos frente al extractivismo. El ejemplo más evidente fueron los procesos de lucha experimentados en Chile y Colombia en esos años y que luego de una ralentización en el marco de los contextos eleccionarios de 2013 y 2014 se reactivaron en el período reciente.

Sobre ello, es conocido la emergencia, constitución y despliegue de un movimiento nacional por la educación pública en Chile entre 2011 y 2013 que tuvo en los jóvenes universitarios y secundarios su actor central pero que se amplió y convocó a profesores, padres y a otros sectores sociales hasta convertir su demanda en un reclamo nacional. Pero tal vez es menos reconocido en ese período el incremento del conflicto del pueblo mapuche en el sur, o la protesta y movilización regional pero con proyección nacional contra la construcción de las represas en Aysén, o la emergencia e intensificación de las luchas obreras (de los trabajadores portuarios, en el cobre, en el sector minero, de la industria forestal) que tuvo en la jornada de paro nacional de julio de 2013 “la convocatoria más grande realizada por una organización de la clase trabajadora desde el fin de la dictadura” (Aguiar, 2014). Las movilizaciones, conflictividad y acción de los sujetos subalternos en ese período en Chile fueron tan significativas que fueron consideradas como “el despertar de los movimientos sociales”, el del “desplazamiento de la política a las calles”, y el del final de la eficacia del terror (Aguiar, 2013a; Urra Rossi, 2012; Ouviaña, 2012; Gaudichaud, 2014). En el terreno político estas luchas conllevaron la derrota del experimento “Piñera” –con significativos parecidos al del PRO y el gobierno de Macri–, la descomposición de las fuerzas de derecha en las elecciones de 2013 y la elección nuevamente de Bachelet ahora en el marco de una nueva coalición llamada Nueva Mayoría.

Por otra parte, el proceso en Colombia comenzó en 2013 en el contexto de la apertura de las negociaciones de paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las FARC, que para los sectores dominantes perseguían mejorar las condiciones para la inversión extranjera y el clima de negocios pero que inesperadamente abrió un ciclo de luchas significativas con los paros nacionales agrarios y populares. En este proceso, desde las primeras protestas de caficultores y agricultores en general –vinculados a la caída de los precios internacionales y las consecuencias del TLC con EE.UU.– la protesta creció en el ámbito rural y urbano, en la zona del Pacífico y del Atlántico hasta la realización del primer paro agrario y popular de agosto-septiembre de 2014 y la conformación luego de la Cumbre Agraria, Campesina, Étnica y Popular que agrupó y agrupa a un conjunto diverso de organizaciones y sujetos sociales donde conviven las dos plataformas sociopolíticas más importantes de dicho país (la Marcha Patriótica y el Congreso de los Pueblos), con las principales organizaciones campesinas, indígenas, estudiantiles, populares y de los pueblos afros. Dicha intensidad y amplitud de la conflictividad social en Colombia en el año 2014 ha sido incluso considerada “un verdadero auge de luchas” y “un revivir de la lucha de clases” (Dorado, 2014; Archila, García, Parra y Restrepo, 2014) así como, en términos cuantitativos, el 2013 registró la



mayor cantidad de hechos de protesta desde 1975, según el trabajo de seguimiento de los conflictos que realiza el CINEP desde los años '70 (CINEP, 2014).

De esta manera, en el contexto del incremento de las tensiones y la crisis de los gobiernos no neoliberales, en otros países donde la ruptura con el régimen neoliberal no se había producido, por ejemplo en Chile y Colombia, tenía lugar un ciclo de intensa conflictividad social. Sin la significación de lo acontecido en estos casos y bajo el despliegue cruento del neoliberalismo de guerra<sup>48</sup>, incluso en México pueden identificarse importantes hechos de movilización y conflictividad; desde la reaparición pública del zapatismo en 2012 ante los comienzos del nuevo gobierno de Peña Nieto, las resistencias frente a la reforma (privatización) petrolera (de PEMEX) desde 2013, las movilizaciones frente a la represión y desapariciones de los normalistas en Ayotzinapa en 2014 y 2015 que desenmascararon a nivel nacional e internacional la estrecha comunión entre la clase política, las fuerzas de seguridad y los grupos de la economía ilegal en el control terrorista de la población; y más recientemente pero con varios años de historia la lucha de los maestros (particularmente de la Sección 22 del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación y la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación) contra la reforma educativa y que tuvo en las protestas y represión recientes en Oaxaca uno de sus acontecimientos más conocidos.

## 2. La conflictividad social en los procesos de cambio

Estos procesos de crecimiento de la conflictividad y de la acción de los sujetos subalternos no son una excepcionalidad de los países donde las recetas neoliberales más duras siguieron vigentes en estos años, también bajo los gobiernos no neoliberales se desplegaron experiencias similares. Por ejemplo, en Brasil las llamadas “jornadas de junio” de 2013 iniciadas con las movilizaciones juveniles por el boleto gratuito (pase libre) en San Pablo y proyectadas nacionalmente luego a todos los grandes centros urbanos tras la represión que intentó conjurar estas primeras demostraciones, ha sido comparadas, por su masividad, con la Campaña por el *impeachment* de Collor de Mello de 1992 y la recordada Campaña por las elecciones directas (Diretas Ya!) de 1985 frente a la dictadura militar (Antunes, 2013) e, incluso, como un regreso del movimiento de masas que había desaparecido de la escena política desde 1989 (Singer, 2013). Ciertamente heterogéneas y disputadas por los sectores más conservadores y fascistas en el rechazo a Dilma Rousseff y el PT, pero que impulsaron también la primera huelga nacional al gobierno del PT organizada por las ocho centrales sindicales en julio<sup>49</sup>; las “jornadas de junio” no fueron un “rayo solitario en cielo sereno” sino que se inscribieron en un proceso más amplio de crecimiento de la conflictividad social (Antunes, 2013). En este sentido, desde el 2011 puede apreciarse en Brasil un crecimiento de la conflictividad social de diferentes sectores sociales; por ejemplo, los conflictos en el campo que se incrementaron, en términos cuantitativos, casi un 15% respecto del año

---

<sup>48</sup> Se trata de una verdadera guerra contra el pueblo –y no contra el delito– que comenzó en el 2007 con el gobierno ilegítimo de Fernando Calderón y se continúa en el nuevo gobierno de Peña Nieto y que en estos casi 10 años, aunque no se cuentan con cifras oficiales confiables, puede estimarse que se ha cobrado la vida de más de 100.000 personas y más de 40.000 desaparecidos.

<sup>49</sup> Bautizada como “Día nacional de luchas” el paro general incluyó una serie de demandas obreras así como parte de la programática planteada en las grandes movilizaciones de junio.

anterior aún sin alcanzar las dimensiones que tuvieron entre 2003 y 2007 (CPT, 2013). Pero más significativo aún resultó el crecimiento de la conflictividad sindical urbana<sup>50</sup>; considerando por ejemplo que el número de huelgas creció casi un 25% en este período aunque de carácter particular y fragmentado (Leher, 2012; DIESSE, 2013). Esta tendencia se mantuvo y acentuó en 2012<sup>51</sup> cuando, por ejemplo, las horas de paro fueron un 75% más que en 2011 alcanzando un pico histórico apenas inferior al de los años 1989 y 1990, y la cantidad de huelgas resultó un 57% mayor, el número más importante desde 1997 (DIESSE, 2013).

### **3. Debates e interrogantes**

En esta dirección, podríamos mencionar y examinar otras experiencias de lucha en otros países de la región en esos años. Sin ninguna pretensión de linealidad ni determinismo, con sus ascensos y descensos, sus heterogeneidades, fragmentaciones y convergencias, esas experiencias de movilización de sujetos subalternos siguen vigentes o se prolongan hasta la actualidad en lo que puede considerarse aún un mismo ciclo de conflictividad social. Por otra parte, los avances de la ofensiva neoliberal, particularmente en los países donde conquistó el control del aparato del Estado, ha supuesto también nuevos procesos de activación de los sujetos subalternos y de conflictividad social. El mejor ejemplo de ello es, tal vez, el escenario social en Argentina de este último semestre cruzado por conflictos sindicales, sociales y territoriales, desde las movilizaciones frente a los despidos y ajustes en el sector público –especialmente en el primer tercio del año–; los conflictos sindicales en el marco de las negociaciones salariales anuales y de las organizaciones territoriales contra los recortes de las políticas sociales –entre el primer y segundo trimestre–; hasta los cacerolazos o “ruidazos” en las principales ciudades del país frente al alza de tarifas –en el final del segundo trimestre. En su diversidad, estas acciones –aún en la forma local, sectorial o discontinua que a veces asumieron– constituyen un arco de resistencias frente al shock concentrador del ingreso promovido a nivel gubernamental y sus consecuencias.

Ciertamente, se trata en la mayoría de los casos a nivel regional de luchas defensivas y, muchas veces, de resistencia; y esto es una característica del período. Si parte del debate emancipatorio se centró en el pasado inmediato en las alternativas y horizontes de cambio, es evidente que la coyuntura actual plantea abordar esta misma discusión desde el desafío de la construcción de sujetos y fuerzas en un contexto adverso, como lo era ya para muchos movimientos y conflictos. Pero ello no significa que estos conflictos resulten inevitablemente derrotados en sus objetivos inmediatos o en su contribución a un proceso de acumulación de fuerzas de más largo aliento. Frente al ciclo de luchas regionales que cuestionó primero y conmovió después la hegemonía neoliberal, la renovación y debate del pensamiento crítico latinoamericano se centró en la interpretación (histórica y teórica) de la novedad de la constitución movimientista de

---

<sup>50</sup> Entre ellos, puede considerarse la ola de huelgas y rebeliones en la industria de la construcción civil que afectaron algunas de las obras del Programa de Aceleración del Crecimiento (PAC) del gobierno federal, las huelgas de bancarios y de correos, del Complejo Petroquímico de Río de Janeiro, entre otras.

<sup>51</sup> En el caso de los conflictos rurales en términos cuantitativos se mantienen en similar nivel que 2011. Sin embargo, debe destacarse la movilización indígena popular contra la construcción de la represa hidroeléctrica de Belo Monte.

los sujetos subalternos. Las discusiones sobre los sujetos protagonistas de dichas luchas así como sobre sus prácticas y programáticas ocupó un lugar central en la producción del pensamiento crítico. En ese momento, la importancia alcanzada por los movimientos indígenas, territoriales, comunales, los constituidos desde su desposesión (los llamados “movimientos sin”) en contraposición a la pérdida de centralidad política de la forma sindical y del movimiento obrero implicó una discusión teórica y política sobre la interpretación de esta novedad que se formuló a veces desde la falaz oposición entre viejos y nuevos movimientos, o entre la valoración de la identidad cultural-simbólica enfrentada a la determinación de clase (examinamos estas cuestiones en Seoane, Taddei y Algranati, 2008). En la actualidad, este debate vuelve a emerger entre los que realizan los cambios en la configuración de los sujetos subalternos de la última década y asimilan el escenario actual más a las fuerzas que operaban antes de la profundización neoliberal y aquellos que enfatizan la continuidad de las transformaciones estructurales y resaltan el lugar que el territorio y la forma comunidad cumplen en la constitución subalterna y las resistencias. Más significativo aún, considerando la experiencia de los años '90, puede resultar el examen de las experiencias de emergencia de la acción colectiva de los sujetos subalternos, los procesos de activación social y expansión del asociativismo y la solidaridad en sus múltiples dimensiones, y la relación que en estos procesos aparece entre lo que suele llamarse espontaneísmo y organización o, para pensarlo desde otra perspectiva más precisa, de la emergencia de nuevas prácticas colectivas y de renovación-reinvención organizativa. En este orden también, otra de las cuestiones importantes apunta al examen de las formas de lucha y organizativas referidas a los procesos de construcción de las convergencias y articulaciones multisectoriales y las relaciones que en la conflictividad y constitución subjetiva subalterna se plantea y despliega entre lo local y lo nacional; y entre lo particular-corporativo y lo político general. Esta última cuestión refiere también a la dinámica que puede establecerse entre el crecimiento de la conflictividad de los sujetos subalternos y la posibilidad del despliegue de nuevo procesos de radicalización ideológica. Y, en ese mismo orden, también en el examen de las relaciones entre estos movimientos, el Estado y la producción de lo común-comunitario más allá del Estado. Finalmente, este último aspecto interroga también sobre las formas, tiempos y características del ciclo de resistencias, en el debate sobre su capacidad de abrir procesos de cuestionamiento social más amplios o de acumulación de fuerzas de más largo aliento. Estas problemáticas e interrogantes, y ciertamente otros más que por cuestiones de espacio quedan fuera de mención, constituyen una agenda de los debates que las luchas sociales actuales le plantean al pensamiento crítico y la acción transformadora.

### **Los desafíos presentes de la emancipación, entre el pasado y el futuro**

A lo largo de esta contribución hemos propuesto un examen de los interrogantes que afrontan los movimientos populares en Nuestra América a partir del análisis de tres procesos simultáneos, contrapuestos y tendenciales: la ofensiva neoliberal; la crisis de hegemonía de los gobiernos y proyectos de cambio y el nuevo ciclo de luchas de los sujetos subalternos. Y en esta consideración hemos propuesto una mirada que recorta un período de tiempo extendido iniciado entre 2011 y 2012 y que se proyecta como horizonte más allá de la coyuntura. Desde esta perspectiva, el debate sobre los desafíos del presente se formula siempre interrogando al pasado, para mirar hacia adelante.

Sobre estas preguntas, en su obra “El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte” Carlos Marx, reformulando una vez más a Hegel, señala que la historia no se repite; que su evocación en la interpretación del presente opera en realidad como encubridora de las novedades que distinguen la actualidad (Marx, 2004). Coincidiendo con ello, Gramsci, por otra parte, enfatiza otra dimensión del pensamiento marxiano alrededor de la importancia de la discusión, el examen y la interpretación del pasado como campo en el que se constituyen las condicionalidades “objetivas” claves para responder a los desafíos del presente, entendiendo a éste como disputa y posibilidad de cambio (Gramsci, 1991). Walter Benjamin aporta, en este diálogo imaginario, una nueva dimensión, donde el pasado aparece como el adueñarse de un recuerdo convertido en un relámpago, una evocación-invencción que relumbra e ilumina frente al momento de peligro, que enciende la chispa de la esperanza (Benjamin, 2006). Entre estos pasados y presentes se enhebran los futuros emancipatorios en Nuestra América.

**SEGUNDA PARTE**  
**Pasado y presente del nuevo internacionalismo**

## De Seattle a Porto Alegre. Pasado, presente y futuro del movimiento anti-mundialización neoliberal\*

José Seoane y Emilio Taddei

### La “primavera social” de Porto Alegre

La literatura política contemporánea ha recurrido con frecuencia, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, al empleo del término “primavera” para referirse a hechos político-sociales contestatarios del orden existente, portadores de nuevas ilusiones e ideales societales. Estas “primaveras” suelen caracterizarse por un alto grado de espontaneidad y solidaridad social, por su originalidad política y por una radical práctica democrática. El uso metafórico del término refiere, en el campo político-social, a la voluntad de cambio y transformación, de gestación de un nuevo orden solidario que emerge para sobreponerse a un presente aciago y cargado de injusticias para las mayorías populares.

Sin duda estos ideales y voluntades de cambio fueron los que posibilitaron que más de 15.000 personas de diferentes países del mundo se movilizaran para participar durante cinco días en el primer Foro Social Mundial (FSM) realizado en la ciudad de Porto Alegre, Brasil, entre el 25 y el 30 de enero de 2001. Las pasillos y salones de la Pontificia Universidad Católica de Río Grande do Sul (PUC-RS, donde se desarrollaron la mayoría de las actividades) y las calles, parques y espacios culturales de la ciudad de Porto Alegre fueron testigos de una «primavera social» que, como sucede con estas estaciones humanas, desbordó ampliamente las expectativas de participación de todos los organizadores y asistentes<sup>52</sup>.

El primer Foro Social Mundial fue un multitudinario y democrático encuentro de numerosos y diversos movimientos sociales, sindicatos, organizaciones campesinas, indígenas, movimientos de mujeres, colectivos militantes, ONG, organizaciones sociales y juveniles cuyo punto de confluencia y articulación es la lucha contra la mundialización neoliberal en curso y sus consecuencias.

Se dieron cita así las diferentes sensibilidades y corrientes que hoy componen este rico y heterogéneo movimiento que se ha venido constituyendo a nivel internacional y ha cobrado visibilidad en los últimos años, sobre todo después de la masiva e inesperada protesta ocurrida en la ciudad de Seattle contra la Organización Mundial del Comercio (OMC).

---

\* Este artículo fue publicado por primera vez en el año 2001 en el libro *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre*, compilado por José Seoane y Emilio Taddei (Buenos Aires: CLACSO).

<sup>52</sup> Las cifras oficiales proporcionadas por la organización del FSM al finalizar el mismo muestran con elocuencia el rotundo éxito de la convocatoria realizada: más de 15.000 participantes entre los que se registraron 4.702 delegados registrados de 117 países; 104 panelistas y expositores (27 brasileños y 69 internacionales), 165 invitados especiales (77 brasileños y 88 internacionales) provenientes de 36 países. Los campamentos de la juventud e indígena reunieron a 2.000 y 700 participantes respectivamente en el Parque da Harmonia. Hubo 1.870 periodistas acreditados en representación de grandes medios internacionales y de agencias de noticias, periódicos y radios independientes (1.484 brasileños y 386 internacionales). La feria de stands de movimientos sociales, editoriales, ONG, etc., reunió a 65 expositores (325 personas acreditadas). La organización y la estructura de apoyo al FSM movilizaron a 860 personas (logística), 113 personas en el área de comunicación y prensa. En la traducción simultánea de los paneles participaron 51 traductores.

Bajo el impacto de la misma comenzó a germinar, a principios del año pasado, la ensoñación de un Foro Social Mundial simultáneo con el Foro Económico Mundial de Davos. Un colectivo de movimientos y organizaciones sociales brasileños asumió el desafío, con el apoyo del mensuario francés *Le Monde Diplomatique*, promotor en junio de 1998 de la constitución de la organización ATTAC (Asociación por una Tasa Tobin de Ayuda a los Ciudadanos). La ciudad de Porto Alegre, y su experiencia de doce años de gestión democrática materializada en la inédita experiencia del *orçamento participativo* (presupuesto participativo) promovida por el gobierno municipal de izquierda que encabeza el Partido de los Trabajadores de Brasil, reunió el consenso unánime de los promotores de la idea como el lugar más adecuado para realizar dicha convocatoria. Con el apoyo entusiasta, que se prolongó a lo largo del propio Foro, de las autoridades del Estado de Rio Grande do Sul y de su capital, Porto Alegre, la convocatoria fue refrendada por unanimidad en las jornadas de junio de 2000 cuando este movimiento internacional sesionó en la Cumbre Social Paralela al evento organizado por las Naciones Unidas en la ciudad de Ginebra, Suiza. La “primavera” de Porto Alegre se alimentó de todos estos esfuerzos y fue haciéndose realidad al calor de los sucesivos encuentros y protestas de 2000.

Estas voluntades, estas voces, animaron los intensos, agotadores y vibrantes días del Foro Social Mundial. Pobre parece toda palabra para dar cuenta de esa fabulosa “Babel” donde, contrariando la parábola bíblica, la tumultuosa diversidad de movimientos, sensibilidades e idiomas compartió ideas y acciones. Recordemos como era el transcurrir de esta primavera. Cada una de las jornadas se abría con cuatro mesas redondas simultáneas, ordenadas alrededor de cuatro ejes temáticos que abordaban algunas de las principales problemáticas que hacen a la mundialización capitalista actual.

Dos grandes temas concentraban el debate: la riqueza y la democracia (FSM, 2001). Alrededor de estas cuestiones, intelectuales activistas y activistas intelectuales cruzaron visiones sobre la necesidad de garantizar el carácter público de los bienes de la humanidad sustrayéndolos a la lógica del mercado; la construcción de ciudades y hábitats sustentables; la urgencia de una distribución justa de la riqueza y las formas para alcanzarla; los contornos de la hegemonía política, económica y militar de los Estados Unidos y la estructura del poder mundial; la actualidad del concepto de imperialismo y de la idea del socialismo (debates que habían sido clausurados por la hegemonía del pensamiento liberal); la igualdad de género; la democratización del poder; la garantía del derecho a la información y la democratización de los medios de comunicación; la necesidad de regular el movimiento internacional de capitales; el futuro de los Estados-Nación, entre otros temas<sup>53</sup>.

Por las tardes una enorme cantidad de talleres y grupos de trabajo organizados por los movimientos y organizaciones sociales asistentes fueron los espacios privilegiados de encuentro y de intercambio, de conocimiento de las diferentes experiencias nacionales de resistencia a las políticas neoliberales y de coordinación de esfuerzos y actividades con vistas al futuro. La real significación del Plan Colombia, los conflictos sociales en América Latina, el futuro de la biodiversidad, las experiencias de propiedad social, los movimientos artísticos alternativos, la problemática de la

---

<sup>53</sup> Algunos de estos debates se examinaron en el libro *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre* del cual este artículo formó parte originalmente e introdujo específicamente a una de sus secciones.

educación pública, la lucha del movimiento internacional de mujeres, la experiencia de Vía Campesina, las políticas de acción sindical, etc., son sólo una pequeña muestra de la cantidad de temas abordados. Las agotadoras jornadas de discusión cerraban al fin de la tarde con los «testimonios» de reconocidos militantes, dirigentes sociales y políticos, escritores, periodistas del mundo entero.

Los pasillos y jardines de la PUC, los numerosos espacios culturales de la ciudad habilitados por la intendencia de Porto Alegre fueron también el escenario de programadas e improvisadas manifestaciones culturales: piezas de teatro, exposiciones fotográficas, conciertos de música y bailes que por la noche prolongaban el espíritu solidario y de comunión que caracterizó al FSM. El campamento de los jóvenes y el campamento indígena fueron testigos también de intensos y prolongados debates y actividades.

La percepción de que la “primavera” de Porto Alegre viene a abrir un nuevo estadio del movimiento de convergencia internacional antineoliberal, indudable para los que tuvimos la oportunidad de compartirla, nos interroga sobre las raíces y características de esta convergencia que, en el corto lapso de un lustro, vino a sacudir y demoler las “fábulas globalizadoras” instalando en la escena internacional los contornos de aquello que, provisoriamente habremos de llamar, movimiento antimundialización neoliberal. Nos interroga también sobre la significación que le cabe, en esta genealogía, a este Primer Foro Social Mundial de Porto Alegre y los derroteros que parece anunciar. Presentemos algunas aproximaciones de respuesta.

### **Una genealogía del movimiento mundial antineoliberal**

La primavera de Porto Alegre es, en un sentido, un punto de llegada. Como ya señalamos el Foro Social Mundial se inscribe en un largo, y no tan largo, proceso de experiencias de convergencia internacional que tuvo quizás su jornada más difundida en Seattle en noviembre de 1999. La historia de estas confluencias es sin embargo anterior a dicho evento y su comprensión perdería riqueza si nos dejáramos seducir simplemente por el “impresionismo mediático” de Seattle. No se trata aquí de minimizar la importancia e impacto que tuvieron aquellas jornadas (en cuyo análisis más específico nos detendremos luego), sino de dar cuenta de los procesos que la alimentaron y la hicieron posible.

La génesis del movimiento antimundialización parece conducirnos a las profundidades de la selva chiapaneca a mediados de 1996. Numerosos cronistas han insistido en señalar al Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y Contra el Neoliberalismo realizado del 27 de julio al 3 de agosto de 1996 en Chiapas, México, a iniciativa del EZLN, como el primer jalón del movimiento internacional contra la mundialización liberal. En las montañas del sureste mexicano, más de 3.000 personas de más de cuarenta países se encontraron y compartieron la “Segunda declaración de La Realidad”. Esta vocación internacional del zapatismo había tenido ya expresión en la fecha elegida para la aparición pública del movimiento, “el día en que irrumpe el tercer milenio en México” (Ceceña, 2001) con la entrada en vigencia del tratado de libre comercio del NAFTA. En los inicios de 1994 el zapatismo aparecía así como el primer movimiento social de envergadura que, luego de la caída del Muro de Berlín, interpelaba no sólo a la sociedad mexicana sino a todos los oprimidos del mundo. La iniciativa de los “encuentros intergalácticos” se prolongaría en dos reuniones más (Barcelona, España,



1997; Belén, Brasil, 1999) y daría impulso a la posterior conformación de la Acción Global de los Pueblos (AGP, febrero 1998).

Pocos meses después del primer encuentro zapatista, a principios de 1997, comenzaba a difundirse, en particular por la asociación norteamericana Global Trade Watch, los primeros borradores del Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) que, en secreto venía siendo negociado al interior de la OCDE (Organización para el Comercio y el Desarrollo Económico) desde 1995. El AMI, un tratado internacional orientado a la protección de las inversiones extranjeras en desmedro de la capacidad regulatoria de los Estados y los pueblos, fue inmediatamente calificado por sus detractores como la “nueva biblia del capitalismo mundial y caracterizado como un *Tratado Internacional de los Derechos de los Inversionistas*, y como el *Documento Constitucional del Nuevo Orden* de hegemonía plena del capital transnacional. Con la difusión de esta negociación secreta, primero en el arco de las asociaciones y activistas de América del Norte, rápidamente también en Europa y luego a escala mundial gracias a la Internet, comenzaba a germinar una primera campaña transatlántica e internacional. Convocando a un amplio conjunto de asociaciones ecologistas, de derechos civiles y de lucha contra las corporaciones transnacionales y los efectos de la desregulación comercial y financiera, que en el caso de América del Norte ya habían tenido su “bautismo de fuego” en la contestación al NAFTA, la extendida campaña contra el AMI fue el primer punto de articulación (fundamentalmente europeo-norteamericano, pero que tuvo también una importante irradiación a nivel mundial) de un conjunto de ONG, intelectuales y activistas y representantes de movimientos sociales, que daría además la primera victoria a este naciente movimiento antimundialización neoliberal. Su desarrollo por cierto se daba en un contexto social diferente de aquel de los inicios de la década.

A nivel europeo, en el primer semestre de 1997, cobraron impulso y visibilidad las primeras experiencias de coordinación a escala continental de los movimientos de desocupados surgidos nacionalmente al calor del flagelo de la desocupación y la precarización laboral, resultado de la aplicación de políticas de corte neoliberal profundizadas por el Acuerdo de Maastrich. Del 14 de abril al 14 de junio de 1997 se realizó la primera Marcha Europea contra el paro, la precariedad y las exclusiones convocada por movimientos de desocupados, con el apoyo de sindicatos, de organizaciones de indocumentados y de derechos humanos de diferentes países de Europa que culminó en la ciudad de Amsterdam con la participación de 50.000 manifestantes. Desde entonces hasta la fecha otras dos marchas de este tipo han puesto de manifiesto la confluencia de organizaciones sociales europeas en pos de la construcción de una “Europa solidaria y de los pueblos”. En las protestas resonaba el eco del “movimiento social” de noviembre-diciembre de 1995 en Francia contra la reforma de la Seguridad Social y la privatización de la empresa de ferrocarriles, importante punto de referencia en la historia reciente de los movimientos de lucha contra la “Europa liberal”.

También en los Estados Unidos, corazón del capitalismo mundial, a mediados de 1997, los trabajadores de la empresa de correo privado *United Parcel Service* realizaron una huelga de dos semanas contra la generalización del empleo precario y cuestionaron con éxito el modelo de flexibilización laboral en la empresa, promovido por las instancias económicas internacionales y los portavoces patronales. Lanzada por el sindicato de camioneros (*Teamsters*) y conducida por su ofensivo líder Ron Carey, la huelga recibió

el apoyo de la renovada conducción de la confederación sindical nacional AFL-CIO que decidió movilizar la solidaridad de todas las profesiones y puso a disposición del movimiento el conjunto de recursos del movimiento sindical. El éxito de la huelga (UPS se avino a negociar la mayoría de las reivindicaciones) abrió una brecha en la estrategia industrial tendiente a reducir el costo laboral cuestionando las conquistas de los asalariados y constituyó una inédita victoria en la reciente historia sindical de Estados Unidos.

A fines de 1997, la crisis económico-financiera en el sudeste asiático dió por tierra con la ilusión del “milagro de los tigres y dragones” y reveló, a la par de las consecuencias en términos sociales que las recetas neoliberales deparaban, la profunda inestabilidad que la mundialización capitalista actual arrastra y que recorrió, y aún recorre, la periferia del mundo (de Asia a Rusia, de América Latina a Turquía) amenazando con instalarse en el centro. Frente a ello las draconianas condiciones de financiamiento impuestas para paliar la crisis por los guardianes del (des)orden financiero internacional hicieron sentir de forma inmediata sus consecuencias en el plano social. Las protestas políticas en Indonesia que desembocaron en la caída del régimen de Suharto, las manifestaciones de obreros thailandeses duramente reprimidas por la policía y las huelgas protagonizadas por la central sindical coreana (KCTU) contra los numerosos despidos que siguieron a los planes de ajuste y la estrepitosa caída del poder de compra de los asalariados son sólo algunos ejemplos del terremoto social que conocieron y aún padecen los países de esa región.

La explosiva onda expansiva de la crisis financiera contribuyó sin duda a que se elevaran voces a nivel mundial para denunciar con mayor ímpetu los devastadores efectos de la “economía de casino” y de la liberalización comercial a ultranza. Como parte de estas reacciones y de la vitalidad que había demostrado la campaña contra el AMI en junio de 1998 se crea en París, a iniciativa de *Le Monde Diplomatique*, la asociación ATTAC que promueve la creación de un impuesto a las transacciones financieras especulativas retomando la propuesta realizada por el economista y premio Nobel James Tobin décadas atrás. Dicha asociación rápidamente ganó impulso a nivel internacional y en diciembre del mismo año se realizaron en la capital francesa una reunión en la que participaron representantes de una decena de países que decidieron impulsar el Movimiento Internacional ATTAC para promover el control democrático de los mercados financieros y sus instituciones.

1998 fue un año de consolidación y ampliación del proceso de convergencias internacionales contra las políticas de las “instituciones del poder mundial” y las consecuencias de la mundialización neoliberal. Por un lado, los meses de febrero, abril y octubre marcaron momentos privilegiados de lo que hoy es considerado la primera gran victoria del movimiento antineoliberal: la postergación y suspensión (públicamente anunciada) del proceso de negociaciones secretas realizadas en el seno de la Organización para el Comercio y el Desarrollo Económico (OCDE) para la conclusión de un Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI). En febrero una coalición internacional integrada por más de 600 ONG y organizaciones sociales lanza una campaña coordinada de denuncia y presión contra el acuerdo. En abril, ante la reunión de la OCDE convocada en París para supuestamente aprobar el acuerdo, activistas de más de 30 países se dan cita en las protestas. La OCDE decide finalmente postergar la sanción del AMI. Este hecho, vivido como una primera victoria parcial, da impulso a una nueva campaña internacional que triunfa nuevamente en octubre cuando dicha organización

gubernamental decide suspender (al menos públicamente) las negociaciones. Los presupuestos del AMI se desplazan a la anunciada Ronda del Milenio que preparaba la OMC, sobre ésta entonces habrá de centrarse crecientemente la atención de estas convergencias internacionales.

Una de las enseñanzas para el movimiento anti-mundialización neoliberal de la “victoria” contra el AMI es que es posible lograr una modificación de las relaciones de fuerzas, aún con modestos recursos, a través de la activa movilización de vastos sectores de la población, recurriendo a las redes asociativas (en Francia, por ejemplo, la coordinación contra el AMI contó con la participación de asociaciones de desocupados, la Confédération Paysanne, sindicatos pertenecientes a diferentes centrales sindicales [CGT, SUD], la ONG Oxfam, etcétera).

Por otra parte, entre el 16 y 18 de mayo, en ocasión de la reunión ministerial de la OMC en Ginebra y del segundo encuentro anual del G8 (Birmingham, Inglaterra) se realizan manifestaciones de repudio en las que participan la Acción Global de los Pueblos, grupos ecologistas, de mujeres, anarquistas, libertarios, campesinos, desocupados en el marco de lo que es considerado el “Primer día de Acción Global”. Casi un año después, en junio de 1999, el “Segundo Día de Acción Global” convoca, con mayor fuerza y extensión a protestas en distintos centros financieros del mundo (particularmente en la city londinense), y a la “caravana intercontinental” que, con más de 400 activistas de todo el mundo, marcha a Colonia, Alemania, para protestar frente a la reunión anual del G7. En el marco de estas movilizaciones se destaca, también, la acción de la Confédération Paysanne francesa en la ciudad de Millau donde su líder José Bové junto a otros activistas desarmaron un local de Mc Donald’s en protesta contra los alimentos transgénicos y la comida chatarra.

La amplitud y creciente fortaleza de este naciente movimiento produce inmediatas reacciones de los grandes capitalistas internacionales, tal cual lo refleja la declaración realizada en septiembre de 1998 por 450 dirigentes de multinacionales en el marco de una reunión organizada en Ginebra por la Cámara de Comercio Internacional –lobby mundial de las multinacionales y verdadera asociación del *big business* presidida por el patrón de Nestlé–: “La emergencia de grupos de activistas amenaza con debilitar el orden público, las instituciones legales y el proceso democrático. [...] Es necesario establecer reglas para clarificar la legitimidad de estas organizaciones no gubernamentales activistas que proclaman representar los intereses de amplios sectores de la sociedad civil” (Business Dialogue, 1998). Esta declaración traduce en su agresividad el resentimiento del mundo de los negocios frente a las nuevas formas de cuestionamiento de su eficacia, en particular las que se manifestaron contra el AMI.

Finalmente, poco antes de los sucesos de Seattle tienen lugar en Asia, América Latina y África tres eventos que ponen de manifiesto la participación de los movimientos sociales del sur del mundo en el proceso que analizamos. Entre el 23 y 26 de agosto de 1999 se realizó en la ciudad de Bangalore, India, la Segunda Conferencia Mundial de Acción Global de los Pueblos. El 12 de octubre tuvo lugar el primer “Grito Latinoamericano de los Excluidos” en reclamo de trabajo, justicia y vida en diferentes países del continente; mientras que en Sudáfrica, y con el auspicio de Jubileo Sur, se llevó a cabo la Cumbre Sur-Sur sobre Deuda en la ciudad de Johannesburgo.

## Seattle: una batalla de tortugas contra la mundialización

Frente a la convocatoria de la reunión de la OMC en Seattle en el mes de noviembre para el inicio del *Millenium Round* organizado por la OMC<sup>54</sup> (Ronda del Milenio, negociaciones gubernamentales tendientes a la liberalización mundial del comercio), una declaración de los miembros de la sociedad civil internacional que se oponían a la constitución de un “mercado global” dominado por las corporaciones transnacionales, comenzó a circular desde inicios de 1999. Impulsada por un numeroso y diverso conjunto de organizaciones sociales dicha declaración había logrado reunir, hacia agosto de ese año, más de ochocientas adhesiones provenientes de más de setenta países del mundo, centralizadas por la organización Amigos de la Tierra (*Friends of Earth*) con sede en Londres.

La lista de difusión en Internet *Stop WTO Round* (Paremos la Ronda de la OMC) tuvo un destacado papel federador poniendo en contacto a los integrantes de la “constelación”. Numerosas instituciones de investigación, fundaciones y organizaciones no gubernamentales tuvieron un activo rol en la difusión<sup>55</sup>. Desde los inicios de la primavera en el hemisferio norte militantes de la organización norteamericana *Public Citizen* (fundada por el candidato presidencial norteamericano Ralph Nader) se habían instalado en el terreno de batalla para preparar la recepción de los numerosos militantes, activistas que se darían cita en la ciudad. Centenas de activistas habían participado, desde varios meses antes, de los entrenamientos en técnicas de protesta no-violenta organizados por el colectivo *Direct Action Network*. La activa participación de colectivos artísticos en la elaboración de las mediatizadas marionetas de Seattle, contribuyó a darle un carácter festivo a un evento de alto contenido político. A través de diferentes países varios colectivos anti-OMC (Europa, Australia, India, Estados Unidos, Canadá, menos frecuentes en procedencia de África, Asia y América Latina) organizaron conferencias de prensa, coloquios, seminarios y debates previos que contribuyeron a difundir la problemática del libre comercio y prepararon los espíritus militantes.

El escenario estaba pronto. Los torrentes subterráneos de rechazo al liberalismo económico estaban listos para desembocar en Seattle y demostrar al mundo, y a los desprevenidos funcionarios gubernamentales que comenzaban a llegar a la ciudad el día 26 de noviembre, la silenciosa pero pujante fuerza que se había ido construyendo. Un rápido repaso de los hechos nos muestran el intenso y ferviente debate y la magnitud de la protesta: el 26 y 27 se celebró la conferencia del *International Forum on Globalization* en la que participaron académicos y representantes de organizaciones. Al

---

<sup>54</sup> La Organización Mundial del Comercio fue creada en 1995 y reemplazó al GATT (Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio). Su objetivo principal es la liberalización del comercio internacional pero no establece un tratamiento especial para los países en desarrollo que son considerados en igualdad de condiciones frente a los países industrializados.

<sup>55</sup> Numerosas instituciones de investigación, fundaciones y organizaciones no gubernamentales tuvieron un activo rol en la difusión por Internet de los acuerdos que se estaban tramando para la reunión de Seattle: entre los más destacados podemos citar al Corporate European Observatory de Amsterdam, el Third World Network, el Centre international pour le commerce et le développement durable (Centro internacional para el comercio y el desarrollo sustentable, ICSTD, Ginebra), el Institute of Agriculture and Trade Policy (Instituto de Agricultura y Políticas comerciales, IATP, Minneapolis, Estados Unidos) y Focus on the Global South (Foco en el Sur Global, Bangkok, Thailandia).

día siguiente un foro discutió la OMC y el sistema de guerra global, mientras Jubileo 2000 organizaba una misa. El 29 un nuevo foro abordaba la cuestión de libre comercio y la salud y medioambiente. Estudiantes y militantes norteamericanos comienzan a converger en la ciudad.

El 30 de noviembre se libraba en las calles la “Batalla de Seattle”. Miles de estudiantes marcharon al centro de la ciudad. Miles de ecologistas, feministas, campesinos y agricultores, activistas de derechos humanos se sumaron a la protesta contra las políticas de la OMC. Las intersecciones de las calles fueron bloqueadas por las “tortugas de Seattle”; los estudiantes realizaron sentadas en las calles, frente a los hoteles de las delegaciones oficiales y sobre todo alrededor del Centro de Convenciones en donde estaba prevista la ceremonia de apertura de la Ronda del Milenio. La policía reprimió salvajemente con balas de goma y gases pimienta y las famosas imágenes de los manifestantes disfrazados de tortugas verdes recorrieron el mundo. El Memorial Stadium fue escenario del gigantesco acto *Labor Rally* donde participaron 30.000 militantes sindicales. Al finalizar el acto 50.000 personas marcharon por las calles de Seattle haciendo fracasar la apertura de la reunión de la OMC y bloqueando las reuniones en los hoteles. Durante toda la noche se libró una verdadera batalla en las calles donde miles de activistas fueron detenidos. La protesta callejera y la represión se prolongaron hasta el día 3, momento en que estallaron las diferencias en el seno de la OMC y numerosos representantes de los países del Tercer Mundo elevaron su voz contra las negociaciones de los países industrializados y la “farsa del milenio”. El fracaso de la reunión exacerbó las controversias comerciales entre Estados Unidos y la Unión Europea. El jueves 4 de noviembre el diario local *The Seattle Times* titulaba: “Colapsan las conversaciones; la reunión termina”. La Ronda del Milenio había naufragado.

La “Batalla de Seattle” se transformó así en un gran hito de la protesta social en los Estados Unidos. Fue la más importante manifestación que conoció la sociedad norteamericana desde los años de las manifestaciones contra la guerra de Vietnam. Pero además Seattle cristalizó la convergencia, aún con matices y diferencias, del movimiento obrero norteamericano con movimientos ecologistas, campesinos, de defensa de los consumidores, estudiantiles, de mujeres, contra la deuda en el Tercer Mundo. La convergencia del movimiento sindical de Estados Unidos con sindicatos extranjeros y con diversos movimientos sociales se materializó en las calles. Numerosos dirigentes sindicales norteamericanos marcharon codo a codo con delegados de la CGT y SUD francesa, de la CUT brasileña, de la KCTU coreana, la COSATU sudafricana con representantes campesinos, de mujeres, estudiantes y ecologistas. Esto constituyó un hecho inédito en la historia sindical norteamericana de posguerra, signada por el furioso “anticomunismo” de la AFL-CIO y la profunda sospecha hacia cualquier movimiento radical.

En ese sentido, los días de protesta contra la OMC mostraron al mundo la emergencia de un movimiento radical y democrático en los Estados Unidos que, sobre nuevas bases y temáticas (ecologismo, denuncia al “dumping social” practicado en el Tercer Mundo por las transnacionales norteamericanas<sup>56</sup>, etc.), actualiza la experiencia de los movimientos de la década del ‘60 y del ‘70.

---

<sup>56</sup> Un formidable trabajo de investigación y denuncia periodística sobre las prácticas de las multinacionales de los países industrializados y sobre la «pesadilla americana» que padecen los trabajadores de Estados Unidos, ha sido realizado por el periodista, guionista y actor Michel Moore. Con un humor feroz este ex

A escala mundial Seattle fue “el bautismo de fuego” y el momento de consolidación de este vasto, diverso y novedoso movimiento planetario contra la injusticia. Seattle es impensable sin las luchas previas y su súbita “irrupción mediática” contrasta con el largo y metódico trabajo militante realizado desde meses antes “para sorprender al mundo y adelantar la llegada del milenio”.

Seattle cuestiona las visiones hegemónicas del mundo y las profecías militaristas del Imperio colándose, en la acción y en la práctica, entre las concepciones y teorías dominantes de los “pensadores de la Casa Blanca” que, como Samuel Huntington, imaginaron un “nuevo siglo norteamericano” únicamente cuestionado por irreductibles fundamentalismos nacionalistas y/o religiosos. El incuestionable triunfo del tándem mercado/libertad sólo se veía amenazado, en las cabezas de estos intelectuales orgánicos, por peligrosos focos de resistencia terrorista. Así lo entendió el ex presidente Bill Clinton cuando en 1998 ordenó bombardear con misiles cruceros las instalaciones del “islamismo terrorista” en Afganistán y en Sudán, poniendo fin a la oscilación que caracterizó a la política extranjera del *Big Brother* desde finales de la Guerra Fría: el recurso simultáneo al multilateralismo (voluntad de reforzar las instituciones internacionales) y al unilateralismo (determinación de preservar su superioridad militar). Bill Clinton materializaba así en actos (y muertes) las doctrinas de sus intelectuales. La multitudinaria participación en Seattle y el carácter internacional de la misma cuestionan en el propio “corazón del capitalismo” las contradicciones de la mundialización en curso, resituando solidaria e internacionalmente los problemas de la humanidad. Los “rebeldes de la mundialización” recuperan en Seattle la dimensión internacional de la lucha actual y abren el camino para la consolidación de un nuevo proyecto hegemónico (Sader, 2001).

En Seattle hubo rostros colectivos, miles de líderes anónimos, movimientos referentes, que conforman el “identikit” de este nuevo movimiento colectivo y plural que asestó un duro golpe a las negociaciones secretas de la OMC. “La semana de Seattle fue un salto global en el fin de siglo, un vuelo rasante en la cara del nuevo milenio, un elefante escurridizo. Fue una incontrolable revuelta de masas, una intervención divina, una pesadilla de tráfico, un sueño de activistas de derechos humanos. Los taxistas no manejaron, los estibadores clausuraron todos los puertos de la costa oeste, los agricultores vinieron a la ciudad, los estudiantes tomaron la palabra y se sentaron, la gente simple intervino y el pueblo gobernó. Muchas voces, en muchos idiomas, gritaron juntas la misma consigna: ‘Abajo el Colonialismo de las Corporaciones. Arriba la Justicia Económica Global, Derechos para Todos, ahora y en cualquier lugar del mundo’” (Thomas, 2000).

### **De Seattle a Porto Alegre: las confluencias del año 2000**

El movimiento antimundialización cobra, bajo el impacto de Seattle, un nuevo y notorio impulso en el 2000. Repasaremos rápidamente algunos de los eventos más importantes,

---

obrero de General Motors le declaró la guerra a los pesos pesados del *big business* americano. A través de su libro *Downsize this!* y dos de sus películas *Roger and Me* y *The Big One*, Moore realiza una «visita guiada» a unos Estados Unidos que poco tienen que ver a las virtudes mundialmente proclamadas de la economía norteamericana y del libre mercado. Un caústico recorrido por el lado oculto y sombrío del sueño americano: el de la desocupación y la pobreza, el del racismo y los antidepressivos. Michel Moore participó activamente en los debates y jornadas de Seattle.

analizados con más precisión en este libro por Walden Bello. Las numerosas acciones que tienen lugar durante este año en ocasión de cumbres y reuniones mundiales o regionales parecen enmarcarse en la estrategia condensada en la consigna “Donde ellos se reúnan, allí estaremos nosotros”.

La protesta en enero en Davos en ocasión de la reunión del Foro Económico Mundial es la primera cita del año. En febrero más de cien ONG y movimientos presentes en Tailandia, en coincidencia con la Décima Cumbre de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo), firman el “Llamado de Bangkok” que denuncia la “governabilidad global”. El movimiento campesino tailandés Foro de los Pobres participa de las protestas.

Bajo la consigna “Pan y Rosas” se inicia a principios de marzo uno de los grandes eventos de protesta del 2000: la Marcha Mundial de Mujeres, cuyo análisis y problemáticas enriquecen en este libro Diane Matte y Lorraine Guay. Surgida a iniciativa de la *Fédération des Femmes du Québec* (Federación de Mujeres de Québec) la marcha se constituyó en una significativa convergencia internacional de movilización de numerosos grupos de mujeres, movimientos y sindicatos de países del mundo que, a través de numerosas actividades organizadas a lo largo de todo el año en distintos continentes, denunciaron la situación de opresión de las mujeres en el marco de la globalización y reclamaron la igualdad de derechos entre mujeres y hombres; para culminar con dos movilizaciones frente a las sedes de Naciones Unidas (en Nueva York) y del FMI y del Banco Mundial (en Washington).

El 16 de abril nuevamente los Estados Unidos serán el escenario de un nuevo, y cada vez más recurrente, episodio del combate: con la consigna ¡Desfinanciar al Fondo!, ¡Quebrar al Banco!, ¡Deshacerse de la Deuda!, 30.000 manifestantes participan de la protesta en Washington en ocasión de la reunión del Fondo Monetario Internacional. Estas protestas fueron promovidas fundamentalmente por la coalición *Mobilization for Global Justice* que agrupa a diferentes movimientos norteamericanos. Durante junio y julio el élan antiglobalizador parece trasladarse a Europa: del 12 al 15 de junio en Bologna, Italia, es el turno de la OCDE de recibir el repudio de los antimundializadores durante las manifestaciones “Tutte bianche”. Del 22 al 25 de junio la Cumbre Social Alternativa a la cumbre oficial convocada por Naciones Unidas en Ginebra aprueba por unanimidad la convocatoria al primer Foro Social Mundial. La semana siguiente la solidaridad con los agricultores de la *Confédération Paysanne* de Francia (llevados ante la justicia por el “desmonte” de un McDonald’s) reúne en la pequeñísima localidad de Millau el increíble número de 30.000 personas venidas de todo el mundo. Delegados del MST brasileño y de Via Campesina manifiestan su apoyo en el lugar.

Del 21 al 23 se realizan manifestaciones en Okinawa, Japón, en ocasión de la reunión de presidentes del G7 donde se reclama por la anulación de la deuda de los países pobres y se exige el retiro de las bases militares norteamericanas. En septiembre entre 10.000 y 30.000 manifestantes se dan cita en Melbourne, Australia, para protestar contra la reunión del Foro Económico mundial que allí se realiza.

El 5º Día de Acción Global (26 de septiembre) en ocasión de la reunión del Banco Mundial y del FMI en Praga, República Checa, es el escenario de manifestaciones en esa ciudad y en cuarenta países en todo el mundo. Las 15.000 personas reunidas en Praga obligan a adelantar el cierre de la reunión del FMI. Esta acción se caracteriza por una importante confluencia entre el movimiento antimundialización y movimientos sociales de Europa del Este que denuncian en un documento conjunto el incremento de la

pobreza en esta región (del 2% al 21%) como resultado de las políticas neoliberales recomendadas por los organismos financieros.

Unidos en el esfuerzo de confrontar y vencer la agenda global del neoliberalismo y sus terribles efectos en el campo, organizaciones rurales nucleadas en Vía Campesina realizan su Tercera Conferencia Internacional en la ciudad de Bangalore, India del 3 al 6 de octubre. En esta verdadera “Internacional campesina” que reúne a organizaciones de mujeres rurales, campesinos/as, pequeños/as productores, trabajadores y trabajadoras del campo y comunidades indígenas, participan también, entre otros, el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil (MST), el Foro de los Pobres de Tailandia, la Federación de Campesinos de la India (IFTOP) y la *Confédération Paysanne* de Francia.

En octubre culmina la Marcha Mundial de las Mujeres. En ocasión de la cumbre de la Unión Europea realizada en Niza el 5 y 6 de diciembre, manifestantes de varios países europeos y delegaciones del resto del mundo marchan por las calles para denunciar la “Europa neoliberal” y reclaman una Unión Europea de los Pueblos. Los gobiernos europeos deciden suspender los acuerdos de Schengen durante la reunión (relativos a la libre circulación de personas en el continente) para evitar el arribo de manifestantes de otros países. Del 12 al 17 de diciembre sesiona en Dakar, Senegal, el “Encuentro Internacional Dakar 2000: de las resistencias a las alternativas” con el objetivo de obtener la anulación de la deuda y el abandono definitivo de los programas de ajuste estructural en el Sur.

El 13 y 14 de diciembre de 2000 la Coordinadora de Centrales Sindicales del Cono Sur (CCSCS) realiza en Florianópolis, Brasil, su segunda cumbre en paralelo a la de presidentes del Mercosur. La CCSCS, en la que participan, entre otras centrales, la CUT de Brasil; la CTA de Argentina; la CUT de Paraguay y el PIT-CNT de Uruguay, decide asistir al Foro Social Mundial de Porto Alegre y ratificar su rechazo al ALCA.

El año 2000 permite observar una consolidación en la coordinación entre los diferentes movimientos y organizaciones. Las protestas se intensifican y se expanden geográficamente a todos los continentes; el arco social que en ellas participan parece amplificarse y enriquecerse en sus reivindicaciones y propuestas. La conflictividad social se intensifica en la periferia del mundo capitalista (Indonesia, Tailandia, Corea, India) y particularmente en América Latina. El protagonismo del Tercer Mundo se acentúa durante este año y la protesta (Washington, Praga, Okinawa, Niza) se traslada al Sur, Porto Alegre, ahora para encarnarse en propuesta.

### **La revuelta en el Sur: América Latina y la protesta social**

El cierre de la década de los noventa en América Latina muestra un aumento significativo de las protestas sociales, que parece revertir de manera significativa la menor conflictividad registrada a comienzos de la década. Las dictaduras militares de la década de los ochenta fueron precursoras, sobre todo en el Cono Sur, de la implementación de las políticas neoliberales en la región. Asumieron también la tarea de garantizar, recurriendo al terrorismo de Estado y la desaparición de personas, las condiciones de “paz social” sobre la que reposaría el “consenso liberal”. El fracaso de ciertas tentativas económicas de corte neokeynesiano tíbicamente sostenidas por los regímenes democrático-institucionales que remplazaron a las dictaduras, por un lado, y las profundas transformaciones de la economía internacional, por el otro, allanaron el camino para la profundización de las políticas neoliberales y la intensificación de los



procesos de privatización, de apertura comercial, de ajuste estructural y de flexibilización laboral. A inicios de la década los movimientos sociales de oposición a estas políticas fueron, salvo excepciones, derrotados y el movimiento obrero latinoamericano sufrió un notable retroceso producto de las transformaciones y mutaciones en el mundo del trabajo (flexibilización, precarización, desempleo de masas). El terrible impacto social de las transformaciones estructurales vehiculizadas por las políticas neoliberales comienza a sacudir la “paz social” del continente a partir de mediados de la década de los noventa. Las protestas cobran un decisivo impulso a finales de la década (1999-2000) dando origen a novedosas formas de lucha y a nuevos actores y movimientos sociales, que ponen de manifiesto las profundas transformaciones experimentadas por las estructuras sociales de la región bajo el influjo de las políticas neoliberales durante la década<sup>57</sup>.

En la cronología de los últimos años de la década guardan gran importancia los conflictos protagonizados por los movimientos campesinos e indígenas que dan cuenta de la centralidad que le cabe a los procesos de reestructuración agraria en la región. El movimiento zapatista en México y el Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra en Brasil son los representantes más emblemáticos de estos conflictos. A ellos deben sumarse la importancia política que han cobrado las protestas indígenas en Ecuador, protagonizadas por la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) y el movimiento político Pachakutik, las protestas de los agricultores en la región del Chapare boliviano y la importante acumulación social lograda por los sin tierra en Paraguay que, en momentos en que escribimos este artículo, se movilizan en pos de la reforma agraria en ese país.

La reciente y multitudinaria caravana zapatista por la paz y la dignidad de los pueblos indígenas que recorrió México durante los meses de febrero a mes de marzo reclamando la aprobación de la una ley de reconocimiento de los derechos y la identidad de los indígenas mexicanos (Ley de la Cocopa), es una inapelable muestra de la legitimidad que ha sabido conquistar este movimiento desde su surgimiento en 1994 y del impacto democratizador que ha tenido la protesta en el anquilosado sistema político mexicano. En Ecuador, los verdaderos terremotos políticos de enero y septiembre del 2000, muestran la amplitud de la participación de las comunidades indígenas nucleadas en la CONAIE que, junto a la Coordinadora de Movimientos Sociales (CMS), el Frente Unitario de Trabajadores (FUT) y otras organizaciones, han luchado contra las políticas ultraliberales de los últimos gobiernos y cuestionado la Ley de Promoción de la Inversión y Participación Ciudadana y el proceso de dolarización de la economía ecuatoriana. La permanente lucha del MST en Brasil por la reforma agraria muestra la imposibilidad de la política económica neoliberal del presidente Fernando Henrique Cardoso (apoyada por las organizaciones que nuclean a los grandes terratenientes brasileños) para garantizar el derecho democrático del acceso a la tierra para millones de campesinos condenados a la más absoluta pobreza en uno de los países más extensos del planeta.

El movimiento estudiantil universitario ha sido, también en este período, protagonista de diversos conflictos en defensa de la gratuidad y la calidad de la

---

<sup>57</sup> Para un análisis detallado de los principales movimientos de protesta ocurridos a partir de 1999 hasta la fecha en América Latina ver los tres números de la revista del *Observatorio Social de América Latina (OSAL-CLACSO)*. En los tres números se presenta una detallada cronología del conflicto social que cubre el año 2000.

enseñanza pública. La larga huelga estudiantil de la UNAM en México (durante 1999 y parte del 2000) liderada por el colectivo Comité General de Huelga (CGH) ha constituido una novedosa experiencia de participación estudiantil que logró captar el consenso y el apoyo de importantes sectores de la población mexicana. A esto debe sumarse las protestas de los universitarios argentinos en 1999 y en la actualidad contra la voluntad del Ejecutivo de realizar drásticos recortes en el presupuesto universitario. Las prolongadas huelgas de docentes y estudiantes universitarios en Brasil y en Uruguay son otra muestra del dinamismo de la resistencia que encuentra en el sector universitario el ataque contra la educación pública que promueve el ajuste estructural en el continente.

La “Guerra del Agua” en Cochabamba, Bolivia ocurrida entre el 4 y el 11 de abril del 2000 y protagonizada por la Coordinadora en Defensa del Agua y la Vida constituyó una verdadera “comuna” de los habitantes de dicha ciudad opuestos a la privatización del sistema de riego y de distribución del agua que promovió el gobierno a través de la concesión de dicho servicio a la empresa “Aguas del Tunari”. La protesta y las “victorias de abril” en Cochabamba conocieron un nuevo capítulo. En el mes de septiembre del año pasado diferentes sectores confluyeron a escala nacional en una protesta social de dimensiones protagonizada por la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos (CSUTCB) y los productores cocaleros del Chapare en rechazo a la Ley del INRA y la Ley Forestal, por los maestros nucleados en la CONMERB (Confederación de Educación Rural Boliviana) en reclamo de aumentos salariales y de la defensa del escalafón magisterial, por el sindicato de choferes del transporte libre en rechazo al aumento del boleto y por la Coordinadora en Defensa del Agua y la Vida de Cochabamba. La mayoría de los departamentos del país y numerosas ciudades quedaron literalmente paralizadas con las violentas protestas que lograron hacer retroceder la política gubernamental en diversos temas.

En Argentina la dura recesión económica y el creciente desempleo producido por una de las experiencias económicas neoliberales más profundas del continente, se encuentran en la base de las recurrentes protestas y cortes de rutas de los desocupados (“piqueteros”) que, desde 1995, han ganado una inusitada fortaleza y periodicidad. Durante el año 2000 la “protesta de los piqueteros” continúa desarrollándose en las provincias más afectadas por las políticas del ajuste permanente y por primera vez desde su origen se instala sólidamente en el conurbano bonaerense desde donde los desocupados marchan, junto a otros sectores sociales como el sindicalismo, hacia la ciudad de Buenos Aires para hacer oír sus reclamos a las autoridades nacionales.

En un creciente clima de militarización de la sociedad desatado por el Plan Colombia, cuyas principales víctimas son los militantes sindicales, de derechos humanos y campesinos, dicho país conoció en el período una huelga general, manifestaciones en defensa de los derechos humanos y paros protagonizados por trabajadores del sector público en el área de telecomunicaciones, petrolero y de salud.

Los conflictos del sector público son una constante en numerosos países (educación y salud fundamentalmente) y responden al rechazo a las privatizaciones en curso, a los despidos practicados por el “ajuste estructural” y por aumentos salariales. Finalmente resultan significativos los conflictos encabezados por el sector empresarial, particularmente aquellos medianos y pequeños, resultado, en general, del proceso de concentración y centralización del capital así como de un contexto económico internacional desfavorable (aumento de los precios del petróleo, caída de las commodities). En este sentido las protestas se concentran fundamentalmente en el área

del transporte –tanto de pasajeros, como de carga– (Colombia, Panamá, Uruguay, Chile y Argentina) y en el sector agropecuario (Nicaragua y Argentina).

En relación con las movilizaciones de extensión nacional, a las huelgas nacionales de distinta intensidad realizadas en el último cuatrimestre del 2000 (particularmente en Argentina, Uruguay y Honduras) y a las manifestaciones y campañas promovidas por las centrales sindicales en diferentes países (Chile y Brasil fundamentalmente) deben sumarse aquellas impulsadas por las organizaciones campesinas. Sin embargo, de entre todas ellas se distingue el ciclo de protestas sociales que, bajo diferentes formas, se extendieron a lo largo de los últimos cuatro meses en Perú y donde, en un marco general de cuestionamiento al régimen de Fujimori y con una fuerte presencia también de reclamos sectoriales, culminó con la destitución del presidente a fines de noviembre.

A finales del año 2000 la expresión del antagonismo social en América Latina es intensa, diversa y convergente. A modo de síntesis vale recalcar que, considerada globalmente, la conflictividad social del último cuatrimestre del año 2000 se distingue del período inmediatamente anterior no solamente por su crecimiento cuantitativo, si bien desigualmente distribuido, sino que, en muchos casos, también por la profundidad, extensión y radicalidad de las formas que ésta asume.

Finalmente, y en relación con las convergencias internacionales contra la mundialización neoliberal, concluimos esta parte señalando las manifestaciones del 26 de setiembre en Argentina y Brasil simultáneas a las realizadas en Praga frente a la reunión del FMI y el BM, así como la Marcha Mundial de las Mujeres 2000 en México y distintos países centroamericanos que preanuncian un importante participación latinoamericana en el primer Foro Social Mundial de Porto Alegre.

Los diferentes conflictos reseñados se inscribieron en un contexto político, económico y social particularmente complejo signado por los ecos, aún hoy sumamente potentes en algunos países, de la inestabilidad y la recesión económica abiertas en casi toda la región tras la crisis asiática y rusa del '97 y '98, agudizadas por un desfavorable marco internacional y por la continuidad del proceso de concentración del ingreso y la riqueza. Un contexto caracterizado también por los renovados intentos de responder a esta situación profundizando las políticas de corte neoliberal y las búsquedas de una nueva subordinación del espacio latinoamericano a la hegemonía de los EE.UU. bajo el manto del ALCA.

Estos importantes obstáculos señalados, muchos de ellos de carácter estructural y de incierta superación; no impidieron sin embargo que los movimientos sociales y de protesta ganaran en legitimidad y, con diferentes grados y matices, pudieran en algunos casos fortalecerse notoriamente y madurar en su coordinación.

Este contexto de conflictividad sirvió también a legitimar a nivel mundial la realización del primer Forum Social Mundial en un país de América Latina, conjugando en Porto Alegre la legitimidad de estos movimientos sociales latinoamericanos con el reconocimiento de una izquierda democrática encarnada por el Partido de los Trabajadores del Brasil. Esta situación permitió contar con la presencia en el primer Foro Social Mundial de nutridas y diversas delegaciones de movimientos sociales latinoamericanos que transmitieron su experiencia de lucha, los avances y las dificultades que plantea el impacto de la mundialización neoliberal en el continente.

## **Porto Alegre, punto de llegada, punto de partida**

El Foro Social Mundial fue resultado y expresión de estos múltiples procesos que acabamos de describir. La “primavera” de Porto Alegre se alimentó y dio cuenta tanto del movimiento internacional antineoliberal, de sus experiencias, sus programáticas y sus debates, como así también del crecimiento de la protesta social en la periferia, particularmente en América Latina; también, del espíritu de la izquierda social y política brasileña, y en este último caso en especial de la gestión municipal y estadual del PT gaúcho. Estos tres hilos se anudaron para hacer posible el Foro.

Pero Porto Alegre aspiraba a ir más allá. En principio se proponía como una contraposición al Foro Económico Mundial, el selecto y mediatizado parlamento de los capitalistas, funcionarios internacionales, gubernamentales y “gurúes globalizadores” de la miseria y la injusticia que, como todos los años sesionaba en Davos, Suiza. Por vez primera, por lo menos con la amplitud y significación que tuvo la convocatoria en Porto Alegre, el «pensamiento único» y las fuerzas del capital reunidas en los Alpes suizos confrontaban con la fortaleza, riqueza, diversidad y complejidad del movimiento anti-mundialización neoliberal. Dos imágenes retratan esta “batalla”.

La primera confronta sobre los modelos de mundo, de asociación, gestión y gobierno que cada uno postula. Así el 25 de enero la «primavera de Porto Alegre» estaba en marcha: cuatro mil setecientos delegados de todo el mundo participaban del acto inaugural del primer FSM en el salón magno de la PUC. Miles de personas seguían los eventos a través de pantallas gigantes de televisión. La alegría colectiva, la profusión de idiomas, colores y sensibilidades daban cuenta de ese espacio de democracia y libertad que supo construirse en el sur del mundo. Frente a él, en el invierno de Davos, la guardia pretoriana de la mundialización excluyente se encargaba una vez más, al igual que en Seattle, de mostrar su rostro: una violenta represión policial se abatía sobre los numerosos manifestantes llegados a la localidad suiza. Sólo una vez impuesta por la fuerza la “pax del capital” el «Foro de los ricos» podía empezar a sesionar, a puertas bien cerradas.

Esta contraposición entre el espíritu democrático de Porto Alegre y el autoritarismo de Davos se reflejó también, como lo señaló Atilio Boron en una reciente conferencia, en la composición de las delegaciones que, en representación de ambos encuentros, debatieron por teleconferencia el domingo 29 de enero. Integraban la representación de Porto Alegre Walden Bello (Focus on the Global South, Tailandia), Oded Grajew (Instituto Ethos, Brasil), Bernard Cassen (Le Monde Diplomatique, Francia), Diane Matte (Marcha Mundial de las mujeres), Njoki Njehu (50 Years is Enough), Rafael Alegría (Vía Campesina), Aminata Traore (ex ministra de Cultura, Mali), Fred Azcarate (Empleo con Justicia), Trevor Ngbane (Sudáfrica), François Houtart (Forum Mundial des Alternatives, Bélgica) y Hebe de Bonafini (Madres de Plaza de Mayo, Argentina). Frente a ellos los perfiles de cuatro hombres, de mediana edad, blancos y prolijamente vestidos en tonos oscuros identificaban a Mark Malloch Brown (Jefe del PNUD y ex jefe del Banco Mundial), John Ruggie (asesor especial de Kofi Annan), Bjorn Edlund (Jefe de comunicación de la corporación transnacional sueca-suiza ABB) y George Soros (inversor y especulador financiero).

Durante casi dos horas se prolongó la confrontación y debate entre ambas delegaciones. La realización del mismo, transmitido en directo por la televisión estadual de Río Grande do Sul, significaba tanto un reconocimiento a la legitimidad alcanzada por

los «rebeldes de la globalización» como el intento, que reseña Walden Bello en el presente libro, de recrear nuevas fuentes de legitimación para las desacreditadas “instituciones del poder mundial”. De esta forma se intentaba «compartir» las responsabilidades por los efectos devastadores de la mundialización desviando la atención sobre una cuestión central: la de la estructura de poder y decisión de la mundialización y las flagrantes asimetrías existentes al respecto entre un campo y el otro. Las declaraciones de Aminata Traore retratan con certeza el saldo de la experiencia: «El debate demostró la arrogancia de los ricos y la necesidad que tenemos de consolidar este movimiento social y crear alternativas».

Pero el debate también arrojó otro saldo. Una segunda imagen que remite a los modelos de producción y distribución de la riqueza. La imposibilidad de los representantes de Davos para responder sobre su responsabilidad frente a las crecientes desigualdades y sobre las propuestas para revertirlas, formuladas entre otros por Bernard Cassen, señalaban ya el carácter ofensivo y propositivo que signaron las jornadas de Porto Alegre. En ese sentido, el Foro Social Mundial trascendió el efecto especular de un “anti-Davos” y viene a marcar un nuevo estadio del movimiento antimundialización neoliberal y una sensible modificación en la correlación mundial de fuerzas ante el capitalismo y sus críticos.

Hemos insistido anteriormente con este carácter dialógico y propositivo de las actividades del FSM. Estas propuestas que cobraron visibilidad en el FSM no sólo hablan de la consolidación y legitimidad del movimiento anti-mundialización neoliberal como caja de resonancias de la protesta sino también como una experiencia capaz de fijar nuevos horizontes sociales y un programa concreto y realista de transformaciones económicas y sociales. La formulación y debate abierto sobre las alternativas posibles, de probada eficacia social, ha provisto al movimiento de instrumentos para cuestionar «la ley de hierro» del pensamiento único que sólo ve en la profundización de las relaciones sociales capitalistas el único modelo de organización económica y social posible<sup>58</sup>.

Pero estos debates, además de formular caracterizaciones y propuestas orientadas a modificar la actual distribución de la riqueza y el poder, afirmaron dos grandes consensos que parecen integrar hoy el patrimonio del movimiento antimundialización neoliberal. El primero de ellos señala que, contrariamente a las “fábulas globalizadoras” de las bondades del “libre comercio” y los “derrames” lentos pero seguros de la concentración de la riqueza, los procesos de financiarización, mercantilización y desregulación que caracterizan la mundialización capitalista actual profundizan inevitable y sistémicamente las desigualdades de todo tipo y la destrucción del medio ambiente. El segundo consenso se orienta en identificar a los organismos internacionales (particularmente al Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y la Organización Mundial de Comercio) como partes de una estructura del poder mundial que representa exclusivamente los intereses de los poderes financieros y transnacionales y sirve a impulsar políticas en su beneficio.

A la par de estas ideas compartidas, el espacio del Foro sirvió también como un ámbito fructífero de articulación y convergencia de distintos movimientos sociales y

---

<sup>58</sup> Algunas de las propuestas y de los debates planteados en el Foro Social Mundial de Porto Alegre fueron recogidas y discutidos en el libro *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre* del cual este artículo formó parte originalmente.

asociaciones. A nivel sectorial los plenarios de Vía Campesina, del movimiento de mujeres, o de la Coordinadora de Centrales Sindicales del Cono Sur, por citar algunos, potenciaron, bajo el espíritu del Foro, los debates y acciones futuras. Pero incluso, más allá y gracias a estos encuentros, la asamblea final que convocó a los distintos movimientos y asociaciones se tradujo en la elaboración de una declaración común bautizada “Llamado de Porto Alegre para las próximas movilizaciones” [...]. Allí, por primera vez, un número tan amplio de organizaciones suscribió no sólo un calendario de acciones compartidas sino también una programática común que va desde la denuncia del sistema sexista, excluyente y patriarcal hasta la exigencia de anulación de la deuda externa, del reclamo de una reforma agraria democrática hasta la condena a las políticas privatizadoras, de la defensa de los derechos laborales hasta la exigencia de abolición del uso de transgénicos y patentes sobre la vida. Un verdadero manifiesto internacional de condena a la “globalización neoliberal”.

En estos tres diferentes niveles el Foro Social Mundial significó un nuevo punto de partida para el movimiento antimundialización neoliberal que seguramente habrá de reflejarse en los ámbitos nacionales y en las próximas convocatorias internacionales.

### **Un nuevo internacionalismo**

Hemos dado cuenta de la aparición y constitución a lo largo de este último lustro de una convergencia internacional que adopta la forma de un movimiento de oposición a la mundialización neoliberal. La amplitud y heterogeneidad que abarca esta alianza social y las raíces y procesos que fueron constituyendo un marco común de acción y propuestas han sido ya descriptos. En esta cadena de confluencias, que dio muestras de una vitalidad quizás inesperada en el corto plazo de cinco años, el Foro Social Mundial de Porto Alegre parece marcar así, en su doble naturaleza de punto de llegada y partida, un nuevo estadio del movimiento de resistencia.

Señala también, en el hecho de la constitución de un espacio plural de debate de propuestas y articulación de iniciativas que aspira a consolidarse de forma permanente, el surgimiento de un marco internacional que puede asimilarse a las experiencias de las llamadas internacionales del siglo pasado. Porto Alegre inaugura así, en los inicios del nuevo siglo, un espacio de encuentro internacional donde el conjunto de los movimientos sociales y políticos antineoliberales se dan cita, sentando las bases de un verdadero parlamento de los pueblos. Esta novedad ha sido vista ya por numerosos activistas intelectuales del movimiento. Bautizada como una “internacional rebelde” (Ramonet, 2001) o como una “internacional de las resistencias” (Lowy, 2001), sus contornos evocan a la I internacional. Esta presentificación de la experiencia histórica se convoca, podríamos agregar, en un doble sentido: el carácter eminentemente social, aunque no desligado (por si hiciera falta una aclaración) de inscripciones ideológico-políticas, de las fuerzas que reúne y las proximidades que pueden establecerse entre el espíritu del liberalismo económico de fines de siglo pasado y la ideología librecambista del capitalismo en su fase neoliberal actual.

Yendo más allá de estas semejanzas, sin embargo, el arco social que se hizo presente en Porto Alegre es sin dudas mucho más amplio que aquel convocado en Londres en 1864 al calor de los sindicatos ingleses y franceses. Esta amplitud es el resultado de dos hechos que conviene precisar por separado. Por un lado de la actual dimensión, tanto espacial como social, de la mundialización capitalista en curso.

Extendida a casi todo el globo, sus consecuencias, en términos de concentración de la riqueza y depredación de la vida y el medio ambiente, se hacen sentir sobre una amplia gama de sectores y grupos sociales. En ese sentido la difusión, a escala planetaria, del capital como relación social que permea y reconfigura, en un sentido socialmente regresivo las estructuras sociales y los consecuentes procesos de concentración de la riqueza y el poder a igual escala han hecho de la consigna “el mundo no es una mercancía” y de la importancia de una estrategia internacional dos referencias insoslayables del movimiento.

Por otra parte esta convergencia ha sido el resultado de la creciente visualización que la diversidad de movimientos convocados han hecho, a partir de la experiencia concreta de sus luchas en los años pasados, que la defensa de sus intereses demanda un cuestionamiento cada vez más acentuado de las raíces mismas de la mundialización capitalista y de la necesidad de actuar juntos de cara a un mismo contendiente. Estas dos rupturas, que están dialécticamente articuladas, hacen de la progresiva radicalización política-ideológica de los movimientos sociales la base de esta convergencia multisectorial internacional. En este sentido Alexander Cokburn y Jeffrey St. Claire han analizado los caminos que llevaron a asociaciones ecologistas y sindicales norteamericanas a construir un marco común de acción y debate (Cokburn y St. Claire, 2001). En un sentido similar, Diane Matte y Lorraine Guay dan cuenta del modo que en la experiencia y programática de la Marcha Mundial de las Mujeres se conjuga la identificación de un doble sistema de explotación, que refiere tanto al liberalismo capitalista y al patriarcado. La activa presencia del movimiento de mujeres en las jornadas de protesta internacional señala así la comprensión que “la mundialización amenaza hoy con socavar todo el trabajo realizado por el movimiento de mujeres en el curso de los últimos veinticinco años” (Matte y Guay, 2001).

Así, las fronteras del movimiento antimundialización neoliberal trascienden, y en mucho, los límites del movimiento obrero, abarcando (e incluso encontrando muchas veces a sus integrantes más dinámicos) a una pléyade de movimientos, algunos de los cuales fueron bautizados en las últimas décadas bajo el acápite de nuevos movimientos sociales, y a diversas asociaciones y redes de lucha contra el poder corporativo y la desregulación comercial y financiera. La amplitud y heterogeneidad de esta alianza social puede apreciarse, por ejemplo, en las asociaciones que suscriben el “Llamado de Porto Alegre” (AA.VV., 2001).

Sin embargo las características distintivas de esta internacional naciente no remiten únicamente a la heterogeneidad de los movimientos que convoca sino también a las formas que asume la articulación de estas diferencias. Las convergencias en la acción, el debate y el acuerdo programático no supone el debilitamiento de las especificidades de cada movimiento. Por el contrario, y aunque esto conlleve rispideces y tensiones permanentes, se ha constituido una dinámica de ida y vuelta, sumamente enriquecedora, entre las perspectivas de cada movimiento y sector y el marco de convergencia unitaria. El mundo que ha construido esta experiencia internacional, y del que Porto Alegre fue una expresión cabal, ha sabido hacer de la diversidad, estimulada en el aprendizaje mutuo y en el respeto de la diferencia, un elemento de fuerza y no de debilidad. Estas prácticas se alimentan además de un espíritu democrático y libertario. No se trata, creemos, de una visión ingenua ni idílica donde las diferencias se aletargan o desaparecen. Por el contrario hace de las diferencias, los debates y las tensiones una realidad cotidiana. Los que pasamos por Porto Alegre sentimos el estímulo de ese

espíritu, de esa construcción de un mundo donde, como habla la voz zapatista, quepan todos los mundos posibles.

### **Los debates y el espíritu de Porto Alegre**

Por otra parte, más allá de las diferentes perspectivas, sensibilidades y programáticas de cada movimiento social, un conjunto de debates y diferenciaciones atraviesan al movimiento en su conjunto y, en cierta medida también estos se dieron cita en Porto Alegre. Los mismos podrían agruparse en cuatro puntos. En la medida que ya son abordados por otros artículos en este mismo libro, vale la pena hacer aquí sólo una breve presentación de los mismos.

El primero refiere a las tácticas de la protesta. Alrededor de éste se sitúan los defensores de la acción directa no violenta frente a las formas más tradicionales de movilización. El segundo interroga sobre las estrategias a desarrollar frente a las “instituciones del poder mundial”. Cuestión que ha examinado Walden Bello en relación con el debate que se plantea entre una política de reforma de los organismos mundiales (un ejemplo de ello sería la lucha por la inclusión de cláusulas sociales en los acuerdos de desregulación comercial) o una política de ruptura y “desempoderamiento” (Bello, 2001).

El tercero remite a la relación entre lo social y lo político, cuestión que plantea además la propia elucidación de la comprensión de cada uno de estos conceptos. Una relación que suele plantearse como la tensión entre los movimientos sociales y las asociaciones por un lado y los partidos políticos y el estado por el otro (Boron, 2001; Ceceña, 2001; Sader, 2001). Y finalmente el cuarto remite a las propuestas para modificar los actuales procesos de concentración de la riqueza y del poder a nivel mundial. Abarca así desde las visiones que hacen hincapié en la necesidad de impulsar regulaciones, particularmente en el sector financiero, hasta aquellas que enfatizan el cuestionamiento y transformación de las formas de propiedad.

A lo largo de la “primavera” de Porto Alegre, de maneras explícitas o implícitas estos puntos fueron discutidos y asimismo fueron proyectados como interrogantes hacia el futuro. Ciertamente algunos de ellos formulan preguntas centrales para el movimiento. Su persistencia da cuenta también del arco de perspectivas ideológico-políticas que abarca el movimiento antimundialización neoliberal en toda su amplitud y de los grados de maduración de las diferentes organizaciones y sujetos.

El capitalismo en su fase neoliberal ha hecho de la mercantilización de todos los ámbitos de la vida social, hasta de la propia vida humana amenazada hoy por la apropiación privada de las técnicas de manipulación genética. Como lo señala Emir Sader en el presente libro, estas regresivas transformaciones han sido acompañadas por una nueva hegemonía ideológica que, entre otros valores, ha intentado hacer del interés egoísta la única motivación legítima de la acción humana. Promovida como orientación valorativa de la vida social, también fue postulada como grilla epistemológica para la interpretación de los procesos sociales y la acción colectiva. Frente a estas el espíritu de Porto Alegre dio muestras de la fuerza de la fraternidad y solidaridad humanas. Este espíritu, encarnado en las miles de voluntades presentes, supo también demoler la lógica neoliberal de “No Hay Alternativa” instalando la idea de construcción de una utopía colectiva. Como afirmaba una voz anónima popular al fin del Foro: hoy podemos creer que otro mundo (nuestro) es posible.



# Una década de resistencias contra la mundialización neoliberal: contribuciones, significación y vigencia del movimiento altermundialista en América Latina\*

José Seoane y Emilio Taddei

## Introducción

En noviembre de 1999 la “Batalla de Seattle” contra la tercera reunión ministerial de la Organización Mundial de Comercio (OMC, bautizada “Ronda del Milenio”) marcó el “acta fundacional” del movimiento altermundialista proyectando internacionalmente su capacidad de resistencia callejera contra los acuerdos de liberalización comercial. La realización en enero de 2001 del primer Foro Social Mundial (FSM) en la ciudad de Porto Alegre, Brasil, consolidó en los albores del nuevo milenio la visibilidad alcanzada por el movimiento contra la mundialización neoliberal, su potencial creador y propositivo y su vocación internacionalista. Asimismo la impronta latinoamericana que caracterizó desde su primera edición a esta gran asamblea de los pueblos y movimientos sociales del mundo expresó la incidencia y la relevancia que tuvieron y aún tienen las organizaciones populares de Nuestra América en el nacimiento y proyección de este “movimiento de movimientos”. Esta heterogénea y compleja articulación mundial de resistencias contra la globalización neoliberal fue sin duda uno de los hechos políticos más novedosos en el inicio del nuevo siglo. Las multitudinarias acciones contra los acuerdos de libre comercio, contra la invasión imperial a Irak y la militarización internacional, en defensa de la soberanía alimentaria y más recientemente contra la crisis climática, entre otras, son solo algunos ejemplos del despertar y de la perennidad de esta renovada tradición militante, solidaria e internacionalista<sup>59</sup>.

La quiebra en septiembre de 2008 del gigante bancario estadounidense Lehman Brothers marcó el inicio de una nueva etapa de la crisis financiera, con epicentro en los llamados “países industrializados” (especialmente en los Estados Unidos y Europa). Desde entonces y en los últimos tres años el discurso y las iniciativas políticas del bloque imperial de poder mundial (Amin, 2001) centraron sus esfuerzos en tres direcciones. En la esfera político-institucional los intentos de salvaguarda y relegitimación del actual patrón de poder mundial (Quijano, 2014) tuvieron su iniciativa más publicitada en la creación del G 20. Así se pretendió y aún se pretende ampliar la base de legitimidad y “gobernabilidad” del sistema-mundo capitalista mediante la incorporación subordinada de las élites económicas y políticas de algunos países de la llamada “periferia” al reducido club de las ocho potencias económicas, que por cierto no se ha extinguido. En el terreno económico los esfuerzos sistémicos por recomponer la legitimidad de los

---

\* Este artículo fue publicado por primera vez en el año 2012 en el libro *América Latina hoy. Sociedad y política*, compilado por Carlos Moreira y Dante Avaro (Buenos Aires: Teseo).

<sup>59</sup> La indagación sobre sus orígenes, características, alcances y desafíos fue y es asimismo objeto de estimulantes debates e investigaciones tanto al interior del propio movimiento como en distintos ámbitos académicos. Tempranamente hemos intentado contribuir a estas discusiones en Seoane, José y Taddei, Emilio [comps.] 2001 *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre*, Buenos Aires, CLACSO. Para una actualización de estos aportes ver Seoane, José y Taddei, Emilio “El nuevo internacionalismo y los desafíos de los movimientos populares latinoamericanos frente a la crisis capitalista” en *Viento Sur* (Madrid), diciembre 2009, N° 107, pp. 63 a 74.

mercados financieros se expresaron por un lado en la realización de rescates millonarios de bancos y de muchas empresas transnacionales. Estas medidas tuvieron su contraparte en la esfera “social” en la sistemática destrucción de empleos que originaron masivos despidos y en la supresión de derechos sociales que aún está en curso. Por otra parte, y particularmente en el caso de la Unión Europea, los imperativos de reconducción sistémica de la crisis se expresaron en la exigencia de las autoridades comunitarias que con el inquebrantable sostén del FMI promueven interminables planes de ajuste cuyo ejemplos más emblemáticos, pero no excluyentes, son los casos de Grecia y de España. Estas acciones se combinan con una feroz campaña mediático informativa orquestada por los medios hegemónicos. Se pretende así legitimar una vez más el carácter irrenunciable y excluyente de las políticas de ajuste en los países industrializados como única vía para la superación de los problemas y padecimientos sociales agudizados por la crisis.

Los sectores populares castigados por la crisis comenzaron tempranamente y en distintos continentes a expresar su descontento contra los efectos de la misma y, en particular, contra una de sus manifestaciones más visibles: el encarecimiento del precio de los alimentos provocado por los movimientos especulativos sobre los llamados “mercados a futuro” de las materias primas. Así en el llamado Tercer Mundo las protestas y revueltas contra el hambre y la falta de alimentos fueron las primeras manifestaciones que signaron el desarrollo inicial de este nuevo ciclo de resistencias globales. En un primer momento estas acciones estuvieron acotadas al reclamo inmediato de comida sin que ello supusiera entonces un cuestionamiento más amplio de la legitimidad de los gobiernos y regímenes políticos.

Por otra parte la agudización de la crisis en el viejo continente a finales de 2010 se expresó en una renovada exigencia de implementación de nuevos planes de ajuste, en particular en los países de la “periferia” del acuerdo monetario europeo. Esta situación puso en evidente entredicho el fracaso de los publicitados pronósticos y de las promesas de los poderes mundiales sobre la capacidad de mitigar sus devastadores efectos y “humanizar” la globalización capitalista.

En algunas regiones de la llamada “periferia” capitalista los impactos de la crisis se expresaron en una compleja combinación de altos índices de crecimiento económico (que contrastaban con el débil desempeño de las “economías centrales”) y concentración de la riqueza y deterioro de las condiciones materiales de vida de amplios sectores de la población. Por otra parte la intensificación de la mercantilización de bienes comunes naturales ligados al dinamismo de las industrias extractivas se correspondió con un marcado deterioro de las condiciones socio-ambientales en América Latina, África y Asia. Desde el inicio de la crisis esta tendencia se expresó en la agudización de tres dinámicas preexistentes: la profundización de los esquemas de recolonización asociados a la integración subordinada al mercado mundial, la intensificación de las prácticas de “acumulación por desposesión” (Harvey, 2004: 113) particularmente vinculada a la explotación de los bienes comunes y la creciente difusión de los procesos de militarización a escala planetaria orientados a controlar y reprimir los procesos de resistencia social contra los efectos socioambientales y laborales generados por la crisis capitalista.

Así en momentos en que se cumplía una década de la realización del primer Foro Social Mundial el inicio de 2011 estuvo signado por el despertar de las rebeliones populares en los países de África del Norte y de Medio Oriente iniciadas con la triunfante

revolución democrática tunecina y seguida por la multitudinaria movilización del pueblo egipcio que, con epicentro en la Plaza Tahir de El Cairo, acabó con la dictadura del ex presidente Hosni Mubarak. El rechazo a la degradación de las condiciones sociales impuestas por la crisis y la exigencia de una radical democratización de vida política hasta ahora controlada por regímenes políticos autoritarios apoyados durante décadas por las potencias occidentales son la columna vertebral de las reivindicaciones de este ciclo político insurreccional. Los ecos de la llamada “primavera árabe” se extendieron a Siria, Libia, Marruecos, Yemen, Jordania, Bahrein, donde los procesos de movilización y los conflictos aún permanecen abiertos. Las ecos de estas revueltas populares ya se expresan en la compleja reconfiguración geopolítica en curso en la región y que parece llamada a modificar la composición del tablero regional cristalizada al concluir los procesos de descolonización de las décadas de 1950 y 1960. Las primeras revoluciones triunfantes de este ciclo (Túnez y Egipto) coincidieron con la realización a inicios de febrero de 2011 de una nueva edición internacional del Foro Social Mundial en Dakar, Senegal. El parlamento de los pueblos se nutrió de la participación de numerosos/as militantes de Túnez y de Egipto que inscribieron sus luchas y triunfos en la experiencia histórica del movimiento contra la mundialización neoliberal.

El nuevo impulso cobrado a lo largo de 2011 por las protestas contra los efectos de la crisis hubo de trasladarse rápidamente al continente europeo donde la irrupción del movimiento de los “indignados” en el estado español cobró fuerza y visibilidad ocupando las plazas de ese país con acampes que reivindicaron el espíritu de las revueltas árabes. Desde entonces distintas expresiones de rechazo contra los ajustes fiscales y los despidos en el sector público no han dejaron de sacudir la realidad europea. Las masivas protestas y manifestaciones en Grecia, Francia, Italia, Portugal, Islandia son expresiones de la intensidad del rechazo popular frente a las recetas neoliberales. El cuestionamiento a los partidos políticos mayoritarios, la exigencia de una “democracia real”, la masiva participación de jóvenes que denuncian la precarización de sus vidas y la ocupación masiva de las calles y los espacios públicos son algunas de las características distintivas de las protestas en el viejo continente que las emparentan en más de un sentido con el ciclo de conflictividad social que atravesó a América Latina en las décadas pasadas. La masividad y radicalidad de las mismas no han logrado sin embargo impedir la aplicación de nuevos “paquetes” que contemplan renovados recortes del gasto público y la privatización de servicios públicos. Los levantamientos juveniles en los suburbios populares de las grandes ciudades inglesas y la brutal represión y estigmatización de la pobreza practicada por la coalición derechista encabezada por el premier David Cameron son el ejemplo más descarnado de las tensiones sociales agudizadas por las políticas ortodoxas y del peligroso consenso social alcanzado por las medidas represivas contra las llamadas “nuevas clases peligrosas”. En agosto de 2011 habrá de emerger el movimiento de los indignados en Israel para repudiar el incremento del costo de vida y reclamar mayor justicia social. Bajo la consigna “El gobierno solo entiende de números” este movimiento convocó a inicios de septiembre a la Marcha del Millón que se transformó en la más grande en la historia del país reuniendo a 450.000 israelíes que se movilizaron en demanda de la construcción masiva de viviendas de alquiler a bajo precio, el alza del salario mínimo y la educación gratuita para todos los estudiantes.

Por último una nueva expresión del descontento frente a los efectos de la crisis capitalista emergió en septiembre en la ciudad de Nueva York. En el “corazón del

imperio”, inspirados por las protestas de la primavera árabe y de los “indignados” en España y bajo la consigna “Ocupemos Wall Street” cientos de manifestantes convocaron a ocupar durante meses las calles del centro financiero de Wall Street para denunciar las acciones fraudulentas e ilegales de los bancos y las pretensiones del congreso estadounidense de profundizar las medidas de austeridad fiscal para acotar el endeudamiento público.

En este somero repaso de las expresiones más significativas de los conflictos sociopolíticos más visibles durante 2011 no podemos dejar de referir, en el caso de Nuestra América, el masivo y prolongado movimiento de protesta encabezado por las/os estudiantes chilenos en reclamo de la desmercantilización de la educación en dicho país y la exigencia de una reforma constitucional que garantice la educación pública gratuita y de calidad. Este conflicto de alcance nacional ha logrado interpelar la racionalidad neoliberal de las políticas públicas estatales vigentes desde la época de la dictadura pinochetista y prolongada hasta la actualidad por los diferentes gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia. La protesta estudiantil en curso es el movimiento social de mayor amplitud en las últimas décadas en el país andino. La misma logró un amplio consenso en torno al cuestionamiento del espíritu empresarial y privatizador que inspira las políticas públicas estatales del gobierno del presidente Sebastián Piñera. Este consenso obligó al ejecutivo a proponer algunas reformas parciales que no han dado respuesta a las demandas estudiantiles de un conflicto aún no resuelto y que ha suscitado expresiones de solidaridad en numerosos países de América Latina.

Esta sintética referencia a las pulsiones antisistémicas que se hacen presentes en el desarrollo de la crisis actual no agota por cierto el complejo y heterogéneo escenario en que se desenvuelve la misma. En este contexto se expresan y parecen también consolidarse tendencias que operan en sentido contrario a las acciones de repudio al neoliberalismo y a las aspiraciones democratizadoras de los movimientos sociales. Nos referimos a la capacidad manifestada por las clases dominantes de distintos países “centrales” para imponer políticas de ajuste y de privatización y de suprimir numerosos derechos y conquistas sociales. Esta realidad expresa la capacidad que mantienen estos sectores para legitimar las propuestas de “salida sistémica” a la crisis. En un sentido similar, aunque como expresión de una realidad específica puede referirse la intensificación de la mercantilización de los bienes comunes naturales en distintos países de la llamada periferia del capitalismo. En términos de una “salida” sistémica de la crisis esta tendencia resulta complementaria a las dinámicas de “desposesión” de las clases trabajadoras en curso en los países “centrales”. La misma asume actualmente una relevancia particular en América Latina y es la expresión de los procesos de reprimarización económica que han experimentado una gran parte de los países de la periferia del sistema-mundo capitalista.

La intensificación de la militarización de las relaciones internacionales y la creciente criminalización de las protestas y las resistencias son asimismo expresiones de las respuestas de los poderes imperiales. Estas políticas buscan recomponer bajo un signo crecientemente autoritario la legitimidad del orden político internacional y su potencial agudización acentuará aún más el carácter antidemocrático y represivo que caracteriza al “capitalismo realmente existente”. La intervención militar de la OTAN en Libia es la expresión más reciente aunque no única de esta situación. Los Estados Unidos y la Unión Europea han intentado en ese país norafricano manipular con renovado

espíritu colonial las legítimas revueltas populares contra el régimen autoritario de Muammar Khadafi, quien fuera hasta el inicio de las protestas un aliado estratégico y garante en su propio país de los intereses del capital trasnacional, promoviendo un proceso de “balcanización” política interna funcional a las pretensiones de recolonización imperial que asegure el acceso y el control de los recursos petroleros de dicho país.

Los señalamientos precedentes permiten poner sintéticamente en perspectiva la complejidad de las dinámicas que se expresan en la actual coyuntura mundial y latinoamericana. El análisis de los procesos de resistencia en curso debe evitar las miradas deterministas que conciben el proceso histórico como una sucesión lineal y acumulativa de conquistas y avances de los movimientos populares. Privilegiamos un enfoque que permite dar cuenta de las conquistas pero también de los *impasses*, retrocesos y dificultades que en la última década enfrentaron y enfrentan la construcción de proyectos emancipatorios. La consideración y conceptualización de las resistencias bajo la perspectiva de fases y ciclos marcados por avances y de reflujos resultan según nuestra perspectiva más apropiadas para la comprensión de la compleja realidad de estas experiencias. Observada bajo la óptica de la temporalidad media y larga de los procesos sociopolíticos la realidad latinoamericana de la última década da cuenta de una nutrida experimentación sociopolítica protagonizada por novedosos movimientos sociales. Estas experiencias contribuyen sin duda a la comprensión de algunas características de las protestas y movimientos que en el plano mundial retroalimentan hoy la trayectoria histórica del movimiento contra la mundialización neoliberal.

La perspectiva de avanzar en la búsqueda de alternativas societales y civilizatorias constituye un desafío significativo para el movimiento altermundialista, cuyas expresiones más recientes y en curso dan por tierra con las apresuradas predicciones sobre su rápido eclipse formuladas tanto desde los cenáculos del poder político sistémico como en espacios académicos. El balance de las resistencias que a lo largo de la última década nutrieron la experimentación de un “nuevo internacionalismo” resulta así de gran importancia para la elaboración colectiva de los nuevos horizontes estratégicos y de alternativas civilizatorias al capitalismo. Ello nos convoca a comprender las características de los movimientos sociales de raigambre popular de América Latina y el Caribe surgidos en los procesos de resistencia sociopolítica al neoliberalismo desde mediados de los ‘90 y a puntualizar la decisiva contribución de estas experiencias en la breve pero intensa historia del movimiento altermundialista. Siendo además que, desde inicios del nuevo milenio, el peso de las experiencias latinoamericanas colocó a nuestra región en el centro del debate y la construcción de alternativas al neoliberalismo a nivel internacional.

Este artículo presenta un balance de las principales contribuciones de los movimientos sociales latinoamericanos a la construcción de este “nuevo internacionalismo”, que deben entenderse como el resultado de un complejo proceso de acumulación de fuerzas socio-políticas forjado en la confrontación contra las políticas neoliberales. Referiremos asimismo a algunos de los cambios y transformaciones sociopolíticas que atraviesan la región con el objetivo de comprender los desafíos y dificultades que enfrentan los procesos de articulación regional. El interrogante sobre cómo superar los *impasses* que signan hoy a estas experiencias, que muy lejos están de significar su eclipse, plantea responder simultáneamente sobre los desafíos que trazan

los efectos de la crisis sobre los sectores populares latinoamericanos. Su impacto se combina con las tentativas desplegadas por el gobierno de Barack Obama de relegitimar las políticas de liberalización comercial y de control militar que evidencia, más allá de las intenciones enunciadas, la voluntad estadounidense de profundizar su dominación imperial sobre la región.

### **De las resistencias a la crisis de legitimidad del neoliberalismo en América Latina**

La apertura del nuevo milenio en América Latina estuvo marcada por un sostenido proceso de movilización popular que cuestionó profundamente las políticas neoliberales, agudizadas hacia fines de siglo tras las sucesivas crisis financieras. Este proceso había comenzado a despuntar promediando la década de los '90 con el levantamiento zapatista en Chiapas en 1994, que resultó emblemático de este nuevo ciclo, y se expresó ya desde entonces en un sostenido incremento del conflicto y las protestas protagonizados por nuevas organizaciones y movimientos sociales.

Con la llegada del nuevo siglo este proceso de resistencias sociales al neoliberalismo habrá de transformarse en un creciente y más amplio cuestionamiento de la legitimidad del régimen en su conjunto<sup>60</sup>. De esta manera comenzará a nivel regional un nuevo período que podemos llamar como el de la crisis de legitimidad del modelo neoliberal, que presentó dos rasgos distintivos. Por un lado la difusión de levantamientos sociales e insurrecciones urbanas que, particularmente intensos en el área andina, desencadenaron crisis políticas que forzaron la renuncia de presidentes, la caída de gobiernos y la apertura de transiciones políticas<sup>61</sup>. Esta crisis de legitimidad se expresó asimismo en la aparición y conformación de mayorías electorales críticas a sus políticas, que rompían en el terreno electoral la hegemonía ganada por el neoliberalismo en la década de los '90 y darían el triunfo a candidatos y coaliciones políticas caracterizados por una discursividad electoral condenatoria de las políticas aplicadas durante dicha década. Aunque, como señalaremos más adelante, estos procesos de cambios socio-políticos tuvieron sentidos y destinos muy distintos.

Los “nuevos” movimientos que protagonizaron el ciclo de resistencias sociales al neoliberalismo y cuyas acciones resultaron decisivas en la crisis de legitimidad que agrietaron los cimientos de la ciudadela neoliberal, se constituyeron con capacidad de articulación y peso nacional en un recorrido que iba de las periferias de los grandes latifundios y urbes a los centros del poder político y económico. Desposeídos o amenazados por la expropiación de sus tierras, trabajo y condiciones de vida, muchas de estas organizaciones se constituían en la identificación política de su desposesión (los sin tierra, sin trabajo, sin techo), de las condiciones sobre las que se erigía la opresión

---

<sup>60</sup> En esta dirección puede considerarse la magnitud e importancia que cobran las movilizaciones y conflictos sociales en el año 2000 donde se concentran aquellas que precipitarán la caída de los gobiernos de Ecuador y Perú así como la llamada “Guerra del agua” en Cochabamba, Bolivia, que marcará el inicio de un ciclo de protestas en este país andino. Como antecedente de estos procesos a nivel electoral vale recordar la primera elección de Hugo Chávez como presidente de Venezuela a fines de 1998.

<sup>61</sup> El fracasado intento de golpe de estado en Venezuela en abril de 2002, abortado por la amplitud e intensidad de la movilización popular, y la llamada “Caravana de la Dignidad Indígena” en México en 2001 en reclamo del cumplimiento de los acuerdos de San Andrés y de la aprobación de una ley indígena con base en las demandas formuladas por el movimiento zapatista, finalmente desoído por el Parlamento, constituyen también dos hechos significativos del período de crisis de legitimidad del neoliberalismo.

(los pueblos originarios) o de la lógica comunitaria de vida amenazada (los movimientos de pobladores, las asambleas ciudadanas). En el ciclo de resistencia al neoliberalismo se entrecruzaban y a veces convergían con otros sujetos urbanos donde también nuevos procesos de organización tenían lugar, los trabajadores —especialmente los del sector público y los precarizados—, los estudiantes y jóvenes, los sectores medios empobrecidos (Seoane, 2008: 268).

En relación con algunas características que permiten conceptualizar la “novedad” de estos movimientos hemos subrayado en oportunidades anteriores tres aspectos distintivos que, claro está, no agotan la riqueza de sus características (Seoane et al., 2006: 232). Los procesos de “territorialización social” y la revalorización y reinención de la cuestión democrática aparecen como dos particularidades de estas experiencias cuyo tratamiento pormenorizado excede los límites de este artículo. Es importante sin embargo señalar que en relación con las mismas los movimientos sociales habrán de plantear una renovación profunda de la noción de la autonomía y del debate sobre la naturaleza del poder y el papel del Estado en el camino de la transformación y la emancipación social.

Una tercera característica, vinculada a la problemática específica de este artículo, ha sido la emergencia de coordinaciones en el plano regional o internacional entre distintos movimientos y organizaciones nacionales en lo que ha sido llamado a nivel mundial el “movimiento altermundialista”. Estas experiencias que tiñeron de manera profunda y singular la práctica de los movimientos sociales fueron consideradas como el surgimiento de un “nuevo internacionalismo” en función de las novedades que introducían en la recuperación de pasadas tradiciones de solidaridad y articulación socio-política a nivel mundial y que habían cristalizado, entre otras, en la historia de las Internacionales. En relación con ello, el internacionalismo actual se revelaba nuevo por el carácter eminentemente social de los actores involucrados (aunque no desligado, por si hiciera falta la aclaración, de inscripciones ideológico-políticas), por su heterogeneidad y amplitud que abarcaba desde organizaciones sindicales a movimientos campesinos, por la extensión geográfica que alcanzaban las convergencias; y por las formas organizativas y las características que asumieron estas articulaciones que priorizaban la coordinación de acciones y campañas (Seoane y Taddei, 2001: 123).

Un breve recorrido por su genealogía nos conduciría desde las protestas contra el Acuerdo Multilateral de Inversiones en 1997 y 1998, la citada “Batalla de Seattle”(1999), la creación y profundización de la experiencia del Foro Social Mundial (desde el 2001); las “jornadas globales” contra la intervención militar en Irak (2003); y el surgimiento y desarrollo de las campañas contra el libre comercio y la guerra que tuvieron su capítulo americano más significativo en la oposición al proyecto estadounidense del ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas) y a los tratados comerciales con los EE.UU. La temprana presencia y participación de movimientos y organizaciones populares latinoamericanas en estos complejos y heterogéneos procesos de articulación política, atravesados de pulsiones antisistémicas, constituyen un rasgo distintivo de esta experiencia que sin duda fue uno de los hechos políticos más importantes en el escenario internacional de inicios del siglo XXI.

## **Genealogía del “nuevo internacionalismo” en América Latina**

A lo largo del pasado siglo XX los procesos de solidaridad regional encontraron un fértil terreno en la vasta geografía latinoamericana. Las campañas de defensa y apoyo a la revolución cubana y contra el bloqueo estadounidense; en repudio a las dictaduras militares conosureñas y en pos de la revolución nicaragüense son, en el período de posguerra, algunos de los ejemplos más salientes de esta amplia tradición. Esta supo también proyectarse a escala internacional en diferentes iniciativas revolucionarias y populares que se nutrieron de los procesos y luchas emancipatorias y antiimperialistas de los pueblos latinoamericanos.

En estrecha relación con esta tradición, la intensa experimentación altermundialista de la última década encuentra un antecedente a nivel regional, en la realización del Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo celebrado en 1996 en Chiapas bajo la convocatoria del zapatismo, expresión de la gravitación que habría de ganar los movimientos indígenas en el nuevo ciclo de luchas latinoamericano.

El nacimiento y posterior desarrollo del Foro Social Mundial (FSM) en la ciudad brasileña de Porto Alegre en 2001 fue también resultado de la impronta latinoamericana que marcó, a lo largo de sus nueve ediciones, la experiencia de este “parlamento de los pueblos”. La participación de movimientos y organizaciones de Nuestra América –en especial del Brasil– en la promoción y expansión del FSM fue desde sus inicios particularmente significativa en las sucesivas ediciones mundiales, regionales y temáticas. En relación con estas dos últimas cabe destacar, entre otras, la realización en tres oportunidades del Foro Social Américas (Quito, 2004; Caracas, 2006; Guatemala, 2008); del Foro Social Mesoamericano, cuya séptima edición tuvo lugar en 2008 en Managua, Nicaragua; del Foro Social Panamazónico en sus siete ediciones realizadas entre 2002 y 2009 y de las tres ediciones del Foro Social de la Triple Frontera (Puerto Iguazú, Argentina, 2004; Ciudad del Este, Paraguay, 2006; Foz do Iguazú, Brasil, 2008). La realización del Foro Social Ecológico Mundial, en Cochabamba, Bolivia, en 2008 habrá de coincidir y potenciar las Jornadas de movilización continental contra el golpe autonómico en Bolivia signado por la masacre de Pando.

Por otra parte, la activa participación y presencia de los movimientos sociales latinoamericanos en las Asambleas de los Movimientos Sociales del Foro, en particular del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) y de la Vía Campesina, contribuyó a nutrir las iniciativas altermundialistas con las experiencias de “reinención democrática” (De Sousa Santos, 2003: 55) características de muchas de las resistencias populares de América Latina y el Caribe.

A lo largo de la última década las articulaciones regionales estuvieron particularmente orientadas a confrontar con los llamados acuerdos sobre liberalización comercial y especialmente las sucesivas iniciativas norteamericanas de subsumir a los países de la región bajo un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Estos procesos de resistencia, que supusieron tanto la constitución de espacios de coordinación a nivel regional (que agrupan a un amplio arco de movimientos, organizaciones sociales y ONG) como el surgimiento de similares experiencias de convergencia a nivel nacional (por ejemplo las campañas nacionales contra el ALCA y luego contra los TLC en Centroamérica, Colombia y Perú) resultaron, en el marco continental, expresión y prolongación del movimiento altermundialista.



En el período histórico que nos ocupa reconocemos tres momentos particulares de los procesos de convergencia y articulación de las luchas. Un primer período que se extiende entre 1994 y 2001 y que corresponde al lento proceso de rearticulación de las solidaridades regionales y su proyección internacional a partir de la intensificación de las resistencias populares contra el neoliberalismo. El referido nacimiento del Foro Social Mundial se inscribe en la temporalidad de este período durante el cual habrán de madurar los debates en torno a la centralidad que asume el proyecto imperial del ALCA en la consolidación de los procesos de liberalización comercial y mercantilización de la vida. Este ciclo corresponde también al nacimiento y al desarrollo de las articulaciones y convergencias continentales contra estos proyectos de liberalización comercial. En este primer ciclo, la experiencia regional se remonta a las protestas frente al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por sus siglas en inglés, en 1994), realización del Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo en Chiapas (1996), la creación de la Alianza Social Continental (1997) y la organización de las dos primeras Cumbres de los Pueblos de las Américas (1998 y 2001) en oposición a las cumbres de los presidentes de los países que participaron en las negociaciones del ALCA.

El avance de las negociaciones gubernamentales en pos de la concreción del ALCA por un lado y la consecuente intensificación de las resistencias populares a este proyecto por otro, resultarán las características más distintivas del segundo período (2002-2005) que se cerrará con la derrota del ALCA y la creciente crisis de legitimidad de los proyectos hegemónicos de integración comercial. Durante estos años el movimiento desplegó una renovada capacidad de intervención política que se materializó en la organización entre 2002 y 2005 de los cuatro primeros Encuentros Hemisféricos contra el ALCA, en las campañas nacionales contra el ALCA y, en la región Mesoamericana, en la creación y desarrollo de los citados foros sociales mesoamericanos y del Bloque Popular Centroamericano. La realización de la multitudinaria Cumbre de los Pueblos de las Américas realizada en 2005 en Mar del Plata, Argentina, simbolizará, gracias a la acción directa y a la capacidad de incidencia de los movimientos sociales y a la presión político-diplomática de algunos gobiernos sudamericanos, la derrota definitiva de la iniciativa estadounidense del ALCA promovida por el gobierno Bush. La previa materialización en 2004 del TLC entre Chile y Estados Unidos constituirá durante este período un antecedente de las nuevas iniciativas imperiales promovidas en el período siguiente.

El fracaso de esta iniciativa marcará el inicio de un nuevo y complejo período en el cual habrán de reconfigurarse y profundizarse algunas de las tendencias referidas. En relación con esto pueden señalarse cuatro cuestiones que condicionaron los escenarios políticos nacionales y los procesos de integración regional. Su entendimiento remite tanto a las tentativas desplegadas por los Estados Unidos y las élites económicas en aras de la recomposición y relegitimación del orden neoliberal, como al efecto de los procesos de transformaciones políticas referidos anteriormente, su impacto en la reconfiguración de proyectos de integración regional y las estrategias de los movimientos frente a estas nuevas realidades.

## **Cartografía de los procesos sociopolíticos y las convergencias continentales**

En ese sentido, es importante desatacar en primer lugar que luego de la derrota del ALCA la estrategia imperial de promoción de libre comercio habrá de resignificarse en la promoción de los TLC bi o plurilaterales, como signo característico de la política diplomático-comercial del gobierno Bush en los últimos años de su mandato. En el caso de la región andina esta estrategia implicó la negociación y conclusión de dichos acuerdos con Perú (2005) y Colombia (2006); siendo que sólo el primero obtuvo la ratificación parlamentaria estadounidense (2007) y consecuentemente ha entrado en vigencia (2009). Pero, por su dimensión regional y política, la negociación y posterior puesta en marcha del TLC entre Centroamérica y Estados Unidos constituirá el logro más importante de la estrategia desplegada por la potencia del norte. El complejo proceso de negociaciones iniciado en 2003 y la posterior materialización del mismo a partir de 2006 estuvo sin embargo atravesado por un intenso proceso de resistencia social en la región que, si bien no logró impedir esta iniciativa, sirvió a interpelar la legitimidad de la misma desde antes de su puesta en funcionamiento. El ajustado resultado del referéndum costarricense de 2007 en favor del CAFTA es el caso más emblemático de la fuerza conquistada por las campañas regionales. Estas campañas, que también se articularon en torno a la denuncia de los esquemas hegemónicos de control territorial y militarización promovidos por Estados Unidos, contribuyeron también a denunciar y a deslegitimar la propuesta del Plan Puebla Panamá, y de su reformulación más reciente encarnada en la Iniciativa Mérida.

Un segundo elemento que caracterizará el nuevo escenario regional es la profundización de un diagrama sociopolítico tendiente a la militarización de las relaciones sociales en un proceso que ha sido bautizado como “neoliberalismo armado” o “de guerra” (González Casanova, 2002: 178). El mismo refiere no solo a las prerrogativas de intervención militar esgrimidas por el presidente Bush luego del 11/9 sino también a la difusión de una política crecientemente represiva que, a través de diferentes instrumentos, persigue particularmente la penalización de la protesta social y la criminalización de los sectores pauperizados y más castigados por las políticas neoliberales. La implementación de este diagrama represivo habrá de encontrar durante este período sus experiencias más consolidadas en aquellos países que convinieron acuerdos de libre comercio con los EE.UU. (en especial en Colombia, donde el gobierno de Uribe intensificó la política de “seguridad democrática” y en México bajo el gobierno de Felipe Calderón). En respuesta a ello las campañas de resistencia enfatizaron en sus acciones y propuestas la denuncia del vínculo existente entre la promoción del “libre comercio” y los esquemas de militarización y criminalización de la protesta social en la región. A iniciativa de la Convergencia de Movimientos de los Pueblos de las Américas (COMPA), el Grito de los Excluidos y Jubileo Sur entre otras organizaciones se organizarán a partir de 2003 y durante este período diversos Encuentros Hemisféricos contra la Militarización que articularán una campaña continental contra la bases militares estadounidenses en América Latina y el Caribe.

Las resistencias a estos procesos y los cambios sociopolíticos a nivel nacional aceleraron durante los últimos años la reconfiguración de los acuerdos regionales y el surgimiento de proyectos de integración alternativa. Estos procesos constituyen la tercera característica de la etapa abierta tras la crisis del ALCA y encontraron en la creación (2004) y posterior impulso de la Alternativa Bolivariana para las Américas

(ALBA), la Unión Sudamericana de Naciones (UNASUR, 2008) y del Banco del Sur (2009) sus expresiones más importantes. En relación con la primera de estas experiencias merece destacarse que el ALBA-TCP (rebautizado recientemente como Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos) que agrupa actualmente a ocho<sup>62</sup> países será concebido, inspirado en la experiencia de los movimientos sociales en la lucha contra el libre comercio, bajo los principios de solidaridad, complementación y cooperación en aras de la erradicación de la pobreza y las desigualdades sociales, la promoción del “desarrollo endógeno nacional” y los derechos sociales.

La maduración de este proceso conocerá a inicios de 2009 un nuevo impulso con el lanzamiento de una convocatoria a una coordinación amplia de movimientos sociales latinoamericanos realizado en el marco del FSM de Belém. Promovida por el Movimiento Sin Tierra y el capítulo regional de la Marcha Mundial de Mujeres entre otras organizaciones, la declaración que promueve el “ALBA de los Movimientos” enuncia los principios de un proyecto de vida de los pueblos frente a los proyectos imperiales y asume la necesidad de fortalecer la construcción de ALBA “desde abajo” con el objetivo de potenciar este proceso. En la experiencia más reciente dos hechos ilustran la construcción de este espacio de convergencias. A finales de 2009 –y en simultaneidad con la cumbre presidencial del ALBA-TCP realizada en la ciudad de Cochabamba, Bolivia, en el mes de octubre– los movimientos sociales habrán de deliberar en la Primera Cumbre de Movimientos Sociales del ALBA-TCP que decidió la creación de un Consejo de los Movimientos como espacio permanente de debate y articulación de iniciativas regionales. Este impulso hubo de consolidarse en la reunión mantenida por los movimientos en la ciudad de Caracas, Venezuela, en abril de 2010 en el marco de la cual las organizaciones presentes avanzaron en la creación y consolidación de los capítulos nacionales del “ALBA de los Movimientos” y sobre la propia estructura organizativa del Consejo de los Movimientos. Estas decisiones autónomas estuvieron a su vez reflejadas en el documento “Consolidando la nueva Independencia. Manifiesto Bicentenario de Caracas” refrendado por los jefes de Estado y de Gobierno de los países integrantes del ALBA-TCP el 19 de abril de 2010. Dicho documento propone explícitamente articular los movimientos sociales del ALBA con la acción de los gobiernos involucrados en dicho proceso, reconociendo la necesidad de instalar el Consejo de Movimientos Sociales a través del establecimiento de los capítulos nacionales de cada país. Asimismo se apela a la incorporación activa de los movimientos sociales en el desarrollo de proyectos económicos y sociales de construcción concreta de las alternativas al capitalismo depredador de nuestro continente. La gravitación de

---

<sup>62</sup> Si bien hasta mediados de 2009 el ALBA estuvo integrado por nueve países, el retiro de Honduras de dicho acuerdo luego del golpe militar en dicho país en junio de 2009 redujo la cantidad de países miembros a ocho (Antigua y Barbuda, Bolivia, Cuba, Ecuador, la Mancomunidad de Dominica, Nicaragua, Venezuela y San Vicente y las Granadinas). El depuesto presidente Manuel Zelaya había firmado la adhesión de Honduras al ALBA el 25 de agosto de 2008. Luego del golpe de estado el dictador Roberto Micheletti anunció el retiro de dicho país del acuerdo bolivariano. La oficialización de esta medida se realizó sin embargo el 12 de enero de 2010 cuando el Congreso Nacional aprobó la denuncia del tratado mediante el cual Honduras se adhirió a este bloque regional. Un día antes de la entrega del poder a su sucesor también ilegítimo Porfirio Lobo, el dictador Roberto Micheletti sancionó el decreto legislativo 284-2009, excluyendo a Honduras del ALBA. Luego de su asunción, Porfirio Lobo descartó el reingreso de Honduras al ALBA en razón de su incompatibilidad con los intereses de los Estados Unidos.

los movimientos sociales de mujeres en esta experiencia se refleja en la solicitud formulada en dicho pronunciamiento en el sentido de que el Comité de Mujeres del ALBA asuma de manera inmediata el trabajo para el desarrollo de las Misiones Sociales de atención a los niños de la calle, a las mujeres embarazadas, de combate a la drogadicción, y en lo económico, para el impulso de proyectos de gran envergadura que dignifiquen productivamente a las mujeres.

Un cuarto elemento que caracterizará al complejo período abierto luego del naufragio de la iniciativa del ALCA está asociado a las tentativas de recuperar la cuestionada legitimidad estatal. Dos cuestiones confluyen en la expresión de esta dinámica que tuvo particular relevancia en algunos países del Cono Sur. Por un lado nos remite a los cambios de gobierno ocurridos en el período; por el otro, a su coincidencia con el ciclo de recuperación económica que permitió morigerar las tensiones sociales agudizadas por la crisis. Esta relegitimación del estado se tradujo en la recuperación del control del espacio público restringiendo de esta manera la capacidad de acción y protesta de los movimientos sociales en un devenir que abarcó tanto procesos de integración política de fracciones o sectores de las clases subalternas o de cooptación dirigencial como de reforzamiento represivo (Seoane, 2008: 283). Bautizados como neo-desarrollistas, o en algunos casos social-liberales, estos regímenes se han caracterizado por recuperar cierto nivel de intervención estatal sobre la economía y ciertos instrumentos de políticas sociales que habían sido desmantelados por el neoliberalismo mas sin que ello supusiera una modificación sustantiva de la matriz distributiva característica de dicho modelo. Estas tendencias contribuyeron a un proceso visible de burocratización y de repliegues corporativistas de algunos movimientos sociales (en este sentido pueden referirse las evoluciones de algunas corrientes sindicales mayoritarias en Brasil y de organizaciones territoriales y sindicales en Argentina) que debilitaron la construcción de alternativas antisistémicas así como condicionaron las experiencias de articulación regional.

Por contraposición, los procesos de cambios sociopolíticos en curso en la tríada andina conformada por Venezuela, Bolivia y Ecuador refieren a experiencias y tentativas más profundas de transformación social. En estos casos, tanto los cambios de la matriz gubernamental-estatal en el marco de reformas constituyentes y el sustantivo incremento de la gestión público-estatal vía la nacionalización de la explotación hidrocarburífera y de otros sectores económicos claves; así como la promoción de políticas sociales protectivas orientadas en un sentido universal supusieron significativos avances en el terreno democrático y de la distribución de los ingresos. En estas experiencias el cuestionamiento a la matriz liberal-colonial del Estado-nación ha sido alimentado por la fuerza adquirida por los movimientos indígenas. Así, por ejemplo, en las recientes experiencias de reformas constitucionales en Bolivia y Ecuador ello se tradujo en un reconocimiento explícito de las reivindicaciones de los pueblos originarios respecto al carácter plurinacional del Estado. La acción de las organizaciones indígenas sirvió también a difundir las ideas y las prácticas del “buen vivir” o *sumak kausai* como alternativas civilizatorias decolonizadoras al modelo de desarrollo capitalista.

Estas dinámicas y conquistas, expresión de la gravitación alcanzada por los movimientos campesino-indígenas en el escenario político latinoamericano y andino en particular, se han visto confrontadas paralelamente en algunos de estos países a iniciativas oficiales que expresan las pretensiones de algunos sectores gubernamentales de reforzar el modelo extractivo ahora guiado por las expectativas de un desarrollismo

con fuerte regulación estatal que demanda incrementar los volúmenes de producción, exportación e inversión o, por lo menos, mantenerlos frente a las dificultades que presenta la actual crisis económica en curso a nivel internacional. Así en Ecuador, de manera similar a lo que ocurrió en el caso de la aprobada ley de minería en 2008 o con la ley de aguas en 2009, también la política de explotación petrolera supuso y supone una tensión y conflicto reiterado del gobierno con las comunidades originarias y el movimiento indígena. En Bolivia la decisión gubernamental de eliminar los subsidios a los combustibles originó a fines de 2010 masivas protestas populares contra el “gasolinazo” ante las cuales el gobierno de este país decidió dar marcha atrás con las medidas propuestas. También en Bolivia la decisión gubernamental de avanzar en el desarrollo de infraestructura vinculada a los procesos extractivos sin previa consulta a las comunidades originó en 2011 la importante marcha indígena contra la construcción de la carretera Villa Tunari-San Ignacio de Moxos que atraviesa una parte del Territorio Indígena Parque Nacional Isiboro Sécore (TIPNIS). Esta manifestación ha sido encabezada por las organizaciones de pobladores originarios del TIPNIS y apoyada por la Confederación de Pueblos Indígenas de Bolivia (CIDOB) y el Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qullasuyua (CONAMAQ). En momentos en que escribimos estas líneas la represión contra los marchistas y organizaciones incrementó las tensiones entre el ejecutivo y los movimientos indígenas en el contexto de un conflicto que aún permanece abierto.

Todo ello, y su protagonismo en la resistencia a los procesos de naturaleza extractiva que promueven la “valorización capitalista” de territorios y comunidades, ha potenciado la participación e influencia de los movimientos indígenas en las articulaciones regionales. La realización de las sucesivas Cumbres Continentales de Pueblos y Nacionalidades Indígenas de Abya Yala (cuya cuarta edición se realizó en Puno, Perú, en 2009), la creación en 2006 de la Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas (CAOI) y la amplia participación de movimientos originarios en el Asamblea de los Pueblos Indígenas que tuvo lugar en el Foro Social Mundial en Belém, Brasil, en 2009 son algunas de las expresiones más recientes de estos procesos de resistencia. Más recientemente y en el mismo sentido puede referirse la realización de la Primera Cumbre Regional Amazónica de la Coordinadora de Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA) realizada en Manaus, Brasil, en 2011 en cuya declaración final se señala que el reconocimiento de los derechos indígenas amazónicos resulta clave para salvar los bosques.

Un balance de las múltiples y complejas experiencias de articulación y convergencias regionales contra el neoliberalismo y los proyectos hegemónicos, permite identificar algunas cuestiones que marcaron con particular intensidad la experiencia latinoamericana y se proyectaron como contribuciones a la experiencia del movimiento antimundialización. La intensa capacidad de recreación y reinención de prácticas democráticas aparece como una característica distintiva, que cobró cuerpo en la generalización de la matriz asamblearia. En este sentido también, la consulta popular fue una herramienta largamente usada por las organizaciones en diferentes países; desde las campañas nacionales contra el ALCA en Argentina, Brasil y Paraguay hasta por las comunidades rurales en Centroamérica o el área andina contra la explotación y apropiación privada de los bienes comunes de la naturaleza.

Un segundo elemento característico de estas experiencias ha sido la capacidad de combinar una composición sociopolítica e identitaria muy heterogénea con una gran

eficacia política en los procesos de resistencia y construcción de alternativas. Esta marca distintiva es un indicador de la capacidad de dar respuesta en el terreno de la acción política a los desafíos planteados por la complejidad y al carácter multidimensional que asumen los procesos de dominación, explotación y conflicto en el capitalismo contemporáneo. La heterogeneidad característica del movimiento ha sido crecientemente valorada como un elemento que potencia y enriquece las experiencias de resistencia. Esto permitió a su vez una más justa apreciación por parte de movimientos y organizaciones de origen urbano del potencial antisistémico y emancipatorio que despliegan las organizaciones indígenas y campesinas en su lucha por la plurinacionalidad, por la soberanía alimentaria, por el buen vivir y contra la mercantilización de la vida.

Un tercer rasgo distintivo es la capacidad de los movimientos latinoamericanos de desplegar una práctica política que, en un complejo proceso ciertamente no desprovisto de riesgos, supo combinar lógicas de apoyo, cuestionamiento y negociación con algunos gobiernos que se proyectan en un horizonte de democratización y transformación radical de los estados. Estas experiencias asumen una significación particular en los procesos de integración tal como lo demuestra la experiencia del ALBA.

### **Resistencias y alternativas en defensa de la madre tierra**

Las características antes referidas y que en muchos casos se proyectan como contribuciones de los movimientos sociales latinoamericanos a los movimientos internacionales de resistencia a la globalización neoliberal, habrán también de impregnar las luchas y conflictos nacionales y regionales en contra de los efectos predatorios provocados por la intensificación del modelo desarrollista-extractivista y en defensa de los llamados bienes comunes de la naturaleza. La sintética referencia a estas experiencias cuya importancia y visibilidad parece haberse consolidado en el último lustro nos convoca a precisar sintéticamente el concepto de “acumulación por desposesión” (Harvey, 2004: 113) y la gravitación de esta dinámica en el escenario latinoamericano del presente.

La hegemonía casi absoluta de la que gozó el neoliberalismo a nivel internacional durante la década del ‘90 significó la profundización de un furioso e intenso proceso de concentración del ingreso y la riqueza a escala global que ha sido llamado de “polarización social mundial” (Quijano, 2000: 8; Amin, 2001: 17) y que ahondó las desigualdades socio-económicas entre el Norte y el Sur, entre los distintos países de las diferentes regiones del mundo y al interior mismo de los espacios nacionales. Asimismo, bajo la invocación de la construcción del libremercado a nivel global tomó cuerpo en realidad una tendencia a la conformación de monopolios a escala internacional<sup>63</sup> gestionados por la asociación –no ausente de tensiones y conflictos a su interior– entre las grandes corporaciones transnacionales, los Estados de los países capitalistas desarrollados y los organismos internacionales<sup>64</sup> (Amin, 2001: 20; Quijano, 2000: 7;

---

<sup>63</sup> Por ejemplo, Samir Amin refiere a la tendencia a la constitución de cinco grandes monopolios a nivel internacional: a) de los flujos financieros; b) de los recursos naturales; c) de las nuevas tecnologías; d) de los medios de comunicación; y e) de las armas de destrucción masiva (Amin, 2001).

<sup>64</sup> Esta trama de actores e instituciones ha recibido, entre otros, los nombres de “bloque imperial mundial” (Quijano, 2000) o de “estructura del poder mundial” (Boron, 2001).

Boron, 2001: 36). Esta realidad fue verbalizada en el terreno del pensamiento crítico y del debate político haciendo referencia al surgimiento de un nuevo imperialismo.

Por otra parte, en el análisis de las características que asumió esta “globalización neoliberal” en el terreno económico se ha hecho muchas veces referencia al proceso de “financiarización de la economía” y a la imposición de la valorización financiera a nivel internacional que la misma supuso y a las consecuencias que se derivan de ello. Sin embargo, otro aspecto de la mentada “globalización neoliberal”, menos promocionado aunque no menos importante, resulta el hecho de que ésta se caracterizó también por asignar un papel socio-económico relevante a lo que ha sido denominado “acumulación por desposesión”. Por ello se hace referencia a un proceso de acumulación del capital que no se basa en la explotación de los y las trabajadoras sino en la apropiación privada de bienes o recursos que se encontraban hasta ese momento (al menos relativamente) fuera del mercado; es decir, que no eran o no habían sido transformados en mercancías. Un ejemplo histórico del papel de este tipo de acumulación resulta la conquista y explotación del territorio bautizado como América bajo la colonización española y portuguesa y que fuera parte del proceso que, por su papel en el surgimiento y desarrollo del capitalismo, fuera llamado “acumulación originaria” (Marx, 1985).

Así, la acumulación por desposesión refiere a la apropiación privada –mayoritariamente trasnacional– de los llamados “bienes comunes sociales” (las empresas y servicios que fueran transformados en públicos-estatales particularmente a partir de mediados del siglo XX, por ejemplo) y de los denominados “bienes comunes de la naturaleza” (en referencia a lo que la teoría económica llama los “recursos naturales”). Si las contrarreformas neoliberales de primera generación –bajo el Consenso de Washington de principios de los ‘90– supusieron la privatización de buena parte de los primeros; las siguientes generaciones de políticas neoliberales profundizarán la mercantilización de los segundos. La explotación de estos resultó el centro del modelo económico propuesto para América Latina en el marco de la nueva división internacional del trabajo que trajo la “globalización neoliberal” y que supuso –y aun supone– una reprimarización de la estructura productiva regional.

De esta manera, la acumulación por desposesión implicó un complejo y amplio proceso de cambios regresivos: de reformas legales, de implementación de políticas públicas, de iniciativas de las corporaciones y asociaciones empresarias, de proyectos de organismos internacionales y, en definitiva, del uso de la violencia estatal-legal y paraestatal-ilegal; todos orientados a garantizar la efectiva desposesión de estos bienes a los pueblos y comunidades que hasta entonces eran sus tenedores y cuidadores para su mercantilización (especialmente a través de la privatización), que posibilitaba así su apropiación privada y su explotación capitalista. Una explotación intensiva, en la amplia mayoría de los casos de carácter trasnacional y orientada a la exportación de las “mercancías” obtenidas para su venta-consumo en el mercado mundial. Este proceso general es el que recibe el nombre de “saqueo”. Su aplicación no sólo conlleva el desplazamiento de las poblaciones originarias y la destrucción de sus condiciones de vida, sino que también resulta en la depredación del ambiente afectando al conjunto de la vida en el territorio y proyectando sus sombras en el plano nacional e internacional.

Los cuestionamientos a esta depredación del ambiente que adoptaron inicialmente la forma de una lucha “contra la contaminación”, implicaban una experiencia de devastación y lucha local-nacional que darán sustento a una rápida y cada vez más profunda comprensión de los efectos devastadores del capitalismo sobre el

ambiente y la vida a nivel global y fructificarán en la relevancia que cobra en la intervención de los movimientos sociales latinoamericanos la detención del proceso de contaminación, cambio climático y catástrofe ecológica global actualmente en curso.

Las luchas en contra de la mercantilización del agua, de la apropiación privada de la biodiversidad, de los efectos de la globalización forestal transnacional promotora de los llamados “desiertos verdes”, de la minería transnacional y de las consecuencias de la consolidación del modelo del agronegocio son solo algunas de las formas que asumen las resistencias de los movimientos sociopolíticos latinoamericanos en defensa de la vida y del ambiente. Estas dinámicas se prolongan también en las resistencias en torno a las consecuencias ambientales provocadas, la perdurabilidad y profundización de matrices energéticas crecientemente predatorias de la naturaleza (petróleo, energía eléctrica, etc.) y a las disputas en relación con las formas de apropiación de las rentas generadas por estas industrias.

En torno a estas cuestiones los movimientos latinoamericanos supieron gestar y fortalecer experiencias de convergencia regional que promovieron y/o se anudaron con dinámicas internacionales en defensa de la madre tierra. La creciente referencialidad a este vocablo en las luchas regionales y en la articulación de redes internacionales promovidas por los movimientos populares de Nuestra América es por cierto un indicador de la importancia y visibilidad que guardan los movimientos y comunidades campesinos e indígenas de la región en relación con estos procesos.

En la breve consideración de algunas de las experiencias de coordinación más significativas en torno a estas problemáticas, que por cierto no agota la diversidad y riqueza de las mismas, es preciso evocar los procesos de convergencia nacional y regional en torno a la lucha contra la minería transnacional a cielo abierto. En relación con ello puede señalarse el nacimiento en 1999 en Perú de la Coordinadora Nacional de Comunidades del Perú Afectadas por la Minería (CONACAMI) que logrará impulsar en 2002 en torno al conflicto minero de Tambogrande la realización del primer referendo comunal sobre minería en el mundo, que cosechará un casi unánime rechazo al proyecto minero. La creación en 2006 de la Unión de Asambleas Ciudadanas (UAC) en Argentina en defensa de los bienes comunes, la salud y la autodeterminación de los pueblos amenazados por el saqueo y la contaminación se inscribe en la experiencia reciente de la lucha contra la megaminería en dicho país, planteando desde el momento de su creación un horizonte de intervención en torno a la defensa del conjunto de los bienes comunes.

El cuestionamiento a los procesos de mercantilización del agua en el continente latinoamericano fructificó en la región mesoamericana en la consolidación de organizaciones multisectoriales con una destacada presencia de organizaciones indígenas y campesinas que articularon sus luchas con las de distintos sectores urbanos, promoviendo la convocatoria a consultas democráticas locales y/o regionales como forma de canalizar el rechazo popular a estos proyectos. En 1999 la confluencia de más de doscientas cincuenta organizaciones sociales, indígenas, ambientalistas, de derechos humanos, de mujeres, redes, frentes, y movimientos de dieciocho países de América Latina, que involucran a más de un millón de personas, dio lugar al nacimiento de la Red Latinoamericana contra las represas y por los ríos, sus comunidades y el agua



(REDLAR)<sup>65</sup>. Las acciones y encuentros promovidos desde entonces por esta red, que realizó su cuarto encuentro en 2008 en Colombia, han contribuido entre otras cuestiones a desacreditar la visión de los organismos financieros y empresas energéticas transnacionales respecto al carácter “limpio” y “sustentable” de la energía hidráulica basada en la construcción de mega represas. La experiencia de REDLAR es un indicador de la maduración de los procesos de convergencias y de la importancia que actualmente revisten las luchas contra las múltiples formas de expropiación y mercantilización del agua y en defensa de la soberanía popular sobre este bien común.

En noviembre de 2008 la Caravana americana en Defensa del Agua recorrió Nicaragua, Honduras, Guatemala y El Salvador para dar visibilidad internacional a las consecuencias provocadas por la explotación indiscriminada de los recursos hídricos en esta región. En el sur de la región la defensa del Sistema Acuífero Guaraní (SAG) estimulará la organización de tres ediciones del Foro Social de la Triple Frontera entre 2004 y 2008 que tuvieron como ejes centrales la lucha contra la militarización de esta región fronteriza y la defensa del Acuífero Guaraní. Estas convergencias dieron también nacimiento a la Carta Social del Acuífero Guaraní que sirvió como marco referencial de las confluencias y acciones comunes para consolidar el movimiento social en defensa del Acuífero Guaraní y presionar a los gobiernos del Mercosur para que asuman una defensa más decidida de la soberanía de los pueblos sobre este ecosistema.

La lucha en defensa del ecosistema mesoamericano y en contra de la apropiación privada de su biodiversidad promovida por el proyecto del Corredor Biológico Mesoamericano (CBM) impulsado por los gobiernos de la región habrá de dar origen al Foro Mesoamericano de los Pueblos surgido en año 2000 ante el lanzamiento del Plan Puebla Panamá. Este foro convirtió en uno de los espacios más importantes de articulación y coordinación de la acción, el debate y la información de los movimientos sociales de la región. En los siete foros realizados hasta hoy (2000, Tapachula, México; 2001, Xelajú, Guatemala; 2002, Managua, Nicaragua; 2003, Tegucigalpa, Honduras; 2004, San Salvador, El Salvador; 2005, San José, Costa Rica; 2008, Managua, Nicaragua) ha estado presente la lucha contra la apropiación privada transnacional de la biodiversidad. En la región amazónica, una de las reservas de bienes naturales más importantes del planeta, la defensa de la biodiversidad y contra la mercantilización de la naturaleza ha impulsado la organización de dinámicas de organización y resistencia popular. Ocho organizaciones indígenas de los países de la región constituyeron la Coordinadora de Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA) con el objetivo de resistir la depredación y ocupación de sus tierras y reivindicar sus derechos ancestrales sobre esta región. Otra de las experiencias de coordinación de movimientos sociales en la zona es el llamado Foro Social Panamazónico que tuvo su primer encuentro en Belém, Brasil, en 2002 y a lo largo de sus distintas ediciones contribuyó a la articulación regional de las resistencias y a la visibilidad continental e internacional de la problemática del amazonas y de las luchas y alternativas promovidas por los movimientos populares en la región.

---

<sup>65</sup> Es importante subrayar el rol impulsor desempeñado por el *Movimiento dos Atingidos por Barragens* (MAB) de Brasil en la creación de esta red. Surgido en 1989 el MAB es un movimiento de proyección nacional, con fuertes articulaciones con el MST, que tiene un papel destacado en la lucha contra las consecuencias de la construcción de represas hidroeléctricas en Brasil.

El impulso cobrado durante la última década por la difusión global del agrobusiness encontró en la expansión de las industrias transnacionales de la celulosa y la forestación un actor privilegiado. La constitución en el marco del Foro Social Mundial de 2003 de la Red Latinoamericana contra los Monocultivos de Árboles (RECOMA) con la participación de representantes de Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Paraguay y Uruguay es un ejemplo de la maduración y de la proyección regional de los procesos de resistencia al modelo forestal transnacional. La RECOMA, que integra el Movimiento Mundial por los Bosques Tropicales (WRM, por sus siglas en inglés, fundada en 1986), es una red descentralizada de organizaciones latinoamericanas cuyo objetivo fundamental es coordinar actividades para oponerse a la expansión de monocultivos forestales a gran escala a nivel de toda la región, ya sea que estos estén destinados a la producción de madera y celulosa, de aceite de palma o para funcionar como "sumideros de carbono". Este colectivo impulsa el desarrollo de alternativas social y ambientalmente adecuadas a las distintas realidades articuladas a partir de la opinión de las comunidades locales (RECOMA, 2009). A inicios de agosto de 2009 representantes de quince países latinoamericanos se reunieron en Uruguay para delinear estrategias tendientes a frenar el avance de los monocultivos de árboles en la región. La declaración final de este encuentro subraya la necesidad de ampliar la lucha contra los monocultivos de árboles, integrándola con otros procesos a nivel regional como los de los pueblos indígenas, de los afro descendientes, de los trabajadores rurales, de los sin tierra y de los colectivos de mujeres. Las organizaciones participantes asumieron como propia la lucha en defensa de la soberanía alimentaria, por la tierra y los territorios, por la defensa del bosque, la biodiversidad y el agua. La activa participación del Observatorio Latinoamericano de Conflictos Ambientales (OLCA) de Chile y de REDES-Amigos de la Tierra (Uruguay) en el seno de la RECOMA expresan la importancia que reviste esta problemática en los países donde el avance y profundización del modelo forestal transnacional tiene una particular relevancia en los procesos de acumulación y reproducción capitalista.

La maduración de estas experiencias se proyectó también internacionalmente en la activa participación e intervención de movimientos campesinos e indígenas, de movimientos ambientalistas y otros movimientos sociales latinoamericanos en distintos foros internacionales sobre la cuestión. Una muestra reciente de esto es la organización de una contra-cumbre de los pueblos y de manifestaciones llevadas a cabo en contra de las fracasadas Cumbre sobre el Cambio Climático de Naciones Unidas realizadas en Copenhague, Dinamarca, en diciembre de 2009 (COP 15) y en Cancún, México en noviembre de 2010 (COP 16).

El naufragio de esta nueva iniciativa de la ONU sumada a la necesidad de materializar nuevas relaciones de fuerza en el escenario internacional que expresen los reclamos y propuestas de los pueblos afectados por la depredación ambiental de cara a las próximas cumbres programadas (Johannesburgo, Sudáfrica, 2011 y Río de Janeiro, 2012), impulsaron al actual gobierno de Bolivia a promover, en la figura de su presidente Evo Morales, la convocatoria a la Conferencia Mundial de los Pueblos sobre el Cambio Climático y los Derechos de la Madre Tierra realizada en el mes de abril de 2010 en Cochabamba, Bolivia. El activo involucramiento en la organización de este encuentro de distintos movimientos latinoamericanos y redes de la región y de otros continentes y la masiva presencia de los mismos en Cochabamba expresan, una vez más, la relevancia que revisten las experiencias de resistencia y coordinación regional en las dinámicas de

cuestionamiento y elaboración de alternativas frente a la catástrofe ambiental agudizada por la globalización neoliberal. La extensa declaración final de dicha cumbre denuncia el “Entendimiento de Copenhague” señalando que “nuestra Madre Tierra está herida y el futuro de la humanidad está en peligro” en el entendimiento de la crisis actual como una verdadera crisis del modelo civilizatorio patriarcal basado en el sometimiento y destrucción de seres humanos y naturaleza que se aceleró con la revolución industrial. El documento subraya la necesidad de enfrentar el cambio climático reconociendo a la Madre Tierra como la fuente de la vida. Postula forjar un nuevo sistema basado en los principios de armonía y equilibrio entre todos y con todo, complementariedad, solidaridad, y equidad, bienestar colectivo y satisfacción de las necesidades fundamentales de todos en armonía con la Madre Tierra, respeto a los Derechos de la Madre Tierra y a los Derechos Humanos, reconocimiento del ser humano por lo que es y no por lo que tiene, eliminación de toda forma de colonialismo, imperialismo e intervencionismo y paz entre los pueblos y con la Madre Tierra. En esta dirección las organizaciones sociales y gobiernos participantes elaboraron y propusieron un proyecto adjunto de Declaración Universal de Derechos de la Madre Tierra en el cual se consignan “el derecho a la vida y de existir; el derecho de ser respetada y el derecho a la continuación de sus ciclos y procesos vitales libre de alteraciones humanas”.

### **Los nuevos desafíos emancipatorios frente a las crisis**

La reflexión sobre la actualidad regional exige incorporar al análisis la importancia decisiva que reviste la crisis económica emergida del quiebre de la burbuja especulativa inmobiliaria estadounidense a fines de 2007 y sus repercusiones en América Latina. La evolución, el ritmo, profundidad y extensión que adopte esta crisis habrá de signar de manera profunda el marco regional. La tendencia sistémica a trasladar el costo de la misma a la periferia amenaza con profundizar las tendencias que hemos referido anteriormente intensificando los procesos de recolonización política, social y económica de las sociedades latinoamericanas y caribeñas. Distintos hechos expresan en el transcurso del último año el incremento de acciones promovidas por los sectores dominantes locales y regionales en articulación con los poderes globales que tienden a reforzar las respuestas sistémicas y conservadoras ante la crisis. Entre ellos se destacan la intensificación de los procesos de criminalización de las protestas y de las políticas de desestabilización de los procesos de cambio en curso –que se expresaron por ejemplo en el golpe cívico-prefectural en Bolivia de 2008 y en los reiterados y similares intentos en Venezuela–, el acuerdo entre Colombia y Estados Unidos para la instalación de siete nuevas bases militares en ese país así como el reciente anuncio de similar acuerdo con Panamá y el reforzamiento presupuestario de los proyectos de intervención estadounidense en la región. La evolución reciente de la situación mexicana es particularmente emblemática y preocupante en relación con esta cuestión. La colaboración de los Estados Unidos en la política oficial de lucha contra el narcotráfico promueve la injerencia directa de las fuerzas de seguridad estadounidenses en territorio mexicano. Según información difundida recientemente<sup>66</sup>, agentes especiales de la CIA, militares retirados y expertos de la DEA trabajan en territorio mexicano en el armado de

---

66 Ver el artículo publicado en el Diario *Clarín* de Argentina y firmado por el periodista Gustavo Sierra el domingo 28 de agosto de 2011 y que se titula “La CIA lucha en México”.

la inteligencia para la detección de los líderes de los carteles de la droga. También se ha señalado la realización de vuelos de aviones de la fuerza aérea estadounidense en el norte del territorio mexicano con el objetivo de localizar vehículos narcos. La promoción o tolerancia del nuevo gobierno estadounidense en relación con estos hechos recientes pone de manifiesto los límites de las promesas formuladas por el presidente Barack Obama en la Cumbre de las Américas en Trinidad y Tobago en 2009 respecto a una nueva política regional del país hegemón basada en la promoción de un “diálogo constructivo” con los gobiernos latinoamericanos.

De esta serie, sin duda, el hecho de mayor significación regional y repercusión internacional fue el golpe de estado perpetrado el 28 de junio último en Honduras contra el gobierno constitucional de Manuel Zelaya. Esta acción golpista, que desde sus inicios contó con poderosos promotores y aliados estadounidenses, constituye un clivaje en la evolución de la situación política regional y pone de manifiesto el peligro de un recrudecimiento de las tendencias antidemocráticas y militaristas en Centroamérica y la región en su conjunto. Es por ello que distintos movimientos sociales continentales y hondureños expresaron su rechazo a la decisión de reincorporar a Honduras en la Organización de Estados Americanos (OEA) adoptada a mediados de 2011 que constituye un reconocimiento al carácter ilegítimo del régimen de Porfirio Lobo y que actúa como un peligroso antecedente frente a potenciales futuras intentos desestabilizadoras en la región.

En un contexto internacional donde los efectos de la crisis exacerban los procesos de polarización social, estas acciones regionales parecen señalar la capacidad del movimiento altermundialista de revitalizar y resignificar sus acciones y programáticas de cara a las tentativas de relegitimar el orden social de mercado y enfatizan el desafío de profundizar las experiencias emancipatorias de nuestros pueblos que, como postulara Frantz Fanon, resisten cotidianamente su pretendido destino de “condenados de la tierra”.

No podríamos concluir esta contribución sin referir a los nuevos escenarios y desafíos que, en relación con los procesos abordados en este trabajo, plantean el desarrollo y los efectos de la actual crisis capitalista. En relación con ello, tanto en el Norte como en el Sur, las voces del poder que hasta hace pocos meses intentaban cotidianamente transmitir “tranquilidad” proclamando la superación de la crisis y la constatación de modestos aunque alentadores indicios del retorno a un incipiente ciclo de “crecimiento económico”. La legitimidad de estos augurios parecía sustentarse en el hecho de que la intensidad de la crisis, sobre todo en su faceta económico-financiera, parecía haber menguado respecto a su virulencia inicial en el centro capitalista; expresada entonces en la quiebra cotidiana de bancos y grandes empresas transnacionales y en los multimillonarios “rescates” prodigados por los gobiernos de aquellos países a los “jugadores globales” del capitalismo mundializado. Una mirada circunspecta de la realidad latinoamericana nos invita sin embargo a asumir una consideración más prudente y crítica sobre lo que realmente está sucediendo. La crisis que sacude al sistema capitalista se expresa hoy, desmintiendo rotundamente los alentadores augurios de los voceros del mercado, en la profunda crisis que golpea a los países de la Unión Europea y pone en entredicho la construcción neoliberal del euro y del proceso de integración del llamado “viejo continente” y se traduce en una nueva crisis social que se traslada también hacia los países del Sur Global.

Como sucediera en las precedentes grandes crisis del capitalismo, el sistema de la economía-mundo pareciera estar transfiriendo los “costos” de la crisis económica de los países centrales hacia su periferia. En este contexto, renacen entonces tanto en el norte como en América Latina, las voces que proclaman la necesidad de nuevos ajustes estructurales y se alzan contra cualquier tentativa de ensayar y/o profundizar caminos y políticas alternativas tendientes a evitar nuevos padecimientos a las mayorías populares. En el caso del “viejo continente” estas condicionalidades aparecen claramente de manifiesto como señalamos en la introducción en las políticas de ajuste exigidas por la Unión Europea y el FMI para llevar a cabo drásticas reducciones del gasto público como mecanismo de salida de la crisis. La adopción de estas medidas por parte de distintos gobiernos europeos estimuló desde 2010 un conjunto de protestas y luchas sociales. Los representantes del orden global neoliberal renuevan denodadamente los intentos para relegitimar la desprestigiada función de los organismos financieros internacionales (fundamentalmente del FMI) como cancerberos de la economía de mercado. La corta historia del G 20 es un contundente ejemplo de esta orientación que se materializó en la decisión (acompañada por los gobiernos de Argentina, Brasil y México) de inyectar nuevos fondos a ese organismo para presentar otra vez positivamente su rol de prestamista de los países del llamado “Tercer Mundo”. El rechazo de los líderes de las potencias mundiales a implementar modestas reformas financieras (como por el ejemplo el establecimiento de una imposición a la circulación de capitales financieros, propuesta conocida como “Tasa Tobin”) es otra clara señal de la voluntad hegemónica de gestión de la crisis en un sentido sistémico y reaccionario.

El desplazamiento de la crisis al terreno de lo social justamente no impidió que muchas empresas transnacionales y grandes grupos económicos locales hayan incrementado significativamente sus ganancias en los últimos años, contribuyendo a una mayor concentración de la riqueza. En el terreno político la crisis constituye una oportunidad legitimante para avanzar en la implementación de un pretendido ajuste que había sido acotado por las resistencias y los procesos de cambio en la región. En primer lugar, debemos subrayar la renovada tentativa por parte de distintas fracciones de las clases dominantes de inducir una respuesta a la crisis tendiente a profundizar las recetas neoliberales, bajo un signo crecientemente autoritario. Estos sectores, cuyos intereses político-económicos están estrechamente asociados en la mayoría de los países latinoamericanos a las reproducción e intensificación de las lógicas de acumulación por desposesión, se movilizan y convergen en un sentido destituyente y autoritario intentando cancelar cualquier alternativa antineoliberal a la crisis. El protagonismo de la oligarquía hondureña en la promoción y sostenimiento del golpe de estado contra el gobierno constitucional de Manuel Zelaya y en la caución del proceso electoral ilegítimo que llevó a la presidencia a Porfirio Lobos son en este sentido el ejemplo más claro de esta estrategia, que se articula también con la profundización de los esquemas represivos tendientes a criminalizar la pobreza y la acción de los movimientos sociales. Las tensiones políticas en Paraguay resultantes de las recurrentes acciones de desestabilización política y de los rumores sobre un golpe de estado contra el gobierno de Fernando Lugo son también la expresión más reciente de esta preocupante situación. En la misma dirección pueden referirse el espíritu desestabilizador presente en las reacciones de amplios sectores de la oposición venezolana que cuentan con el respaldo explícito del gobierno estadounidense, ante el anuncio de la enfermedad del presidente Hugo Chávez Frías.

El relanzamiento de la ofensiva recolonizadora estadounidense en la región es, en el escenario actual, un segundo rasgo de los esfuerzos de avanzar y culminar el proyecto de subordinación hegemónica del continente. Estas políticas, cuyos intereses se articulan en muchos casos con los intereses de los sectores dominantes referidos anteriormente, se expresan en los esfuerzos diplomáticos por incrementar la presencia militar del hegemón en la región. En relación con ello es importante destacar la significación que en esta dirección tienen los acuerdos para instalar nuevas bases militares en Colombia y en Panamá y el papel desestabilizador de estas iniciativas respecto del proceso constitucional venezolano, como así también la promoción de ejercicios militares conjuntos en distintos países en la región y el apoyo de sectores de la administración estadounidense al golpe hondureño. Estos señalamientos, así como el cambio de la posición inicial de la administración del gobierno de Barack Obama respecto al cierre de la base de Guantánamo en Cuba, son muestras evidentes del peso decisivo que los sectores más conservadores de ese país tienen en la orientación de la política exterior haciendo meramente retórico la propuesta del “diálogo constructivo” invocado por el presidente Obama durante la última Cumbre de las Américas. En enero de 2010 esta tendencia habrá de consolidarse con la ocupación militar de hecho de Haití por parte de las tropas estadounidenses bajo el pretexto del despliegue de “ayuda humanitaria” a la población de dicho país, asolada por el terrible terremoto que en ese mes causó la muerte de más de 250.000 haitianos y haitianas.

Tampoco en el terreno ambiental y de las iniciativas globales frente al cambio climático el gobierno de Obama representó un cambio en la política estadounidense de la última década. Por el contrario, la posición defendida por los representantes gubernamentales de ese país en las dos últimas ediciones de la Cumbre Mundial sobre Cambio Climático antes referidas, sumada a la de China y a la del resto de los países capitalistas desarrollados, hizo que el resultado final significara un retroceso respecto del Protocolo de Kyoto de 1997. Así el retiro estadounidense de dicho protocolo en 2001 bajo el gobierno de George W. Bush se transformó ahora en su fáctica disolución.

La vigencia de ese orden impone así la profundización de las lógicas extractivas y predatorias de los bienes comunes e hiperconsumistas del actual sistema como respuesta a la competencia capitalista entre bloques y a nivel global. Sus efectos ya se dejan sentir en diferentes regiones del planeta, el agudizamiento de la catástrofe ecológica y de la transformación climática terrestre con sus consecuencias sobre la vida toda. Hay un segundo aspecto del fracaso de las dos últimas ediciones de la Cumbre Mundial sobre Cambio Climático que refiere a la frustración de la tentativa estadounidense de consagrar un nuevo acuerdo global absolutamente permisivo para sus intereses y pernicioso para el ambiente y para los pueblos que habitan el planeta. En ello sin dudas contribuyó la movilización internacional que se dio cita en Copenhague y que sufrió las sistemáticas acciones represivas que intentaron doblegar por la fuerza y el temor tamaña experiencia de convergencia global. También la iniciativa de ciertas delegaciones gubernamentales que dieron voz a estos reclamos dentro del recinto de las negociaciones y contravinieron, una y otra vez, las estrategias de los poderosos.

Tras este doble fracaso de Copenhague y Cancún la necesidad de construir una alternativa ha puesto nuevamente de manifiesto, en la realización de la referida Conferencia Mundial de los Pueblos sobre el Cambio Climático y los derechos de la Madre Tierra la dimensión y vitalidad de la experiencia de los movimientos sociales latinoamericanos en la interpelación a la globalización neoliberal y la construcción de

alternativas societales. No es una casualidad que esta convocatoria internacional parta de Nuestra América. Desde las montañas, las selvas, los ríos, las llanuras, los bosques y las ciudades latinoamericanas una regular y abigarrada experiencia de resistencias populares y construcción de alternativas han contribuido a lo largo de la última década a la reconstrucción de solidaridades y convergencias regionales e internacionales. Son esas mismas voces, construcciones, experiencias y rebeldías latinoamericanas las que diseñan un nuevo –y más necesario que nunca– horizonte de transformación.

## **La integración regional en el centro de la confrontación: sueños, realidades y pesadillas de Nuestra América\***

José Seoane

### **La integración regional en el centro de la confrontación**

La imagen muestra a un policía antimotines agrediendo a la canciller venezolana Delcy Rodríguez cuando intenta ingresar a la reunión del MERCOSUR acompañada por su colega boliviano, David Choquehuanca. Tiene lugar en diciembre de 2016 en Buenos Aires y evidencia, con la locuacidad de los hechos, la decisión de los nuevos gobiernos de derecha de Argentina y Brasil de expulsar ilegalmente y por la fuerza a Venezuela del acuerdo regional.

El suceso señala también en qué medida la ofensiva neoliberal que se despliega en la región no sólo promueve su agenda de transformaciones regresivas a nivel nacional sino que centra a su vez sus objetivos en el rediseño colonial de las relaciones geopolíticas y económicas de Nuestra América con la reconfiguración de los procesos de integración regional en curso.

No se trata, sin embargo, de un “fin del ciclo” de esa “Nuestra América” como a veces se lo ha caracterizado, sino de un proceso aún abierto signado, ciertamente, por la ofensiva de los sectores más concentrados del capital local y global y por los límites y crisis de los procesos de cambio –particularmente, de los proyectos neodesarrollistas–; pero también, por una renovada conflictividad de los sujetos subalternos en el contexto del fracaso económico del extractivismo dependiente y de la progresión y profundización de una crisis civilizatoria que caracteriza a la fase neoliberal del capitalismo. Y al igual que en el pasado, la llamada integración se encuentra en el centro de estas tensiones y confrontaciones.

No podría ser de otro modo dado que unas de las principales fuerzas que animan la ofensiva neoliberal actual son las corporaciones y finanzas transnacionales, los organismos internacionales y los estados imperiales que persiguen también una “otra integración” que instituye y profundiza la subordinación a los mercados globales; la profundización del despojo, las rutas del saqueo, la dependendencia y recolonización.

El debate sobre la integración se trata así de una cuestión profundamente política que no puede reducirse al tratamiento técnico legal o a las arquitecturas institucionales. Si los Estados nación y sus representaciones gubernamentales son formalmente sus actores principales, desde la perspectiva emancipatoria lo son las clases y grupos sociales y, particularmente, los propios sectores subalternos a través de sus luchas, movimientos sociopolíticos y articulaciones regionales. Estos múltiples actores –movimientos y gobiernos– se entrelazaron, no sin tensiones, en la construcción de esa Nuestra América que se desplegó tan intensamente al calor de los conflictos y transformaciones que atravesaron la región desde fines de los años ‘90 y que, en la evocación y renovación de los sueños de Bolívar, Martí y el Che, tuvo en la revolución bolivariana unas de sus principales fuerzas. La presente contribución propone una reflexión sobre los alcances, límites y desafíos que enfrenta hoy esta forja indoamericana.

---

\* Este artículo fue publicado por primera vez en el año 2017 en el libro *América Latina. Huellas y retos del ciclo progresista* (Bogotá: La Fogata Editorial, Lanzas & Letras, Escuela Nacional Orlando Fals Borda), compilado por Gerardo Szalkowicz y Pablo Solana.



## **La construcción de Nuestra América: logros y límites**

En febrero del 2004 en la ciudad de La Habana, Cuba, Fidel Castro y Hugo Chávez suscribieron los primeros acuerdos de la llamada Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA). El acto coincidió con las sesiones del III Encuentro Hemisférico de Lucha contra el ALCA que reunió a más de 1.200 representantes de diversos movimientos sociales del continente para preparar el último tramo de la campaña regional bajo la bandera de “¡Ya basta de libre comercio, es hora de detener el ALCA!”. Esta coincidencia nada casual evidenciaba las profundas imbricaciones entre la prolongada movilización y articulaciones sociales constituidas contra el proyecto estadounidense de integración subordinada promovido con el ALCA y la emergencia de una integración alternativa a nivel interestatal.

La construcción de la ALBA (actualmente Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América – Tratado de Comercio de los Pueblos) sumó luego a Bolivia (2006), a Nicaragua (2007), a Honduras y Dominica (2008) y a Ecuador, Antigua y Barbuda, y San Vicente y Las Granadinas (2009). Por sus principios y características se constituyó en una experiencia avanzada en la construcción de Nuestra América planteando la herejía de una integración basada en la reciprocidad, la complementariedad y la cooperación que no se restringía al intercambio comercial ni a las relaciones interestatales y que aspiraba a la configuración de un proyecto regional común de articulación con el Sur global y confrontación con los viejos centros imperiales.

Sin embargo, los límites internos y externos a la expansión y profundización de los procesos de cambio social más radicales –por ejemplo, con la intervención imperial con el golpe en Honduras en el norte y la afirmación del proyecto neodesarrollista en el sur– culminó restringiendo a la ALBA a economías poco complementarias, de baja o escasa industrialización y que representaban tan sólo cerca del 10% del PBI regional. Los eslabones más débiles de la cadena neoliberal donde la intensidad de la condensación de las contradicciones sociales había abierto las puertas de los procesos de transformación más profundos, mostraban por contrapartida sus límites a la hora de su proyección regional.

La iniciativa de integración promovida por el gobierno bolivariano en esos años buscó traspasar esas fronteras. Por una parte, en 2005 se lanzó PetroCaribe y el proyecto del Gasoducto del Sur así como más tarde, desde la UNASUR, se promovieron proyectos de desarrollo regional con base en la explotación común de los bienes naturales. Sin embargo, esta integración tendía a reforzar el modelo extractivista –aunque bajo una perspectiva mercado internista– y la matriz estatista. Por otra parte, se impulsaron los ambiciosos proyectos de Telesur (Televisora del Sur, 2005) y del Banco del Sur (2007) aunque, particularmente las resistencias opuestas por el gobierno brasileño los restringieron o demoraron, y el segundo sufrió sucesivos cambios que matizaron sus aspectos más transformadores.

En el plano político la cooperación entre los procesos más transformadores y los gobiernos neodesarrollistas pareció dar mejores frutos. En 2008, luego de una serie de cumbres anteriores, vio la luz la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) agrupando a 12 países de Sudamérica. La UNASUR cumplió un significativo papel a nivel defensivo frente a los intentos de desestabilización y “golpes blandos” –por ejemplo, en Bolivia (2008), Ecuador (2010) e incluso en el reciente proceso en Venezuela– y la instalación

de bases militares e injerencias estadounidenses en la región; contribuyendo de esta forma al bloqueo de las restricciones a la vida democrática y la paz que acompañan la continuidad y profundización del neoliberalismo particularmente con la promoción de la militarización, la fascistización social y la capacidad punitiva del Estado en lo que ha sido bautizado como “neoliberalismo de guerra”. La UNASUR avanzó también sobre otras cuestiones, por ejemplo en relación con la seguridad y defensa regional; sin embargo, luego de un primer período de importante actividad, a partir del 2011 su labor tendió a lentificarse en el contexto de las dificultades económicas regionales y una renovada ofensiva imperial –entre otros hechos con la conformación de la Alianza del Pacífico que fortaleció la acción común en la región de México, Colombia, Perú y Chile bajo la programática neoliberal.

Por otra parte, en ese mismo año en Caracas, se constituyó definitivamente la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC) agrupando a los 33 países de América Latina y el Caribe, incluyendo a Cuba que había sido excluida de la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1962. Por primera vez en la historia de nuestros pueblos, por lo menos desde las guerras de la independencia, surgió así una articulación política regional de los países latinoamericanos, sin participación de los EE.UU. y en cuestionamiento tanto al sistema interamericano organizado alrededor de la OEA que había cristalizado en el terreno interestatal la hegemonía estadounidense sobre la región en la posguerra como a su reformulación bajo las Cumbres de las Américas promovidas desde los años '90. Pero el nuevo contexto regional y los diferentes alineamientos internacionales de los distintos gobiernos dificultaron la potenciación de la labor que podría haber desarrollado la CELAC. Ya con la reciente ofensiva neoliberal en marcha y los cambios gubernamentales en Brasil y Argentina, su V Cumbre realizada en diciembre de 2017 convocó sólo a 12 de los 33 presidentes latinoamericanos –especialmente los de la ALBA– evidenciando el peso de una política de desvalorización y vaciamiento de su papel a nivel regional y, complementariamente, de fortalecimiento del de la OEA.

### **Entre la nueva ola de libre comercio y el “efecto Trump”: bloqueo de la globalización, continuidad del imperialismo**

La derrota parcial del ALCA en 2005 –parcial pues 11 países de la región suscribieron tratados bi o plurilaterales con los EE.UU.– marcó en el continente los límites y cambios que signaron a la globalización neoliberal desplegada desde los años '90. Los acuerdos de liberalización económica, bajo el gobierno de W. Bush, se tiñeron de operaciones militares, guerras imperiales y nuevos autoritarismos poniendo inevitable fin a las ensoñaciones de una mundialización capitalista feliz y pacífica. Huntington y su guerra de civilizaciones fue el epílogo neoliberal previsible del anunciado fin de la historia de Fukuyama.

En Sudamérica, las rebeliones populares y los cambios políticos que cuestionaban el presunto destino de patio trasero y configuraban la matriz de una Nuestra América resurgente recibían también más garrote que zanahoria. Bajo la nueva doctrina de seguridad nacional, el golpe de estado en Honduras en 2009 menos de un año después de su ingreso al ALBA era también un golpe a la integración alternativa y la influencia de la revolución bolivariana, y el de Paraguay en 2012 una espina clavada en el centro del MERCOSUR. Así lo comprendieron los propios gobiernos del sur que, tras ese golpe,

tramitaron aceleradamente el ingreso de Venezuela a ese acuerdo regional que el gobierno bolivariano venía demandando desde 2006.

A partir del 2011, tras los cambios en el procesamiento de la crisis económica capitalista abierta en 2008 que desplazaban sus efectos hacia el sur del mundo, comenzó a gestarse un nuevo ciclo de la globalización promovido por las elites y fracciones del capital trasnacional de los viejos centros imperiales. De esta manera, nuevos y viejos tratados de liberalización económica entre regiones o a nivel global tomaron fuerza. En la OMC se avanzó con el Acuerdo sobre el Comercio de Servicios (TiSA); en el plano intercontinental se promovió la Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión (ATCI) entre EE.UU. y la Unión Europea frente a Rusia y el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP) entre EE.UU. y países latinoamericanos y asiáticos frente a China. Asimismo, en el plano regional, avanzaron los acuerdos bi o plurilaterales con la Unión Europea –incluso tomó nuevo brío la negociación con el MERCOSUR a partir del 2010– y se conformó la Alianza del Pacífico (2011) –agrupando a México, Colombia, Perú y Chile– como la cuña estadounidense en Sudamérica.

La ofensiva neoliberal en la región de los últimos años llegó así con el aliento de esa nueva ola de la globalización imperial, del libre comercio y las promesas de inversiones. Sin embargo, la propia crisis que desencadena la neoliberalización capitalista, incluso en los centros imperiales, abrió paso a la victoria electoral de Trump encabezando una coalición social de fracciones del bloque dominante (petroleras, constructoras) que con sus morisquetas antiestablishment contenidas por un discurso fascizante supo cautivar la decepción y el malestar social, particularmente de parte de la población “blanca”. El “efecto Trump”, como se lo ha llamado, suspende esos nuevos proyectos de acuerdos de libre comercio a nivel global y amenaza incluso con reverter los existentes. Junto a los anuncios de un mayor proteccionismo económico, viene a frustrar las expectativas de las élites latinoamericanas de participar de un nuevo festín de la globalización y sus propuestas de integración, augurando inestabilidades y nuevos problemas para la economía regional. Pero ello está lejos de significar una política exterior estadounidense de carácter aislacionista sino una reformulación de la geopolítica imperial que, para Latinoamérica, vuelve a colocar en la agenda la amenaza de políticas más agresivas, incluso la posibilidad de intervenciones militares, frente a los procesos de transformación aún abiertos en la región. No es ocioso recordar que los proyectos de recolonización de la periferia también animaron a aquellos fascismos de la primera mitad del siglo XX.

### **¿Un renacer de Nuestra América?**

En esos tiempos, Antonio Gramsci afirmaba que “el viejo mundo se muere, el nuevo tarda en aparecer, y en ese claroscuro surgen los monstruos”. Nuevos monstruos pueblan las oscuridades contemporáneas. El (des)orden mundial configurado por la neoliberalización capitalista es terreno de un intento de reconfiguración geopolítica de nuevos proteccionismos y rivalidades comerciales y militares que amenazan al Sur global con nuevas intervenciones imperiales. La construcción de un proyecto nuestroamericano de integración regional resulta hoy más urgente y, simultáneamente, más difícil que antes. Múltiples interrogantes plantean estos escenarios a los proyectos emancipatorios. En particular interpelan sobre sí, ante estos desafíos, seguramente de una forma diferente de la que tuvo en el pasado, tendrá lugar una revitalización del

movimiento altermundialista, si le tocará a los movimientos sociales, las convergencias regionales y los pueblos un nuevo protagonismo en retomar la senda de esa Otra América de Calibán, profunda y transformadoramente indígena, feminista, latina, joven, caribeña, trabajadora, afrodescendiente, rebelde; nuestroamericana.

## Bibliografía

- AA.VV. 2009 “Carta de los Movimientos sociales de las Américas”, Belém do Pará, Brasil, 30 de enero.
- AA.VV. 2010 *Os anos Lula. Contribuciones para um balanço crítico 2003-2010* (Río de Janeiro: Garamond).
- AA.VV. 2016 “Declaración ‘El Decreto del Arco Minero del Orinoco: un ataque a la vida, un criminal desconocimiento de los pueblos indígenas, una violación a la esencia de la Constitución’”, mimeo.
- Aguiar, Santiago 2013 “Informe de conflicto social. Bloqueos y cortes. 2012”, en <http://www.estudiosdeltrabajo.cl/wp-content/uploads/2013/08/informe-de-conflicto-social-bloqueos-y-cortes-2012.do>
- Aguiar, Santiago 2013 “Informe de conflicto social. Primer semestre 2013”, en <http://estudiosdeltrabajoblog.wordpress.com/2013/12/31/informe-de-conflicto-social-primer-semester-2013/>
- Aguiar, Santiago 2014 “Informe de conflicto social. Huelgas y paros en el 2013: Intensificación de la lucha de clases de la clase trabajadora, y tres nuevas tendencias en el movimiento obrero”, en <http://www.estudiosdeltrabajo.cl/wp-content/uploads/2013/12/informe-de-conflicto-social-segundo-semester-2013.d>
- ALAI 2015 *¿Fin de ciclo progresista?* Revista ALAI N° 510 (Quito: ALAI) Disponible en <http://www.alainet.org/es/revistas/510>
- Alternatives Économiques 2000 « Quel plein emploi? », en *Alternatives Économiques*, N° 46 (París: Alternatives Économiques).
- Amin, Samir 2001 “Capitalismo, imperialismo, mundialización”, en Seoane, J. y Taddei, E. (comps.) *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).
- Antunes, Ricardo 2005 *Los sentidos del trabajo. Ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo*. (Buenos Aires: Herramienta).
- Antunes, Ricardo 2013 “Los días que conmovieron a Brasil”, en Revista *Herramienta* N° 53 (Buenos Aires: Herramienta).
- Arceo, Enrique 2011 *El largo camino a la crisis* (Buenos Aires: Cara o Ceca).
- Archila, Mauricio; García, Martha Cecilia; Parra, Leonardo y Restrepo, Ana María 2014 “Luchas sociales en Colombia 2013”, en <http://revistes.ub.edu/index.php/ACS/article/viewFile/10350/13142>
- Arkonada, Katu 2015a “¿Fin del ciclo progresista o reflujó del cambio de época en América Latina? 7 tesis para el debate”, en *Rebelión*, en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=203029>
- Arkonada, Katu 2015b “¿Fin de ciclo? La disputa por el relato”, en Revista ALAI N° 510, diciembre (Quito: ALAI).
- Articulación Continental de los Movimientos Sociales hacia el ALBA (Capítulo Argentina) 2011 *América Latina: presente y perspectivas para las luchas de nuestros pueblos*, declaración.
- Banco Mundial 2011 *Crecimiento a largo plazo de América Latina. ¿Hecho en China?* en [http://issuu.com/unab/docs/informe\\_banco\\_mundial\\_sept\\_2011\\_unab](http://issuu.com/unab/docs/informe_banco_mundial_sept_2011_unab)
- Banco Mundial 2012 “Commodity Price Data (Pink Sheet)”, en <http://datos.bancomundial.org/indicador>

- Beinstein, Jorge 2016 “Origen y auge de las lumpenburguesías latinoamericanas”, Revista *Maíz* Nº 6 (La Plata: Facultad de Periodismo y Ciencias de la Comunicación – Universidad Nacional de La Plata).
- Beinstein, Jorge 2014 “Del fin del comienzo al comienzo del fin. Capitalismo, violencia y decadencia”, en [http://beinstein.lahaine.org/b2-img/Beinstein\\_violencia.pdf](http://beinstein.lahaine.org/b2-img/Beinstein_violencia.pdf)
- Benjamin, Walter 2006 *Tesis de filosofía de la historia* (Buenos Aires: Taurus).
- Bello, Walden 1991 *Dragons in Distress: Asia Miracle Economies in Crisis* (Londres: Penguin Books).
- Bello, Walden 2007 “El movimiento ecologista en el sur global. ¿El agente clave en la lucha contra el calentamiento global?”, disponible en <http://www.tni.org/>. Consultado por última vez: 25/09/2009.
- Bérout, Sophie y Mouriaux, René 2000 “Para una definición del concepto de ‘movimiento social’” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Nº 1, junio.
- Bérout, Sophie; Mouriaux, René y Vakaloulis, Michel 1998 *Le mouvement social en France. Essai de sociologie politique* (París: La Dispute).
- Boito, Armando 2012 “Las bases políticas do neodesenvolvimentismo”, en <http://eesp.fgv.br/sites/eesp.fgv.br/files/file/Painel%203%20-%20Novo%20Desenv%20BR%20-%20Boito%20-%20Bases%20Pol%20Neodesenv%20-%20PAPER.pdf>
- Boito, Armando; Galvão, Andreia e Marcelino, Paula 2009 “Brasil: o movimento sindical e popular na década de 2000” en Revista *OSAL* Año X, Nº 26 (Buenos Aires: CLACSO).
- Boletín Nyeleni 2012 *Acaparamiento de tierras*, Nº 9, abril. En [www.nyeleni.org](http://www.nyeleni.org)
- Boron, Atilio 2001 “El nuevo orden imperial y cómo desmontarlo”, en Seoane, J. y Taddei, E. (comps.) *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).
- Boron, Atilio 2001 “La selva y la polis. Reflexiones en torno a una teoría política del zapatismo”, en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Nº 4, junio.
- Boron, Atilio 2003 *Estado, capitalismo y democracia en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Boron, Atilio 2009 “De la guerra infinita a la crisis infinita”, ponencia presentada en XI Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo, La Habana, Cuba, 2-6 marzo.
- Boron, Atilio 2010 “La coyuntura geopolítica de América Latina y el Caribe en 2010”, en *Cuba Debate*, 14 de diciembre.
- Boron, Atilio 2013 *América Latina en la geopolítica del imperialismo* (Buenos Aires: Ed. Luxemburg).
- Boron, Atilio 2016 “¿Estancamiento, retroceso, involución? Hipótesis sobre la génesis de ciertos acontecimientos recientes en América Latina”, mimeo.
- Borras, Saturnino; Franco, Jennifer; Kay, Cristóbal y Spoor; Max 2011 *El acaparamiento de tierras en América Latina y el Caribe visto desde una perspectiva internacional más amplia*; en [http://www.tni.org/sites/www.tni.org/files/download/borras\\_franco\\_kay\\_spoor\\_lac\\_land\\_grabs\\_spanish\\_nov\\_2011.pdf](http://www.tni.org/sites/www.tni.org/files/download/borras_franco_kay_spoor_lac_land_grabs_spanish_nov_2011.pdf)
- Bresser-Pereira, Luiz Carlos 2007 “Estado y mercado en el nuevo desarrollismo”, en Revista *Nueva Sociedad* Nº 210, julio-agosto (Buenos Aires: NS).

- Bruckmann, Mónica 2011 *Recursos naturales y la geopolítica de la integración Sudamericana*, en <http://alainet.org/active/45772>
- Bruneto, Egidio y Stedile, João Pedro 2011 “Las causas del aumento de precios y de la crisis alimentaria en el mundo”; en ALAI <http://alainet.org/active/44502&lang=es>
- Business Dialogue 1998 *Déclaration de Genève du monde des affaires* (Ginebra: Businnes Dialogue).
- CACEYP (Cumbre Agraria, Campesina, Etnica y Popular) 2014a “Convocatoria Cumbre Nacional Agraria: campesina, étnica y popular”, en <http://www.prensarural.org/spip/spip.php?article13260>
- CACEYP (Cumbre Agraria, Campesina, Etnica y Popular) 2014b “Comunicado a la opinión pública. Primera victoria de la unidad agraria campesina, étnica, afrocolombiana y popular en Colombia”, en [http://www.marchapatriotica.org/index.php?option=com\\_content&view=article&id=2330:comunicado-a-la-opinion-publica-005&catid=178&Itemid=863](http://www.marchapatriotica.org/index.php?option=com_content&view=article&id=2330:comunicado-a-la-opinion-publica-005&catid=178&Itemid=863)
- CACEYP (Cumbre Agraria, Campesina, Etnica y Popular) 2014c “Folleto Pliego unitario de exigencias Cumbre Agraria”, s/d.
- Castells, Manuel 2013 *Networks of Outrage and Hope. Social Movements in the Internet Age* (Cambridge: Polity).
- Ceceña, Ana Esther 2000 “Revuelta y territorialidad” en AA.VV. *Actual Marx, América Latina, los nuevos actores sociales* (Buenos Aires: Kohen & Asociados Internacional).
- Ceceña, Ana Esther 2001 “Por la Humanidad y contra el Neoliberalismo. Líneas centrales del discurso zapatista”, en Seoane, J. y Taddei, E. (comps.) *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).
- Ceceña, Ana Esther 2008 *Derivas de un mundo en donde caben todos los mundos* (Buenos Aires: CLACSO).
- CEPAL 2008 *Estudio económico de América Latina y el Caribe 2007-2008* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 2009 Anuario estadístico de América Latina y el Caribe, en <http://www.eclac.org/cgi-in/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/6/38406/P38406.xml&xsl=/deype/tpl/p9f.xsl&base=/tpl/top-bottom.xslt>
- CEPAL 2012 *La inversión extranjera directa en América Latina y el Caribe • 2011* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 2013 *Estudio Económico de América Latina y el Caribe 2013* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 2014 *Estudio Económico de América Latina y el Caribe 2014* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Chávez, Hugo 2012 *Propuesta del Candidato de la Patria. Comandante Hugo Chávez. Para la gestión Bolivariana socialista 2013-2019* (Caracas: PSUV).
- Chesnais, François 2012 “La lucha de clases en Europa y las raíces de la crisis económica mundial”, en *Revista Herramientas* N° 49 (Buenos Aires: Herramientas).
- Chomsky, Noam 2001 “Controlar nuestras vidas”, en *Revista OSAL*, N° 3 (Buenos Aires: CLACSO).
- CINEP 2014 *Informe Especial “Luchas sociales en Colombia 2013”* (Bogotá: CINEP/ Programa por la Paz).

- Cocco, Giuseppe 2013 “Mobilização reflete nova composição técnica do trabalho imaterial das metrópoles”, en *Cadernos IHU Ideias* (São Leopoldo: Instituto Humanitas Unisinos) Nº 191.
- Cocco, Giuseppe y Albagli, Sarita (orgs.) 2013 *Revolução 2.0* (Garamond: Río de Janeiro).
- Codas, Gustavo 2015 “Problemas de la política económica progresista”, en *Revista ALAI* Nº 510, diciembre (Quito: ALAI).
- Colombia Informa* 2014 “Reelección, recomposición de la derecha ‘pura y dura’ y oportunidad para la izquierda”, en <http://www.colombiainforma.info/politica/111-analisis-politico/1451-reeleccion-recomposicion-de-la-derecha-pura-y-dura-y-oportunidad-para-la-izquierda>
- COSIPLAN 2011 *Agenda de proyectos prioritarios de integración*. En [http://www.iirsa.org/BancoMedios/Documentos%20PDF/api\\_agenda\\_proyectos.pdf](http://www.iirsa.org/BancoMedios/Documentos%20PDF/api_agenda_proyectos.pdf)
- Cotarelo, María Celia 2012 “Argentina, 2012: ¿crisis en la fuerza social democrática, nacional y popular?” en *Revista OSAL* Año XIV, Nº 33 (Buenos Aires: CLACSO).
- Cours-Salies, Pierre y Vakaloulis, Michel (organizadores) 2003 *Les mobilisations collectives. Une controverse sociologique* (París: PUF-Actuel Marx).
- CPT (Comissão Pastoral da Terra) 2014 *Conflitos no Campo Brasil 2013*, en <http://www.cptnacional.org.br/index.php/noticias/conflitos-no-campo/2042-conflitos-no-campo-brasil-2013>
- De Sousa Santos, Boaventura (org.) 2002 *Democratizar a democracia, os caminhos da democracia participativa* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira).
- De Sousa Santos, Boaventura (org.) 2003 *Democratizar a democracia, os caminhos da democracia participativa* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira).
- De Sousa Santos, Boaventura 2006 *Reinventar la teoría crítica y reinventar la emancipación social* (Buenos Aires: CLACSO).
- DIEESE (Departamento Intersindical de Estatística e Estudos Socioeconmicos) 2013 “Balanço das Greves em 2012”, en <http://www.dieese.org.br/balancodasgreves/2012/estPesq66balancogreves2012.pdf>
- Donzelot, Jacques 1995 *L'invention du social. Essai sur le déclin des passions politiques* (París: Éditions du Seuil).
- Dorado, Fernando 2014 “Colombia. Balance de las luchas populares de 2013”, en <http://alainet.org/active/70757>
- Dos Santos, Theotonio 2004 “Neodesarrollismo ¿hacia adónde vamos?” en Agencia Latinoamericana de Información. ALAI. Disponible en: [¿<http://alainet.org/active/6829&lang=es>?](http://alainet.org/active/6829&lang=es?)
- Eagleton, Terry 2016 *Esperanza sin optimismo* (Madrid: Taurus).
- El País* 2014 “Empresarios manifiestan apoyo a la reelección del presidente Juan Manuel Santos”, en <http://www.elpais.com.co/elpais/elecciones/noticias/empresarios-manifiestan-apoyo-reeleccion-presidente-juan-manuel-santos>
- FAO 2009 *El estado de los mercados de productos básicos agrícolas 2009* (Roma: FAO).
- Ferrer, Aldo 2010 “El nuevo desarrollismo”, en *Periódico Miradas al Sur*, 6-11-2010.
- Ferrer, Aldo 2014 “La negociación con los buitres”, en *Página 12*, edición impresa del 6 de julio.
- Fiori, José Luis 2011 “La miseria del nuevo desarrollismo”, disponible en [www.laondadigital.com](http://www.laondadigital.com)



- Foro Social Mundial 2001 *Programa oficial* (Porto Alegre: FSM).
- Foucault, Michel 2006 *Seguridad, territorio, población. Curso del Collège de France (1977-1978)* (Buenos Aires: FCE).
- Friedman, Milton 1966 *Capitalismo y libertad* (Madrid: Ediciones Rialp).
- Fukuyama, Francis 2004 *La construcción del Estado. Hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI* (Barcelona: Ediciones B).
- García Linera, Álvaro 2016 “Restauración conservadora y nuevas resistencias en Latinoamérica”, en revista *IDEAL* N° 2 (México: Escriba Editores).
- García Linera, Alvaro 2011 *Las tensiones creativas de la revolución* (La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional).
- García Linera, Alvaro; Tapia, Luis y Prada, Raúl 2007 *La transformación pluralista del Estado* (La Paz: Ed. Muela del Diablo).
- García, Marco Aurelio 2010 “El nuevo desarrollismo”, disponible en: [www.revistasocialista.com.ar](http://www.revistasocialista.com.ar)
- Gaudichaud, Franck 2014 “Progresismo transformista, neoliberalismo maduro y resistencias sociales emergentes”, en Revista *OSAL* Año XV N° 35 (Buenos Aires: CLACSO).
- Gaudichaud, Franck 2015 “¿Fin de ciclo? Los movimientos populares, la crisis de los “progresismos” gubernamentales y las alternativas ecosocialistas”, en portal Rebelión, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=204346>
- Gilly, Adolfo y Roux, Rhina 2009 “Capitales, tecnologías y mundos de vida. El despojo de los cuatro elementos”, en Arceo, E. y Basualdo, E. (comps.) *Los condicionantes de la crisis en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Gohn, Maria da Glória 2000 *Teoría dos movimentos sociais* (São Paulo: Loyola).
- Gómez Leyton, Juan Carlos 2006 “La rebelión de las y los estudiantes secundarios en Chile. Protesta social y política en una sociedad neoliberal triunfante” en Revista *OSAL* Año VII, N° 20 (Buenos Aires: CLACSO).
- Gómez Leyton, Juan Carlos 2012 “Chile: la rebelión social en la encrucijada”, en <http://connuestraamerica.blogspot.com.ar/2012/12/chile-la-rebelion-social-en-la.html>
- Gonçalves, Reinaldo 2012 “Novo desenvolvimentismo e liberalismo enraizado”, en *Serviço Social e Sociedade*, N° 112, outubro-dezembro, São Paulo.
- González Casanova, Pablo 2002 “Democracia, liberación y socialismo: tres alternativas en una”, en Revista *OSAL*, N° 8 (Buenos Aires: CLACSO).
- González Casanova, Pablo 2003 “Los caracoles zapatistas: redes de resistencia y autonomía” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) N° 11, julio.
- González Casanova, Pablo 2006 “Colonialismo interno. Una redefinición” en Boron, Atilio; Amadeo, Javier y González, Sabrina (compiladores) *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas* (Buenos Aires: CLACSO).
- Gramsci, Antonio 1981 *Cuadernos de la Cárcel* (México: Ediciones Era).
- Gramsci, Antonio 1999 *Cuadernos de la Cárcel* (México: Ediciones ERA).
- Grobocopatel, Gustavo 2011 “La agenda del desarrollo sustentable”, en Diario *La Nación*, edición impresa, 2 de mayo. En <http://www.lanacion.com.ar/1469520-la-agenda-del-desarrollo-sustentable>
- Gudynas, Eduardo 2010 “La identidad del progresismo, su agotamiento y los relanzamientos de las izquierdas”, en Rebelión, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=204205>

- Gudynas, Eduardo 2015 “La identidad de los progresismos en la balanza”, en Revista *ALAI* N° 510, diciembre (Quito: ALAI).
- Gudynas, Eduardo 2011 “Desarrollo, extractivismo y buen vivir. Debates sobre el desarrollo y sus alternativas en América Latina: Una breve guía heterodoxa”; en AA.VV. *Más allá del desarrollo* (Quito: Fundación Rosa Luxemburg/Abya Yala).
- Hardt, Michael y Negri, Antonio 2002 *Imperio* (Buenos Aires: Paidós).
- Harnecker, Marta 2002 *Sin Tierra. Construyendo movimiento social* (Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores).
- Harvey, David 2004 *El nuevo imperialismo* (AKAL: Madrid).
- Holloway, John 2002 *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy* (Buenos Aires: Ed. Herramienta).
- Houghton, Juan 2014 “¿Y ahora? Algunas conclusiones y perspectivas tras las elecciones del domingo”, en <http://www.colombiainforma.info/politica/111-analisis-politico/1399-y-ahora-algunas-conclusiones-y-perspectivas-tras-las-elecciones-del-domingo>
- Houtart, François 2011 *De Los Bienes Comunes Al ‘Bien Comun De La Humanidad’* (Bruselas: Fund. Rosa Luxemburgo).
- Houtart, Francois 2016 “América Latina: el final de un ciclo o el agotamiento del posneoliberalismo”, en <http://www.telesurtv.net/bloggers/AMERICA-LATINA-el-final-de-un-ciclo-o-el-agotamiento-del-posneoliberalismo-20160419-0005.html>
- IIRSA 2011 *IIRSA 10 años después: Sus logros y desafíos* (Buenos Aires: BID-INTAL).
- Infobae 2012 “Record en inversiones mineras”, en <http://america.infobae.com/notas/4103-Record-en-inversiones-mineras>
- Katz, Claudio 2010 “Interpretaciones de la crisis”; en [http://www.lahaine.org/b2-img10/katz\\_interpr.pdf](http://www.lahaine.org/b2-img10/katz_interpr.pdf)
- Katz, Claudio 2012 “El ajedrez global de la crisis”, en Revista *Batalla de Ideas* N° 3 (Buenos Aires: BI).
- Katz, Claudio 2014 “¿Qué es el neo-desarrollismo? I- Una visión crítica. Economía”, en <http://katz.lahaine.org/?p=232>
- Katz, Claudio 2016 “Ensayos neo-desarrollistas y proyectos socialistas. Desenlaces del ciclo progresista”, en portal *Rebelión*, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=208177>
- Klein, Naomi 2007 *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre* (Buenos Aires: Paidós).
- La Nación* 2013 “Los mercados emergentes pierden el liderazgo económico del mundo”, edición impresa del 12 de agosto.
- Landa, Roger 2015 “La historicidad del “ciclo progresista” actual. Cinco tesis para el debate”, en Revista *ALAI* N° 510, diciembre (Quito: ALAI).
- Lander, Edgardo (Comp.) 2000 *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO).
- Lander, Edgardo 2007 “El Estado y las tensiones de la participación popular en Venezuela” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) N° 22.
- Lander, Edgardo 2010 “Estamos viviendo una profunda crisis civilizatoria”, en Transnacional Institute, <http://www.tni.org/es/article/estamos-viviendo-una-profunda-crisis-civilizatoria>.
- Lander, Edgardo 2016 “La implosión de la Venezuela rentista”, en APORREA, <http://www.aporrea.org/energia/a230770.html>

- Larrea Maldonado, Ana María 2006 “Movimiento indígena, lucha contra el TLC y racismo en Ecuador”, en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Nº 19.
- Leher, Roberto y Coutinho da Trindade, Alice 2012 “Brasil. O Brasil e a crise: setores dominantes avançam, trabalhadores empreendem lutas ‘dentro’ da orden”, en *Revista OSAL*, Año XIII, Nº 31, septiembre (Buenos Aires: CLACSO).
- Leher, Roberto 2013 “Manifestações massivas no Brasil têm origem na esquerda” en [http://www.correiocidadania.com.br/index.php?option=com\\_content&view=article&id=8543:submanchete270613&catid=63:brasil-nas-ruas&Itemid=200](http://www.correiocidadania.com.br/index.php?option=com_content&view=article&id=8543:submanchete270613&catid=63:brasil-nas-ruas&Itemid=200)
- Leher, Roberto et al. 2013 “Brasil: agravamento da crise, coesão do bloco dominante e novos horizontes para as lutas sociais” en *Revista OSAL* Año XIV, Nº 33, mayo (Buenos Aires: CLACSO).
- López Maya, Margarita 2005 *Del viernes negro al referendo revocatorio* (Caracas: Alfadil Ediciones).
- Löwy, Michael 2001 “Emancipación, universalismo, internacionalismo”, en *Revista OSAL*, Nº 3 (Buenos Aires: CLACSO).
- Marini, Ruy Mauro 1977 “La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo”, *Cuadernos Políticos* Nº 12 (México: Ediciones Era).
- Martínez, Osvaldo 2003 “ALCA: el convite de la Roma americana”, en *Revista OSAL* Nº 11 (Buenos Aires: CLACSO).
- Marx, Karl 1985 *El Capital* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica).
- Marx, Carlos 1987 *Miseria de la Filosofía. Respuesta a la Filosofía de la miseria de P.-J. Proudhon* (México: Siglo XXI).
- Marx, Carlos 2004 *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (Buenos Aires: Nuestra América).
- Matte, Diane y Guay, Lorraine 2001 “La Marcha Mundial de las Mujeres: por un mundo solidario e igualitario”, en Seoane, J. y Taddei, E. (comps.) *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).
- Melucci, Alberto 1999 *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia* (El Colegio de México: México).
- Modonesi, Massimo 2015 “¿Fin del ciclo o fin de la hegemonía progresista en América Latina?”, en *La Jornada*, edición del 27 de septiembre, en <http://www.jornada.unam.mx/2015/09/27/opinion/022a1mun>
- Moldiz, Hugo 2016 “Un análisis de la Bolivia post referéndum”, en revista *IDEAL* Nº 2 (México: Escriba Editores).
- Morales, Evo 2016 “Gobiernos progresistas en AL, incapaces de enfrentar la guerra mediática”, en *Diario La Jornada* edición del 23 de mayo, en <http://www.jornada.unam.mx/2016/05/23/mundo/021n2mun>
- Mouriaux, René y Bérout, Sophie 2000 “Para una definición del concepto de ‘movimiento social’”, en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Nº 1, Junio.
- MTEySS 2014 *Informe sobre conflictividad laboral 2013* (Buenos Aires: MTEySS).
- Murillo, Susana 2004 “El nuevo pacto social, la criminalización de los movimientos sociales y la ideología de la seguridad” en *OSAL* Nº 14, setiembre (Buenos Aires: CLACSO).
- Murillo, Susana 2008 *Colonizar el dolor. La interpelación ideológica del Banco Mundial en América Latina. El caso argentino desde Blumberg a Cromañón* (Buenos Aires: CLACSO).

- Murillo, Susana y Algranati, Clara 2012 “De la crisis mundial a la ofensiva extractivista. El BID en el presente de Nuestra América”, en Revista *La cola del diablo* Nº 1 (Buenos Aires: LCDB).
- Murillo, Susana y Seoane, José 2008 “El Sujeto en la posmodernidad” [CLASE] en Curso virtual “*Posmodernidad en las Ciencias Sociales. La invención de la modernidad y la posmodernidad o el ocultamiento de la cuestión colonial y la cuestión social* (Programa Latinoamericano de Educación a Distancia, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, Septiembre de 2008).
- Nye, Joseph 2008 “EE.UU.: cómo recuperar ‘el poder inteligente’”, en *El País*, 02-01-2008, consultado en <http://www.iceta.org/jn020108.pdf>
- Observatorio del Derecho Social de CTA 2014 “Los conflictos laborales se incrementaron en el año 2013”, en <http://www.agenciapacourondo.com.ar/secciones/sindicales/13474-los-conflictos-laborales-se-incrementaron-en-el-ano-2013.html>
- Offe, Claus 1988 “Los nuevos movimientos sociales cuestionan los límites de la política institucional” en *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales* (Madrid: Ed. Sistema).
- OSAL 2004 Revista *OSAL* Nº 14, dossier “Criminalización social e inseguridad” (Buenos Aires: CLACSO). Disponible en <http://www.hechohistorico.com.ar/Trabajos/Osal/osal/osal14/index.html>
- Ouviña, Hernán 2012 “Somos la generación que perdió el miedo” en *OSAL* Año XIII, Nº 31 (Buenos Aires: CLACSO).
- Petras, James 2000 *La izquierda contraataca. Conflicto de clases en América Latina en la era del neoliberalismo* (Madrid: Akal).
- Petras, James y Morley, Morris 2000 “Los ciclos políticos neoliberales”, en Petras, James *La izquierda contraataca* (Madrid: Akal).
- PIMSA 2012 “Informe sobre hechos de rebelión. 1er. Semestre de 2012”, en <http://www.pimsa.secyt.gov.ar>
- PIMSA 2013 “Informe sobre hechos de rebelión. 1er. Semestre de 2013”, en <http://www.pimsa.secyt.gov.ar>
- PIMSA 2013 “Informe sobre hechos de rebelión. 2do. Semestre de 2012”, en <http://www.pimsa.secyt.gov.ar>
- Pomar, Valter 2015 “Retos y perspectivas de la izquierda latinoamericana”, en Revista *ALAI* Nº 510, diciembre (Quito: ALAI).
- Portfolio 2014 “La paz sumará dos puntos porcentuales al PIB”, en <http://www.eafit.edu.co/escuelas/administracion/departamentos/departament-o-contaduria-publica/panorama-contable/Documents/La%20paz%20sumar%C3%A1%20dos%20puntos%20porcentuales%20al%20PIB.pdf>
- Porto Gonçalves, Carlos Walter 2003 “A geograficidade do social: uma contribuição para o debate metodológico sobre estudos de conflito e movimentos sociais na América Latina” en Seoane, José (comp.) *Movimientos sociales y conflicto en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Quijano, Aníbal 2000 “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en Lander, E. (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: UNESCO-CLACSO).

- Quijano, Aníbal 2004 “El laberinto de América Latina: ¿hay otras salidas?”, en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas: Universidad Central de Venezuela) Vol 10, Nº 1, mayo.
- Quijano, Aníbal 2014 “Colonialidad del poder, globalización y democracia”, en Quijano, Aníbal *Cuestiones y horizontes. De la Dependencia histórico-estructural a la Colonialidad/Descolonialidad del poder* (Buenos Aires: CLACSO).
- Rauber, Isabel 2015 “Gobiernos populares de América Latina, ¿fin de ciclo o nuevo tiempo político? La clave del protagonismo popular”, en *Revista ALAI* Nº 510, diciembre (Quito: ALAI).
- Ramonet, Ignacio 2001 “Le nouveau siècle commence à Porto Alegre” en *Le Monde Diplomatique*, Nº 562 (París: Le Monde Diplomatique).
- Regalado, Roberto 2016 “América Latina ¿qué ciclo llegó a su fin?”, en <http://www.elviejotopo.com/topoexpress/america-latina-que-ciclo-llego-a-su-fin/>
- Regalado, Roberto 2016 “América Latina: correlación de fuerzas, poder, gobierno y democracia”, en revista *IDEAL* Nº 2 (México: Escriba Editores).
- Romano, Silvina 2015 “La guerra por los corazones y las mentes y el ‘fin de ciclo’”, en *Revista ALAI* Nº 510, diciembre (Quito: ALAI).
- Sader, Emir 2001 “Antes e depois de Seattle”, en *Revista OSAL*, Nº 3 (Buenos Aires: CLACSO).
- Sader, Emir 2015 “¿El final del ciclo (que no hubo)?”, en ALAI, disponible en <http://www.alainet.org/es/articulo/172389>
- Segato, Rita 2013 *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado* (Buenos Aires: Tinta Limón).
- Seoane, José 2008 “Los movimientos sociales y el debate sobre el Estado y la democracia en América Latina”, en Moreno, Oscar (coord.) *Pensamiento contemporáneo. Principales debates políticos del siglo XX* (Buenos Aires: Teseo).
- Seoane, José 2011 “Para una cartografía del modelo extractivo-exportador en Argentina: mapas de las resistencias, desafíos de las alternativas”, en *Revista Batalla de Ideas* Nº 2 (Buenos Aires: BI).
- Seoane, José 2012a “Nuevos horizontes emancipatorios en Nuestra América”, en *Revista La Minga* Nº 9, marzo (Buenos Aires: La Minga).
- Seoane, José 2012b “El retorno de la crisis y la ofensiva extractivista en América Latina” [CLASE]. En: Curso virtual “Extractivismo y resistencias sociales en Nuestra América: conflictos en torno a los bienes comunes y horizontes emancipatorios” (Buenos Aires: PLED, CCC).
- Seoane, José 2014 “¿América Latina ante una nueva transición? Cinco notas para debatir en perspectiva la coyuntura de Nuestra América”, en *Revista Cambio* Nº 10 (Buenos Aires: PG).
- Seoane, José 2017 *Las (re)configuraciones neoliberales de la cuestión ambiental. Una arqueología de los documentos de Naciones Unidas sobre el ambiente 1972-2012* (Buenos Aires: Ed. Luxemburg – IEALC) Disponible en <http://gealyc.blogspot.com.ar/>
- Seoane, José y Algranati, Clara 2012 “La ofensiva extractivista en América Latina. Crisis global y alternativas”, en *Revista Herramienta* Nº 50, julio (Buenos Aires: Herramienta)

- Seoane, José y Taddei, Emilio 2000 “La protesta social en América Latina”, en Revista *OSAL* Año I, Nº 2 (Buenos Aires: CLACSO).
- Seoane, José y Taddei, Emilio 2001 “De Seattle a Porto Alegre. Pasado, presente y futuro del movimiento anti-mundialización neoliberal”, en Seoane, José y Taddei, Emilio (compiladores) *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).
- Seoane, José y Taddei, Emilio 2009 “El nuevo internacionalismo y los desafíos de los movimientos populares latinoamericanos frente a la crisis capitalista”, en *Viento Sur*, Nº 107 (Madrid: Viento Sur).
- Seoane, José, Taddei, Emilio y Algranati, Clara 2013 *Extractivismo, despojo y crisis climática* (Buenos Aires: Herramienta).
- Seoane, José; Algranati, Clara y Taddei, Emilio 2011 “Tras una década de luchas. Realidades y desafíos de los proyectos de cambio en Nuestra América”, en Revista *Herramienta* Nº 46 (Buenos Aires: Herramienta).
- Seoane, José; Algranati, Clara y Taddei, Emilio 2011 “Tras una década de luchas. Realidades y desafíos de los proyectos de cambio en Nuestra América”, en Revista *Herramienta* Nº 46 (Buenos Aires: Herramienta).
- Seoane, José; Taddei, Emilio y Algranati, Clara 2006 “Las nuevas configuraciones de los movimientos populares en América Latina” en Boron, A. y Lechini, G. (comps.) *Política y movimientos sociales en un mundo hegemónico. Lecciones desde África, Asia y América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Seoane, José; Taddei, Emilio y Algranati, Clara 2008 “El concepto ‘movimiento social’ a la luz de los debates y la experiencia latinoamericana recientes”, en Proyecto “Los conceptos elementales de nuestro tiempo”, González Casanova, Pablo (coord.), México, UNAM.
- Seoane, José; Taddei, Emilio y Algranati, Clara 2010 *Recolonización, bienes comunes de la naturaleza y alternativas desde los pueblos* (Rio de Janeiro: IBASE).
- Sicsu João; De Paula Luiz, Renaut Michel 2007 “¿Por qué novo desenvolvimentismo?”, *Revista de Economía Política*, Nº 4, Vol 27, outubro-dezembro.
- Singer, André 2013 “A energia social não voltará atrás”, en <http://revistaepoca.globo.com/tempo/noticia/2013/06/andre-singer-energia-social-nao-voltara-atras.html>
- Stédile, João Pedro y Mançano Fernández, Bernardo 2000 *Brava Gente* (Buenos Aires: Asociación Madres de Plaza de Mayo/Revista América Libre/Ediciones Barbarroja).
- Stefanoni, Pablo 2016 “Bolivia. ¿Traspié electoral o fin de un ciclo?”, en <http://contrahegemoniaweb.com.ar/bolivia-traspie-electoral-o-fin-de-un-ciclo/>
- Suárez Montoya, Aurelio 2013 “Las razones estructurales y coyunturales del paro cafetero. Entrevista del equipo desdeabajo”, marzo; en <http://www.moir.org.co/Las-razones-estructurales-y.html>
- Svampa, Maristella 2012 “Consenso de los commodities y megaminería”. En <http://www.cetri.be/spip.php?article2573&lang=es>
- Svampa, Maristella y Stefanoni, Pablo (comp.) 2007 *Bolivia. Memoria, insurgencia y movimientos sociales* (Buenos Aires: El Colectivo).
- Svampa, Maristella 2008 *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político* (Buenos Aires: Siglo XXI).

- Tabb, William 2001 “¿La Organización Mundial del Comercio? Detengan la apropiación del mundo”, en Revista *OSAL* Nº 3 (Buenos Aires: CLACSO).
- Tapia, Luis 2007 “Gobierno multicultural y democracia directa nacional” en AA.VV. *La transformación pluralista del Estado* (La Paz: Ed. Muela del Diablo).
- Tarrow, Sidney 2004 *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política* (México: Alianza).
- Teruggi, Marco 2015 “¿Comuna o nada? A tres años del golpe de timón”, en <http://www.resumenlatinoamericano.org/2015/10/20/comuna-o-nada-a-tres-anos-del-golpe-de-timon/>
- Texeira, Gerson y Rodrigues, João Paulo 2012 “Ofensiva del capital internacional sobre las tierras”, en Revista *ALAI* Nº 474 (Quito: ALAI).
- Thomas, Janet 2000 *The Battle in Seattle. The Story Behind and Beyond the WTO Demonstrations* (Colorado: Fulcrum Publishing).
- Tilly, Charles 2004 *Social movements 1650-2000* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Torres Ribeiro, Ana Clara 2005 “Outros territórios, outros mapas”, en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Nº 16, julio.
- Touraine, Alain 1993 *La Voix et le regard, Sociologie des mouvements sociaux* (París: Seuil).
- Toussaint, Eric 2010 *La crisis global* (Barcelona: El viejo topo).
- Ugarteche, Oscar 2015 “Cómo se ve el panorama del futuro próximo”, en Revista *ALAI* Nº 510, diciembre (Quito: ALAI).
- Urra Rossi, Juan 2012 “La movilización estudiantil chilena en 2011: una cronología” en Revista *OSAL* Año XIII, Nº 31 (Buenos Aires: CLACSO).
- Vakaloulis, Michel 2003 “Les mouvements sociaux a l'épreuve du politique” en Cours-Salies, Pierre y Vakaloulis, Michel (organizadores) *Les mobilisations collectives. Une controverse sociologique* (París: PUF-Actuel Marx).
- Vega Cantor, Renán 2009 “Crisis civilizatoria”, en Revista *Herramientas* Nº 42 (Buenos Aires: Herramientas).
- Vianna, Luiz Werneck 2013 “A busca por reconhecimento e participação política: o combutível das manifestações”, en *Cadernos IHU Ideias* Nº 191 (São Leopoldo: Instituto Humanitas Unisinos).
- Zibechi, Raúl 2013 “Debajo y detrás de las grandes movilizaciones” en Revista *OSAL* Año XIV, Nº 34 (Buenos Aires: CLACSO).
- Zibechi, Raúl 2016 “Fin del ciclo del Partido de los Trabajadores: golpe al corazón de la izquierda latinoamericana”, en <http://contrahegemoniaweb.com.ar/fin-del-ciclo-del-partido-de-los-trabajadores-golpe-al-corazon-de-la-izquierda-latinoamericana/>
- Zibechi, Raúl 2003 “Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos”, en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Nº 9, enero.
- Zibechi, Raúl 2010 *América Latina: Contrainsurgencia y pobreza* (Bogotá: Desde abajo).
- Zibechi, Raúl 2014 “El ciclo progresista en Sudamérica ha terminado”, en <https://notas.org.ar/2014/11/04/raul-zibechi-ciclo-progresista-sudamerica-terminado/>
- Zibechi, Raúl 2015 “Hacer balance del progresismo”, en *Resumen latinoamericano*, 4 de agosto, en [www.resumenlatinoamericano.org/2015/08/04/hacer-balance-del-progresismo](http://www.resumenlatinoamericano.org/2015/08/04/hacer-balance-del-progresismo).



Las reflexiones que componen el presente libro comienzan con el análisis del ciclo de conflictividad sociopolítica que se desplegó desde mediados de la década de los '90 en Nuestra América en contestación de las transformaciones neoliberales acontecidas en la región. Este ciclo de conflictos fue protagonizado por una diversidad de sujetos subalternos –conceptualizados por el pensamiento social en general como movimientos sociales– y presentó una serie de significativas novedades en términos de su constitución subjetiva, sus prácticas colectivas, sus formas organizativas y de lucha, y sus programáticas. Desde la consideración de esas experiencias y de los debates teóricos que las mismas supusieron en el campo del pensamiento crítico, los artículos de este volumen siguen analíticamente la ruta de estos sujetos, de sus prácticas y de los cambios que experimenta su conflictividad a lo largo de diferentes períodos y ciclos de lucha.

Así, a lo largo de los años 2000, en el marco de una crisis económica regional, este antagonismo se tradujo en un proceso de cambios sociopolíticos que, con heterogeneidades, impulsó en muchos de los países de la región una nueva época de transformaciones llevando adelante políticas públicas que, con diferentes intensidades, se alejaron o contrastaron con la ortodoxia neoliberal. En esa misma década, la expansión del modelo extractivo exportador a nivel regional motivó a su vez el despliegue de una intensa conflictividad en relación con los bienes comunes de la naturaleza y los modelos de desarrollo. Finalmente, el retorno de la crisis económica a fines de dicha década dio paso a una nueva ofensiva neoliberal que extendió su dominio por muchos de nuestros países bajo la promoción de un renovado Consenso de Washington y que viene de la mano también de un renovado conservadorismo signado por la restricción de la democracia liberal, una agenda securitaria del Estado punitivo y de excepción, y nuevas formas de autoritarismo y de violencia, incluso de fascistización social y política y de intervencionismo imperialista.

Sobre estos distintos procesos; sobre sus características, límites y amenazas; se reflexiona en estas páginas a partir de la compilación de ocho artículos editados entre el año 2001 y el 2018 y que se presentan agrupados en dos partes; una primera referida a los sujetos subalternos, los ciclos de lucha y su contexto sociohistórico; y una segunda que aborda, en particular, la reflexión sobre las prácticas de convergencia y organización regional y global que, en este período, caracteriza la acción colectiva de estos sectores populares y que han sido comprendidas como la gestación de un nuevo internacionalismo. En su conjunto estas reflexiones quieren ser un aporte al pensar y hacer crítico y transformador en tiempos como los actuales que evocan esos claroscuros donde anidan y surgen los monstruos que mencionaba certeramente Gramsci para otra época.

Ediciones  
*Luxemburg*

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe  
Facultad de Ciencias Sociales | Universidad de Buenos Aires  
**IEALC**

